

EL CORREDOR DEL LABERINTO

JAMES
DASHNER

Traducción de Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Lectulandia

MEMORIZA, CORRE, SOBREVIVE.

«Bienvenido al bosque. Verás que una vez a la semana, siempre el mismo día y a la misma hora, nos llegan víveres. Una vez al mes, siempre el mismo día y a la misma hora, aparece un nuevo chico como tú. Siempre un chico. Como ves, este lugar está cercado por muros de piedra... Has de saber que estos muros se abren por la mañana y se cierran por la noche, siempre a la hora exacta. Al otro lado se encuentra el laberinto. De noche, las puertas se cierran... y, si quieres sobrevivir, no debes estar allí para entonces».

Todo sigue un orden... y, sin embargo, al día siguiente suena una alarma. Significa que ha llegado alguien más. Para asombro de todos, es una chica. Su llegada vendrá acompañada de un mensaje que cambiará las reglas del juego.

¿Y si un día abrieras los ojos y te vieses en un lugar desconocido sin saber nada más que tu nombre?

Cuando Thomas despierta, se encuentra en una especie de ascensor. No recuerda qué edad tiene, quién es ni cómo es su rostro. Sólo su nombre.

De pronto, el ascensor da un zarandeo y se detiene. Las puertas se abren y una multitud de rostros le recibe. «Bienvenido al Claro —dice uno de los adolescentes—. Aquí es donde vivimos. Esta es nuestra casa. Fuera está el laberinto. Yo soy Alby; él, Newt. Y tú eres el primero desde que mataron a Nick».

Lectulandia

James Dashner

El corredor del laberinto

El corredor del laberinto (1 de 3)

ePUB v1.0

Dirdam 28.02.12

más libros en lectulandia.com



Título original: «The Maze Runner»
Traducción: Noemí Risco Mateo
Edita: Nocturna Ediciones
Publicación: 2010
ISBN: 9788493801311

Para Lynette.
Este libro fue un viaje de tres años en el que nunca dudaste de mí.

Capítulo 1

Empezó su nueva vida de pie, rodeado de fría oscuridad y aire viciado y polvoriento.

Todo era de metal. Una agitada sacudida movió el suelo bajo sus pies. Se cayó ante aquel movimiento repentino y retrocedió a cuatro patas, con unas gotas de sudor cubriéndole la frente a pesar del aire frío. Su espalda chocó contra una dura pared de metal y se deslizó por ella hasta que dio con la esquina de la habitación. Se arrellanó en el suelo, con las piernas bien pegadas al cuerpo y la esperanza de que pronto se le adaptaran los ojos a la oscuridad.

Con otro zarandeo, la habitación dio un tirón hacia arriba, como si se tratara de un viejo ascensor en el hueco de una mina.

Unos discordantes sonidos de cadenas y poleas, como el mecanismo de una antigua fábrica de acero, retumbaron en la habitación y agitaron las paredes con un diminuto chirrido ahogado. El ascensor sin luz se balanceó hacia delante y hacia atrás mientras ascendía, y al chico le entraron náuseas. Un olor a aceite quemado le invadió los sentidos y le hizo sentirse peor. Quería llorar, pero no le salían las lágrimas; lo único que podía hacer era quedarse allí solo, sentado y a la espera.

«Me llamo Thomas», pensó.

Eso... eso era lo único que podía recordar de su vida.

No entendía cómo era posible. Su mente funcionaba a la perfección mientras trataba de averiguar dónde se había metido. El conocimiento inundó sus pensamientos; le vinieron a la cabeza hechos e imágenes, recuerdos y detalles del mundo y de cómo funcionaba. Se imaginó la nieve en los árboles, la sensación de correr por una calle cubierta de hojas, de comer una hamburguesa, el pálido brillo de la luna sobre un prado de hierba, nadar en un lago, la plaza de una ciudad con mucho movimiento y cientos de personas corriendo de aquí para allá, ocupadas con sus asuntos.

Pero, aun así, seguía sin saber de dónde venía, cómo se había metido en aquel oscuro ascensor ni quiénes eran sus padres. Ni siquiera sabía su apellido. Por un instante, le aparecieron en la cabeza imágenes de gente, pero no reconoció a nadie y unas inquietantes manchas de colores sustituyeron sus rostros. No podía pensar en ninguna persona que conociera ni tampoco recordaba una simple conversación.

La habitación continuó ascendiendo y balanceándose. Thomas acabó por hacerse inmune al incesante traqueteo de las cadenas que le llevaban hacia arriba. Pasó un largo rato. Los minutos se convirtieron en horas, aunque era imposible estar seguro porque cada segundo parecía una eternidad. No. Era más listo que eso. Si confiaba en su instinto, sabría que llevaba moviéndose aproximadamente media hora.

Por extraño que pareciera, sintió que el miedo se retiraba como un enjambre de mosquitos atrapado por el viento y daba lugar a una intensa curiosidad. Quería saber

dónde se encontraba y qué estaba sucediendo.

Con un crujido y después un golpe seco, la habitación ascendente se detuvo; aquel cambio repentino hizo que Thomas dejara de estar acurrucado y saliera disparado contra la dura superficie. Mientras se ponía de pie con dificultad, notó que la habitación cada vez se balanceaba menos, hasta que al final no se oyó nada. Todo parecía estar en silencio.

Pasó un minuto. Dos. Miró en ambas direcciones, pero no vio nada más que oscuridad. Volvió a tantear las paredes, buscando una salida, pero no había nada, sólo el frío metal. Gruñó, lleno de frustración. Su eco se amplificó en el aire como el angustioso gemido de la muerte. Se desvaneció y volvió a reinar el silencio. Gritó, pidió socorro y golpeó las paredes con los puños.

Nada.

Thomas regresó a un rincón, cruzó los brazos, se estremeció y el miedo volvió. Notó una sacudida preocupante en el pecho, como si el corazón quisiera escaparse, huir de su cuerpo.

—¡Que... alguien... me ayude! —gritó, y las palabras le irritaron la garganta. Resonó un fuerte ruido metálico y, asustado, contuvo el aliento al levantar la vista. Una línea recta de luz cruzaba el techo de la habitación y Thomas vio cómo se expandía. Un sonido chirriante reveló dos puertas correderas que se abrían a la fuerza. Después de tanto tiempo en la oscuridad, sintió un gran dolor en los ojos provocado por la luz; apartó la mirada y se cubrió la cara con ambas manos.

Oyó unos ruidos —unas voces— y el miedo le oprimió el pecho.

—Mirad a ese pingajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Parece una clonc con camiseta.

—Tú sí que eres imbécil, cara fuco.

—¡Tío, aquí abajo huele a pies!

—Espero que hayas disfrutado del viaje de ida, verducho.

—No hay billete de vuelta, chaval.

Thomas fue azotado por una ola de confusión recubierta de pánico. Las voces eran raras, tenían algo de eco; algunas de las palabras que le decían eran extrañas y otras le resultaban más familiares. Mientras entrecerraba los ojos hacia la luz y hacia los que estaban hablando, trató de adaptar la vista. Al principio sólo vio unas sombras que se movían, pero no tardaron en tener forma de cuerpos, de gente que se inclinaba sobre el agujero del techo y le miraba, señalándole. Y, entonces, como si las lentes de una cámara se hubiesen enfocado, comenzó a ver los rostros más nítidos. Todos eran chicos; algunos, jóvenes y otros, mayores. Thomas no sabía qué se había imaginado, pero, al ver aquellas caras, se quedó desconcertado. Eran sólo adolescentes. Críos. Parte de su miedo desapareció, pero no lo suficiente para calmarle el corazón, que le

latía a toda velocidad.

Alguien bajó una cuerda desde arriba, con el extremo atado a una gran lazada. Thomas vaciló, luego se metió en ella con el pie derecho y se agarró a la cuerda mientras tiraban de él hacia el cielo. Unas manos, muchas manos, le cogieron de la ropa para subirle. El mundo parecía dar vueltas en un remolino neblinoso de caras, color y luz. Un torrente de emociones le revolvió las tripas, se las retorció y tiró de ellas. Quería gritar, llorar, vomitar. El coro de voces se había quedado en silencio, pero alguien habló cuando tiraron de él para sacarlo por el borde afilado de la oscura caja. Y Thomas supo que nunca olvidaría aquellas palabras:

—Encantado de conocerte, pingajo —dijo el chico—. Bienvenido al Claro.

Capítulo 2

Las manos que le ayudaban no dejaron de aferrarse a él hasta que Thomas se puso derecho y se limpió el polvo de la camiseta y los pantalones. Todavía deslumbrado por la luz, se tambaleó un poco. Se moría de curiosidad, pero aún se encontraba demasiado mal para observar con detenimiento dónde estaba. Sus nuevos compañeros no dijeron nada conforme giraba la cabeza e intentaba asimilarlo todo.

Mientras daba una vuelta despacio, los otros chicos se lo quedaron mirando, riéndose por lo bajo; algunos extendieron la mano y le empujaron con un dedo. Tenía que haber por lo menos unos cincuenta. Iban vestidos con ropa sucia y sudada, como si hubieran estado trabajando mucho; había de todas las formas, tamaños y razas, y cada uno llevaba el pelo de distinto largo. De repente, Thomas se sintió mareado; parpadeó mientras su mirada iba de los chicos al sitio extraño en que se hallaba.

Estaban en un patio inmenso, mucho más grande que un campo de fútbol, rodeado por cuatro muros enormes, hechos de piedra gris y cubiertos de hiedra por algunos sitios. Las paredes debían de medir muchísimos metros de alto, formaban un cuadrado perfecto a su alrededor y, justo en medio, tenían una abertura tan alta como los mismos muros, que, según vio Thomas, daba a pasadizos y largos pasillos más allá.

—Mira al judía verde —dijo una voz ronca; Thomas no pudo ver a quién pertenecía—. Se va a romper su fuco cuello intentando averiguar dónde está.

Varios chicos se rieron.

—Cállate la boca, Gally —respondió una voz más grave.

Thomas se volvió a centrar en el montón de extraños que tenía a su alrededor. Sabía que debía tener cuidado; se sentía como si le hubiesen drogado. Un chico alto, con el pelo rubio y una mandíbula cuadrada, le miró primero con desdén y, después, inexpresivo. Uno bajito y regordete caminó inquieto, adelante y atrás, mirando a Thomas con los ojos abiertos de par en par. Un asiático muy musculoso se le quedó estudiando con los brazos cruzados, bien remangados para enseñar los bíceps. Un chico moreno le miró con el entrecejo fruncido; era el mismo que le había dado la bienvenida. Otros tantos le observaban.

—¿Dónde estoy? —preguntó Thomas, sorprendido al oír su voz por primera vez desde que tenía memoria. No sonaba muy bien, era algo más aguda de lo que hubiera imaginado.

—En ningún sitio bueno —contestó el chico de piel morena— que te haga sentir a gusto y relajado.

—¿Qué guardián le vamos a poner? —gritó alguien al final del grupo.

—Ya te lo he dicho, cara fuco —respondió una voz chillona—. Es una clonc, así que será un deambulante, sin duda —el muchacho se rió como si hubiera dicho lo

más gracioso del mundo.

Thomas sintió una vez más una persistente angustia debida a la confusión por oír tantas frases y palabras que no tenían sentido. Pingajo. Fuco. Guardián. Deambulante. Salían de las bocas de los chicos con tanta naturalidad que le parecía raro no entenderlas. Era como si su pérdida de memoria le hubiese robado una parte de su idioma. Era desorientador.

Diferentes emociones luchaban por el dominio en su mente y su corazón. Confusión. Curiosidad. Pánico. Miedo. Pero lo que las unía todas era la oscura sensación de completa desesperanza, como si el mundo hubiese acabado para él, como si hubiera sido borrado de su memoria y hubiese sido sustituido por algo horrible. Quería salir corriendo y esconderse de esa gente.

El chico de la voz áspera estaba hablando:

—... incluso eso es demasiado, me apostaría el hígado.

Thomas aún seguía sin verle la cara.

—¡He dicho que os calléis la boca! —gritó el moreno—. ¡Como sigáis dándole a la lengua, la siguiente interrupción la corto por la mitad!

Thomas se dio cuenta de que aquel debía de ser el líder. Como no soportaba que se le quedaran mirando embobados de aquella manera, se concentró en examinar el lugar que aquel chico había llamado el Claro.

El suelo del patio parecía estar hecho de enormes bloques de piedra, muchos de ellos agrietados, llenos de césped y hierbajos. Un extraño edificio de madera en ruinas, junto a una de las esquinas del cuadrado, contrastaba mucho con la piedra gris. Unos cuantos árboles lo rodeaban. Sus raíces eran como manos nudosas que se clavaban en el suelo de roca en busca de comida. En otra esquina del recinto había un huerto en el que Thomas distinguió, desde donde él estaba, maíz, tomateras y árboles frutales.

Al otro lado del patio había corrales de madera en los que se guardaban ovejas, cerdos y vacas. Un bosquecillo ocupaba la última esquina; allí, los árboles más cercanos parecían estar enfermos y al borde de la muerte. El cielo sobre sus cabezas era azul y estaba despejado, pero Thomas no vio ni rastro del sol, a pesar de la claridad del día. Las sombras que se movían lentamente por las paredes no revelaban la hora ni la dirección; podría haber sido temprano por la mañana o bien entrada la tarde. Al respirar hondo para intentar calmar sus nervios, le asaltó una mezcla de olores: tierra recién removida, estiércol, pino, algo podrido y algo dulce. De algún modo, supo que esos olores correspondían a una granja.

Thomas volvió a mirar a sus captores, incómodo pero a la vez desesperado por hacer preguntas.

«Captoreos —pensó—. ¿Por qué ha aparecido esa palabra en mi cabeza?».

Examinó sus caras, repasó todas sus expresiones, los juzgó. Los ojos de un

muchacho reflejaban odio, lo que le dejó helado. Parecía tan enfadado que a Thomas no le habría sorprendido si se hubiera acercado a él con un cuchillo. Tenía el pelo negro y, cuando sus miradas se cruzaron, el chico sacudió la cabeza, se dio la vuelta y caminó hacia un poste de hierro grasiento con un banco de madera al lado. Una bandera multicolor colgaba débilmente de la punta del poste y, al no hacer viento, no se distinguía el dibujo que la decoraba. Conmocionado, Thomas permaneció con la vista clavada en la espalda del chico hasta que este se dio la vuelta para sentarse y, entonces, apartó la mirada enseguida.

De repente, el líder del grupo, que tendría unos diecisiete años, dio un paso adelante. Llevaba ropa normal: una camiseta negra, unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y un reloj digital. Por algún motivo, la ropa que llevaba le sorprendió; era como si todo el mundo tuviese que llevar puesto algo más amenazador, como el uniforme de un presidiario. El chico moreno tenía el pelo muy corto y la cara bien afeitada. Pero, aparte de un constante ceño fruncido, no había nada más en él que le asustara.

—Es una larga historia, pingajo —dijo el chico—. La irás aprendiendo poco a poco. Te llevaré de Visita mañana. Hasta entonces... no rompas nada —extendió la mano—. Me llamo Alby —sin duda, esperaba que le estrechara la mano. Thomas se negó. Una especie de instinto dominaba sus acciones y, sin decir nada, le dio la espalda a Alby y caminó hacia un árbol que había al lado, donde se dejó caer para sentarse con la espalda apoyada en la áspera corteza. El pánico volvió a crecer dentro de él hasta tal punto que apenas pudo soportarlo. Pero respiró hondo y se obligó a intentar aceptar la situación.

«Venga —pensó—, no averiguarás nada si te dejas llevar por el miedo».

—Pues cuéntamela —replicó Thomas, esforzándose por no alterar la voz—. Cuéntame esa historia tan larga.

Alby miró a los amigos que tenía más cerca y puso los ojos en blanco. Thomas volvió a examinar al grupo. Su cálculo original había estado cerca. Habría unos cincuenta o sesenta adolescentes y otros un poco mayores, como Alby, que parecía ser de los más viejos, en aquel momento, Thomas se dio cuenta con un estremecimiento tic que no tenía ni idea de cuántos años tenía. Al pensarlo, le dio un vuelco el corazón. Estaba tan perdido que ni siquiera sabía cuál era su edad.

—En serio —dijo, dejando de mostrar valentía—, ¿dónde estoy?

Alby fue hasta él y se sentó a su lado con las piernas cruzadas; el grupo de chicos le siguió y se quedó detrás. Se asomaron unas cuantas cabezas aquí y allá; los chavales se inclinaban en todas las direcciones para poder verlo mejor.

—Si no estuvieras asustado —respondió Alby—, no serías humano. Como actúes diferente, te tiraré por el Precipicio, porque entonces significará que eres un psicópata.

—¿El Precipicio? —preguntó Thomas mientras le desaparecía la sangre de la cara.

—Foder —contestó Alby, y se restregó los ojos—. No vamos a empezar ese tipo de conversación, ¿me captas? Aquí no matamos a los pingajos como tú, te lo prometo. Tan sólo evita que te maten, intenta sobrevivir o lo que sea —hizo una pausa, y Thomas se dio cuenta de que su cara debió de haberse puesto aún más blanca al oír la última parte—. Tío —añadió, y luego se pasó las manos por su corto pelo mientras soltaba un largo suspiro—, no se me da muy bien esto. Tú eres el primer judía verde desde que mataron a Nick.

Los ojos de Thomas se abrieron de par en par. Un chico salió del grupo y le dio una colleja a Alby.

—Espera a la puñetera Visita, Alby —dijo con una voz pastosa y un acento extraño—. Al chaval le va a dar un ataque al corazón y aún no ha oído nada —se agachó y le ofreció la mano a Thomas—. Me llamo Newt, verducho, y todos estaremos muy contentos si perdonas a nuestro nuevo líder, que por lo visto tiene una clonc en vez de cerebro.

Thomas extendió el brazo y estrechó la mano del chico. Parecía mucho más simpático que Alby. Newt también era más alto que Alby, pero tal vez un año o así más joven. Su pelo rubio y largo le caía por la camiseta y las venas se le marcaban en sus brazos musculosos.

—Cierra el pico, cara fuco —gruñó Alby, y tiró de Newt para que se sentara a su lado—. Al menos entiende la mitad de mis palabras.

Se oyeron unas risas aisladas y, entonces, todos se reunieron detrás de Alby y Newt, incluso más apiñados que antes, esperando a ver qué decían. Alby extendió los brazos con las palmas hacia arriba.

—Este lugar se llama el Claro, ¿vale? Es donde vivimos, donde comemos, donde dormimos... y nosotros nos llamamos los clarianos. Eso es todo lo que...

—¿Quién me ha enviado aquí? —preguntó Thomas, y el miedo por fin dio paso al enfado—. ¿Cómo...?

Pero Alby le interrumpió con la mano antes de que pudiera terminar y le agarró de la camiseta mientras se inclinaba hacia delante sobre sus rodillas.

—¡Levántate, pingajo, levántate!

Alby se puso de pie y arrastró a Thomas con él. El chico se levantó, asustado de nuevo. Retrocedió hacia el árbol, intentando apartarse de Alby, que estaba pegado a su cara.

—¡No me interrumpas, chico! —gritó Alby—. Atontado, si te lo contamos todo, te morirás aquí mismo, justo después de conclarte en los pantalones. Los embolsadores se te llevarán a rastras y entonces no nos servirás de nada, ¿te enteras?

—Ni siquiera sé de lo que me estás hablando —dijo Thomas despacio,

sorprendido al oír lo firme que sonaba su voz.

Newt cogió a Alby por los hombros.

—Alby, relájate un poco. En vez de ayudar, lo estás estropeando, ¿sabes?

Alby soltó la camiseta de Thomas y retrocedió, con el pecho moviéndose por su respiración agitada.

—No tengo tiempo para ser amable, judía verde. Tu antigua vida se ha acabado y has empezado una nueva. Aprende rápido las reglas, escucha y no hables. ¿Lo pillas?

Thomas miró a Newt, esperando su ayuda. Todo en su interior se revolvía y le dolía; las lágrimas que aún no habían brotado hacían que le ardieran los ojos.

Newt asintió.

—Verducho, le entiendes, ¿verdad? —volvió a asentir.

Thomas estaba que echaba humo, quería darle un puñetazo a alguien. Pero se limitó a contestar:

—Sí.

—Muy bien —dijo Alby—. El Primer Día. Eso es lo que es hoy para ti, pingajo. Se está haciendo de noche y los corredores no tardarán en regresar. Hoy la Caja ha llegado tarde y no tenemos tiempo para la Visita. La dejaremos para mañana por la mañana, en cuanto nos despertemos —se volvió hacia Newt—. Consíguele una cama y que se vaya a dormir.

—Muy bien —respondió Newt.

Los ojos de Alby volvieron a mirar a Thomas y se entrecerraron.

—Al cabo de unas semanas, estarás contento, pingajo. Estarás contento y nos servirás de ayuda. Ninguno de nosotros, al igual que tú, sabía ni jota el Primer Día. Tu nueva vida empieza mañana.

Alby se dio la vuelta y se abrió camino entre los demás hacia el inclinado edificio de madera que había en la esquina. La mayoría de los chicos se dispersó, no sin antes detenerse un rato a mirar a Thomas.

El muchacho se cruzó de brazos, cerró los ojos y respiró hondo. El vacío que le consumía por dentro pronto fue reemplazado por una tristeza que le agujoneaba el corazón. Era demasiado. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar? ¿Era algún tipo de cárcel? Los chicos hablaban raro y a ninguno de ellos parecía importarle si él vivía o moría. Las lágrimas amenazaron de nuevo con inundar sus ojos, pero las contuvo.

—¿Qué he hecho? —susurró sin pretender que nadie le oyera—. ¿Qué he hecho para que me manden aquí?

Newt le dio una palmada en el hombro.

—Verducho, lo que estás sintiendo ahora, lo hemos sentido todos. Todos hemos tenido un Primer Día, cuando salimos de la caja oscura. Las cosas están mal, sí, y se pondrán mucho peor para ti pronto, esa es la verdad. Pero, al final, lucharás bien. Sé que no eres una nenaza.

—¿Es esto una cárcel? —preguntó Thomas. Profundizó en la oscuridad de sus pensamientos, tratando de encontrar una rendija a su pasado.

—Has hecho ya cuatro preguntas, ¿no? —contestó Newt—, Bueno, no hay respuestas para ti, aún no. Será mejor que por ahora estés callado y aceptes el cambio. Mañana será otro día.

Thomas no dijo nada y agachó la cabeza con los ojos clavados en el suelo rocoso y resquebrajado. Una hilera de maleza de hojas pequeñas recorría el borde de uno de los bloques de piedra, con florecitas amarillas asomándose como si buscaran el sol, que ya hacía rato que había desaparecido detrás de los enormes muros del Claro.

—Chuck te irá bien —dijo Newt—. Es un pingajo un poco gordito, pero cuando se le trata es buen chaval. Quédate aquí, ahora vuelvo.

Newt apenas había acabado la frase cuando, de improvviso, se oyó un grito desgarrador en el aire. Agudo y estridente, el chillido, que apenas era humano, retumbó en el patio de piedra; todos los chicos que había a la vista se volvieron en dirección al ruido. A Thomas se le heló la sangre al darse cuenta de que aquel horrible sonido provenía del edificio de madera. Incluso Newt pegó un brinco, como si se hubiera sobresaltado, y arrugó la frente por la preocupación.

—Foder —exclamó—. ¿Es que los puñeteros mediqueros no pueden ocuparse del chico durante diez minutos sin mi ayuda? —negó con la cabeza y le dio una patada suave a Thomas en el pie—. Ve a buscar a Chucky y dile que él es el encargado de encontrarte un sitio para dormir —y entonces se dio la vuelta y se dirigió al edificio, corriendo.

Thomas se dejó caer por la áspera superficie del árbol hasta que volvió a sentarse en el suelo; se encogió contra la corteza y cerró los ojos, deseando poder despertarse de aquella terrible pesadilla.

Capítulo 3

Thomas permaneció allí sentado un momento, demasiado abrumado para moverse. Al final se obligó a mirar hacia el destartado edificio. Un grupo de chicos se arremolinaba fuera, mirando con inquietud por las ventanas superiores, como si esperaran que una horrible bestia saliera en una explosión de madera y cristal.

Un ruidito metálico que provenía de las ramas sobre su cabeza atrajo su atención y le hizo alzar la vista; vio un destello de luz roja y plateada justo antes de que desapareciera al otro lado del tronco. Se puso de pie enseguida para dar la vuelta al árbol y estiró el cuello para ver si veía algo de lo que había oído; pero sólo había ramas peladas, grises y marrones, que se bifurcaban como los dedos de un esqueleto y parecían igual de vivas.

—Esa era una de las cuchillas escarabajo —dijo alguien.

Thomas se volvió hacia la derecha para ver al chico bajito y regordete que estaba a su lado, mirándolo fijamente. Era joven, puede que el más joven que había visto hasta ahora de todos los del grupo; tendría unos doce o trece años. El pelo castaño le caía por las orejas hasta el cuello y le rozaba los hombros; de no ser por aquellos brillantes ojos azules, sólo tendría una cara sonrojada, fofa y lastimera.

Thomas le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Una cuchilla qué?

—Una cuchilla escarabajo —repitió el chico, señalando la copa del árbol—. No te hará daño, a menos que seas tan estúpido como para tocarla —hizo una pausa—. Pingajo.

No pareció muy cómodo al decir la última palabra, como si todavía no hubiese captado el argot del Claro.

Otro grito, este más largo y desquiciante, cortó el aire y a Thomas le dio un vuelco el corazón. El miedo era como rocío congelado sobre su piel.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó al tiempo que señalaba el edificio.

—No lo sé —contestó el chico rellenito, que aún tenía voz de niño—. Ben está ahí, más enfermo que un perro. Le cogieron.

—¿Le cogieron?

A Thomas no le gustó el modo malicioso en que lo había dicho.

—Sí.

—Pero ¿quiénes?

—Es mejor que nunca lo averigües —respondió el chaval, que parecía muy lejos de estar cómodo con aquella situación. Le ofreció la mano—. Me llamo Chuck. Yo era el judía verde hasta que tú apareciste.

«¿Y este es el guía que voy a tener esta noche?», pensó Thomas. No podía quitarse de encima aquella extrema inquietud, a la que ahora se le había unido el

enfado. Nada tenía sentido y le dolía la cabeza.

—¿Por qué todos me llaman «judía verde»? —inquirió mientras estrechaba rápido la mano de Chuck; luego se la soltó.

—Porque eres el novato más reciente.

Chuck señaló a Thomas y se rió. Se oyó otro grito en la casa, un sonido como si estuvieran torturando a un animal muerto de hambre.

—¿Cómo puedes reírte? —preguntó Thomas, horrorizado por el ruido—. Parece que se esté muriendo alguien ahí dentro.

—Se pondrá bien. Nadie muere si vuelve a tiempo para que le pongan el Suero. Es todo o nada. Te mueres o no te mueres. Pero duele mucho.

Aquello le dio a Thomas qué pensar.

—¿El qué duele mucho?

Los ojos de Chuck se desviaron como si no estuviera seguro de lo que tenía que decir.

—Ummm, cuando los laceradores te pican.

—¿Los laceradores?

Thomas cada vez estaba más confundido. «Unos laceradores que pican». Aquellas palabras le provocaron terror y, de repente, no estuvo seguro de si quería saber de lo que estaba hablando Chuck.

El niño se encogió de hombros y apartó la mirada con los ojos en blanco. Thomas suspiró de frustración y se recostó en el árbol.

—Por lo visto, no sabes mucho más que yo —dijo, aunque sabía que no era cierto.

Su pérdida de memoria era rara. Recordaba bastante bien cómo funcionaba el mundo, pero no tenía detalles, caras ni nombres. Como un libro completamente intacto cuya lectura resulta confusa y horrible al faltarle una palabra de cada doce. Ni siquiera sabía cuántos años tenía.

—Chuck..., ¿qué edad crees que tengo?

El niño le examinó de arriba abajo.

—Diría que unos dieciséis. Y, en caso de que te lo estés preguntando, un metro ochenta... pelo castaño. Ah, y tan feo como un hígado frito en un palo —soltó una carcajada.

Thomas estaba tan sorprendido que apenas oyó la última parte. ¿Dieciséis años? ¿Tenía dieciséis? Se sentía mucho más viejo.

—¿Lo dices en serio? —hizo una pausa para tratar de encontrar las palabras adecuadas—. ¿Cómo...? —no sabía ni siquiera qué preguntar.

—No te preocupes. Estarás atontado unos días, pero luego te acostumbrarás a este sitio. Yo lo he hecho. Vivimos aquí, y ya está. Es mejor que vivir sobre una pila de clonc —entrecerró los ojos, quizás anticipándose a la pregunta de Thomas—. *Clonc*

es otra palabra para caca. Es el sonido que hace la caca al caer en los botes donde hacemos pis.

Thomas miró a Chuck, sin dar crédito a la conversación que estaban teniendo. «Está bien», fue todo lo que pudo decir. Se levantó y pasó por delante del niño en dirección al viejo edificio; aunque la palabra *choza* lo describía mucho mejor. Parecía tener tres o cuatro pisos de altura y estar a punto de caerse en cualquier momento. Era una demencial colección de troncos y tablas, cuerda gruesa y ventanas puestas al azar delante del sólido muro de roca, cubierto de hiedra. Mientras avanzaba por el patio, el inconfundible olor a leña y a algún tipo de carne que estaban cocinando hizo que le rugiera el estómago. Ahora que sabía que los gritos eran de un chico enfermo, Thomas se sintió mejor. Hasta que se puso a pensar en lo que habría provocado aquel dolor...

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Chuck, corriendo detrás de él para alcanzarle.

—¿Qué?

—Tu nombre. Aún no nos lo has dicho, y sé que te acuerdas de eso.

—Thomas.

Casi no se oyó pronunciarlo; había empezado a pensar en otra cosa. Si Chuck tenía razón, acababa de descubrir un vínculo con el resto de los chicos. Un patrón común en su pérdida de memoria.

Todos recordaban sus nombres. ¿Por qué no el de sus padres? ¿Por qué no el de sus amigos? ¿Por qué no sus apellidos?

—Encantado de conocerte, Thomas —dijo Chuck—. No te preocupes, yo cuidaré de ti. Llevo aquí ya un mes entero y conozco el sitio por dentro y por fuera. Puedes contar conmigo, ¿vale?

Thomas ya casi había llegado a la puerta principal de la choza y al pequeño grupo de chicos que había allí reunidos, cuando le vino un repentino y sorprendente ataque de ira. Se dio vuelta para mirar a Chuck.

—Pero ¡si no me cuentas nada! Eso yo no lo llamaría cuidar de mí.

Se volvió de nuevo hacia la puerta, decidido a entrar para encontrar algunas respuestas. No tenía ni idea de dónde habían salido aquel inesperado valor y aquella determinación.

Chuck se encogió de hombros.

—Nada de lo que te diga te beneficiará —contestó—. Básicamente, yo también soy todavía un novato. Pero puedo ser tu amigo...

—No necesito amigos —le interrumpió Thomas.

Alargó la mano hacia la puerta, una fea tabla de madera descolorida por el sol, y la abrió de un empujón para ver varios rostros estoicos a los pies de una escalera llena de curvas, cuyos peldaños y barandilla se retorcían y giraban en todas las direcciones. Un papel oscuro cubría las paredes del vestíbulo y del pasillo, aunque la mitad estaba

despegada. La única decoración a la vista era un jarrón polvoriento sobre una mesa de tres patas y una foto en blanco y negro de una mujer mayor vestida con un traje blanco pasado de moda. A Thomas le recordó la casa encantada de una película o algo por el estilo. Hasta faltaban tablones de madera del suelo.

Aquel sitio olía a polvo y a mohó, un gran contraste con los agradables olores de afuera. Unas trémulas luces fluorescentes brillaban en el techo. Aún no se lo había planteado, pero tenía que pensar de dónde venía la electricidad en un sitio como el Claro. Se quedó mirando a la anciana de la fotografía. ¿Había vivido alguna vez allí? ¿Se habría ocupado de aquella gente?

—Anda, mira, es el judía verde —dijo uno de los chicos mayores. Con un sobresalto, Thomas advirtió que se trataba del tío del pelo negro que le había lanzado antes la mirada asesina. Parecía tener unos quince años, era alto y flaco. Su nariz era tan grande como un pequeño puño y se asemejaba a una patata deforme—. Este pingajo seguro se ha cloncado en los pantalones cuando ha oído al bebé de Benny gritar como una niña. ¿Necesitas un pañal limpio, cara fuco?

—Me llamo Thomas.

Tenía que alejarse de aquel tío. Sin decir nada más, se dirigió a las escaleras, sólo porque estaban cerca, sólo porque no tenía ni idea de qué hacer o de qué decir. Pero el matón se le puso delante y levantó una mano.

—Para el carro, verducho —señaló con el pulgar el piso de arriba—. Los novatos no pueden ver a alguien a quien han... cogido. Newt y Alby no lo permitirían.

—¿Qué problema tienes? —espetó Thomas, tratando de apartar el miedo de su voz, tratando de no pensar en lo que el chaval quería decir con *cogido*—. Ni siquiera sé dónde estoy. Lo único que quiero es un poco de ayuda.

—Escúchame, judía verde —el chico arrugó la cara y cruzó los brazos—. Te he visto antes. Hay algo sospechoso en el hecho de que estés aquí y voy a averiguar de qué se trata.

Una oleada de calor latió por las venas de Thomas.

—No te había visto en mi vida. No tengo ni idea de quién eres y no podría importarme menos —soltó.

Pero ¿cómo iba a conocerle? ¿Cómo podía ese chico recordarle?

El matón se rió por lo bajo, una risita mezclada con un resoplido lleno de flemas. Entonces puso una cara más seria e inclinó las cejas hacia dentro.

—Te he... visto, pingajo. No hay muchos de por aquí a los que hayan picado —señaló hacia arriba por las escaleras—. A mí, sí. Sé por lo que está pasando Benny. Yo ya he estado ahí. Te vi durante el Cambio —le dio un golpe a Thomas en el pecho—. Y me apuesto tu primera comida de Fritanga a que Benny también te ha visto.

Thomas se negó a romper el contacto visual, pero decidió no decir nada. El pánico le consumió de nuevo. ¿Dejarían las cosas de empeorar en algún momento?

—¿Los laceradores han hecho que te hagas pis encima? —dijo el chico con sorna—. ¿Estás un poco asustado ahora? No quieres que te piquen, ¿eh?

Otra vez aquel verbo. «Picar». Thomas intentó no pensar en ello y señaló hacia arriba, hacia donde se oían los gemidos del chico enfermo, que retumbaban en todo el edificio.

—Si Newt ha subido ahí, quiero hablar con él.

El chico no dijo nada y se quedó mirando fijamente a Thomas unos segundos. Luego negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? Tienes razón, Tommy, no debería ser tan malo con los novatos. Sube, estoy seguro de que Alby y Newt te pondrán al corriente. En serio, vamos. Lo siento.

Le dio una palmadita a Thomas en el hombro, luego se apartó y señaló hacia las escaleras. Pero Thomas sabía que el chaval se traía algo entre manos. El hecho de haber perdido parte de la memoria no le convertía a uno en un idiota.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Thomas mientras hacía tiempo para decidir si, después de todo, debía subir.

—Gally. Y no te lleves a engaños: yo soy el auténtico líder aquí, no esos viejos pingajos de ahí arriba. Soy yo. Tú puedes llamarme capitán Gally, si quieres.

Sonrió por primera vez; los dientes le hacían juego con aquella nariz repugnante. Le faltaban dos o tres y ni uno se acercaba ni siquiera un poco al color blanco. El aliento se le escapó lo justo para que a Thomas le llegara un hedor que le recordó algo horrible, aunque no supo de qué se trataba. Le revolvió el estómago.

—Vale —asintió, tan harto de aquel tío que quiso gritar y darle un puñetazo en la cara—, capitán Gally —exageró el saludo y notó una subida de adrenalina, pues sabía que se había pasado de la raya.

Se oyeron unas cuantas risas entre los del grupo de afuera y Gally se dio la vuelta con la cara colorada. Se volvió para mirar a Thomas con la frente y aquella monstruosa nariz arrugadas por el odio.

—Sube las escaleras —dijo Gally— y mantente alejado de mí, gilipullo —señaló hacia arriba de nuevo, pero no apartó los ojos de Thomas.

—Muy bien.

Thomas miró a su alrededor una vez más, avergonzado, confuso y molesto. Notaba el calor de la sangre en su cara. Nadie se movió para impedir que hiciera lo que Gally le estaba pidiendo, salvo Chuck, que estaba en la puerta principal, negando con la cabeza.

—Se supone que no puedes subir —murmuró el niño—. Eres un novato, no puedes estar ahí.

—Ve —dijo Gally con desdén—. Sube.

Thomas ya estaba lamentando haber entrado, pero quería hablar con Newt. Se

quedó mirando las escaleras fijamente. Los peldaños se quejaban y crujían bajo su peso. Se habría detenido por miedo a caer debido a lo vieja que estaba la madera, de no haberse dado una situación tan incómoda en la planta baja. Así que subió, estremeciéndose cada vez que oía cómo se astillaba la madera. Las escaleras le llevaron a un rellano, giraron a la izquierda y luego dieron a un pasillo con barandilla donde había varias habitaciones. Pero sólo de una de ellas salía luz por la rendija de la parte inferior.

—¡El Cambio! —gritó Gally desde abajo—. ¡Ya verás, cara fuco!

Como si la burla le hubiera dado a Thomas una inyección de valor, caminó hacia la puerta iluminada al tiempo que ignoraba el crujido de las tablas del suelo y las risas de abajo, la avalancha de palabras que no entendía, reprimiendo las espantosas sensaciones que provocaban. Alargó la mano para girar el pomo dorado y abrió la puerta.

En el interior de la habitación, Newt y Alby se hallaban agachados junto a alguien que estaba tumbado en una cama.

Thomas se acercó para ver a qué venía tanto escándalo, pero, cuando vio mejor las condiciones del paciente, se le heló el corazón. Tuvo que luchar contra la bilis que le subió a la garganta.

El vistazo fue rápido, tan sólo un par de segundos, pero bastó para que se le quedara grabado en la memoria. Una pálida figura se retorció desesperada, con el pecho desnudo y espantoso. Los cordones tensos que eran sus repugnantes venas verdes recorrían el cuerpo del chico y sus extremidades, como cuerdas bajo su piel. El chaval estaba cubierto de moratones violáceos, urticaria roja y arañazos sangrantes. Sus ojos rojos se le salían de las órbitas y se movían de un lado a otro a toda velocidad. La imagen ya se había quedado grabada a fuego en la cabeza de Thomas antes de que Alby se levantara de un salto para bloquearle la vista, pero no los gemidos y los gritos. Sacó a Thomas a empujones del cuarto y cerró la puerta de golpe al salir.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba, novato? —gritó Alby, con los labios tensos por la furia y los ojos brillantes.

Thomas se sintió débil.

—Yo... eeh... quería algunas respuestas —murmuró, pero no pudo darle fuerza a sus palabras; en su interior, se había rendido. ¿Qué le pasaba a aquel chaval? Thomas se apoyó en la barandilla del pasillo y bajó la vista al suelo, sin estar seguro de lo que haría a continuación.

—Saca ahora mismo de aquí tus mejillas de renacuajo y baja las escaleras —le ordenó Alby—. Chuck te ayudará. Si te vuelvo a ver otra vez antes de mañana por la mañana, no vivirás un día más. Te arrojaré yo mismo por el Precipicio, ¿me captas?

Thomas estaba humillado y asustado. Se sentía como si le hubieran reducido al

tamaño de un ratón. Sin decir ni una palabra, pasó junto a Alby y se dirigió hacia los escalones que crujían, tan rápido como se atrevió. Ignoró las miradas boquiabiertas de los que había en la planta baja, sobre todo la de Gally, salió por la puerta y cogió a Chuck del brazo para marcharse con él.

Odiaba a aquella gente. Los odiaba a todos. Excepto a Chuck.

—Aléjame de estos tíos —dijo, y entonces se dio cuenta de que quizá Chuck era su único amigo en el mundo.

—Lo has pillado —contestó Chuck con un tono alegre, como si estuviera entusiasmado porque le necesitara—. Pero antes cogeremos un poco de la comida que ha hecho Fritanga.

—No sé si alguna vez podré volver a comer.

No después de lo que acababa de ver.

Chuck asintió.

—Sí, sí que podrás. Nos vemos en el mismo árbol de antes en diez minutos.

•••



Thomas estaba más que satisfecho por haberse alejado de la casa y volver al árbol. Sólo hacía un rato que sabía cómo era vivir allí y ya quería que acabara. Deseó con todas sus fuerzas recordar algo de su vida anterior, pero no le venía nada a la cabeza. Ni su madre, ni su padre, ni un amigo, ni el colegio, ni una afición. Ni una chica.

Parpadeó con fuerza varias veces para intentar deshacerse de la imagen que acababa de ver en la choza.

«El Cambio», Gally lo había llamado el Cambio.

Hacía calor, pero Thomas volvió a sentir un escalofrío.

Capítulo 4

Thomas se apoyó en el árbol mientras esperaba a Chuck. Recorrió con la vista el Claro, aquel nuevo sitio de pesadillas donde, al parecer, estaba destinado a vivir. Las sombras de los muros se habían alargado considerablemente y ahora subían por los lados de las paredes de roca cubiertas de hiedra que había al otro lado.

Al menos aquello le ayudaba a orientarse. El edificio de madera se encorvaba en la esquina noroeste, y al suroeste, en un rincón sombrío, había un bosquecillo. La zona de la granja, donde unos cuantos trabajadores aún andaban con cuidado entre los campos, se extendía por toda la cuarta parte noreste del Claro. Los animales estaban en la esquina sureste mugiendo, cacareando y aullando. Justo en medio del patio, el agujero de la Caja aún estaba abierto, como si le invitara a volver a meterse dentro de un salto para marcharse a casa. Al lado, a tal vez seis metros al sur, había un edificio achaparrado, hecho de ásperos bloques de cemento, cuya única entrada era una puerta amenazadora de hierro, y no había ventanas. Un pomo grande y redondo, que se asemejaba a un volante de acero, indicaba el único modo de abrir la puerta, como si fuera de las que se encuentran en el interior de un submarino. A pesar de lo que había visto hacía un rato, Thomas no supo qué era más fuerte, si la curiosidad de saber lo que había dentro o el terror de averiguarlo.

Acababa de centrar su atención en las cuatro aberturas inmensas que había en medio de los muros principales del Claro, cuando llegó Chuck con un par de bocadillos sostenidos contra el pecho, unas manzanas y dos tazas de metal con agua. La sensación de alivio que inundó a Thomas le sorprendió. No estaba completamente solo en aquel sitio.

—A Fritanga no le ha hecho mucha gracia que invadiera su cocina antes de la hora de cenar —dijo Chuck, que se sentó junto al árbol y le hizo una señal a Thomas para que hiciera lo mismo.

Le hizo caso y cogió un sándwich, pero vaciló al volverle a la cabeza la monstruosa imagen de lo que había visto en la choza. Sin embargo, el hambre no tardó en vencerle y le dio un gran mordisco al bocadillo. El maravilloso sabor del jamón, el queso y la mayonesa le llenó la boca.

—Jo, tío —dijo Thomas con la boca llena—, me estaba muriendo de hambre.

—Ya te lo había dicho.

Chuck le dio un bocado a su propio sándwich.

Después de un par de mordiscos más, Thomas finalmente le hizo la pregunta que había estado pensando todo el rato:

—¿Qué le pasa a ese tal Ben? Ya ni siquiera parecía humano.

Chuck le echó un vistazo a la casa.

—La verdad es que no lo sé —masculló distraído—. No lo he visto.

Thomas sabía que el chico no estaba siendo sincero, pero decidió que no iba a presionarle.

—Bueno, tampoco querrías verle, eso seguro.

Continuó comiendo, masticando las manzanas, mientras estudiaba los enormes cortes de los muros. Aunque costaba distinguirlo desde donde él estaba sentado, había algo raro en los bordes rocosos de las salidas hacia los pasillos exteriores. Notó una incómoda sensación de vértigo al mirar las imponentes paredes, como si se cerniera sobre ellas en vez de estar sentado a sus pies.

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó, rompiendo por fin el silencio—. ¿Es esto parte de algún castillo enorme o algo por el estilo?

Chuck vaciló. Parecía incómodo.

—Ummm, nunca he salido del Claro.

Thomas hizo una pausa.

—Estás ocultando algo —contestó por fin; se acabó el bocadillo y dio un buen trago de agua. La frustración por no recibir respuestas de nadie le estaba empezando a sacar de quicio. Pero aún era peor pensar que, aunque obtuviera las respuestas, no sabría si le estaban diciendo la verdad—. ¿Por qué sois tan reservados?

—Así son las cosas. Todo es un poco raro por aquí y la mayoría no sabemos mucho. Ni la mitad de mucho.

A Thomas le fastidió que a Chuck no pareciera importarle lo que acababa de decir. ¿Qué le pasaba a esa gente? Thomas se puso de pie y empezó a caminar hacia la abertura del este.

—Bueno, nadie ha dicho que no pueda echar un vistazo.

Tenía que averiguar algo o iba a volverse loco.

—¡Eh, espera! —gritó Chuck, y echó a correr para alcanzarle—. Cuidado, estas cositas están a punto de cerrarse —parecía que le faltaba el aliento.

—¿De cerrarse? —repitió Thomas—. ¿De qué estás hablando?

—De las puertas, pingajo.

—¿Las puertas? Yo no veo ninguna puerta.

Thomas sabía que Chuck no estaba inventándose nada, sabía que estaba obviando algo evidente. Empezó a preocuparse y advirtió que había aminorado la marcha, que ya no estaba tan impaciente por llegar a los muros.

—Entonces, ¿cómo llamarías esas grandes aberturas? —Chuck señaló los enormes huecos que había entre las paredes. Ahora estaban a tan sólo nueve metros de distancia.

—Las llamaría grandes aberturas —respondió, intentando contrarrestar su incomodidad con sarcasmo, pero sintiéndose desilusionado al ver que no funcionaba.

—Bueno, pues son puertas. Y se cierran cada noche.

Thomas se detuvo al pensar que Chuck tenía que haberse equivocado. Alzó la

vista, miró a un lado y a otro y examinó los inmensos bloques de piedra mientras aquella molesta sensación se convertía en terror absoluto.

—¿A qué te refieres con que se cierran?

—Lo verás con tus propios ojos en un momento. Los corredores no tardarán en volver y, luego, esos grandes muros se moverán hasta que se cierren los huecos.

—Estás como una cabra —farfulló Thomas. No entendía cómo iban a moverse aquellas paredes gigantescas y, como estaba tan seguro de que era imposible, se relajó al pensar que Chuck tan sólo le estaba tomando el pelo.

Llegaron a una enorme separación que daba a otros caminos de piedra en el exterior. Thomas se quedó boquiabierto, con la mente libre de cualquier pensamiento al verlo directamente.

—Esta es la Puerta Este —dijo Chuck, como si estuviera revelando con orgullo una obra de arte que él mismo hubiese creado.

Thomas apenas le oyó, impactado por lo mucho mayor que le parecía de cerca. El corte en la pared, de al menos unos seis metros de ancho, subía hacia arriba, muy por encima de sus cabezas. Los bordes que rodeaban la inmensa abertura eran lisos, salvo por un extraño dibujo que se repetía a ambos lados. En la parte izquierda de la Puerta Este había taladrados en la roca unos agujeros profundos de varios centímetros de diámetro, separados a unos treinta centímetros de distancia entre ellos, que empezaban cerca del suelo y continuaban hasta arriba del todo.

En la parte derecha de la puerta sobresalían unas barras del borde de la pared, también de varios centímetros de diámetro, con la misma forma que los agujeros que tenían enfrente. Estaba claro para qué servían.

—¿Estás de broma? —preguntó Thomas con el miedo golpeándole de nuevo las tripas—. ¿No estabas engañándome? ¿De verdad se mueven las paredes?

—¿A qué otra cosa iba a referirme?

A Thomas le estaba costando mucho aceptar aquella posibilidad.

—No sé. Me imaginaba que habría una puerta que se cerraría de fuera hacia dentro o una minipared que saldría de la grande. Pero ¿cómo van a moverse estos muros? Son enormes y parece que lleven aquí mil años.

Y era espeluznante la idea de que aquellas paredes se cerraran y le dejaran atrapado dentro de aquel sitio llamado el Claro.

Chuck echó los brazos hacia arriba, claramente frustrado.

—No lo sé, se mueven y punto. Encima, hacen un ruido chirriante que resulta infernal. Lo mismo ocurre en el Laberinto, donde las paredes cambian también todas las noches.

Thomas, cuya atención de repente fue atraída por un nuevo detalle, se volvió hacia el joven.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Eh?

—Lo acabas de llamar *laberinto*. Has dicho: «Lo mismo ocurre en el laberinto». Chuck se ruborizó.

—Ya me he hartado de ti. Me he hartado.

Y se fue caminando hacia el árbol que acababan de dejar.

Thomas le ignoró, más interesado que nunca en el exterior del Claro. ¿Era un laberinto? Delante de él, a través de la Puerta Este, distinguió unos pasillos que iban a la izquierda, a la derecha y todo recto. Las paredes eran similares a las que rodeaban el Claro, y el suelo estaba hecho de los mismos bloques de piedra enormes que había en el patio. Incluso parecía haber más hiedra allí fuera. A lo lejos, los cortes en las paredes daban a otros senderos, y más allá, quizás a cien metros o así, el pasillo recto llegaba a un callejón sin salida.

—Parece un laberinto —susurró Thomas, casi riéndose para sus adentros.

Como si las cosas no pudieran ponerse más raras. Le habían borrado la memoria y le habían metido en un laberinto gigante. Era una locura tan grande que hasta le hacía gracia.

Le dio un vuelco el corazón cuando, de improvviso, apareció un chico doblando una esquina para entrar en el pasillo central desde una de las desviaciones a la derecha, corriendo hacia él, en dirección al Claro. Sudoroso, con la cara roja y la ropa pegada al cuerpo, el chico no aminoró la marcha y apenas miró a Thomas al pasar por su lado. Se dirigió directamente al edificio achaparrado de cemento situado junto a la Caja.

Thomas se dio la vuelta con los ojos clavados en el corredor agotado, sin estar seguro de por qué le había sorprendido tanto aquel nuevo acontecimiento. ¿Por qué no iba la gente a salir para examinar el laberinto? Entonces se dio cuenta de que otros entraban por las tres aberturas restantes del Claro, todos corriendo y tan hechos polvo como el tipo que acababa de pasar a toda velocidad por su lado. No podía haber nada bueno en el laberinto si aquellos tíos llegaban tan rendidos y agotados.

Observó con curiosidad mientras se reunían en la gran puerta de hierro del pequeño edificio; uno de los muchachos giró la rueda oxidada y gruñó por el esfuerzo. Antes, Chuck había comentado algo sobre unos corredores. ¿Qué estarían haciendo allí fuera?

La gran puerta por fin se abrió y, con un chirrido ensordecedor del metal contra el metal, los chicos la abrieron del todo. Desaparecieron dentro y la cerraron de un portazo. Thomas se quedó con la vista fija mientras su mente daba vueltas en busca de alguna posible explicación a lo que acababa de presenciar. No se le ocurrió nada, pero hubo algo en aquel espeluznante y viejo edificio que le puso la piel de gallina con un escalofrío inquietante.

Alguien le tiró de la manga e interrumpió sus pensamientos; Chuck había vuelto.

Antes de que Thomas pudiera pararse a pensar, las preguntas le salieron enseguida por la boca:

—¿Quiénes son esos tíos y qué estaban haciendo? ¿Qué hay en ese edificio? — giró sobre sus talones y señaló hacia la Puerta Este—. ¿Y por qué vivís en el interior de un puñetero laberinto?

Notó una vibrante presión de inseguridad que hizo que se sintiese como si la cabeza se le partiera en dos por el dolor.

—No voy a decir ni una palabra más —contestó Chuck, con una nueva autoridad en sus palabras—. Creo que deberías irte pronto a la cama. Necesitas dormir. Ah —se calló, levantó un dedo y aguzó el oído derecho—. Está a punto de ocurrir.

—¿El qué? —preguntó Thomas, y pensó que era un poco raro que Chuck de repente actuara como un adulto en vez de como el niño desesperado por hacer un amigo que había sido hacía sólo unos momentos.

Se oyó un gran estruendo en el aire que sobresaltó a Thomas. Le siguió un horrible crujido chirriante. Era como si la tierra temblara. Miró a su alrededor, aterrorizado. Los muros se estaban cerrando, dejándole atrapado dentro del Claro. Una creciente sensación de claustrofobia le ahogó, le comprimió los pulmones, como si el agua le inundara sus cavidades.

—¡Cálmate, verducho! —gritó Chuck por encima del ruido—. ¡Sólo son las paredes!

Thomas apenas le oyó; estaba demasiado fascinado, demasiado consternado por el cierre de las puertas. Se puso de pie apresuradamente y retrocedió unos cuantos pasos temblorosos para verlo mejor, aunque le costó bastante creer lo que estaba viendo.

El enorme muro de piedra a su derecha parecía desafiar todas las leyes de la física al deslizarse por el suelo, echando chispas y polvo mientras se movía, roca contra roca. El crujido hizo que le vibraran los huesos. Thomas se dio cuenta de que sólo se estaba moviendo esa pared, que se dirigía hacia su vecina de la izquierda y se preparaba para sellarse, deslizándose aquellas barras que sobresalían para meterse en los agujeros taladrados al otro lado. Notó como si su cabeza girara más rápido que el cuerpo y el estómago se le revolviera del mareo. En los cuatro lados del Claro, sólo las paredes de la derecha se movían hacia la izquierda para cerrar el espacio de las puertas.

«Imposible —pensó—. ¿Cómo van a hacer eso?».

Reprimió las ganas de salir corriendo de allí, de deslizarse por los bloques de piedra en movimiento antes de que se cerraran y huir del Claro. Ganó el sentido común. El laberinto era incluso más desconocido que la situación de allí dentro. Intentó visualizar cómo funcionaba aquella estructura. Unas paredes de piedra inmensas, de varios metros de altura, que se movían como puertas de cristal

correderas, una imagen de su vida pasada que, por un instante, apareció en sus pensamientos. Intentó agarrarse a aquel recuerdo, retenerlo, completar la escena con caras, nombres, un lugar, pero se desvaneció en la oscuridad. Una punzada de tristeza atravesó el resto de emociones, que giraban como un remolino.

Observó cómo el muro de la derecha alcanzaba el final de su trayecto y sus barras conectoras encontraban su objetivo para entrar en él sin problemas. Un estruendo retumbó en el Claro cuando las cuatro puertas se cerraron herméticamente por la noche. Thomas sintió un último instante de terror, un poco de miedo en el cuerpo que desapareció de inmediato.

Una sorprendente sensación de tranquilidad le calmó los nervios y soltó un largo suspiro de alivio.

—Guau —dijo, sintiéndose como un estúpido por aquella exclamación monumental.

—No es nada, como diría Alby —murmuró Chuck—. Te acostumbrarás cuando lles aquí un tiempo.

Thomas miró a su alrededor una vez más y tuvo la impresión de que estaba en un sitio completamente diferente ahora que aquellas paredes sólidas estaban cerradas y no había salida. Trató de imaginarse el propósito de todo aquello y no supo qué era peor: que les mantuvieran atrapados allí dentro o que les protegieran de lo que había afuera. Con aquella idea terminó su breve instante de tranquilidad y empezó a pensar en el millón de aterradoras posibilidades de lo que podría vivir en el laberinto. El miedo se volvió a apoderar de él.

—Venga —dijo Chuck, y tiró de la manga de Thomas por segunda vez—. Confía en mí: cuando llegue la noche, querrás estar en la cama.

Thomas sabía que no le quedaban más opciones. Hizo un esfuerzo por ocultar todo lo que estaba sintiendo y le siguió.

Capítulo 5

Acabaron cerca de la Hacienda, el nombre que Chuck le daba a la estructura inclinada de madera con ventanas, en una sombra oscura entre el edificio y el muro de piedra que había detrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó Thomas, que todavía estaba agobiado por haber visto las paredes cerrándose, por pensar en el laberinto, por la confusión, por el miedo. Se obligó a parar porque, si no, iba a volverse loco. Al tratar de captar el sentido de la realidad, intentó sin mucho éxito hacer un chiste—: Si esperas un beso de buenas noches, olvídате.

Chuck continuó andando.

—Cállate y quédate pegado a mí.

Thomas dejó escapar un largo suspiro y se encogió de hombros antes de seguir al niño por la parte trasera del edificio. Caminaron de puntillas hasta que llegaron a una ventana pequeña y polvorienta desde la que salía un tenue rayo de luz que iluminaba la piedra cubierta de hiedra. Thomas oyó que alguien se movía en el interior.

—Es el baño —susurró Chuck.

—¿Y?

Un hilo de inquietud cosió la piel de Thomas.

—Me encanta hacerle esto a la gente. Es un verdadero placer hacerlo antes de irme a dormir.

—Hacer, ¿qué? —algo le decía a Thomas que Chuck no se traía nada bueno entre manos—. Quizá debería...

—Cállate y mira.

Chuck se subió en silencio a una gran caja de madera que había colocada justo debajo de la ventana. Se agachó para que su cabeza quedara abajo y la persona que había dentro no le viera. Luego levantó la mano y dio unos golpecitos en el cristal.

—Esto es una tontería —susurró Thomas. No había un momento peor para hacer una broma. Newt o Alby podían estar por allí—. No quiero meterme en problemas. ¡Acabo de llegar!

Chuck reprimió una carcajada tapándose la boca con una mano. Ignoró a Thomas, levantó el brazo y volvió a dar unos golpecitos en la ventana.

Una sombra cruzó por delante de la luz y, después, la ventana se abrió. Thomas saltó para esconderse y se pegó a la parte trasera del edificio tanto como pudo. No podía creerse que le hubieran embaucado para gastarle una broma a alguien. El ángulo de visión desde la ventana le protegía de momento, pero sabía que les verían si quien fuera que estuviese allí dentro se asomaba para echar un vistazo.

—¿Quién anda ahí? —gritó el chico del lavabo con un tono áspero que expresaba enfado.

Thomas contuvo un grito ahogado cuando se dio cuenta de que se trataba de Gally. Ya reconocía aquella voz.

Sin avisar, Chuck asomó de repente la cabeza por la ventana y gritó a pleno pulmón. Un estrépito en el interior reveló que el truco había funcionado y la retahíla de palabrotas que se oyó a continuación le indicó que Gally no estaba nada contento. A Thomas le asaltó una extraña mezcla de horror y vergüenza.

—¡Te voy a matar, cara fuco! —gritó Gally, pero Chuck ya se había bajado de la caja y corría hacia el centro del Claro.

Thomas se quedó helado cuando oyó que Gally abría una puerta del interior y salía corriendo del baño. Al final reaccionó y salió detrás de su nuevo y único amigo. Acababa de doblar la esquina citando Gally salió gritando de la Hacienda como una bestia salvaje. Enseguida señaló a Thomas.

—¡Ven aquí! —chilló.

A Thomas le dio un vuelco el corazón y obedeció. Todo parecía indicar que le iban a dar un puñetazo en la cara.

—No he sido yo, te lo juro —dijo, aunque mientras estaba allí mirándole se dio cuenta de que, después de todo, no tenía que estar tan asustado. Gally no era tan grande; Thomas podría con él si quisiera.

—¿No has sido tú? —gruñó Gally; se acercó despacio al chico y se detuvo justo delante de él—. Entonces, ¿cómo sabes que hay algo que no has hecho?

Thomas no dijo nada. Estaba muy incómodo, pero no tan asustado como hacía unos instantes.

—No soy imbécil, verducho —soltó Gally—. He visto la cara gorda de Chuck en la ventana —le volvió a señalar, esta vez al pecho—. Pero será mejor que decidas rápido a quién quieres de amigo y de enemigo, ¿me oyes? Como se dé otra broma como esa, y me da igual si ha sido idea tuya o no, va a correr la sangre. ¿Te enteras, novato?

Pero, antes de que Thomas pudiera contestar, Gally ya se había dado la vuelta para marcharse. Thomas tan sólo quería que acabara todo aquello.

—Lo siento —dijo entre dientes, e hizo una mueca de disgusto por lo tonto que sonó.

—Te conozco —añadió Gally sin mirar atrás—. Te vi en el Cambio y voy a averiguar quién eres.

Thomas observó cómo el abusón desaparecía de nuevo en la Hacienda. No recordaba mucho, pero algo le decía que nunca le había gustado tan poco una persona. Se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que odiaba a aquel tío. Le odiaba de verdad. Se dio la vuelta para ver a Chuck allí de pie, con la vista clavada en el suelo, obviamente avergonzado.

—Muchas gracias, colega.

—Perdona; si hubiese sabido que era Gally, no se me habría ocurrido hacerlo, te lo juro.

Para su sorpresa, Thomas se rió. Hacía una hora no hubiera pensado que pudiera volver a oír aquel sonido saliendo de su boca.

Chuck miró a Thomas detenidamente y en su rostro apareció una sonrisa incómoda.

—¿Qué?

Thomas negó con la cabeza.

—No te disculpes. El... pingajo se lo merecía, y ni siquiera sé lo que es un pingajo. Ha sido impresionante.

Se sentía mucho mejor.

• • •



Un par de horas más tarde, Thomas estaba durmiendo sobre el césped en un blando saco de dormir, junto a Chuck, cerca de los jardines. Era un extenso prado que no había advertido antes y algunos del grupo lo habían elegido como lugar para dormir. Thomas pensó que era raro, pero por lo visto no había sitio suficiente dentro de la Hacienda. Al menos hacía calor, lo que le hizo preguntarse por millonésima vez dónde estaban. A su mente le costaba mucho aferrarse a nombres de lugares, recordar países o gobernantes, cómo estaba organizado el mundo. Y ninguno de los chicos del Claro tenía tampoco ni idea o, al menos, si la tenían, no la compartían.

Se quedó en silencio durante un buen rato mientras miraba las estrellas y escuchaba los suaves murmullos de varias conversaciones que flotaban por el Claro. El sueño parecía a kilómetros de distancia y no podía quitarse de encima la desesperación y el desaliento que le recorrían el cuerpo y la mente. La alegría pasajera de la broma que le había gastado Chuck a Gally ya hacía rato que se había desvanecido. Había sido un día extraño e interminable.

Era tan raro... Recordaba un montón de cosas insignificantes de la vida: la comida, la ropa, los estudios, los juegos, imágenes generales de cómo era el mundo. Pero, de algún modo, le habían borrado cualquier detalle que completara el cuadro y creara un auténtico recuerdo. Era como mirar una imagen a través del agua turbia. Por encima de todo, quizá se sentía... triste.

Chuck interrumpió sus pensamientos:

—Bueno, verducho, has sobrevivido al Primer Día.

—Casi.

«Ahora no, Chuck —quiso decirle—. No estoy de humor».

Chuck se incorporó sobre un codo y miró a Thomas.

—Aprenderás mucho en los próximos días y empezarás a acostumbrarte a esto. Está bien, ¿no?

—Ummm, sí, está bien, supongo. Por cierto, ¿de dónde vienen todas estas palabras y frases raras? Parece como si hubieran cogido otro idioma y lo hubieran mezclado con el suyo.

Chuck se dejó caer hacia atrás de golpe.

—No lo sé... Sólo llevo aquí un mes, ¿recuerdas?

Thomas se preguntó si Chuck sabría más de lo que estaba diciendo. Era un niño raro, extraño, y parecía inocente, pero ¿cómo estar seguro? Lo cierto es que era un misterio, como todo lo demás en el Claro.

Pasaron unos cuantos minutos y, por fin, Thomas notó cómo le vencía el sueño. Pero, como un puño que empujara su cerebro y lo soltara, una idea le vino a la mente. Algo que no esperaba y no estaba seguro de dónde había salido. De pronto, el Claro, los muros, el Laberinto, todo le resultó... familiar. Cómodo. Una cálida tranquilidad se extendió por su pecho y, por primera vez desde que había llegado allí, no sintió que el Claro fuera el peor sitio del universo. Se quedó callado, notó cómo los ojos se le abrían de par en par y la respiración se le detuvo durante un buen rato.

¿Qué acababa de pasar?, pensó. ¿Qué había cambiado? Irónicamente, la impresión de que todo iba a ir bien le hizo preocuparse un poco. No entendía cómo sabía lo que tenía que hacer. No era posible. Aquella sensación, la revelación, era extraña, desconocida y familiar al mismo tiempo. Pero estaba... bien.

—Quiero ser uno de los que salen ahí fuera —dijo en voz alta, sin saber si Chuck estaba aún despierto—. De los que entran en el Laberinto.

—¿Eh? —fue la respuesta de Chuck, y Thomas notó un deje de fastidio en su voz.

—Uno de los corredores —aclaró Thomas, y deseó saber de dónde había salido eso—. Sea lo que sea lo que hagan ahí afuera, yo quiero participar.

—Ni siquiera sabes de lo que estás hablando —se quejó Chuck, y se dio la vuelta—. Duérmete.

Thomas sintió que le invadía la confianza, aunque era cierto que no sabía de qué estaba hablando.

—Quiero ser un corredor.

Chuck se volvió hacia él, apoyado sobre un codo.

—Olvídate de eso ahora mismo.

A Thomas le sorprendió la reacción de Chuck, pero continuó:

—No trates de...

—Thomas. Novato. Amigo mío. Olvídalo.

—Mañana se lo diré a Alby.

«Un corredor —pensó Thomas—. Ni siquiera sé lo que significa. ¿Me he vuelto

completamente loco?».

Chuck se tumbó mientras soltaba una carcajada.

—Eres un trocito de clonc. Duérmete.

Pero Thomas no lo dejó:

—Hay algo ahí que me es familiar.

—Duér-me-te.

Entonces vio la luz; fue como si varias piezas del puzzle hubiesen encajado. No sabía cuál sería la imagen final, pero sus siguientes palabras fueron como si las dijera otra persona:

—Chuck, creo... creo que he estado aquí antes.

Oyó que su amigo se sentaba y cogía aire. Pero Thomas se dio la vuelta y se negó a decir una palabra más, por si perdía el ánimo, por si eliminaba la tranquilidad que le inundaba el corazón.

Le entró el sueño con mucha más facilidad de la que esperaba.

Capítulo 6

Alguien zarandeó a Thomas para despertarlo. Abrió los ojos de golpe, vio una cara demasiado pegada a la suya, con la mirada clavada en él, y todo en calma a su alrededor, ensombrecido por la oscuridad de la primera hora de la mañana. Abrió la boca para hablar, pero una mano fría se la tapó y se la cerró. El pánico se adueñó de él hasta que vio quién era.

—Shh, verducho. No querrás despertar a Chucky, ¿no?

Era Newt, el que parecía ser el segundo al mando; el aire se llevó su aliento matutino.

Aunque Thomas estaba sorprendido, la inquietud desapareció al instante. No podía evitar tener curiosidad y se preguntaba qué quería aquel chico de él. Thomas asintió, esforzándose por decir que sí con los ojos, hasta que al fin Newt retiró la mano y luego se echó hacia atrás, en cuclillas.

—Vamos, verducho —susurró el chico alto mientras se ponía de pie. Extendió la mano y ayudó a Thomas a levantarse. Era tan fuerte que casi parecía que le fuera a desencajar el brazo—. Se supone que te tengo que enseñar algo antes de que se despierten.

Cualquier resquicio de sueño persistente ya había desaparecido de la mente de Thomas.

—Vale —se limitó a decir, y le siguió. Sabía que debería abrigar sospechas, pues aún no tenía motivos para confiar en nadie, pero venció la curiosidad. Rápidamente se agachó para ponerse los zapatos—. ¿Adónde vamos?

—Tú sígueme. Y pégate a mí.

Caminaron a hurtadillas entre los cuerpos que dormían esparcidos por el suelo y Thomas estuvo a punto de tropezar varias veces. Le pisó la mano a alguien y, como respuesta, recibió un grito agudo de dolor y un puñetazo en la pantorrilla.

—Perdón —susurró, e ignoró la mirada asesina de Newt.

En cuanto dejaron atrás el prado y alcanzaron la piedra gris y dura del suelo del patio, Newt echó a correr en dirección a la pared oeste. Thomas al principio vaciló, preguntándose por qué se había puesto a correr, pero reaccionó de inmediato y le siguió a la misma velocidad.

La luz era tenue, pero cualquier obstáculo aparecía como una sombra más oscura y, así, pudo avanzar rápidamente. Se detuvo cuando Newt lo hizo, junto al inmenso muro que descollaba por encima de ellos como un rascacielos, otra imagen al azar que flotaba en el turbio charco de su memoria borrada. Thomas vio unas lucecitas rojas que brillaban por la pared: se movían, se paraban, se encendían y se apagaban.

—¿Qué es eso? —susurró tan alto como se atrevió mientras se preguntaba si su voz sonaba tan temblorosa como él la notaba. El destello rojo titilante de las luces

tenía un trasfondo de advertencia.

Newt se quedó a medio metro enfrente de la espesa cortina de hiedra del muro.

—Cuando lo tengas que saber, lo sabrás, verducho.

—Bueno, es un poco estúpido mandarme a un sitio donde nada tiene sentido y nadie responde a mis preguntas —Thomas se detuvo, sorprendido ante sus palabras—. Pingajo —añadió, vertiendo todo el sarcasmo posible en cada sílaba.

Newt soltó una carcajada, pero enseguida la cortó.

—Me gustas, verducho. Ahora cállate y deja que te enseñe algo.

Newt dio un paso adelante y hundió las manos en la espesa hiedra para retirar la enredadera de la pared y revelar una ventana llena de polvo, un cuadrado de unos sesenta centímetros de ancho. En aquel momento estaba oscura, como si alguien la hubiera pintado de negro.

—¿Qué estamos buscando? —susurró Thomas.

—Agárrate bien fuerte, chaval. Está a punto de salir uno.

Pasó un minuto; luego, dos. Varios más. Thomas empezó a mover los pies mientras se preguntaba cómo Newt podía estar allí tan paciente y callado, con la vista clavada en la oscuridad.

Entonces la escena cambió.

Unas luces extrañas brillaron a través de la ventana y proyectaron un espectro tembloroso de colores en la cara y el cuerpo de Newt, como si estuviera junto a una piscina iluminada. Thomas se quedó en absoluto silencio, con los ojos entrecerrados, mientras trataba de averiguar qué había al otro lado. Se le hizo un nudo en la garganta.

«¿Qué es eso?», pensó.

—Ahí fuera está el Laberinto —susurró Newt con los ojos abiertos como si estuviera en trance—. Todo lo que hacemos (nuestra vida, verducho) gira en torno a él. Pasamos cada bonito segundo de cada bonito día honrando al Laberinto, intentando resolver algo que ni siquiera sabemos si tiene una maldita solución, ¿sabes? Y queremos enseñarte que no es un sitio donde quieras meterte. Te enseñaremos por qué cierran los puñeteros muros todas las noches. Te enseñaremos por qué no debes nunca, y digo nunca, sacar tu culo ahí fuera.

Newt retrocedió, todavía sujeto a la enredadera. Le hizo una señal a Thomas para que ocupara su sitio y mirara a través de la ventana. Thomas le hizo caso y se inclinó hasta que su nariz tocó la fría superficie de cristal. Tardó unos segundos en centrar los ojos en el objeto que se movía al otro lado, en mirar más allá de la mugre y el polvo para ver lo que Newt quería que viera. Y, cuando lo consiguió, notó que el aliento se le quedaba retenido en la garganta, como si allí soplara un viento glacial que hubiera congelado su respiración.

Una criatura grande y bulbosa, del tamaño de una vaca, pero sin ninguna forma

definida, se retorció furiosa en el suelo del pasillo exterior. Trepó por el muro de enfrente y luego saltó hacia la ventana de grueso cristal con un fuerte golpe. Thomas pegó un grito antes de poder contenerlo y se apartó de allí sobresaltado, pero aquella cosa rebotó hacia atrás, dejando el vidrio intacto.

Thomas respiró profundamente dos veces y volvió a asomarse. Estaba muy oscuro para distinguirlo con claridad, pero unas luces extrañas, que salían de no sé sabía dónde, revelaban una masa de pinchos plateados y carne brillante. Unos malvados apéndices con instrumentos en la punta sobresalían de su cuerpo como si fueran brazos: la hoja de una sierra, unas tijeras grandes y unas barras largas que a saber para qué servían.

La criatura era una espantosa mezcla de animal y máquina, y parecía darse cuenta de que la estaban observando, parecía saber lo que había en el interior de los muros del Claro, parecía querer entrar y darse un festín de carne humana. Thomas notó que un terror glacial crecía en su pecho, expandiéndose como un tumor y dificultando su respiración. Hasta con la memoria borrada estaba segurísimo de que nunca había visto nada tan horrible.

Retrocedió, y el valor que había sentido la noche anterior desapareció.

—¿Qué es esa cosa? —inquirió. Notó un escalofrío en sus tripas y se preguntó si alguna vez volvería comer.

—Los llamamos laceradores —contestó Newt—. Es un bicho asqueroso, ¿eh? Alégrate de que sólo salgan de noche y da las gracias por estos muros.

Thomas tragó saliva y pensó en cómo iba a salir de allí. Su deseo de convertirse en corredor era demasiado aventurado. Pero tenía que hacerlo. De algún modo, sabía que tenía que hacerlo. Era muy raro que sintiera aquello, después de lo que acababa de ver.

Newt siguió mirando por la ventana, distraído.

—Ahora ya sabes las mierdas que acechan en el laberinto, amigo mío. Ahora ya sabes que no es ninguna broma. Te han enviado al Claro, verducho, y esperamos que sobrevivas y nos ayudes a conseguir el propósito por el que nos han traído aquí.

—¿Y cuál es? —preguntó Thomas, aunque le aterraba conocer la respuesta.

Newt se volvió para mirarle directo a los ojos. Le iluminaban las primeras luces del alba y Thomas pudo ver todos los detalles del rostro de Newt, su piel tensa y la frente arrugada.

—Encontrar la salida, verducho —respondió Newt—, Resolver el puñetero Laberinto para encontrar el camino de vuelta a casa.

•••



Un par de horas más tarde, una vez que las puertas volvieron a abrirse, retumbando y haciendo temblar el suelo hasta que acabaron, Thomas se sentó en una vieja mesa de *picnic* que había en el exterior de la Hacienda. Sólo podía pensar en los laceradores, en cuál sería su intención y en qué harían allí fuera durante la noche. En cómo sería ser atacado por algo tan espantoso.

Trató de sacarse aquella imagen de la cabeza y pensar en otra cosa. En los corredores. Se habían marchado sin decir ni una palabra a nadie, habían salido disparados hacia el Laberinto a toda velocidad y habían desaparecido al doblar las esquinas. Se los imaginó mientras cogía los huevos y el beicon con un tenedor, sin hablar con nadie, ni siquiera con Chuck, que comía en silencio a su lado. El pobre chaval se había cansado de intentar entablar una conversación con Thomas, que se negaba a responder. Lo único que quería era que le dejaran en paz.

No lo entendía, su cerebro estaba sobrecargado intentando calcular la imposibilidad total de la situación. ¿Cómo podía ser un laberinto, con las paredes tan altas y sólidas, tan grande que un montón de chicos no hubiera podido resolverlo después de llevar intentándolo a saber cuánto tiempo? ¿Cómo podía existir una estructura como aquella? Y más importante: ¿por qué? ¿Cuál era el propósito de tal cosa? ¿Por qué estaban todos allí? ¿Cuánto tiempo llevaban allí?

Aunque trataba de evitarlo, su mente no dejaba de volver a la imagen del feroz lacerador. Su compañero fantasma parecía asaltarle cada vez que parpadeaba o se frotaba los ojos.

Thomas sabía que era un chico listo; de algún modo, tenía esa corazonada. Pero no tenía sentido nada de lo que ocurría en aquel sitio. Excepto una cosa. Se suponía que él debía ser un corredor. ¿Por qué lo sentía con tanta fuerza? Incluso ahora, después de ver lo que habitaba en el laberinto.

Unos golpecitos en el hombro le apartaron de sus pensamientos. Levantó la vista y vio a Alby detrás de él, con los brazos cruzados.

—¿No pareces muy fresco? —dijo Alby—. ¿Has visto algo bonito esta mañana por la ventana?

Thomas se levantó con la esperanza de que hubiera llegado el momento de las respuestas o de que, tal vez, algo le distrajera la atención de aquellos pensamientos lúgubres.

—Ha bastado para que quiera saber más cosas sobre este lugar —repuso, esperando no provocar el mal genio que había sacado aquel tío el día anterior.

Alby asintió.

—Tú y yo, pingajo. La Visita empieza ahora —empezó a moverse, pero luego se

detuvo y levantó un dedo—. No hagas preguntas hasta el final, ¿me entiendes? No tengo tiempo para estar contigo todo el día de cháchara.

—Pero... —Thomas se calló cuando Alby arqueó las cejas. ¿Por qué aquel tío tenía que ser tan capullo?—, pero cuéntamelo todo, quiero saberlo todo.

La noche anterior había decidido no contarle a nadie más lo curiosamente familiar que le resultaba aquel sitio, que tenía la extraña sensación de haber estado allí antes, de que podía recordar cosas. Compartir aquel dato no parecía muy buena idea.

—Te diré lo que yo quiera, verducho. Vamos.

—¿Puedo ir? —preguntó Chuck desde la mesa.

Alby le retorció la oreja al niño.

—¡Ay! —chilló Chuck.

—¿Es que no tienes trabajo, gilipullo? —espetó Alby—. Hay mucho que deambular.

Chuck puso los ojos en blanco y luego miró a Thomas.

—Que te diviertas.

—Lo intentaré.

De repente, lo sintió por Chuck, pues quería que la gente tratara mejor a aquel niño. Pero no podía hacer nada para remediarlo, tenía que marcharse.

Se alejó con Alby y esperó que la Visita hubiera empezado oficialmente.

Capítulo 7

Empezaron por la Caja, que en aquel momento tenía cerradas las puertas dobles de metal, planas en el suelo, pintadas de blanco, descoloridas y agrietadas. El día se había aclarado considerablemente y las sombras se habían extendido en dirección contraria a lo que Thomas había visto el día anterior. Todavía no había localizado el sol, pero parecía como si fuera a asomar por el muro del este en cualquier momento.

Alby señaló las puertas.

—Esto de aquí es la Caja. Una vez al mes llega un novato, como tú; nunca falla. Una vez a la semana, nos llegan provisiones, ropa, algo de comida. No necesitamos mucho, nos las arreglamos bastante bien en el Claro.

Thomas asintió; se moría por hacerle un montón de preguntas.

«Necesito cinta adhesiva para ponérmela en la boca», pensó.

—No sabemos ni jota sobre la Caja, ¿me entiendes? —continuó Alby—. De dónde viene, cómo llega aquí o quién está a cargo de ella. Los pingajos que nos la envían no nos dicen nada. Tenemos toda la electricidad que necesitamos, cultivamos y criamos la mayoría de nuestra comida, hacemos nuestra ropa y esas cosas. Una vez intentamos devolver con la Caja a un verducho gilipullo, pero la cosa no se movió hasta que no le sacamos.

Thomas se preguntó qué había debajo de aquellas puertas cuando la Caja no estaba, pero mantuvo la boca cerrada. Sentía una mezcla de emociones: curiosidad, frustración y asombro, unidas al horror persistente por el lacerador que había visto aquella mañana.

Alby siguió hablando sin molestarse en mirar a Thomas a los ojos:

—El Claro está dividido en cuatro partes —levantó los dedos para contar las cuatro zonas—: los Huertos, la Casa de la Sangre, la Hacienda y los Muertos. ¿Lo pillas?

Thomas vaciló y negó con la cabeza, confundido. Alby parpadeó un instante mientras continuaba. Era como si estuviera pensando en mil cosas que preferiría estar haciendo en vez de estar allí. Señaló el rincón noreste, donde estaban situados los campos y los árboles frutales.

—Los Huertos, donde tenemos los cultivos. El agua llega a través de unas tuberías en el suelo. Siempre han estado ahí o, si no, nos hubiéramos muerto de hambre hace mucho tiempo. Aquí nunca llueve. Nunca —señaló hacia el rincón sureste, hacia los establos y los corrales de los animales—. La Casa de la Sangre, donde criamos y sacrificamos a los animales —señaló la lamentable residencia—. La Hacienda, un estúpido lugar que es el doble de grande que cuando llegamos aquí, porque seguimos añadiéndole cosas cuando nos mandan madera y otras cloncs. No es bonito, pero hace su función. Aunque muchos de nosotros dormimos fuera.

Thomas se sintió mareado. Tenía tantas preguntas en la cabeza que no podía controlarlas. Alby señaló hacia el rincón suroeste, la zona boscosa revestida de bancos y varios árboles enfermos.

—A eso lo llamamos los Muertos. El cementerio está en esa esquina, en la espesura del bosque. Y no hay mucho más. Puedes ir allí a sentarte y descansar, a pasar el rato o lo que sea —se aclaró la garganta, como si quisiera cambiar de tema—. Pasarás las próximas dos semanas trabajando con un guardián diferente hasta que sepamos qué se te da mejor: ser un deambulante, un ladrillero, un embolsador, un excavador... Seguro que en algo te colocamos. Vamos.

Alby caminó hacia la Puerta Sur, situada entre lo que había llamado los Muertos y la Casa de Sangre. Thomas le siguió y arrugó la nariz al venirle el olor a estiércol de los corrales de los animales.

«¿Un cementerio? —pensó—. ¿Por qué necesitan un cementerio en un sitio que está lleno de adolescentes?».

Aquello le molestó incluso más que no conocer algunas de las palabras que Alby continuaba diciendo, como deambulante y embolsador y que no sonaban nada bien. De nuevo estuvo a punto de interrumpir a Alby, pero mantuvo la boca cerrada.

Frustrado, centró su atención en los corrales de la Casa de la Sangre. Varias vacas mordisqueaban y masticaban el heno verdoso que había en un comedero. Los cerdos holgazaneaban en un barrizal y de vez en cuando movían el rabo, la única señal de que estaban vivos. En otro corral había ovejas; también había un gallinero y jaulas con pavos. Los trabajadores iban de aquí para allá y parecía que llevaran toda su vida en una granja.

«¿Por qué me acuerdo de estos animales?», se preguntó Thomas. No veía nada nuevo ni interesante en ellos. Sabía cómo se llamaban, lo que solían comer y qué aspecto tenían. ¿Por qué ese tipo de cosas aún estaban alojadas en su memoria, pero no dónde había visto antes esos animales o con quién? Su pérdida de memoria le desconcertaba debido a su complejidad.

Alby señaló el gran establo que había en el rincón, cuya pintura roja descolorida se había quedado de un tono mate oxidado.

—Allí es donde trabajan los cortadores. Eso sí que es desagradable. Asqueroso. Si te gusta la sangre, puedes convertirte en cortador.

Thomas negó con la cabeza. Lo de ser cortador tenía muy mala pinta. Mientras seguían caminando, centró su atención en el otro lado del Claro, en la parte que Alby había llamado *los Muertos*. Los árboles eran más espesos y densos conforme se adentraban en aquella esquina, estaban más vivos y llenos de hojas. Unas sombras oscuras cubrían las profundidades de la zona boscosa, a pesar de la hora que era. Thomas alzó la vista, entrecerrando los ojos para ver el sol, que por fin era visible, aunque tenía un aspecto extraño; era más anaranjado de lo normal. Y pensó que aquel

era otro ejemplo de lo extraña que era la memoria selectiva que tenía.

Volvió la mirada hacia los Muertos, con un disco brillante todavía en la retina. Parpadeó para que desapareciera y, de repente, volvió a ver las luces rojas que titilaban y se deslizaban en la oscuridad del bosque.

«¿Qué son esas cosas?», se preguntó, irritado porque Alby no le había contestado antes. Tanto secreto le molestaba.

Alby se detuvo y Thomas se sorprendió al ver que habían llegado a la Puerta Sur. Los dos muros que flanqueaban la salida se elevaban por encima de sus cabezas. Los gruesos bloques de piedra gris estaban agrietados y cubiertos de hiedra, tan antiguos como ninguna otra cosa que Thomas pudiera imaginar. Estiró el cuello para ver la parte superior de los muros, pero su mente empezó a dar vueltas con la extraña sensación de que estaba mirando hacia abajo, no hacia arriba. Retrocedió un paso tambaleándose, sobrecogido una vez más por la estructura de su nuevo hogar, y luego volvió a centrar su atención en Alby, que estaba de espaldas a la salida.

—Ahí fuera está el Laberinto.

Alby señaló con el pulgar por encima de su hombro y, después, se calló. Thomas clavó los ojos en aquella dirección, a través del espacio entre los muros que servía como salida del Claro. Los pasillos de allí fuera parecían similares a los que había visto por la ventana de la Puerta Este a primera hora de esa misma mañana. Aquella idea le produjo un escalofrío y se preguntó si el lacerador podría atacarlos. En cualquier momento. Retrocedió un paso antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

«Cálmate», se reprendió, avergonzado.

Alby continuó:

—Llevo dos años aquí. Pocos han durado tanto tiempo. Casi todos han muerto — Thomas notó que los ojos se le abrían de par en par y el corazón le latía más rápido —. Hace dos años que intentamos resolver esta cosa, pero no ha habido suerte. Los fucos muros de allí fuera se mueven por la noche, igual que las puertas. Hacer un mapa no es nada fácil, nada fácil —señaló con la cabeza hacia el edificio de cemento en el que habían desaparecido los corredores la noche anterior.

Otra punzada de dolor atravesó la mente de Thomas; había demasiadas cosas que calcular a la vez. ¿Llevaban allí dos años? ¿Las paredes del Laberinto se movían? ¿Cuántos habían muerto? Caminó hacia delante, con la intención de ver el Laberinto con sus propios ojos, como si las respuestas estuvieran escritas en los muros de ahí fuera.

Alby extendió el brazo, empujó a Thomas en el pecho y le hizo tropezar hacia atrás.

—No vas a salir ahí, pingajo.

Thomas tuvo que tragarse su orgullo.

—¿Por qué no?

—¿Crees que he mandado a Newt antes de que los otros se despertaran nada más que por pura diversión? Pirado, esa es la Regla Número Uno, la única que no debes infringir nunca. Nadie, y digo nadie, puede salir al Laberinto, excepto los corredores. Como rompas esa norma, si no te matan los laceradores, te mataremos nosotros mismos, ¿te enteras?

Thomas asintió, refunfuñando para sus adentros, seguro de que Alby estaba exagerando. Esperaba que así fuera. De todos modos, si le quedaba alguna duda sobre lo que le había dicho a Chuck la noche anterior, ahora lo tenía clarísimo. Quería ser un corredor. Sería un corredor. En lo más profundo de su ser sabía que tenía que ir ahí fuera, al Laberinto. A pesar de todo lo que le habían contado y lo que había visto de primera mano, le llamaba tanto como el hambre o la sed.

Un movimiento arriba, en el muro a la izquierda de la Puerta Sur, atrajo su atención. Reaccionó enseguida, asustado, y miró justo a tiempo de ver un destello plateado. Un trozo de hiedra se agitó cuando la cosa desapareció por allí.

Thomas señaló el muro.

—¿Qué era eso? —preguntó antes de que le mandaran callar de nuevo.

Alby no se molestó en mirar.

—No hagas preguntas hasta el final, pingajo. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —hizo una pausa y dejó escapar un suspiro—. Son cuchillas escarabajo; así nos vigilan los creadores. Será mejor que...

Fue interrumpido por una alarma retumbante que sonaba en todas las direcciones. Thomas se tapó los oídos con las manos, mirando a su alrededor mientras la sirena atronaba y su corazón estaba a punto de salirse del pecho. Pero, al volver a mirar a Alby, se detuvo.

Alby no estaba actuando como si estuviera asustado. Parecía... confundido. Sorprendido. La alarma resonó en el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó Thomas.

El alivio le inundó el pecho, pues al parecer su guía turístico no pensaba que se acabara el mundo; pero, aun así, Thomas estaba empezando a hartarse de ser asaltado por oleadas de pánico.

—Qué raro —fue todo lo que dijo Alby mientras examinaba el Claro con los ojos entrecerrados.

Thomas advirtió que había gente echando un vistazo en la Casa de la Sangre, por lo visto igual de confundida. Uno de ellos, un muchacho flaco y bajito empapado de barro, le gritó algo a Alby.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico, mirando a Thomas por alguna razón.

—No lo sé —murmuró Alby con voz distante.

Pero Thomas no pudo soportarlo más:

—¡Alby! ¿Qué está ocurriendo?

—¡La Caja, cara fucó, la Caja! —exclamó Alby antes de salir a paso rápido hacia el centro del Claro, y a Thomas le dio la impresión de que estaba aterrado.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que corría para alcanzarlo, pero en realidad lo que quería gritar era: «¡Háblame!».

Alby no contestó ni aminoró la marcha y, a medida que se acercaban a la Caja, Thomas vio a un montón de chicos correr por el patio. Se encontró con Newt y le llamó, mientras trataba de contener el miedo en aumento y se decía a sí mismo que todo iba a salir bien, que debía de haber una explicación razonable.

—Newt, ¿qué pasa? —gritó.

Newt le miró, le saludó con la cabeza y se acercó a él, extrañamente calmado en medio de aquel caos. Le dio un manotazo a Thomas en la espalda.

—Significa que va a llegar un puñetero novato en la Caja —hizo una pausa como si esperara que Thomas estuviera impresionado—. Ahora mismo.

—¿Y?

Cuando Thomas miró a Newt con más detenimiento, se dio cuenta de que lo que había confundido con calma era, en realidad, desconcierto. Quizás, incluso, entusiasmo.

—¿Y? —repitió Newt, abriendo un poco la boca—. Verducho, nunca hemos tenido a dos novatos en el mismo mes, y menos aún en dos días seguidos.

Y, al decir eso, salió corriendo hacia la Hacienda.

Capítulo 8

La alarma por fin paró, después de atronar durante dos minutos enteros. Una multitud se había reunido en medio del patio, alrededor de las puertas de acero por las que Thomas, como advirtió sorprendido, había llegado el día anterior.

«¿Fue ayer? —pensó—. ¿Hace tan sólo un día?».

Alguien le dio unos golpecitos en el codo y, al mirar, vio que Chuck estaba de nuevo a su lado.

—¿Qué tal, judía verde? —preguntó.

—Muy bien —contestó, aunque no podía estar más lejos de la verdad. Señaló las puertas de la Caja—. ¿Por qué está todo el mundo alucinando? ¿No es por eso por lo que todos estáis aquí?

Chuck se encogió de hombros.

—No sé, supongo que siempre ha sido muy regular. Una vez al mes, cada mes, el mismo día. A lo mejor el que está a cargo de todo esto ha decidido que tú eras un gran error y ha mandado a alguien para que te sustituya.

Le dio un codazo en las costillas y soltó una risita, una risa aguda que inexplicablemente hizo que el chico le cayera mejor. Thomas le lanzó una mirada asesina en broma.

—¡Estás hecho un incordio!

—Sí, pero ahora somos colegas, ¿no? —esta vez, Chuck se rió de verdad con una especie de resoplido chillón.

—Según parece, no me dejas muchas más opciones.

Pero la verdad era que necesitaba un amigo y Chuck le venía bien.

El niño se cruzó de brazos, con aire de estar muy satisfecho.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado, verducho. Todos necesitamos un colega en este sitio.

Thomas agarró a Chuck del cuello y siguió bromeando:

—Vale, colega, entonces llámame por mi nombre: Thomas. O te tiraré al agujero cuando se marche la Caja —aquello desencadenó una idea en su cabeza cuando soltó a Chuck—. Espera un momento, ¿alguna vez lo habéis...?

—¿Intentado? —le interrumpió Chuck antes de que Thomas pudiera terminar la frase.

—Intentar, ¿qué?

—Bajar a la Caja después de que deje la entrega —contestó Chuck—. No hace nada. No baja hasta que no está completamente vacía.

Thomas recordó que Alby le había contado lo mismo.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué hay de...?

—Lo hemos intentado.

Thomas tuvo que reprimir un quejido; aquello le estaba resultando molesto.

—Tío, es difícil hablar contigo. ¿Qué es lo que habéis intentado?

—Atravesar el agujero que queda cuando se va la Caja. No se puede. Las puertas se abren, pero sólo hay vacío, oscuridad, nada. No hay cuerdas ni nada. No se puede hacer.

¿Cómo era posible?

—¿Lo habéis...?

—¿Intentado?

Thomas sí soltó un gruñido esta vez.

—Vale, ¿qué?

—Tiramos algunas cosas por el hueco y nunca las oímos ir a parar a ningún sitio, sino que cayeron durante mucho rato.

Thomas hizo una pausa antes de responder; no quería que le interrumpiera de nuevo.

—¿A ti qué te pasa, lees la mente o algo por el estilo? —puso todo el sarcasmo que pudo en aquel comentario.

—Soy brillante, eso es todo —el niño le guiñó el ojo.

—Chuck, no vuelvas a guiñarme el ojo —le dijo Thomas con una sonrisa. Chuck era un poco pesado, pero había algo en él que hacía parecer las cosas menos terribles. Thomas respiró hondo y miró al grupo que estaba reunido alrededor del agujero—. ¿Cuánto tiempo pasa hasta que llega el envío?

—Normalmente tarda una media hora después de la alarma.

Thomas se quedó pensando un segundo. Tenía que haber algo que no hubiesen intentado.

—¿Estás seguro de lo del hueco? ¿Alguna vez habéis...? —se calló para esperar una interrupción, pero no la hubo—. ¿Alguna vez habéis intentado hacer una cuerda?

—Sí, lo han hecho. Con la enredadera. La más larga que se podía hacer. Digamos que ese pequeño experimento no salió muy bien.

—¿A qué te refieres?

«Ahora, ¿qué?», pensó Thomas.

—Yo no estaba aquí, pero he oído que el chico que se ofreció voluntario sólo había bajado tres metros cuando algo pasó por el aire zumbando y le partió por la mitad.

—¿Qué? —Thomas se rió—. No me lo creo.

—¿Ah, no, chico listo? He visto los huesos de ese imbécil. Le cortaron por la mitad como un cuchillo corta la mantequilla y lo guardaron en una caja para advertir a los chicos de que en el futuro no fueran tan estúpidos.

Thomas esperó que Chuck se riera o sonriera, pues aún creía que era una broma. ¿Quién había oído alguna vez que hubieran cortado a alguien por la mitad? Pero no se

rió.

—¿Lo dices en serio?

Chuck se le quedó mirando fijamente.

—Yo no miento, verd..., eeh, Thomas. Vamos, acerquémonos a ver quién viene. No puedo creer que sólo hayas sido judía verde por un día. ¡Qué giliclonc!

Mientras caminaban, Thomas hizo la única pregunta que no había planteado hasta entonces:

¿Cómo sabes que no son provisiones o cualquier otra cosa?

—Entonces, no hubiera sonado la alarma —contestó Chuck Simplemente—. Los suministros llegan todas las semanas a la misma hora. Eh, mira —Chuck se calló y señaló a alguien del grupo. Era Gally, que tenía los ojos clavados en ellos—. Foder —dijo—. No le gustas ni en pintura, tío.

—Ya —masculló Thomas—. Me he dado cuenta.

Y el sentimiento era mutuo.

Chuck le dio un golpecito a Thomas con el codo y ambos siguieron caminando hacia el grupo; luego esperaron en silencio. Cualquier pregunta que tuviera Thomas se le había olvidado. Se le habían quitado las ganas de hablar al ver a Gally.

A Chuck, por lo visto, no:

—¿Por qué no vas y le preguntas qué problema tiene? —preguntó, intentando sonar duro.

Thomas quería pensar que era lo bastante valiente para hacerlo, pero en aquel momento le parecía la peor idea del mundo.

—Bueno, por lo pronto, tiene más aliados que yo. No es alguien a quien me quiera enfrentar.

—Sí, pero tú eres más inteligente. Y seguro que más rápido. Podrías con él y con todos sus colegas.

Uno de los chicos que estaba delante de ellos miró por encima del hombro con cara de enfado. «Debe de ser uno de los amigos de Gally», pensó Thomas.

—¿Quieres callarte? —le espetó a Chuck entre dientes.

Una puerta se cerró a sus espaldas. Thomas se dio la vuelta para ver a Alby y Newt acercándose desde la Hacienda. Ambos parecían agotados. Al verlos, Ben le vino a la cabeza, así como la horrible imagen de él retorciéndose en la cama.

—Chuck, tío, me tienes que contar qué es todo eso del Cambio. ¿Qué han estado haciendo ahí dentro con el pobre Ben?

Chuck se encogió de hombros.

—No conozco los detalles. Los laceradores te hacen cosas malas y tu cuerpo pasa por algo espantoso. Cuando se acaba, eres... diferente.

Thomas sintió que era la oportunidad para conseguir una respuesta en firme.

—¿Diferente? ¿A qué te refieres? ¿Y qué tiene que ver con los laceradores? ¿Es

lo que Gally quería decir con que te «pican»?

—Shhh —Chuck se puso un dedo en la boca.

Thomas casi gritó de frustración, pero permaneció en silencio. Ya haría que Chuck se lo contara más tarde, quisiera el niño o no.

Alby y Newt habían llegado al gentío y se abrieron camino hacia delante para quedar justo al lado de las puertas que daban a la Caja. Todo el mundo estaba en silencio y, por primera vez, Thomas notó los chirridos y el traqueteo del ascensor que subía, lo que le hizo recordar la pesadilla que había sido su viaje el día anterior. Le envolvió la tristeza, casi como si estuviera reviviendo aquellos breves minutos terribles al despertar en la oscuridad y haber perdido la memoria. Sentía lástima por quienquiera que fuese el chico nuevo, pues iba a pasar por lo mismo que él.

Un ruido sordo anunció que el extraño ascensor había llegado.

Thomas observó, a la espera, cómo Newt y Alby se colocaban el uno enfrente del otro, junto a las puertas del hueco, para separar la rendija que había en el cuadrado de metal, justo en medio. Los dos tiraron de los sencillos asideros en forma de gancho que había pegados a ambos lados. Con un chirrido, las puertas se abrieron y una polvareda se levantó en el aire por la piedra de alrededor.

Se hizo un silencio absoluto entre los clarianos. Cuando Newt se inclinó para mirar con más detenimiento el interior de la Caja, el débil balido de una cabra a lo lejos resonó en el patio. Thomas se inclinó hacia delante todo lo que pudo con la esperanza de echarle un vistazo al recién llegado.

Con una repentina sacudida, Newt volvió a ponerse derecho, con la cara arrugada por la confusión.

—Hostia... —musitó, mirando a su alrededor nada en concreto.

Para entonces, Alby también había echado una ojeada y había tenido una reacción similar:

—¡Qué fuerte! —murmuró, casi en trance.

Un coro de preguntas inundó el aire cuando todos empezaron a echarse hacia delante para mirar por la pequeña abertura.

«¿Qué ven ahí abajo? —se preguntó Thomas—. ¡¿Qué ven?!».

Sintió una ligera punzada de miedo, parecida a la que había experimentado aquella mañana, cuando caminó hacia la ventana para ver el lacerador.

—¡Esperad! —gritó Alby para que se callara todo el mundo—. ¡Esperad!

—Bueno, ¿qué pasa? —le preguntó alguien.

Alby se levantó.

—Dos novatos en dos días —respondió casi en un suspiro—. Y ahora, esto. En dos años no ha habido nada diferente, y ahora esto —entonces, por alguna razón, miró directamente a Thomas—. ¿Qué pasa aquí, verducho?

Thomas se le quedó mirando, confundido, con la cara roja como un pimiento y el

estómago encogido.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—¿Por qué no nos dices qué coño hay ahí abajo, Alby? —gritó Gally.

Hubo más murmullos y otro empujón hacia delante.

—¡Callaos, pingajos! —chilló Alby—. Díselo, Newt.

Newt bajó la vista hacia la Caja una vez más y luego miró a la multitud, serio.

—Es una chica —dijo.

Todos empezaron a hablar a la vez y Thomas sólo pudo captar algunos fragmentos sueltos:

—¿Una chica?

—¡Me la pido!

—¿Cómo es?

—¿Cuántos años tiene?

Thomas se ahogaba en un mar de confusión. ¿Una chica? Ni siquiera se había planteado por qué en el Claro sólo había chicos y no chicas. Lo cierto es que ni había tenido tiempo de darse cuenta.

«¿Quién es? —se preguntó—. ¿Por qué...?».

Newt volvió a hacerles callar:

—Eso no es todo —dijo, y señaló hacia la Caja—. Creo que está muerta.

• • •



Un par de chicos cogió unas cuerdas hechas de enredaderas y bajó a Alby y a Newt hacia el interior para que pudieran rescatar el cuerpo de la chica. Una atmósfera de sorpresa afectaba a la mayoría de los clarianos, que daban vueltas con caras de circunstancias, dando patadas a las rocas sueltas, sin apenas decir palabra. Nadie se atrevía a admitir que se moría de ganas de ver a la chica, pero Thomas suponía que todos tenían tanta curiosidad como él.

Gally era uno de los jóvenes que sujetaban las cuerdas, preparado para sacar a los que ahora se encontraban en la Caja. Thomas se fijó en él. Tenía los ojos llenos de algo oscuro, casi una fascinación enfermiza, y aquel brillo hizo que de repente Thomas estuviera más asustado que hacía unos minutos.

Desde el fondo del hueco se oyó la voz de Alby, que avisaba de que ya estaban listos, y Gally y unos cuantos más empezaron a tirar de la cuerda. Tras unos resoplidos, sacaron a rastras el cuerpo sin vida de la chica, por el borde de la puerta, hacia uno de los bloques de piedra que formaban el suelo del Claro. De inmediato, todos corrieron hacia delante y el grupo se reunió a su alrededor, donde el entusiasmo

se palpaba en el aire. Pero Thomas se quedó atrás. Aquel inquietante silencio le puso los pelos de punta, como si acabaran de abrir una tumba recién cavada.

A pesar de su curiosidad, Thomas no se molestó en intentar abrirse camino para echar un vistazo; los cuerpos estaban demasiado pegados entre sí. Pero había alcanzado a verla antes de que le bloquearan el paso. Era delgada, pero no muy pequeña. Por lo que había visto, quizá medía un metro sesenta y ocho. Parecía tener unos quince o dieciséis años y tenía el pelo negro como la brea. Pero lo que más le había llamado la atención era su piel: pálida, blanca como las perlas.

Newt y Alby salieron como pudieron de la Caja tras la muchacha; luego se abrieron camino hasta el cuerpo sin vida y la multitud volvió a aglomerarse detrás, impidiéndole a Thomas verlos. Tan sólo unos segundos más tarde, el grupo volvió a separarse y Newt señaló a Thomas directamente.

—Novato, ven aquí —dijo, sin molestarse en ser educado.

El corazón de Thomas le saltó a la garganta y las manos le empezaron a sudar. ¿Qué querían de él? Las cosas no paraban de ponerse cada vez peor. Se obligó a caminar hacia delante, tratando de parecer inocente sin actuar como alguien que es culpable pero intenta parecer lo contrario.

«Cálmate —se dijo a sí mismo—. No has hecho nada malo».

No obstante, tenía la extraña sensación de que quizá sí lo hubiera hecho sin darse cuenta.

Los chicos que bordeaban el camino hasta Newt y la chica le fulminaron con la mirada mientras él pasaba por su lado, como si fuera el responsable de todo aquel lío del Laberinto, el Claro y los laceradores. Thomas se negó a mantener contacto visual con ninguno de ellos, por miedo a parecer culpable.

Se acercó a Newt y a Alby, que estaban arrodillados junto a la chica. Thomas, que no quería mirarles a los ojos, se concentró en la muchacha; a pesar de su palidez, era muy guapa. Más que guapa. Preciosa. De pelo sedoso, piel impecable, labios perfectos y piernas largas. Le ponía enfermo pensar de aquel modo sobre una chica que estaba muerta, pero no podía apartar la vista.

«No tendrá este aspecto durante mucho más tiempo —pensó con el estómago revuelto—. No tardará en empezar a pudrirse». Le sorprendió tener un pensamiento tan morboso.

—¿Conoces a esta chica, pingajo? —preguntó Alby como si le fastidiara.

Thomas no se esperaba aquella pregunta.

—¿Que si la conozco? ¡Desde luego que no! No conozco a nadie. Salvo a vosotros.

—Eso no es... —empezó a decir Alby, y luego se detuvo con un suspiro frustrado—. Me refiero a que si te resulta familiar. ¿Tienes la sensación de haberla visto antes?

—No. Nada.

Thomas cambió de postura, bajó la vista hacia sus pies y, después, volvió a mirar a la chica. Alby arrugó la frente.

—¿Estás seguro?

Daba la impresión de que no se creía una palabra de lo que Thomas le decía. Casi parecía enfadado.

«¿Por qué se le ha ocurrido que tengo algo que ver con esto?», pensó. Miró tranquilo a los ojos llenos de ira de Alby y contestó del único modo que sabía:

—Sí. ¿Por qué?

—¡Foño! —refunfuñó Alby mientras miraba a la chica—. No puede ser una coincidencia. Dos días, dos verduchos, uno vivo y otro muerto.

Entonces las palabras de Alby comenzaron a tener sentido y el pánico se apoderó de Thomas.

—No creerás que yo... —ni siquiera pudo terminar la frase.

—Corta, verducho —intervino Newt—. No estamos diciendo que hayas matado a la puñetera chica.

A Thomas la cabeza le daba vueltas. Estaba seguro de que nunca la había visto antes, pero entonces le surgió una ligera duda.

—Os juro que no me resulta nada familiar —insistió de todos modos. Ya había tenido suficientes acusaciones.

—¿Estás...?

De pronto, antes de que Newt pudiera acabar, la chica se sentó. Mientras respiraba hondo, sus ojos se abrieron de golpe y parpadeó, mirando a la multitud que la rodeaba. Alby soltó un chillido y se cayó hacia atrás. Newt dio un grito ahogado y un salto para apartarse de ella a trompicones. Thomas no se movió; siguió con la vista clavada en la joven, paralizado por el miedo.

Sus brillantes ojos azules se movían arriba y abajo a la vez que respiraba hondo. Los rosados labios le temblaban mientras no paraba de farfullar algo indescifrable. Entonces, dijo una frase con una voz apagada e intranquila, pero clara:

—Todo va a cambiar.

Thomas permaneció mirando fijamente, asombrado, mientras los ojos de la joven se ponían en blanco y se caía de espaldas al suelo. Su puño derecho salió disparado al aire, rígido, después de que ella se quedara en silencio, apuntando hacia el cielo. Tenía asido un trozo de papel enrollado.

Thomas intentó tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca. Newt se acercó corriendo y le separó los dedos para coger el papel. Con las manos temblorosas, lo desplegó; luego se dejó caer de rodillas y estiró la nota sobre el suelo. Thomas se colocó a su lado para echar un vistazo.

Garabateadas en el papel, con letras negras y gruesas, había siete palabras:

Ella es la última.

No llegarán más.

Capítulo 9

Un extraño instante de completo silencio se cernió sobre el Claro. Fue como si un viento sobrenatural hubiera barrido el sitio y se hubiera llevado consigo todo el sonido. Newt había leído el mensaje en voz alta para los que no podían ver el papel, pero, en vez de estallar la confusión, todos los clarianos se quedaron sin habla.

Thomas esperaba gritos y preguntas, discusiones. Pero nadie dijo ni una palabra. Todos los ojos estaban fijos en la chica, que ahora se encontraba allí tumbada como dormida, con el pecho subiendo y bajando por su suave respiración. Al contrario de lo que habían pensado al principio, estaba muy viva.

Newt se puso de pie y Thomas esperó una explicación, una voz de la razón, una presencia tranquilizante. Pero lo único que hizo fue estrujar la nota en su puño; las venas se le hincharon bajo la piel mientras la apretaba. A Thomas se le cayó el alma a los pies. No sabía por qué, pero aquella situación le inquietaba muchísimo.

Alby ahuecó las manos alrededor de la boca:

—¡Mediqueros!

Thomas se preguntó qué significaría aquella palabra; sabía que la había oído antes. Entonces le apartaron con un golpe brusco. Dos chicos mayores se abrieron paso entre la multitud. Uno era alto, con el pelo cortado al ras y una nariz del tamaño de un limón gordo. El otro era bajo y unas canas le cubrían ya las sienes. Thomas esperaba que le dieran un poco de sentido a todo aquello.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó el más alto con una voz mucho más aguda de lo que Thomas esperaba.

—Y yo qué sé —respondió Alby—. Vosotros dos sois los mediqueros; averiguadlo.

«Los mediqueros —repitió Thomas en su cabeza, y una luz se apagó— deben de ser lo más parecido que tienen a los médicos».

El bajo ya estaba en el suelo, arrodillado junto a la chica, tomándole el pulso, inclinado para escucharle el latido del corazón.

—¿Quién iba a decir que Clint iba a ser el primero en montárselo con ella? —gritó alguien entre el gentío y se oyeron varias carcajadas—. ¡Yo soy el siguiente!

«¿Cómo pueden bromear? —pensó Thomas—. La chica está medio muerta». Se le revolvió todo por dentro.

Alby entrecerró los ojos y su boca esbozó una sonrisa apretada que no parecía tener nada que ver con el humor.

—Si alguien toca a esta chica —dijo—, pasará la noche durmiendo con los laceradores en el Laberinto. Está prohibido, no preguntéis —hizo una pausa y se dio la vuelta describiendo un lento círculo, como si quisiera que cada uno de ellos le viera la cara—. ¡Más vale que no la toque nadie! ¡Nadie!

Fue la primera vez que a Thomas le gustó oír algo de lo que salía de la boca de Alby.

El chico bajo al que habían llamado mediquero —Clint, si estaba en lo cierto— se levantó al acabar de examinarla.

—Parece que está bien. La respiración y las pulsaciones son normales. Aunque el latido del corazón es un poco lento. Vete tú a saber, pero creo que está en coma. Jeff, llevémosla a la Hacienda.

Su compañero, Jeff, se acercó para cogerla por los brazos mientras Clint la sujetaba por los pies. Thomas deseó poder hacer algo más aparte de mirar. Conforme pasaban los segundos, cada vez dudaba más de que lo que había dicho antes fuera cierto. Sí que le resultaba familiar. Sentía una conexión con ella, aunque era imposible que le viniera nada a la cabeza. Aquella idea le ponía nervioso y miró a su alrededor, como si alguien hubiese podido oír sus pensamientos.

—A la de tres —estaba diciendo Jeff, el mediquero más alto, con su largo cuerpo agachado de forma ridícula, como una mantis religiosa—. Una..., dos... ¡Tres!

La elevaron con un rápido movimiento que casi la lanzó por los aires —sin duda, pesaba menos de lo que creían— y Thomas por poco les gritó que tuvieran más cuidado.

—Supongo que tendremos que observar lo que hace —dijo Jeff a nadie en particular—. Si no se despierta pronto, le podemos dar de comer líquidos.

—Limitaos a no quitarle el ojo de encima —replicó Newt—. Debe de tener algo especial o, si no, no la hubiesen enviado aquí.

A Thomas se le tensó la tripa. Sabía que la chica y él estaban conectados de algún modo. Habían llegado con un día de diferencia y ella le resultaba familiar. Tenía la necesidad de convertirse en un corredor, a pesar de haberse enterado de algunas cosas terribles... ¿Qué significaba todo aquello?

Alby se inclinó para mirarle la cara antes de que se la llevaran.

—Ponedla al lado de la habitación de Ben y vigílaa día y noche. Será mejor que no ocurra nada sin que yo me entere. No me importa si habla en sueños o si se hace clonc, contadme cualquier cosa.

—Sí —dijo Jeff entre dientes.

Luego Clint y él se fueron arrastrando los pies con el cuerpo de la chica rebotando mientras caminaban, y el resto de clarianos por fin empezó a hablar del tema, dispersándose mientras las teorías bullían en el aire.

Thomas lo contempló todo en absoluto silencio. No era el único que notaba aquella extraña conexión. Las acusaciones no muy disimuladas que habían lanzado contra él hacía tan sólo unos minutos demostraban que los demás también sospechaban algo, pero ¿el qué? Ya estaba totalmente confundido. Que le echaran la culpa sólo le hacía sentirse peor. Como si le leyera la mente, Alby se acercó a él y le

agarró por el hombro.

—¿Nunca la habías visto antes? —preguntó.

Thomas vaciló antes de contestar.

—No... No, que yo recuerde —esperó que su voz temblorosa no revelara sus dudas. ¿Y si la conocía de algún modo? ¿Qué significaría?

—¿Estás seguro? —insistió Newt, que estaba al lado de Alby.

—Yo... no, no lo creo. ¿Por qué me estáis acribillando a preguntas de esta manera?

Lo único que quería Thomas en aquel momento era que se hiciera de noche para poder estar solo e irse a dormir. Alby negó con la cabeza, luego se volvió hacia Newt y soltó el hombro de Thomas.

—Algo no va bien. Convoca una Reunión.

Lo dijo tan bajo que Thomas creyó que nadie más lo había oído, pero sonó siniestro. Después, el líder y Newt se marcharon, y Thomas se sintió aliviado al ver que Chuck se acercaba.

—Chuck, ¿qué es una Reunión?

Chuck parecía orgulloso de saber la respuesta:

—Es cuando los guardianes se reúnen. Sólo convocan una cuando ocurre algo raro o terrible.

—Bueno, creo que hoy podría ser por las dos cosas —las tripas de Thomas sonaron e interrumpieron sus pensamientos—. No me he acabado el desayuno. ¿Podemos coger algo por ahí? Me estoy muriendo de hambre.

Chuck le miró con las cejas arqueadas.

—¿Te ha entrado hambre al ver a la chavala esa flipando? Debes de ser más psicópata de lo que pensaba.

Thomas suspiró.

—Tú consígueme algo de comida y calla.

•••



La cocina era pequeña, pero tenía todo lo necesario para hacer una buena comida. Un horno grande, un microondas, un lavaplatos y un par de mesas. Parecía vieja y destartada, pero estaba limpia. Al ver los electrodomésticos y la distribución familiar, Thomas sintió como si los recuerdos, unos recuerdos reales y sólidos, estuvieran justo en el borde de su mente. Pero, una vez más, faltaban las partes esenciales: nombres, caras, lugares y acontecimientos. Era exasperante.

—Siéntate —dijo Chuck—. Te traeré algo, pero te juro que esta será la última

vez. Alégrate de que Fritanga no esté por aquí. Odia que asaltemos su nevera.

Thomas se sentía aliviado porque estaban solos. Mientras Chuck revolvía entre los platos y las cosas de la nevera, Thomas sacó una silla de madera de debajo de una mesita de plástico y se sentó.

—Esto es una locura. ¿Cómo puede ser real? Alguien nos ha enviado aquí. Alguien malo.

Chuck se detuvo.

—Deja de quejarte. Acéptalo y no pienses más.

—Sí, claro —Thomas miró por la ventana. Parecía un buen momento para sacar una de las millones de preguntas que rebotaban en su cerebro—. ¿Y de dónde viene la electricidad?

—¿A quién le importa? Se usa y punto.

«Menuda sorpresa —pensó Thomas—. No hay respuesta».

Chuck llevó a la mesa dos platos con sándwiches y zanahorias. El pan era grueso y blanco, y las zanahorias, de un color naranja brillante. El estómago de Thomas le suplicaba que se diera prisa. Cogió su sándwich y empezó a devorarlo.

—Tío —masculló con la boca llena—, al menos la comida está buena.

Thomas pudo comer lo que le quedaba sin que Chuck le dirigiera ni una palabra. Y tuvo suerte de que el niño no tuviera ganas de hablar, porque, a pesar de todas las cosas raras que habían pasado desde que tenía memoria, estaba otra vez tranquilo. Con el estómago lleno, la energía renovada y la mente agradecida por unos instantes en silencio, decidió que a partir de entonces dejaría de quejarse y afrontaría los hechos.

Después del último mordisco, Thomas se recostó en la silla.

—Bueno, Chuck —dijo mientras se limpiaba la boca con una servilleta—, ¿qué tengo que hacer para convertirme en un corredor?

—No empieces otra vez.

Chuck alzó la vista del plato del que había estado cogiendo miguitas. Soltó un eructo grave y gutural que hizo que Thomas se encogiera.

—Alby me dijo que pronto empezarán mis pruebas con los guardianes. ¿Cuándo me tocará ir con los corredores?

Thomas esperó pacientemente para obtener algún tipo de información real por parte de Chuck, pero el niño puso los ojos en blanco con dramatismo, dejando claro lo estúpida que le parecía aquella idea.

—Deberían estar de vuelta en pocas horas. ¿Por qué no les preguntas a ellos?

Thomas ignoró su sarcasmo e indagó aún más:

—¿Qué hacen cuando vuelven cada noche? ¿Qué hay en el edificio de cemento?

—Mapas. Se reúnen justo a la vuelta, antes de que se les olvide.

«¿Mapas?», pensó Thomas.

—Pero si están intentando hacer un mapa, ¿no tendrían que llevar un papel para escribir mientras están ahí fuera?

Mapas. Aquello le intrigaba más que todo lo demás que había oído. Era la primera cosa que le sugería una solución potencial a su aprieto.

—Pues claro que lo llevan, pero, aun así, necesitan hablar, debatir, analizar y toda esa clonc. Además —el chico puso los ojos en blanco—, pasan casi todo el tiempo corriendo, no escribiendo. Por eso se les llama corredores.

Thomas reflexionó sobre los corredores y los mapas. ¿Podía ser el Laberinto tan increíblemente enorme como para que después de dos años aún no hubiesen encontrado la salida? Parecía imposible. Pero entonces recordó lo que Alby había dicho sobre las paredes movibles. ¿Y si todos estaban sentenciados a vivir allí hasta que murieran?

«Sentenciados». Aquella palabra le hizo sentir una ráfaga de pánico y la pizca de esperanza que le había traído la comida se esfumó con un silbido silencioso.

—Chuck, ¿y si todos somos delincuentes? Me refiero a si somos asesinos o algo por el estilo.

—¿Eh? —Chuck levantó la vista para mirarlo como si estuviera loco—. ¿De dónde ha venido ese pensamiento tan positivo?

—Piénsalo. Nos han borrado la memoria. Vivimos dentro de un sitio que parece no tener salida, rodeado de unos monstruosos guardias sedientos de sangre. ¿No te parece una cárcel? —al decirlo en voz alta, le resultó aún más posible y sintió náuseas en el pecho.

—Seguramente yo tenga doce años, tío —Chuck se señaló—. Trece, a lo sumo. ¿De verdad crees que he hecho algo para que me envíen a prisión el resto de mi vida?

—No me importa lo que hiciste o dejaste de hacer. De un modo u otro, te han enviado a una cárcel. ¿Acaso te parece esto unas vacaciones?

«Jo, tío —pensó Thomas—, por favor, que me esté equivocando».

Chuck se quedó reflexionando un momento.

—No lo sé. Es mejor que...

—Sí, ya, es mejor que vivir sobre un montón de clonc —Thomas se puso de pie y volvió a colocar la silla debajo de la mesa. Le gustaba Chuck, pero intentar mantener una conversación inteligente con él era imposible. Por no mencionar lo frustrante y molesto que resultaba—. Ve a hacerte otro sándwich. Yo me voy a explorar. Nos vemos esta noche.

Salió de la cocina y se dirigió al patio antes de que Chuck le ofreciera su compañía. El Claro había vuelto a la actividad de siempre: la gente trabajaba en lo suyo, las puertas de la Caja estaba cerradas y el sol resplandecía. Cualquier rastro de una chica enloquecida con una nota de un terrible destino había desaparecido.

Como le habían interrumpido la visita, decidió ir a dar un paseo a solas por el

Claro para echar un vistazo y conocer el sitio. Se dirigió a la esquina noreste, hacia unas grandes filas de altos tallos verdes de maíz que parecían estar listos para la cosecha. También había otras cosas: tomates, lechugas, guisantes y mucho más que Thomas no sabía identificar.

Respiró hondo y le encantó el aroma fresco a tierra y a plantas en crecimiento. Estaba casi seguro de que aquel olor le traería algún tipo de recuerdo agradable, pero no fue así. A medida que se acercaba, vio a varios chicos arrancando las malas hierbas y recogiendo las frutas en los campos pequeños. Uno de ellos le saludó con la mano y una sonrisa. Una sonrisa de verdad.

«A lo mejor este sitio no es tan malo, después de todo —pensó Thomas—. Puede que no todos los que viven aquí sean estúpidos».

Volvió a respirar hondo para disfrutar de aquel aire tan agradable y se apartó de sus pensamientos. Había más cosas que quería ver.

Al lado estaba el rincón sureste, donde unas vallas de madera mal hechas guardaban vacas, cabras, ovejas y cerdos. Aunque no había caballos.

«Menudo rollo —pensó Thomas—. Unos jinetes serían mucho más rápidos que los corredores».

Al acercarse, supuso que en su vida anterior al Claro tuvo que tratar con animales. Su olor y sus sonidos le resultaban muy familiares.

El olor no era tan agradable como el de los cultivos, pero, aun así, imaginó que podía haber sido mucho peor. Mientras exploraba la zona, se fue dando cuenta de lo bien que cuidaban los clarianos aquel lugar, de lo limpio que estaba. Le impresionaba por lo organizados que debían de estar, lo duro que debían de trabajar todos. Y se imaginó lo horroroso que podría llegar a ser un sitio como aquel si todo el mundo fuera vago y estúpido.

Finalmente, fue hacia la parte suroeste, cerca del bosque.

Se estaba acercando a los árboles pelados y esqueléticos que había enfrente del bosque más frondoso, cuando le sobresaltó algo que se movió a sus pies, seguido de un traqueteo rápido. Bajó la vista justo a tiempo de ver el sol reflejado en algo metálico —una rata de juguete— que pasaba delante de él correteando hacia el bosquecillo. La cosa estaba a unos tres metros cuando advirtió que no era una rata.

Se parecía más a un lagarto, con al menos seis patas que salían de aquel largo torso plateado.

Era una cuchilla escarabajo. Alby había dicho que era así cómo les observaban.

Captó el reflejo de una luz roja que recorría el suelo delante de la criatura como si saliera de sus ojos. Por lógica, tenía que ser la mente, que le estaba jugando una mala pasada, pero habría jurado ver la palabra «CRUEL» garabateada en su redonda espalda, escrita con grandes letras verdes. Tenía que investigar aquella cosa tan rara.

Thomas echó a correr detrás del espía, que salió disparado, y en cuestión de

segundos entró en la espesa arboleda y el mundo se sumió en tinieblas.

Capítulo 10

No podía creerse lo rápido que desaparecía la luz. Desde el Claro propiamente dicho, el bosque no parecía tan grande; quizás ocupaba una hectárea. Sin embargo, los árboles eran altos, tenían troncos robustos, estaban muy juntos y las hojas cubrían el cielo. El aire a su alrededor tenía un tono verdoso apagado, como si a aquel día sólo le quedaran unos minutos de atardecer. De algún modo, era hermoso y escalofriante a la vez.

Thomas se movía todo lo rápido que podía, chocaba contra el denso follaje mientras las delgadas ramas le daban en el rostro. Se agachó para esquivar una que colgaba y estuvo a punto de caerse. Se agarró a otra rama y se balanceó hacia delante para recuperar el equilibrio. Un tupido lecho de hojas y ramitas caídas crujió bajo sus pies.

Sus ojos permanecieron en todo momento clavados en la cuchilla escarabajo que correteaba por el suelo del bosque. Cuanto más se adentraba en la espesura, con más intensidad brillaba su luz roja conforme se oscurecían los alrededores.

Thomas se había adentrado unos diez o doce metros en el bosque, esquivando y agachándose, perdiendo terreno a cada segundo, cuando la cuchilla escarabajo saltó a un árbol especialmente grande y subió a toda prisa por el tronco. Pero, cuando Thomas llegó allí, ya no había ni rastro de la criatura. Había desaparecido entre el follaje, casi como si nunca hubiera existido.

Había perdido a la cabrona.

—Foder —susurró Thomas, casi como si lo dijera en broma.

Casi. Aunque pareciese raro, aquella palabra le resultaba natural en los labios, como si se estuviera transformando en un clariano.

Una ramita se partió en algún sitio a su derecha y él giró la cabeza en aquella dirección. Contuvo la respiración para escuchar. Se oyó otro chasquido, esta vez más alto, igual que si alguien hubiera roto un palo en su rodilla.

—¿Quién anda ahí? —gritó Thomas, y un cosquilleo provocado por el miedo le recorrió los hombros. Su voz rebotó en las copas de los árboles y resonó en el aire. Se quedó helado, clavado en el sitio, mientras todo quedaba cada vez más en silencio, salvo por el canto de unos pájaros a lo lejos. Pero nadie respondió a su pregunta. Ni tampoco oyó más sonidos que vinieran de aquella dirección.

Sin detenerse a pensarlo, Thomas se dirigió hacia el ruido que había oído. No se molestó en ocultar su avance y fue retirando las ramas mientras caminaba, para luego devolverlas a su posición inicial al soltarlas. Entrecerró los ojos para tratar de ver en la oscuridad en aumento, deseando tener una linterna. Pensó en las linternas y en su memoria. Una vez más, recordaba una cosa tangible del pasado, pero no podía nombrar un momento o un lugar específico ni relacionarlo con alguna persona o

acontecimiento. Era frustrante.

—¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar un poco más calmado, puesto que el ruido no se había repetido. Lo más seguro era que fuese un animal, quizás otra cuchilla escarabajo. Pero, por si acaso, dijo—: Soy yo, Thomas. El nuevo. Bueno, el segundo más nuevo.

Hizo un gesto de dolor y sacudió la cabeza con la esperanza de que no hubiera nadie allí. Había sonado como un completo idiota.

De nuevo, no obtuvo respuesta.

Caminó alrededor de un gran roble y se paró en seco. Un escalofrío glacial le bajó por la espalda. Había llegado al cementerio.

No era un espacio muy grande, tal vez de unos treinta metros cuadrados, y estaba cubierto de una capa densa de malas hierbas que crecían cerca del suelo. Thomas vio varias cruces de madera dispuestas torpemente que asomaban entre los matorrales, con la parte horizontal atada con cuerda a la vertical. Las lápidas de las tumbas habían sido pintadas en blanco por alguien que sin duda tenía prisa, pues estaban llenas de pegotes gelatinosos y lucían vetas sin pintar. Los nombres estaban tallados en la madera.

Thomas se acercó, vacilante, a la más próxima y se arrodilló para echar un vistazo. Había tan poca luz que parecía como si mirara a través de una niebla negra. Hasta los pájaros se habían callado, como si se hubieran ido a dormir porque era de noche, y el sonido de los insectos apenas era perceptible o, al menos, mucho menos de lo normal. Por primera vez, Thomas se dio cuenta de lo húmedo que era el bosque, del ambiente cargado que ya le cubría de sudor la frente y el dorso de las manos.

Se acercó más a la primera cruz. Parecía reciente y en ella estaba escrito el nombre de Stephen, con la *n* muy pequeña y en el borde porque el que lo había tallado no había calculado bien el espacio que iba a necesitar.

«¿A ti qué te pasó? ¿Chuck te molestó hasta matarte?».

Se incorporó y se acercó a otra cruz, esta casi totalmente llena de maleza, con el suelo firme en la base. Quienquiera que fuese, debía de haber sido uno de los primeros en morir, porque su tumba parecía la más vieja. El nombre que se leía era George.

Thomas miró a su alrededor y vio que había una docena de tumbas más. Un par parecía tan reciente como la primera que había examinado. Un destello plateado atrajo su atención. Era diferente al del escarabajo que, correteando, le había llevado hasta el bosque, pero igual de extraño. Se movió entre las lápidas hasta que fue a parar a una tumba cubierta con un plástico o un cristal mugriento, con los bordes llenos de porquería. Entrecerró los ojos para intentar averiguar qué había al otro lado y soltó un grito ahogado al verlo con claridad. Era una ventana a otra tumba, una que tenía los restos polvorientos de un cadáver en proceso de putrefacción. A pesar del

miedo y del asco que le daba, Thomas, curioso, se acercó aún más para verlo mejor. La tumba era más pequeña de lo normal y en su interior guardaba sólo la mitad superior de la persona fallecida. Recordó la historia de Chuck sobre el chico que intentó descender por el agujero oscuro de la Caja tras bajar el ascensor, para acabar cortado en dos por algo que atravesó el aire. Había unas palabras grabadas en el cristal; Thomas apenas pudo leerlas:

Que todos vean la mitad de este pingajo

Y sirva para que otros no escapen por ahí abajo.

Le entraron unas extrañas ganas de reírse. Le parecía demasiado ridículo para ser verdad. Pero también se indignó consigo mismo por ser tan simplista y superficial. Negó con la cabeza y se apartó para leer más nombres de los muertos, cuando oyó otra ramita que se partía, esta vez justo delante de él, detrás de los árboles al otro lado del cementerio.

Luego hubo otro chasquido. Y otro. Se estaba acercando, pero estaba demasiado oscuro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con una voz temblorosa y apagada que parecía estar hablando dentro de un túnel vacío—. En serio, esto es una estupidez —odiaba reconocer lo aterrorizado que estaba.

En vez de responder, la persona dejó de actuar con sigilo y echó a correr, haciendo ruido por todo el bosque alrededor del cementerio y moviéndose en círculo hacia donde estaba Thomas. Éste se quedó inmóvil; el pánico se había apoderado de él. Ahora que el visitante estaba a tan sólo unos metros, se le oía cada vez más fuerte, hasta que alcanzó a ver la sombra de un chico flacucho y cojo que corría de una forma extraña, como dando saltitos.

—¿Quién demo...?

El chico salió de entre los árboles antes de que Thomas pudiera acabar la frase. Sólo vio una piel pálida y unos ojos enormes, la imagen espeluznante de una aparición; gritó, intentó correr, pero era demasiado tarde. La figura saltó en el aire y se abalanzó sobre él. Le golpeó en los hombros y unas manos fuertes le agarraron. Thomas se cayó al suelo y notó cómo una lápida se le clavaba en la espalda antes de partirse en dos y arañarle profundamente la piel.

Empujó y le dio manotazos a su atacante, un implacable revoltijo de piel y huesos que brincaba sobre Thomas mientras trataba de hacerse con él. Parecía un monstruo sacado de una pesadilla, pero sabía que tenía que ser un clariano, alguien que había perdido totalmente la cabeza. Oyó unos dientes entrechocando, una mandíbula que se abría y cerraba con un espantoso clac, clac, clac. Entonces notó una irritante punzada de dolor cuando la boca del chico entró en contacto con el hombro de Thomas y le

mordió profundamente.

Thomas gritó y sintió el dolor como una oleada de adrenalina en la sangre. Plantó las palmas de las manos contra el pecho del atacante y empujó, estirando los brazos y forzando los músculos contra la figura que luchaba encima de él. Al final, el muchacho cayó hacia atrás y se oyó un fuerte chasquido en el aire cuando otra lápida encontró su fin.

Thomas se escabulló sobre las manos y los pies, intentando recuperar el aliento, y por primera vez vio bien a su atacante enloquecido. Era el chico enfermo.

Era Ben.

Capítulo 11

Parecía que Ben se había recuperado sólo un poco desde que Thomas le había visto en la Hacienda. No llevaba más que unos pantalones cortos, y su piel, más blanca que el papel, se extendía por sus huesos como una sábana bien envuelta alrededor de un montón de palos. Unas venas como cuerdas le recorrían el cuerpo y latían, verdes, pero menos marcadas que el día anterior. Sus ojos inyectados en sangre se clavaron en Thomas como si estuvieran viendo su próxima comida.

Ben se agachó, listo para saltar y comenzar otro ataque. En algún momento había aparecido un cuchillo, que agarraba con la mano derecha. A Thomas le embargó una sensación de mareo y miedo; no se acababa de creer que aquello estuviese ocurriendo de verdad.

—¡Ben!

Thomas miró hacia el sitio de donde procedía la voz y se sorprendió al ver a Alby en el límite del cementerio, como un mero fantasma bajo aquella luz tenue. El alivio inundó el cuerpo de Thomas. Alby sostenía un gran arco con una flecha lista para matar, apuntando directa a Ben.

—Ben —repitió Alby—, para ya o no llegarás a mañana.

Thomas volvió a mirar a Ben, que tenía la vista clavada en Alby con fiereza y se pasaba rápidamente la lengua por los labios para humedecerlos. «¿Qué le pasa a ese chaval?», se preguntó Thomas. El muchacho se había convertido en un monstruo. ¿Por qué?

—Si me matas —chilló Ben, escupiendo saliva por la boca, lo bastante lejos para no salpicarle a Thomas en la cara—, te habrás equivocado de tío —volvió a clavar los ojos en Thomas—, Él es el pingajo al que quieres matar —tenía la voz dominada por la locura.

—No seas tonto, Ben —dijo Alby con voz calmada mientras continuaba apuntándole con la flecha—. Thomas acaba de llegar, no tienes por qué preocuparte. Todavía estás molesto por el Cambio. No deberías haberte movido de la cama.

—¡No es uno de nosotros! —gritó Ben—. Le he visto. Es... es malo. ¡Tenemos que matarlo! ¡Déjame que le destripe!

Thomas retrocedió un paso involuntariamente, horrorizado por lo que Ben había dicho. ¿Qué quería decir con que le había visto? ¿Por qué pensaba que Thomas era malo?

Alby no había movido su arma ni un centímetro y aún seguía apuntando a Ben.

—Eso ya lo averiguaremos los guardianes y yo, cara fuco —sujetaba el arco con firmeza, casi como si lo tuviera apoyado en una rama para aguantarlo—. Ahora devuelve tu esquelético culo a la Hacienda.

—Él querrá llevarnos de vuelta a casa —dijo Ben—. Querrá sacarnos del

Laberinto. ¡Será mejor que nos tiremos todos por el Precipicio! ¡Será mejor que nos saquemos las tripas los unos a los otros!

—¿De qué estás hablando...? —empezó a decir Thomas.

—¡Cállate la boca! —gritó Ben—. ¡Asqueroso traidor!

—Ben —intervino Alby, tranquilo—, voy a contar hasta tres.

—Es malo, es malo, es malo... —susurraba ahora Ben, en casi un canturreo. Se balanceaba adelante y atrás, cambiando el cuchillo de una mano a otra, con los ojos fijos en Thomas.

—Uno.

—Malo, malo, malo, malo, malo...

Ben sonrió y sus dientes parecieron brillar, verdosos bajo aquella luz pálida. Thomas quiso apartar la mirada, marcharse de allí, pero no pudo moverse; estaba demasiado absorto, demasiado asustado.

—Dos —Alby alzó la voz a modo de advertencia.

—Ben —dijo Thomas, intentando encontrarle sentido a todo aquello—, no soy... Ni siquiera sé qué...

Ben dio un grito ahogado de locura y saltó en el aire, agitando el cuchillo.

—¡Tres! —gritó Alby.

Se oyó el sonido del alambre al moverse, el zumbido de un objeto cortando el aire y el desagradable ruido húmedo al encontrar su objetivo. La cabeza de Ben giró con violencia hacia la izquierda y su cuerpo se retorció hasta que cayó sobre su estómago, con los pies apuntando a Thomas. No hizo ningún ruido.

Thomas se puso de pie de un salto y avanzó a trompicones. La larga saeta de la flecha estaba clavada en la mejilla de Ben y había menos sangre de lo que Thomas hubiese esperado, pero salía igualmente. Era negra en la oscuridad, como petróleo. Sólo se movió el dedo meñique de Ben, que se retorció. A Thomas le entraron ganas de vomitar. ¿Ben había muerto por él? ¿Era culpa suya?

—Vamos —ordenó Alby—. Los embolsadores se ocuparán de él mañana.

«¿Qué acaba de pasar aquí? —pensó Thomas, con el mundo inclinándose a su alrededor mientras contemplaba el cuerpo sin vida—. ¿Qué le había hecho yo a este chaval?».

Alzó la vista, queriendo respuestas, pero Alby ya se había marchado y una rama temblorosa era la única señal de que había estado allí.

•••



Thomas apretó los ojos por la luz cegadora del sol al salir del bosque. Estaba

cojeando, el tobillo le dolía muchísimo, aunque no recordaba habérselo lastimado. Llevó una mano con cuidado a la zona donde le habían mordido y con la otra se agarró el estómago como si aquello fuera a impedirle vomitar, lo que ahora creía inevitable. La imagen de la cabeza de Ben le vino a la memoria, ladeada de forma antinatural, la sangre bajando por la flecha hasta acumularla, goteando, salpicando el suelo...

Aquella imagen ya había sido el colmo. Se cayó de rodillas junto a uno de los esmirriados árboles de los alrededores del bosque y vomitó, haciendo arcadas mientras tosía y sacaba el último resto de la asquerosa bilis ácida que le quedaba en el estómago. Le temblaba todo el cuerpo y parecía que los vómitos no iban a cesar nunca.

Y entonces, como si su cerebro se burlase de él para empeorar las cosas, tuvo una idea. Llevaba en el Claro aproximadamente veinticuatro horas. Un día entero. Nada más y nada menos. ¡Y todo lo que había sucedido! Qué montón de cosas horribles.

Ahora seguro que sólo podía ir a mejor.

•••



Aquella noche, Thomas estaba tumbado, contemplando el cielo brillante, preguntándose si volvería a dormir alguna vez. En cuanto cerraba los ojos, le venía a la cabeza la imagen monstruosa de Ben saltando sobre él, con la locura reflejada en el rostro. Tanto si abría los ojos como si no, podía jurar que seguía oyendo el sonido húmedo de la flecha atravesando la mejilla de Ben.

Thomas sabía que nunca olvidaría aquellos minutos sobrecogedores en el cementerio.

—Di algo —dijo Chuck por quinta vez desde que habían colocado sus sacos de dormir.

—No —contestó Thomas, igual que había dicho antes.

—Todo el mundo sabe lo que ha pasado. Ya ha sucedido antes una o dos veces. A un pingajo al que ha picado un lacerador se le va la olla y ataca a alguien. No te creas especial.

Por primera vez, Thomas pensó que la personalidad de Chuck había pasado de ligeramente irritante a insufrible.

—Chuck, alégrate de que ahora mismo no tenga el arco de Alby.

—Sólo estoy...

—Cállate, Chuck. Vete a dormir.

Thomas no podía con aquello en esos momentos.

Por fin, su *amigo* se quedó dormido y también todos los demás, según el murmullo de ronquidos que se oía en el Claro. Unas horas más tarde, bien entrada la noche, Thomas seguía siendo el único que estaba despierto. Quería llorar, pero no lo hizo. Quería encontrar a Alby y darle un puñetazo, sin ninguna razón en especial, pero no lo hizo. Quería gritar, dar patadas, escupir, abrir la Caja y saltar a la oscuridad que había debajo. Pero no lo hizo.

Cerró los ojos e intentó alejar aquellos pensamientos y las oscuras imágenes de su cabeza, y en algún momento se quedó dormido.



Por la mañana, Chuck tuvo que sacar a rastras a Thomas de su saco de dormir, llevarlo a las duchas y arrastrarle hasta los vestidores.

Todo el rato estuvo desanimado e indiferente, le dolía la cabeza y su cuerpo quería dormir más. El desayuno fue borroso, y una hora después de acabar ya no se acordaba de lo que había comido. Estaba tan cansado que notaba el cerebro como si alguien se lo hubiese grapado al cráneo por un montón de sitios. El ardor de estómago le subía hasta el pecho.

Pero, por lo que sabía, las siestas estaban muy mal vistas en la enorme granja del Claro.

Se quedó con Newt delante del establo de la Casa de la Sangre, preparándose para su primera sesión de aprendizaje con un guardián. A pesar de aquella dura mañana, lo cierto era que estaba entusiasmado por saber más y por tener la oportunidad de quitarse de la cabeza a Ben y el cementerio. Las vacas mugían, las ovejas balaban y los cerdos chillaban a su alrededor. Por allí cerca ladró un perro y Thomas esperó que Fritanga no le diera un nuevo significado a la palabra *perrito caliente*.

«Un perrito caliente —pensó—. ¿Cuándo fue la última vez que probé un perrito caliente? ¿Con quién me lo comí?».

—Tommy, ¿me estás escuchando?

Thomas salió de repente de su aturdimiento y se concentró en Newt, que llevaba hablando a saber cuánto tiempo. No había oído ni una sola palabra.

—Sí, perdona. No pude dormir anoche.

Newt trató de sonreír, pero le salió de pena.

—No me extraña. Las pasaste canutas. Seguramente crees que soy un pingajo gilipullo por sacar hoy tu culo a trabajar después de vivir algo como aquello.

Thomas se encogió de hombros.

—Lo mejor que podía hacer era ponerme a trabajar. Cualquier cosa para distraer

la mente.

Newt asintió y le dedicó una sonrisa más auténtica.

—Eres tan listo como pareces, Tommy. Esa es una de las razones por las que mantenemos este sitio bonito y con mucho movimiento. Si eres holgazán, te pones triste. Comienzas a rendirte. Así de simple.

Thomas asintió y, distraídamente, dio una patada a una roca que había en el polvoriento y agrietado suelo de piedra del Claro.

—Bueno, ¿y qué se sabe de la chica de ayer?

Si algo había penetrado en la bruma de aquella larga mañana, habían sido pensamientos sobre ella. Quería saber más sobre la joven y entender la extraña conexión que sentía entre ambos.

—Sigue en coma, durmiendo. Los mediqueros le están dando de comer con una cuchara las sopas que cocina Fritanga, le comprueban las pulsaciones y todo eso. Parece que está bien, sólo que por ahora sigue muerta para el mundo.

—Fue muy raro.

Si no hubiese sido por el incidente de Ben en el cementerio, Thomas estaba seguro de que se habría pasado toda la noche pensando en ella y quizá no hubiera dormido tampoco por una razón completamente diferente. Quería saber quién era y si la conocía de verdad.

—Sí —dijo Newt—. Me figuro que *raro* es una palabra tan buena como cualquier otra.

Thomas miró por encima del hombro de Newt el gran establo rojo descolorido y dejó a un lado los pensamientos sobre la chica.

—Bueno, ¿y qué va primero? ¿Ordeñar a las vacas o matar a uno de los pobres cerditos?

Newt se rió, un sonido que Thomas advirtió que no había oído mucho desde que había llegado.

—Siempre hacemos que los novatos empiecen con los malditos cortadores. No te preocupes, cortar en pedazos las vituallas de Fritanga no es más que una parte. Los cortadores hacen todo lo relacionado con las bestias.

—Qué mala suerte que no pueda acordarme de mi vida. A lo mejor me encantaba matar animales.

Sólo estaba bromeando, pero Newt, por lo visto, no lo captó y señaló con la cabeza hacia el establo.

—Ah, lo sabrás en cuanto el sol se ponga esta noche. Vamos a presentarte a Winston. Él es el guardián.

•••



Winston era un chaval lleno de acné, bajo pero musculoso, y a Thomas le pareció que le gustaba demasiado su trabajo.

«Quizá le hayan enviado aquí por ser un asesino en serie», pensó.

Winston le enseñó el sitio durante la primera hora, indicándole dónde estaban los corrales de según qué animales, dónde estaban las gallinas y los pavos, dónde iba cada cosa en los establos. El pirro, un pesado labrador negro llamado *Guau*, demasiado rápido para Thomas, estuvo pegado a sus pies la hora entera. El chico pensó de dónde habría salido el perro y se lo preguntó a Winston, quien le respondió que *Guau* siempre había estado allí. Por suerte, le debieron de poner el nombre en plan broma, porque apenas ladraba.

La segunda hora la pasaron trabajando con los animales de la granja: dándoles de comer, limpiándolos, arreglando una valla, quitando la clonc. Clonc. Thomas se dio cuenta de que cada vez usaba más los términos de los clarianos.

La tercera hora fue la más dura para Thomas. Tuvo que mirar cómo Winston mataba un cerdo y preparaba sus distintas partes para comerlas en el futuro. Thomas se juró a sí mismo dos cosas mientras se alejaba de allí para almorzar: la primera, no trabajaría con animales; la segunda, no volvería a comer nada que procediera del cerdo.

Winston le dijo que podía seguir solo, que él estaría por la Casa de la Sangre, lo que a Thomas le pareció bien. Pero, mientras caminaba hacia la Puerta Este, no pudo evitar imaginarse a Winston en un rincón oscuro del establo royendo unos pies de cerdo crudos. Aquel tío le ponía los pelos de punta.

Thomas estaba pasando por la Caja cuando le sorprendió ver que alguien salía del Laberinto para meterse en el Claro, por la Puerta Oeste, a su izquierda. Un chico asiático de brazos fuertes, con el pelo corto y negro, que parecía un poco mayor que Thomas. El corredor se paró tras dar tres pasos, luego se inclinó y puso las manos en sus rodillas, jadeando mientras recuperaba el aliento. Parecía como si acabara de correr treinta kilómetros; tenía la cara roja, la piel sudada y la ropa empapada.

Thomas se quedó mirándole fijamente, dominado por la curiosidad. Todavía no había visto a un corredor de cerca y tampoco había hablado con ninguno. Además, según los últimos dos días, el corredor había regresado a casa horas antes. Thomas avanzó, impaciente por encontrarse con él y hacerle preguntas.

Pero, antes de que pudiera formular una frase, el chico se desplomó en el suelo.

Capítulo 12

Thomas no se movió durante unos segundos. El chico yacía en el suelo sin apenas moverse, pero Thomas estaba paralizado por la indecisión; temía involucrarse. ¿Y si a aquel tío le pasaba algo muy malo? ¿Y si le habían... picado? ¿Y si...?

Thomas reaccionó; era evidente que el corredor necesitaba ayuda.

—¡Alby! —gritó—. ¡Newt! ¡Que alguien vaya a buscarlos!

Corrió hasta el chico mayor y se arrodilló junto a él.

—Oye, ¿estás bien?

La cabeza del corredor descansaba sobre sus brazos extendidos mientras resollaba y el pecho se le movía por el esfuerzo. Estaba consciente, pero Thomas nunca había visto a nadie tan agotado.

—Estoy... bien —dijo entre jadeos, y luego alzó la vista—. ¿Quién clonc eres tú?

—Soy nuevo —de repente, se acordó de que los corredores salían al Laberinto durante el día y no habían presenciado ninguno de los recientes acontecimientos. ¿Sabría lo de la chica? Probablemente, seguro que alguien se lo había contado—. Soy Thomas. Llevo aquí sólo un par de días.

El corredor se incorporó hasta quedar sentado, con su pelo negro pegado al cráneo por el sudor.

—Ah, sí, Thomas —resopló—. El novato. Tú y la chica.

Alby se acercó trotando, claramente disgustado.

—¿Qué haces ya de vuelta, Minho? ¿Qué ha pasado?

—No te sulfures, Alby —contestó el corredor, que parecía recuperar las fuerzas por segundos—. Anda, haz el favor de traerme un poco de agua... Se me cayó la mochila ahí fuera, no sé dónde.

Pero Alby no se movió. Le dio una patada a Minho en la pierna, demasiado fuerte para ser en broma.

—¿Qué ha pasado?

—¡Casi no puedo hablar, cara fuco! —gritó Minho con voz ronca—. ¡Tráeme un poco de agua!

Alby examinó a Thomas, que se asombró de ver cómo el rastro de una sonrisa le cruzaba la cara antes de que desapareciera para fruncir el entrecejo.

—Minho es el único pingajo que puede hablarme así sin que le tire de una patada al Precipicio.

Entonces se dio la vuelta y echó a correr, supuestamente para ir en busca de agua para Minho, lo que sorprendió a Thomas aún más.

Thomas se volvió hacia Minho.

—¿Te deja que le des órdenes?

Minho se encogió de hombros y luego se limpió unas gotas frescas de sudor en la

frente.

—¿Le tienes miedo a ese don nadie? Tío, te queda mucho por aprender. Putos novatos.

La reprimenda le dolió a Thomas más de lo que debería, teniendo en cuenta que había conocido a aquel tío hacía tan sólo tres minutos.

—¿No es el líder?

—¿El líder? —Minho soltó un gruñido que seguramente se suponía que era una risotada—. Sí, tú llámale *líder* todo lo que quieras. Quizá deberíamos llamarle *el presidente*. No, no, *almirante Alby*. Eso —se restregó los ojos mientras se reía por lo bajo.

Thomas no supo qué conclusiones sacar de la conversación. Era difícil saber cuándo Minho estaba o no de broma.

—Y, entonces, ¿quién es el líder?

—Verducho, mejor cállate antes de que te confundas aún más —Minho suspiró como si estuviera aburrido y, luego, masculló casi para sí mismo—: ¿Por qué los pingajos como tú siempre venís aquí haciendo preguntas estúpidas? Me da una rabia...

—¿Qué esperas que hagamos? —Thomas notó que se ponía rojo del enfado. «Como si tú hubieras actuado diferente cuando llegaste aquí», quería decir.

—Que hagáis lo que os digan y mantengáis la boca cerrada. Eso es lo que espero.

Tras aquella última frase, Minho le miró por primera vez a la cara y, al instante, Thomas se echó unos centímetros atrás, antes de poder detenerse. Inmediatamente, se dio cuenta de que acababa de cometer un error: no podía permitir que aquel chico pensara que podía hablarle de esa manera.

Volvió a incorporarse sobre sus rodillas de modo que ahora le miraba desde arriba.

—Sí, seguro que eso fue lo que tú hiciste cuando eras un novato.

Minho observó a Thomas detenidamente y, volviéndole a mirar directo a los ojos, dijo:

—Yo fui uno de los primeros clarianos, gilipullo. Cierra el pico si no sabes de lo que estás hablando.

A Thomas ahora le asustaba un poco aquel chico, pero sobre todo estaba harto de su actitud, así que se movió para ponerse de pie, pero Minho alargó la mano para agarrarlo del brazo.

—Tío, siéntate. Sólo estoy jugando contigo. Es muy divertido. Ya verás cuando llegue el próximo novato... —se calló con una mirada de perplejidad a la vez que fruncía el ceño—. Supongo que ya no habrá más novatos, ¿no?

Thomas se relajó y volvió a sentarse, sorprendido de lo rápido que se había tranquilizado de nuevo. Pensó en la chica y en la nota que afirmaba que ella era la

última.

—Supongo que no.

Minho entrecerró un poco los ojos como si estuviese observando a Thomas.

—Tú has visto a la chavala, ¿verdad? Todo el mundo dice que seguramente la conoces o algo así.

Thomas notó que se ponía cada vez más a la defensiva.

—La he visto y no me resulta nada familiar.

Enseguida se sintió culpable por mentir, aunque tan sólo fuera una mentirijilla.

—¿Está buena?

Thomas se calló un momento; no había pensado en ella de esa forma al verla en aquel estado, entregando la nota y diciendo su única frase: «Todo va a cambiar». Pero recordaba lo hermosa que era.

—Sí, supongo que está buena.

Minho se inclinó hacia atrás hasta que quedó tumbado, con los ojos cerrados.

—Sí, supones. Como si te molaran las chicas en coma, ¿no? —se volvió a reír por lo bajo.

—Exacto.

A Thomas le estaba costando mucho averiguar si le gustaba Minho o no. Su personalidad parecía cambiar a cada minuto. Después de una larga pausa, Thomas decidió arriesgarse:

—Bueno... —dijo con prudencia—, ¿has encontrado hoy algo?

Los ojos de Minho se abrieron de par en par y se centró en Thomas.

—¿Sabes qué, verducho? Esa normalmente sería la gilipullez más tonta que podrías preguntarle a un corredor —cerró los ojos de nuevo—. Pero hoy, no.

—¿A qué te refieres? —Thomas se atrevió a esperar información.

«Una respuesta —pensó—. ¡Por favor, dame una respuesta!».

—Espera a que vuelva el fino almirante. No me gusta contar las cosas dos veces. Además, de todos modos, no creo que quiera que lo oigas.

Thomas suspiró. No le sorprendía lo más mínimo haberse quedado sin respuesta.

—Bueno, al menos dime por qué pareces tan cansado. ¿No sales a correr ahí todos los días?

Minho se quejó al incorporarse y se sentó sobre las piernas cruzadas.

—Sí, verducho, salgo a correr ahí fuera todos los días. Digamos que me he entusiasmado un poco y he corrido más de lo habitual para venir volando.

—¿Por qué? —Thomas estaba desesperado por saber qué había sucedido en el Laberinto.

Minho se llevó las manos a la cabeza.

—Tío, ya te lo he dicho. Paciencia. Espera al general Alby.

Algo en su voz atenuó el chasco y Thomas se decidió. Le gustaba Minho.

—Vale, me callaré. Pero asegúrate de que Alby me deja oír lo que vas a contar.

Minho se le quedó observando un segundo.

—Vale, verducho. Tú mandas.

Alby llegó un rato más tarde con un gran vaso de plástico lleno de agua y se lo dio a Minho, que se la tragó toda sin detenerse a respirar ni una sola vez.

—Vale —dijo Alby—, ya está. ¿Qué ha pasado?

Minho enarcó las cejas y señaló a Thomas con la cabeza.

—No pasa nada —contestó Alby—. No me importa lo que oiga este pingajo. ¡Habla!

Thomas permaneció sentado en silencio, a la expectativa, mientras Minho se ponía de pie, con gestos de dolor a cada movimiento; todo en él reflejaba extenuación. El corredor se apoyó en la pared para mantener el equilibrio y les lanzó a ambos una mirada fría.

—He encontrado uno muerto.

—¿Eh? —preguntó Alby—. ¿Un muerto?

Minho sonrió.

—Un lacerador muerto.

Capítulo 13

Thomas estaba fascinado ante la mención del lacerador. Le aterrizzaba pensar en la repugnante criatura, pero se preguntó por qué era tan importante que hubiera encontrado una muerta. ¿No había sucedido nunca?

Alby parecía como si le hubiesen dicho que le habían salido alas y podía volar.

—No es un buen momento para hacer bromas —dijo.

—Mira —respondió Minho—, yo tampoco me lo creería si fuese tú; pero confía en mí, es cierto. Era uno gordo y asqueroso.

«Está claro que nunca ha pasado antes», pensó Thomas.

—Has encontrado un lacerador muerto —repitió Alby.

—Sí, Alby —afirmó Minho, reflejando fastidio en sus palabras—. A unos kilómetros de aquí, cerca del Precipicio.

Alby miró hacia el Laberinto y luego volvió la vista hacia Minho.

—Bueno... ¿Por qué no lo has traído contigo?

Minho se rió otra vez, con una medio risita, medio gruñido.

—¿Te has tomado toda la salsera de Fritanga, o qué? Esos bichos deben de pesar media tonelada, tío. Además, no tocaría a uno ni aunque me sacaras gratis de este sitio.

Alby continuó haciendo preguntas:

—¿Qué aspecto tenía? ¿Las puntas de metal estaban dentro o fuera de su cuerpo? ¿Se movía? ¿Tenía la piel todavía húmeda?

Thomas estaba lleno de dudas: ¿Puntas de metal? ¿Piel húmeda? ¿Qué era todo aquello? Pero se mordió la lengua para no recordarles que estaba allí y que tal vez deberían seguir hablando en privado.

—Corta el rollo, macho —dijo Minho—. Tienes que verlo por ti mismo. Es... raro.

—¿Raro? —Alby parecía confundido.

—Tío, estoy agotado, muerto de hambre y de calor. Pero, si quieres que lo vayamos a buscar ahora, seguro que podemos ir y volver antes de que los muros se cierren.

Alby miró su reloj.

—Mejor esperamos a que nos despertemos mañana.

—Es lo más inteligente que has dicho en una semana —Minho se despegó de la pared para enderezarse, le dio a Alby en el brazo y empezó a caminar hacia la Hacienda cojeando un poco. Mientras se alejaba arrastrando los pies (parecía que le dolía todo el cuerpo), dijo por encima del hombro—: Debería volver ahí fuera, pero que le den. Voy a comer un poco del asqueroso guiso de Fritanga.

Thomas sintió una oleada de decepción. Tenía que admitir que Minho sí parecía

necesitar descansar y comer algo, pero quería saber más.

Entonces Alby se dio la vuelta hacia Thomas, sorprendiéndole.

—Si sabes algo y no me lo cuentas...

Thomas estaba harto de que le acusaran de saber cosas. ¿Acaso no era ese el problema? El no sabía nada en absoluto. Se quedó mirando al chico a la cara y se limitó a preguntar:

—¿Por qué me odias tanto?

El rostro de Alby en aquel momento fue indescriptible; era en parte confusión, en parte ira, en parte sorpresa.

—¿Que yo te odio? Chico, ¿es que no has aprendido nada desde que apareciste en aquella Caja? Esto no tiene nada que ver con odiar, gustar o querer, ni con ser amigos ni nada. Lo único que nos preocupa es sobrevivir. Deja de ser un mariquita y empieza a usar el fuco cerebro, si es que tienes.

Thomas se sintió como si le hubiesen dado una bofetada.

—Pero... ¿por qué sigues acusándome...?

—¡Porque no puede ser una coincidencia, gilipullo! Apareces aquí, al día siguiente llega una novata con una nota demencial, Ben intenta morderte y hay unos laceradores muertos. Algo está pasando y no voy a descansar hasta que averigüe qué es.

—Yo no sé nada, Alby —le pareció bien poner un poco de pasión en sus palabras—. Ni siquiera sé dónde estaba hace tres días y mucho menos por qué este tal Minho ha encontrado una cosa muerta llamada lacerador. ¡Así que para ya!

Alby se recostó un poco y se quedó mirando distraídamente a Thomas durante unos segundos. Luego dijo:

—Corta el rollo, verducho. Madura y empieza a pensar. No tiene nada que ver con acusar a nadie ni nada de eso. Pero si recuerdas algo, si algo te resulta familiar, será mejor que me lo digas. Prométemelo.

«No hasta que tenga un recuerdo consistente —pensó Thomas—. No a menos que quiera compartirlo».

—Sí, supongo, pero...

—¡ Prométemelo!

Thomas hizo una pausa; estaba harto de Alby y de su actitud.

—Lo que tú digas —dijo al final—. Lo prometo.

Al oír aquello, Alby se dio la vuelta y se marchó, sin decir ni una palabra más.

•••



Thomas encontró un árbol en los Muertos, uno de los más bonitos en la linde del bosque, que daba mucha sombra. Temía volver a trabajar con Winston, el Carnicero, y sabía que necesitaba ir a comer, pero no quería estar cerca de nadie y pretendía seguir así el máximo tiempo posible. Se recostó en el grueso tronco y deseó que le acompañara una brisa, pero no tuvo esa suerte. Acababa de notar cómo se le cerraban los párpados cuando Chuck le estropeó la paz y tranquilidad:

—¡Thomas! ¡Thomas! —chilló el niño mientras corría hacia él, moviendo los brazos de arriba abajo, con la cara iluminada por el entusiasmo.

Thomas se restregó los ojos y refunfuñó; no deseaba nada más en el mundo que una siesta de media hora. No levantó la vista hasta que Chuck se detuvo justo delante de él, jadeando para recuperar el aliento.

—¿Qué?

Las palabras fueron saliendo lentamente de la boca de Chuck entre jadeos en busca de aliento:

—Ben... Ben... no está... muerto.

Todos los signos de cansancio salieron catapultados del organismo de Thomas.

—¿Qué?

—No está... muerto. Los embolsadores fueron a buscarlo... La flecha no le dio en el cerebro..., los mediqueros le hicieron un arreglo.

Thomas se dio la vuelta para clavar la vista en el bosque donde el chico enfermo le había atacado justo la noche anterior.

—Tienes que estar de broma. Le vi...

¿No estaba muerto? Thomas no sabía qué sentía con más fuerza, si confusión, alivio, miedo de que volviera a atacarle...

—Bueno, y yo también —dijo Chuck—. Está encerrado en el Trullo y una enorme venda le cubre la mitad de la cabeza.

Thomas se dio la vuelta para volver a mirar a Chuck a la cara.

—¿El Trullo? ¿A qué te refieres?

—El Trullo es nuestra cárcel. Está en la parte norte de la Hacienda —Chuck señaló en aquella dirección—. Le metieron tan rápido que los mediqueros tuvieron que curarle allí dentro.

Thomas se frotó los ojos. La culpa le consumió cuando se dio cuenta de cómo se había sentido antes en realidad. Había sentido alivio porque Ben estaba muerto, porque ya no tendría que preocuparse de si volvía a toparse con él.

—¿Y qué van a hacer con él?

—Los guardianes ya han tenido una Reunión esta mañana y, por lo que parece, la decisión fue unánime. Creo que al final Ben va a desear que la flecha le hubiera atravesado el fucó cerebro.

Thomas entrecerró los ojos, confundido por lo que Chuck había dicho.

—¿De qué estás hablando?

—Le van desterrar. Esta noche, por intentar matarte.

—¿A desterrar? ¿Qué significa eso? —preguntó Thomas, aunque sabía que no podía ser bueno si Chuck pensaba que era peor que estar muerto.

Y entonces, Thomas vio lo que tal vez fue lo más perturbador desde que había llegado al Claro: Chuck no respondió, sólo sonrió. Sonrió, a pesar de todo, a pesar de lo siniestro que sonaba lo que acaba de anunciar. Luego se dio la vuelta y echó a correr, quizá para contarle a alguien más la emocionante noticia.

Aquella noche, Alby y Newt reunieron hasta al último clariano en la Puerta Este una media hora antes de que se cerrara, cuando las primeras sombras del ocaso empezaban a deslizarse por el cielo. Los corredores acababan de regresar y entraban en la misteriosa Sala de Mapas, haciendo un gran estruendo al cerrar la puerta; Minho ya había entrado antes. Alby les dijo a los corredores que se dieran prisa con sus asuntos, puesto que quería tenerlos fuera en veinte minutos.

A Thomas todavía le molestaba cómo había sonreído Chuck al contarle la noticia de que a Ben lo iban a desterrar. Aunque no sabía lo que significaba exactamente, estaba seguro de que nada bueno. Sobre todo, al estar todos tan cerca del Laberinto.

«¿Van a sacarle ahí fuera? —se preguntó—. ¿Con los laceradores?».

Los demás clarianos hablaban entre murmullos y una intensa sensación de horrible expectativa se extendía como una espesa niebla sobre sus cabezas. Pero Thomas no dijo nada; siguió allí cruzado de brazos, a la espera de que empezara el espectáculo. Se quedó en silencio hasta que los corredores por fin salieron de su edificio, todos con aspecto de agotados y con caras preocupadas y pensativas. Minho había sido el primero en salir, lo que hizo que Thomas se preguntara si sería el guardián de los corredores.

—¡Traedle! —gritó Alby, y Thomas, sobresaltado, se apartó de sus pensamientos.

Los brazos le cayeron a los lados al darse la vuelta y buscar en el Claro alguna señal de Ben; el miedo iba creciendo en su interior mientras se preguntaba lo que le haría el chico cuando le viera.

Por el punto más alejado de la Hacienda aparecieron tres muchachos, arrastrando literalmente a Ben por el suelo. Tenía la ropa hecha jirones, apenas se le aguantaba encima, y un grueso vendaje ensangrentado le tapaba la mitad de la cabeza y la cara. Bien porque se negaba a caminar por sí mismo o bien porque no quería colaborar de ningún modo en el avance, parecía tan muerto como la última vez que Thomas le había visto. Salvo por una cosa: tenía los ojos abiertos de par en par, llenos de terror.

—Newt —dijo Alby en voz muy baja; Thomas no le habría oído si no hubiese estado a tan sólo unos pasos de distancia—, saca la pértiga.

Newt asintió ya de camino a un pequeño cobertizo que usaban para los Huertos; sin duda, había estado esperando su orden.

Thomas volvió a centrarse en Ben y los guardias. El pálido y desgraciado muchacho seguía sin hacer ningún esfuerzo por resistirse, les dejaba que le arrastraran por el polvoriento suelo de piedra del patio. Cuando llegaron a la multitud, pusieron a Ben de pie delante de Alby, su líder, y este bajó la cabeza para no mirar a nadie a los ojos.

—Tú te lo has buscado, Ben —afirmó Alby.

Luego negó con la cabeza y miró hacia la choza a la que Newt había ido. Thomas siguió su mirada justo a tiempo de ver a Newt saliendo por la puerta inclinada. Estaba sujetando varias barras de aluminio que conectó por los extremos para hacer una vara de al menos seis metros de largo. Cuando terminó, puso algo con una forma extraña en una de las puntas y arrastró aquella cosa hasta el grupo. Un escalofrío subió por la espalda de Thomas al oír el chirrido metálico de la barra sobre el suelo de piedra mientras Newt caminaba.

Thomas estaba horrorizado por todo aquel asunto. No podía evitar sentirse responsable, aunque no hubiera hecho nada para provocar a Ben. ¿Cómo iba a ser aquello culpa suya? No dio con ninguna respuesta, pero siguió sintiendo la culpa como una enfermedad en su sangre.

Finalmente, Newt llegó hasta Alby y le pasó el extremo de la barra que estaba sujetando. Ahora Thomas veía aquel extraño accesorio. Era una lazada de basto cuero pegado al metal con una enorme grapa. Un gran botón de presión revelaba que la lazada se abría y cerraba, y su función le resultó evidente.

Era un collar.

Capítulo 14

Thomas observó cómo Alby desabrochaba el botón del collar para ponérselo a Ben en el cuello. Por fin, Ben levantó la mirada justo cuando la lazada de cuero se cerró con un fuerte sonido. Los ojos le brillaban por las lágrimas y las fosas nasales le moqueaban. Los clarianos seguían mirando sin decir ni una palabra.

—Por favor, Alby —suplicó Ben con una voz temblorosa tan conmovedora que Thomas no podía creer que fuera el mismo chico que intentó arrancarle la garganta de un mordisco el día anterior—. Te juro que se me fue la olla por el Cambio. No le habría matado. Sólo perdí la cabeza un segundo. Por favor, Alby, por favor.

Cada palabra que pronunciaba el muchacho era como un puñetazo en la tripa de Thomas, le hacía sentirse más culpable y confundido.

Alby no respondió a Ben. Tiró del collar tanto para asegurarse de que estaba bien cerrado como para ver que estaba firmemente pegado a la larga barra. Cruzó por delante de Ben, cogió el palo, lo levantó y se lo pasó cuan largo era por la palma de la mano y los dedos. Cuando llegó a la punta, lo agarró con fuerza y se volvió de cara a la multitud. Con los ojos inyectados en sangre, la cara arrugada por la ira y respirando con dificultad, a Thomas de repente le pareció malvado.

Y era muy extraño lo que veía al otro lado: Ben temblando, llorando, con un collar de cuero viejo cortado toscamente, alrededor de su pálido y famélico cuello, pegado a una barra larga que se extendía de él hasta Alby, a seis metros de distancia. El asta de aluminio se arqueaba por la mitad, pero sólo un poco. Incluso desde donde estaba Thomas, parecía sorprendentemente fuerte.

Alby hablaba en voz alta y ceremoniosa, mirando a nadie y a todos al mismo tiempo:

—Ben de los constructores, has sido sentenciado al destierro por intentar asesinar a Thomas, el novato. Los guardianes han hablado y su palabra no cambiará. Y tú no vas a volver. Nunca —hubo una larga pausa—. Guardianes, colocaos en la pértiga de destierro.

Thomas odiaba que hubiera hecho pública su relación con Ben, odiaba la responsabilidad que sentía. Volver a ser el centro de atención sólo podía acarrear más sospechas sobre él. Su culpa se transformó en vergüenza y cargo de conciencia. Más que nada, lo que quería era que Ben se fuera para que todo terminase.

Uno a uno, los chicos fueron saliendo de la muchedumbre para acercarse a la larga barra; la cogieron con ambas manos y la agarraron como si se prepararan para el juego del tira y afloja. Newt era uno de ellos; Minho, otro, lo que confirmaba la sospecha de Thomas de que era el guardián de los corredores. Winston, el Carnicero, también ocupó su puesto.

Una vez que estuvieron todos en su sitio, diez guardianes separados

uniformemente entre Alby y Ben, el ambiente se fue tranquilizando hasta quedar todo en silencio. Los únicos sonidos eran los sollozos apagados de Ben, que seguía secándose la nariz y los ojos. Miraba a izquierda y derecha, aunque el collar que tenía en el cuello le impedía ver la barra y los guardianes que tenía detrás.

Los sentimientos de Thomas volvieron a cambiar. Era evidente que no estaba bien lo que le estaban haciendo a Ben. ¿Por qué se merecía ese destino? ¿No había nada que pudiera hacer por él? ¿Pasaría Thomas el resto de sus días sintiéndose responsable?

«¡Venga ya! —gritó en su cabeza—. ¡Acabad!».

—Por favor —dijo Ben, alzando la voz por la desesperación—. ¡Por favooooooooor! ¡Que alguien me ayude! ¡No podéis hacerme esto!

—¡Cállate! —rugió Alby desde atrás.

Pero Ben le ignoró y siguió suplicando ayuda mientras empezaba a tirar del objeto que le rodeaba el cuello:

—¡Que alguien los detenga! ¡Ayudadme! ¡Por favor!

Fue mirando a los chicos uno a uno, rogando con los ojos. Todos y cada uno de ellos apartaron la vista. De inmediato, Thomas se puso detrás de un chico más alto para evitar su propio enfrentamiento con Ben.

«No puedo volver a ver esos ojos», pensó.

—Si dejásemos que los pingajos como tú hicieran este tipo de cosas —dijo Alby—, no habríamos sobrevivido tanto tiempo. Guardianes, preparaos.

—No, no, no, no, no —decía Ben en voz medio baja—. ¡Os juro que haré cualquier cosa! ¡Juro que nunca más lo volveré a hacer! Poooooooo faaaaaa...

Su agudo chillido fue interrumpido por el estruendo de la Puerta Este, que comenzaba a cerrarse. Unas chispas salieron de la piedra mientras el sólido muro de la derecha se deslizaba hacia la izquierda y crujía con un ruido atronador conforme realizaba su trayecto para cerrar el Claro y separarlo del Laberinto durante la noche. La tierra tembló bajo sus pies y Thomas no supo si podría ver lo que estaba a punto de suceder.

—¡Guardianes, ahora! —gritó Alby.

Ben giró hacia atrás la cabeza mientras los guardianes le empujaban con aquella barra hacia el Laberinto en el exterior del Claro. Un grito ahogado salió de la garganta de Ben, más alto que los sonidos que hacía la puerta al cerrarse. Se dejó caer de rodillas, tan sólo para que un guardián, un tipo grueso con pelo negro y cara de refunfuño, tirara de él hasta volver a ponerlo de pie.

—¡Noooooooooooo! —aulló Ben, saliéndole saliva por la boca mientras se retorció y tiraba del collar con las manos. Pero la fuerza conjunta de los guardianes era demasiada, obligaba al chico condenado a acercarse cada vez más al límite del Claro, justo cuando el muro derecho estaba casi cerrado—. ¡Nooooo! —gritó una y otra vez.

Trató de plantar los pies en el umbral, pero sólo aguantó unas décimas de segundo; la barra le metió en el Laberinto de un bandazo. Enseguida estuvo a cuatro patas fuera del Claro, con el cuerpo tambaleándose de un lado a otro mientras intentaba librarse del collar. Faltaban unos segundos para que se cerraran los muros de la puerta.

Con un último esfuerzo violento, Ben por fin pudo girar el cuello en el aro de cuero para que su cuerpo entero se diera la vuelta de cara a los clarianos. Thomas no se podía creer que aún estuviera mirando a un ser humano cuando vio la locura en los ojos de Ben, la flema que salía volando de su boca y la pálida piel que se extendía tirante sobre sus venas y huesos. Era lo más extraño que Thomas había visto en toda su vida.

—¡Aguantad! —vociferó Alby.

Entonces Ben gritó con un sonido incesante y tan desgarrador que Thomas se tapó los oídos. Fue un alarido lunático y bestial que seguro que le hizo pedazos las cuerdas vocales al chico. En el último segundo, el guardián de delante soltó la gran barra de la pieza pegada a Ben y retrocedió hacia el Claro, dejando al muchacho en su destierro. Los últimos gritos de Ben se interrumpieron cuando los muros se cerraron con un terrible estruendo.

Thomas apretó los ojos y se sorprendió al notar que unas lágrimas le caían por las mejillas.

Capítulo 15

Thomas llevaba dos noches seguidas yéndose a dormir con la angustiada imagen de la cara de Ben grabada en la mente, atormentándolo. ¿Cómo serían de distintas las cosas si no fuera por aquel chico? Casi se había convencido a sí mismo de que sería totalmente feliz y estaría entusiasmado por conocer su nueva vida y alcanzar el objetivo de convertirse en corredor. Casi. En el fondo sabía que Ben sólo era una parte de todos sus problemas.

Pero ahora ya no estaba, le habían desterrado al mundo de los laceradores, que se lo llevarían a donde fuera que llevaran a sus presas; era una víctima de lo que fuese que se hiciera allí. Aunque tenía muchas razones para despreciar a Ben, más que nada sentía lástima por él.

Thomas no podía imaginarse cómo sería salir de esa manera, pero, por los últimos momentos de Ben, en los que se sacudió, escupió y gritó como un psicótico, ya no dudaba de la importancia de la norma del Claro que decía que nadie debía entrar en el Laberinto, salvo que fuera un corredor y, en ese caso, sólo durante el día. A Ben ya le habían picado una vez y, seguramente, sabía mejor que nadie lo que le esperaba allí fuera.

«Pobre chico —pensó—. Pobre, pobre chico».

Thomas se estremeció y se dio la vuelta sobre un costado. Cuanto más lo pensaba, peor le resultaba la idea de convertirse en un corredor. Pero, inexplicablemente, todavía le atraía.

•••



A la mañana siguiente, apenas había amanecido antes de que los sonidos de los trabajadores despertaran a Thomas del sueño más profundo que había tenido desde que había llegado. Se incorporó y se restregó los ojos, tratando de librarse del amodorramiento. Se dio por vencido y volvió a tumbarse con la esperanza de que nadie le molestara.

No duró ni un minuto. Alguien le dio unos golpecitos en el hombro y Thomas abrió los ojos para ver que Newt le miraba fijamente.

«Y ahora, ¿qué?», pensó.

—Levántate, torpe.

—Sí, buenos días a ti también. ¿Qué hora es?

—Las siete en punto, verducho —contestó Newt con una sonrisa burlona—. Te

habías creído que iba a dejarte dormir hasta tarde después de estos dos días tan duros, ¿eh?

Thomas se sentó, aunque no soportaba la idea que no le dejaran quedarse allí tumbado un par de horas más.

—¿Dormir hasta tarde? ¿Vosotros qué sois, un puñado de granjeros?

¿Cómo se acordaba tan bien de los granjeros? Una vez más, su memoria le había dejado desconcertado.

—Eeh... sí, ahora que lo mencionas —Newt se dejó caer en el suelo a su lado y se sentó sobre las piernas cruzadas. Se quedó allí en silencio unos instantes, contemplando todo el ajetreo y el bullicio que empezaba a levantarse en el Claro—. Hoy te voy a poner con los excavadores, verducho. A ver si eso te pega más que cortar puñeteros cerditos y esas cosas.

Thomas estaba harto de que le trataran como a un bebé.

—¿No se supone que ya no tendrías que llamarme eso?

—¿El qué? ¿Puñetero cerdito?

Thomas forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—No, «verducho». Ya no soy el más novato, ¿no? Ahora lo es la chica en coma. Llámala a ella «verducha». Yo me llamo Thomas.

Empezó a pensar de pronto en la chica y se acordó de la conexión que sentía. Una sensación de tristeza le abordó como si la echara de menos y quisiera verla. «Eso no tiene sentido —pensó—. Ni siquiera sé cómo se llama».

Newt se recostó y arqueó las cejas.

—¡Vaya! Te han crecido los huevos hasta un buen tamaño esta noche, ¿eh?

Thomas le ignoró y siguió hablando:

—¿Qué es un excavador?

—Es como llamamos a los tíos que curran en los Huertos: labran, quitan hierbajos, plantan y ese tipo de cosas.

Thomas asintió en aquella dirección.

—¿Quién es el guardián?

—Zart. Es buen tío, siempre y cuando no te escaquees del trabajo. Es el que iba delante de todo ayer por la noche.

Thomas no dijo nada después de aquello, pues esperaba pasar el día entero sin hablar de Ben y el destierro. Aquel tema sólo le hacía ponerse enfermo y sentirse culpable, así que pasó a otra cosa:

—¿Y por qué has venido tú a despertarme?

—¿Qué pasa, no te gusta ver mi cara antes que nada?

—No especialmente. Bueno...

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, le interrumpió el estruendo de las puertas abriéndose por el día. Miró hacia la Puerta Este, casi esperando ver a Ben allí

de pie, al otro lado; pero, en su lugar, vio a Minho estirándose. Entonces, Thomas observó cómo avanzaba y recogía una cosa del suelo.

Era la parte de la barra que tenía pegado el collar de cuero. Minho no pareció pensar en nada; se lo lanzó a otro de los corredores, que fue a devolverlo al cobertizo que había junto a los Huertos.

Thomas se volvió hacia Newt, confundido. ¿Cómo podía actuar Minho de forma tan indiferente?

—¿Qué demonios...?

—Sólo he visto tres destierros, Tommy. Todos fueron tan desagradables como el que viste a hurtadillas ayer por la noche. Pero todas las puñeteras veces los laceradores dejaron el collar en el umbral. No hay nada que me ponga los pelos más de punta.

Thomas no pudo llevarle la contraria.

—¿Qué hacen con los que atrapan? —¿De verdad lo quería saber?

Newt se encogió de hombros con una indiferencia no muy convincente. Lo más seguro era que no quisiera hablar de ello.

—Cuéntame algo de los corredores —dijo Thomas de repente.

No sabía de dónde habían salido aquellas palabras, pero permaneció tranquilo, a pesar de las ganas que le entraron de disculparse y cambiar de tema; quería saberlo todo sobre ellos. Incluso después de lo ocurrido la noche anterior, incluso después de ver con sus propios ojos el lacerador a través de la ventana, quería saber más. Lo deseaba con mucha fuerza y no comprendía por qué. Le parecía haber nacido para convertirse en uno de los corredores.

Newt se había quedado callado y estaba como confundido.

—¿De los corredores? ¿Por qué?

—Me preguntaba cómo serían.

Newt le lanzó una mirada de recelo.

—Esos tíos son lo mejor de lo mejor. Tienen que serlo. Todo depende de ellos —cogió un trozo de roca suelta y lo tiró, contemplando distraídamente cómo rebotaba hasta que se paró.

—¿Por qué tú no eres uno de ellos?

De improviso, la mirada de Newt se volvió hacia Thomas.

—Lo era hasta que me rompí la maldita pierna hace unos meses. No he vuelto a ser el mismo desde entonces —bajó la mano para frotarse el tobillo derecho y una breve expresión de dolor le atravesó el rostro. Aquella mirada le hizo pensar a Thomas que era más por el recuerdo que por el dolor físico que aún sentía.

—¿Cómo te lo hiciste? —preguntó, pues creía que, cuanto más hiciera hablar a Newt, más aprendería.

—Corriendo para escapar de los puñeteros laceradores, ¿qué otra cosa, si no?

Casi me pillan —hizo una pausa—. Todavía se me pone la piel de gallina cuando pienso que podría haber pasado por el Cambio.

El Cambio. De entre todos, aquel era el tema que Thomas creía que podía darle más respuestas.

—¿Y eso qué es? ¿Qué es lo que cambia? ¿Todo el mundo se vuelve loco como Ben e intenta matar gente?

—Ben estaba mucho peor que la mayoría. Pero creía que querías hablar de los corredores —el tono de voz de Newt le avisó de que la conversación sobre el Cambio se había terminado, lo que le hizo sentir más curiosidad, aunque estaba bien volver a hablar de los corredores.

—Vale, te escucho.

—Como te he dicho, son los mejores de los mejores.

—¿Y qué hacéis? ¿Comprobar lo rápido que es todo el mundo?

Newt miró a Thomas, furioso, y gruñó.

—Estrújate un poco el coco, verducho, Tommy o como quieras que te llame. Lo rápido que corres es sólo una parte. Una parte muy pequeña, en realidad.

Aquello despertó el interés de Thomas.

—¿A qué te refieres?

—Cuando digo los mejores de los mejores, me refiero a los mejores en todo. Para sobrevivir al puñetero Laberinto, tienes que ser listo, rápido y fuerte. Tienes que ser bueno tomando decisiones y saber la cantidad justa de riesgos que se ha de correr. No puedes ser imprudente ni tampoco tímido —Newt estiró las piernas y se apoyó sobre sus manos—. Allí fuera es horrible, ¿sabes? No lo echo nada de menos.

—Creía que los laceradores sólo salían de noche.

Fuera o no su destino, Thomas no quería toparse con una de aquellas cosas.

—Así es, por lo general.

—Entonces, ¿por qué es tan espantoso salir ahí? —¿de qué más cosas no estaba enterado?

Newt suspiró.

—Presión. Estrés. El Laberinto cambia cada día. Intentamos imaginarnos cómo es para salir de aquí. También nos preocupan los malditos mapas. Y lo peor de todo es que siempre tienes miedo a no volver. Un laberinto normal ya costaría, pero, al ir cambiando, si cometes un par de errores mentales, te toca pasar la noche con esas despiadadas bestias. No hay sitio ni tiempo para los tontos o los mocosos.

Thomas frunció el entrecejo, sin entender muy bien el instinto que en su interior le animaba a continuar. Sobre todo, después de la noche anterior. Pero, aun así, seguía con aquella sensación que notaba por todo el cuerpo.

—¿Por qué estás tan interesado? —preguntó Newt.

Thomas vaciló mientras pensaba con temor a decirlo en voz alta.

—Quiero ser un corredor.

Newt se dio la vuelta y le miró a los ojos.

—No llevas aquí ni una semana, pingajo. Es un poco pronto para querer morir, ¿no crees?

—Lo digo en serio.

Apenas tenía sentido, ni siquiera para Thomas, pero lo sentía en su corazón. De hecho, el deseo de convertirse en corredor era lo único que le hacía seguir adelante, que le ayudaba a aceptar la situación en que se encontraba.

Newt no dejó de mirarle a los ojos.

—Y yo también. Olvídalo. Nadie se ha hecho corredor en su primer mes y mucho menos en su primera semana. Antes de que te recomendemos al guardián, tienes que pasar muchas pruebas.

Thomas se levantó y empezó a plegar sus bártulos de dormir.

—Newt, lo digo de verdad. No puedo estar todo el día quitando hierbajos, me volveré loco. No tengo ni idea de lo que hacía antes de que me enviaran aquí en esa caja metálica, pero algo me dice que se supone que tengo que ser un corredor. Puedo hacerlo.

Newt se quedó allí sentado, mirando fijamente a Thomas, sin ofrecerse a ayudarlo.

—Nadie ha dicho que no puedas, pero déjalo por ahora.

Thomas notó que le invadía la impaciencia.

—Pero...

—Escucha, confía en lo que te digo, Tommy. Si vas por ahí fanfarroneando, diciendo que eres demasiado bueno para trabajar de campesino, que se te da muy bien y estás preparado para ser un corredor, vas a crearte un montón de enemigos. Déjalo por ahora.

Hacerse enemigos era lo último que Thomas quería, pero, aun así, decidió tomar otro camino:

—Muy bien, hablaré con Minho sobre el tema.

—Buen intento, maldito pingajo. La Reunión elige a los corredores y, si crees que yo soy duro, ellos se te reirán en la jeta.

—Por lo que sabéis, podría ser bueno de verdad. Es una pérdida de tiempo hacerme esperar.

Newt se levantó para acercarse a Thomas y le dio con un dedo en la cara.

—Escúchame, verducho. ¿Estás escuchando de verdad? —por extraño que pareciera, Thomas no se sintió intimidado. Puso los ojos en blanco, pero luego asintió—. Será mejor que dejes de decir tonterías antes de que los demás te oigan. Aquí las cosas no funcionan así y toda nuestra existencia depende precisamente de que funcionen con... —Hizo una pausa, pero Thomas no dijo nada, temiéndose la charla

que le caería a continuación—. Orden —continuó Newt—. Orden. Te repites una y otra vez esa maldita palabra en tu fuca cabeza. La razón por la que todos estamos cuerdos por aquí es porque nos rompemos el culo a trabajar y mantenemos un orden. El orden es la razón por la que sacamos a Ben. Bueno, no podemos tener chiflados que vayan por ahí intentando matar gente, ¿no? Orden. Lo último que necesitamos es que vengas tú a estropearlo todo.

La obstinación desapareció de la cabeza de Thomas. Sabía que era hora de callarse.

—Sí —fue todo lo que dijo.

Newt le dio una palmada en la espalda.

—Vamos a hacer un trato.

—¿Qué?

Thomas sintió que sus esperanzas aumentaban.

—Si no dices nada sobre el tema, te pondré en las listas de posibles aprendices en cuanto demuestres que sirves. Como no mantengas el maldito pico cerrado, me aseguraré de que no entres nunca. ¿Trato hecho?

Thomas odiaba la idea de esperar sin saber cuánto tiempo sería.

—Es un asco de trato.

Newt enarcó las cejas y, al final, Thomas asintió.

—Trato hecho.

—Venga, vamos a coger algo de comida de Fritanga. Y espera que no nos atragantemos.

• • •



Aquella mañana, Thomas por fin conoció, aunque sólo de lejos, a Fritanga, que tan mala fama tenía. El chaval estaba demasiado ocupado tratando de servir el desayuno a un ejército de clarianos hambrientos. No debía de tener más de dieciséis años, pero tenía barba y el cuerpo cubierto de vello, como si cada folículo intentara escapar a los confines de su ropa manchada de comida. Thomas pensó que no parecía el chico más limpio del mundo para supervisar todas las comidas. Se apuntó mentalmente que debía tener cuidado de no encontrarse un asqueroso pelo negro en su plato.

Newt y él se acababan de sentar con Chuck para desayunar en una mesa de *picnic* justo a la salida de la cocina, cuando un gran grupo de clarianos se levantó y corrió hacia la Puerta Oeste, hablando entusiasmados sobre algo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Thomas, sorprendido por lo indiferente que había sonado. Los nuevos acontecimientos del Claro habían pasado a formar parte de su

vida.

Newt se encogió de hombros mientras mojaba pan en los huevos fritos.

—Van a encontrarse con Minho y Alby, que han ido a echar un vistazo al puñetero lacerador muerto.

—Eh —dijo Chuck, y un trocito de beicon le salió volando de la boca cuando habló—, tengo una pregunta sobre eso.

—¿Sí, Chucky? —preguntó Newt, un tanto sarcástico—. ¿Y cuál es tu maldita pregunta?

Chuck pareció reflexionar.

—Bueno, han encontrado un lacerador muerto, ¿verdad?

—Sí —contestó Newt—. Gracias por la noticia.

Chuck dio unos golpecitos con el tenedor sobre la mesa durante unos segundos.

—Bueno, ¿y quién mató a esa maldita cosa?

«Magnífica pregunta», pensó Thomas. Esperó a que Newt respondiera, pero no dijo nada. Estaba claro que no tenía ni idea.

Capítulo 16

Thomas pasó la mañana con el guardián de los Huertos, «rompiéndose el culo a trabajar», como Newt habría dicho. Zart era el chico alto con el pelo negro que iba delante de la barra durante el destierro de Ben y que, por alguna extraña razón, olía a leche agria. No hablaba mucho, pero le enseñó a Thomas cómo funcionaba todo hasta que supo hacerlo él solo. Quitar las malas hierbas, podar un albaricoquero, plantar semillas de calabazas y calabacines y recoger verduras. No le entusiasmaba y, más bien, ignoraba a los otros chicos que trabajaban con él, pero no lo odiaba tanto como lo que había hecho para Winston en la Casa de la Sangre.

Thomas estaba desherbando con Zart una larga fila de maíz tierno cuando decidió que era un buen momento, para empezar a hacer preguntas. Este guardián parecía mucho más accesible.

—Oye, Zart —dijo.

El guardián levantó la vista para mirarle y, luego, volvió a su trabajo. El muchacho tenía los ojos caídos y una cara larga; por algún motivo, parecía tan aburrido como podía estarlo alguien.

—¿Sí, verducho? ¿Qué quieres?

—¿Cuántos guardianes hay en total? —preguntó Thomas, intentando parecer despreocupado—. ¿Y cuáles son las opciones de trabajo?

—Bueno, tienes los constructores, los deambulantes, los embolsadores, los cocineros, los maperos, los mediqueros, los excavadores, los de la Casa de la Sangre. Los corredores, por supuesto. No sé, quizás unos cuantos más. Yo no hablo mucho y me ocupo de mis cosas.

La mayoría de las palabras era fácil de entender, pero Thomas se preguntó qué significaría un par de ellas.

—¿Qué es un deambulante? —sabía que era lo que hacía Chuck, pero el niño nunca quería hablar del tema. Se negaba a decirle nada.

—Eso es a lo que se dedican los pingajos que no pueden hacer otra cosa. Limpian los lavabos, las duchas, la cocina, la Casa de la Sangre después de la matanza... todo. Si pasas un día con esos imbéciles, se te quita la idea de ir por ese camino; te lo digo yo.

Thomas sintió una punzada de culpabilidad hacia Chuck, sintió lástima por él. El chaval intentaba con todas sus fuerzas hacerse amigo de todo el mundo, pero a nadie parecía gustarle y ni siquiera le prestaban atención. Sí, era un poco nervioso y hablaba demasiado, pero Thomas se alegraba de tenerle a su lado.

—¿Y los excavadores? —preguntó mientras sacaba un hierbajo enorme con un montón de tierra en sus raíces.

Zart se aclaró la garganta y siguió trabajando a la vez que respondía:

—Son los que se encargan de lo más pesado en los Huertos. Hacen las zanjás y no sé qué más. Cuando tienen tiempo libre, se dedican a hacer otras cosas por el Claro. La verdad es que muchos clarianos tienen más de un trabajo. ¿Alguien te lo había contado?

Thomas ignoró la pregunta y continuó, decidido a obtener el máximo de respuestas posibles:

—¿Y los embolsadores? Sé que se ocupan de los muertos, pero no puede morir gente con tanta frecuencia, ¿no?

—Esos tipos dan miedo. También actúan como guardias y policía. A todos les gusta llamarles embolsadores. Ya verás qué divertido ese día, amigo —se rió por lo bajo. Era la primera vez que Thomas le oyó hacerlo y lo encontró simpático.

Thomas tenía más preguntas. Muchísimas más. Chuck y los demás del Claro nunca querían contestarle a nada. Y allí estaba Zart, que por lo visto no tenía ningún problema al respecto. Pero, de repente, a Thomas se le quitaron las ganas de hablar. Por algún motivo, la chica volvió a metérsele en la cabeza, sin venir al caso, y luego empezó a pensar en Ben y en el lacerador muerto, lo que debería ser algo bueno, pero todo el mundo actuaba como si fuera lo contrario. Su nueva vida era un asco.

Respiró hondo. «Limítate a trabajar», pensó, y eso fue lo que hizo.

A media tarde, Thomas estaba a punto de desmayarse de cansancio. Estar todo el rato agachado, arrastrándose de rodillas en la tierra, era lo peor que había.

«Corredor —dijo para sus adentros mientras seguía descansando—. Dejádme ser corredor».

Una vez más, pensó en lo absurdo que era desearlo con todas sus fuerzas. Pero, aunque no lo entendiera ni supiera de dónde venía aquella idea, las ganas eran innegables. Igual de fuertes eran los pensamientos sobre la chica, pero intentaba apartarlos de su cabeza todo lo posible.

Cansado y dolorido, se dirigió a la cocina para comer algo y beber agua. Se podría haber zampado un almuerzo entero, a pesar de que ya había comido hacía dos horas. Incluso el cerdo empezaba a sonarle bien otra vez.

Le dio un mordisco a una manzana y, después, se dejó caer en el suelo junto a Chuck. Newt también se encontraba allí, pero estaba sentado solo, ignorando al resto. Tenía los ojos inyectados en sangre y la frente arrugada, llena de surcos. Thomas observó cómo Newt se mordía las uñas, algo que no había visto nunca hacer a aquel chico mayor.

Chuck se dio cuenta e hizo la pregunta que Thomas tenía en la cabeza:

—¿Qué le pasa? —susurró el niño—. Se parece a ti cuando saliste de la Caja.

—No lo sé —contestó Thomas—. ¿Por qué no vas a preguntarle?

—Puedo oír todas las malditas palabras que estáis diciendo vosotros dos —dijo Newt en voz alta—. No me extraña que la gente no soporte dormir a vuestro lado,

pingajos.

Thomas se sintió como si le hubieran pillado robando, pero estaba muy preocupado; Newt era uno de los pocos en el Claro que de verdad le gustaban.

—¿Qué te pasa? —inquirió Chuck—. No te ofendas, pero estás hecho una clonc.

—Todo lo malo del mundo —contestó, y luego se quedó callado, con la vista clavada en el espacio durante un rato. Thomas estuvo a punto de insistir con otra pregunta, pero al final Newt continuó hablando—: La chica de la Caja. Sigue gimiendo y diciendo todo tipo de cosas raras, pero no se despierta. Los mediqueros hacen todo lo posible por alimentarla, pero cada vez come menos. Os lo digo yo, hay algo muy chungo en todo esto.

Thomas bajó la vista hacia la manzana y después le dio un mordisco. Ahora sabía ácida. Se dio cuenta de que estaba preocupado por la chica, preocupado por su bienestar. Como si la conociera.

Newt dejó escapar un largo suspiro.

—Foder, pero eso no es lo que me saca de quicio.

—¿Y qué es? —preguntó Chuck.

Thomas se inclinó hacia delante con tanta curiosidad que fue capaz de quitarse a la chica de la cabeza. Los ojos de Newt se entrecerraron al mirar una de las entradas del Laberinto.

—Alby y Minho —farfulló—. Deberían haber vuelto hace horas.

• • •



Cuando quiso darse cuenta, Thomas ya estaba otra vez trabajando, sacando de nuevo las malas hierbas, contando los minutos que le quedaban para acabar en los Huertos. No paraba de mirar hacia la Puerta Oeste en busca alguna señal de Alby y Minho, pues la preocupación de Newt se le había contagiado.

Newt había dicho que tenían que haber vuelto a mediodía, que ese era el tiempo suficiente para llegar hasta el lacerador muerto, explorar una hora o dos y regresar. No le extrañaba que estuviera tan disgustado. Cuando Chuck sugirió que tal vez estaban investigando y divirtiéndose un poco, Newt le había lanzado una mirada tan dura que Thomas pensó que el niño ardería por combustión espontánea.

Nunca olvidaría la cara que puso Newt a continuación. Cuando Thomas le preguntó por qué no se metían unos cuantos en el Laberinto para buscar a sus amigos, la expresión de Newt cambió a una de terror absoluto: las mejillas se le hundieron en el rostro, que se le puso oscuro y cetrino. Se le fue pasando poco a poco, y le explicó que estaba prohibido enviar grupos de búsqueda, por si acaso se perdía más gente,

pero no había duda de que el miedo había atravesado su rostro.

A Newt le aterrorizaba el Laberinto.

Lo que fuera que le pasase ahí dentro —quizá incluso estaba relacionado con el dolor que tenía desde hacía tanto tiempo en el tobillo— había sido espantoso.

Thomas trató de no darle más vueltas mientras se volvía a concentrar en arrancar malas hierbas.

• • •



La cena de aquella noche resultó ser bastante sombría y no precisamente por la comida. Fritanga y sus cocineros sirvieron un magnífico banquete a base de bistec, puré de patatas, judías verdes y rollitos calientes. Thomas enseguida se dio cuenta de que los chistes que se hacían sobre lo que cocinaba Fritanga eran sólo eso, chistes. Todos engullían su comida y, en general, pedían más. Pero aquella noche los clarianos comían como hombres muertos resucitados para su última cena antes de que los enviaran a vivir con el diablo.

Los corredores habían vuelto a la hora habitual y Thomas se estaba alterando cada vez más al ver cómo Newt iba de puerta en puerta conforme entraban en el Claro, sin molestarse en ocultar su pánico. Pero Alby y Minho no aparecían. Newt obligó a los clarianos a seguir adelante y comer la cena de Fritanga tan bien merecida, pero insistió en que debían seguir pendientes de si llegaban los dos perdidos. Nadie lo dijo, pero Thomas sabía que las puertas no tardarían en cerrarse.

Thomas siguió las órdenes a regañadientes, como el resto de jóvenes, y compartió una mesa de *picnic* en la parte sur de la Hacienda con Chuck y Winston. Sólo había dado unos bocados cuando no pudo aguantarlo más:

—No soporto estar aquí mientras ellos están ahí fuera, perdidos —dijo, y dejó caer el tenedor en el plato—. Me voy a vigilar las puertas con Newt.

Se levantó y salió a echar un vistazo. Chuck iba detrás de él, como era de esperar. Se encontraron con Newt en la Puerta Oeste; caminaba de un lado a otro y se pasaba las manos por el pelo. Levantó la vista cuando Thomas y Chuck se acercaron.

—¿Dónde están? —preguntó Newt con voz débil y forzada.

A Thomas le conmovió que Newt estuviera tan preocupado por Alby y Minho, como si fueran de su familia.

—¿Por qué no enviamos un grupo de búsqueda? —volvió a sugerir. Le parecía una estupidez quedarse allí sentados, preocupadísimos, cuando podían salir y encontrarlos.

—Maldito... —empezó a decir Newt, pero se calló. Cerró los ojos un segundo y

respiró hondo—. No podemos, ¿vale? No lo repitas más. Va al cien por cien en contra de las normas. Sobre todo ahora que las puñeteras puertas están a punto de cerrarse.

—Pero ¿por qué? —insistió Thomas, sin dar crédito a la terquedad de Newt—. ¿No les cogerán los laceradores si se quedan ahí fuera? ¿No deberíamos hacer algo?

Newt se volvió hacia él con la cara roja y los ojos brillantes por la ira.

—¡Calla la boca, verducho! —gritó—. ¡No llevas ni una maldita semana aquí! ¿Crees que no arriesgaría mi vida en este mismo instante por esos torpes?

—No..., lo... siento. No pretendía... —Thomas no sabía qué decir; él sólo intentaba ayudar.

La cara de Newt se relajó.

—Aún no lo has pillado, Tommy. Si sales ahí fuera por la noche, te espera una muerte segura. Sólo estaríamos malgastando más vidas. Si esos pingajos no consiguen volver... —hizo una pausa; parecía vacilar en decir lo que todos estaban pensando—. Ambos hicieron un juramento, igual que yo. Igual que todos. Tú también lo harás cuando tengas tu primera Reunión y te elija un guardián. Nunca salimos de noche. Sin importar lo que pase. Nunca.

Thomas miró a Chuck, que parecía estar tan pálido como Newt.

—Newt no lo va a decir —dijo el niño—, así que lo diré yo: si no vuelven, significa que están muertos. Minho es demasiado listo para perderse. Es imposible. Están muertos.

Newt no dijo nada y Chuck se dio la vuelta y volvió a la Hacienda, con la cabeza gacha.

«¿Muertos?», pensó Thomas. La situación se había puesto tan grave que no sabía cómo reaccionar y notó un agujero en el corazón.

—El pingajo tiene razón —asintió Newt, serio—. Esa es la razón por la que no podemos salir. No podemos permitirnos empeorar las cosas más de lo que ya están.

Le puso la mano a Thomas en el hombro y luego la dejó caer al costado. Las lágrimas empañaron los ojos de Newt, y Thomas supo que incluso en el interior de la oscura cámara de recuerdos que estaba cerrada con llave, fuera de su alcance, nunca había visto a nadie tan triste. La oscuridad en aumento del crepúsculo era perfecta para lo desalentadoras que se habían puesto las cosas.

—Faltan dos minutos para que se cierren las puertas —dijo Newt, una afirmación tan sucinta y categórica que pareció colgar en el aire como un sudario alcanzado por un sople de viento. Luego se marchó, encorvado y en silencio.

Thomas negó con la cabeza y después echó la vista atrás, hacia el Laberinto. Apenas conocía a Alby y a Minho, pero el pecho le dolía al pensar en ellos ahí fuera, muertos por culpa de la horrenda criatura que había visto por la ventana la primera mañana que había pasado en el Claro.

Un gran estruendo sonó en todas las direcciones, lo que sobresaltó a Thomas y le

apartó de sus pensamientos. Entonces se oyó el chirrido de la piedra contra la piedra. Las puertas se estaban cerrando para toda la noche.

La pared derecha retumbó por el suelo, soltando tierra y piedras a medida que se movía. La hilera vertical de barras era tan larga que parecía llegar al cielo y se deslizaba hacia los agujeros correspondientes de la pared izquierda, lista para cerrarse hasta por la mañana. Una vez más, Thomas miró con gran respeto el enorme muro en movimiento, que desafiaba cualquier ley de la física. Parecía imposible.

Entonces algo atrajo su atención a la izquierda.

En el interior del Laberinto, por el pasillo que había delante de él, algo se movía.

Al principio, el pánico le recorrió el cuerpo; retrocedió, preocupado por que pudiera ser un lacerador. Pero en ese momento vio dos formas que avanzaban a trompicones por el pasillo hacia la puerta. Sus ojos por fin vieron con claridad tras la ceguera inicial provocada por el miedo, y se dio cuenta de que era Minho con uno de los brazos de Alby colocado sobre los hombros, prácticamente arrastrando al chico detrás de él. Minho alzó la vista y vio a Thomas, que sabía que parecía que tenía los ojos saliéndose de las órbitas.

—¡Le dieron! —gritó Minho con voz ahogada y débil por el cansancio. Cada paso que daba parecía ser el último. Thomas estaba tan atónito por el cambio de los acontecimientos que tardó un momento en reaccionar.

—¡Newt! —gritó por fin, mientras se obligaba a apartar la mirada de Minho y Alby para centrarse en la otra dirección—. ¡Ya vienen! ¡Los veo!

Sabía que tenía que correr hacia el Laberinto para ayudar, pero tenía grabada en la cabeza la regla de no abandonar el Claro.

Newt ya estaba casi de vuelta en la Hacienda, pero el grito de Thomas le hizo darse la vuelta enseguida y echó a correr como pudo hacia la puerta.

Thomas se volvió para mirar hacia el Laberinto y el terror se apoderó de él. Alby se había resbalado de los brazos de Minho y se había caído al suelo. Thomas observó cómo Minho, desesperado, intentaba ponerle otra vez en pie, pero al final se rindió y comenzó a arrastrar al chico por el suelo de piedra.

Pero aún les quedaban un montón de metros para llegar.

El muro derecho se cerraba rápido y parecía cobrar más velocidad cuanto más despacio deseaba Thomas que fuese. Sólo faltaban unos segundos para que se cerrara por completo. Era imposible que logran llegar a tiempo. No podrían hacerlo ni en broma.

Thomas se volvió para mirar a Newt, que con su cojera tan sólo había avanzado la mitad del camino. Luego miró una vez más hacia el Laberinto, hacia el muro que se cerraba. Tan sólo unos metros más y todo se habría acabado.

Minho se tropezó y se cayó al suelo. No iban a conseguirlo. Ya no quedaba tiempo. Se había acabado.

Thomas oyó a Newt gritar algo detrás de él:

—¡No lo hagas, Tommy! ¡Ni se te ocurra!

Las barras de la pared derecha parecían extenderse como brazos que se estiraban para alcanzar su objetivo, para acoplarse a aquellos orificios que eran su lugar de descanso durante la noche.

El sonido chirriante de la puerta inundó el aire de un modo ensordecedor.

Un metro y medio. Un metro. Medio metro.

Thomas sabía que no le quedaba otra opción. Se movió. Hacia delante. Se metió entre las barras de conexión en el último segundo y entró en el Laberinto.

Los muros se cerraron de golpe tras él y el eco del estruendo rebotó sobre la piedra cubierta de hiedra como la risa de un loco.

Capítulo 17

Durante varios segundos, Thomas sintió que el mundo se había quedado congelado. Un gran silencio siguió al ruido atronador que emitió la puerta al cerrarse y un velo de oscuridad pareció cubrir el cielo, como si hasta el sol se hubiera asustado de lo que acechaba en el Laberinto. El ocaso había llegado y las gigantescas paredes parecían lápidas en un cementerio para gigantes, plagado de hierbajos. Thomas se recostó sobre la roca áspera, abrumado por la incredulidad ante lo que acababa de suceder. Aterrorizado por las consecuencias que podía tener.

Entonces, un alarido que salió de Alby puso a Thomas firme; Minho estaba gimiendo. Thomas se apartó del muro y corrió hacia los dos clarianos.

Minho se había incorporado y estaba otra vez de pie, pero tenía un aspecto horrible, incluso bajo la tenue luz que aún les acompañaba. Estaba sucio, sudoroso y lleno de arañazos. Alby, en el suelo, parecía encontrarse peor; tenía la ropa hecha jirones y los brazos cubiertos de cortes y cardenales. Thomas se estremeció. ¿Había atacado un lacerador a Alby?

—Verducho —dijo Minho—, si crees que has sido valiente por salir aquí, escúchame bien: eres el fuco cara fuco más fuco que he visto en mi vida. Estás muerto, como nosotros.

Thomas notó cómo la cara se le calentaba. Esperaba al menos un poco de gratitud.

—No podía quedarme allí sentado y dejaros aquí fuera.

—¿Y qué vas a hacer ahora para ayudarnos? —Minho puso los ojos en blanco—. Como tú quieras, tío. Rompe la Norma Número Uno, suicídate, me da igual.

—De nada. Sólo trataba de echar una mano —Thomas se sentía como si le hubieran pegado una patada en la cara.

Minho forzó una risa amarga y luego se arrodilló junto a Alby. Thomas se fijó mejor en el chico que estaba en el suelo y se dio cuenta de lo mal que se hallaban las cosas. Alby parecía encontrarse al borde de la muerte. Su piel morena perdía el color por momentos y el joven respiraba rápido y de forma superficial. La esperanza abandonó a Thomas.

—No quiero hablar de esto —dijo Minho mientras comprobaba el pulso de Alby y se inclinaba para auscultarle el pecho—. Digamos que los laceradores no se toman demasiado bien la muerte.

Aquella afirmación cogió a Thomas por sorpresa.

—Así que le han... ¿mordido? O picado, da igual. ¿Va a pasar por el Cambio?

—Tienes mucho que aprender —fue todo lo que dijo Minho.

Thomas quiso gritar. Sabía que le quedaba mucho por aprender, por eso hacía preguntas.

—¿Va a morir? —se obligó a decir antes de avergonzarse por lo vacío y superficial que sonaba.

—Puesto que no hemos conseguido volver antes de la puesta de sol, probablemente. Podría morir en una hora. No sé cuánto se tarda si no te dan el Suero. Por supuesto, nosotros también moriremos, así que no te pongas a llorar por él. Sí, todos estaremos muertos bien pronto —lo dijo con tanta naturalidad que Thomas apenas pudo procesar el significado de sus palabras. Pero enseguida la espantosa realidad de la situación caló en Thomas y sintió como si sus entrañas comenzaran a pudrirse.

—¿De verdad vamos a morir? —preguntó, incapaz de aceptarlo—. ¿Me estás diciendo que no tenemos ninguna posibilidad de sobrevivir?

—Ninguna.

Thomas estaba harto de la constante negatividad de Minho.

—¡Venga ya! Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Cuántos laceradores nos atacarán a la vez?

Se asomó por el pasillo que se adentraba en el Laberinto, como si esperara que las criaturas llegaran en aquel momento, atraídas por el sonido de su nombre.

—No lo sé.

Una idea asaltó la mente de Thomas y le dio esperanza.

—Pero... ¿y qué hay de Ben? ¿Y de Gally, y de los demás a los que picaron y sobrevivieron?

Minho le miró de una forma que expresaba que era más tonto que una clonc de vaca.

—¿No me has oído? Consiguieron regresar antes de la puesta de sol, imbécil. Al volver, les dieron el Suero. A todos.

Thomas se preguntó por el suero que había mencionado Minho, pero antes tenía muchos más interrogantes que responder:

—Pero yo creía que los laceradores sólo salían de noche.

—Pues estabas equivocado, pingajo. Siempre salen de noche, pero eso no significa que no aparezcan nunca de día.

Thomas no quería dejarse llevar por la desesperanza de Minho. No quería rendirse ni morir todavía.

—¿Alguna vez han atrapado de noche a alguien fuera de los muros y este ha vivido para contarlo?

—Nunca.

Thomas frunció el entrecejo; deseaba encontrar una pizca de esperanza.

—¿Cuántos han muerto, entonces?

Minho clavó la vista en el suelo, agachado con un antebrazo sobre la rodilla. Era evidente que estaba agotado, casi aturdido.

—Al menos, doce. ¿No has estado en el cementerio?

—Sí.

«Así es como mueren», pensó.

—Bueno, esos sólo son los que hemos encontrado. Hay más cuyos cuerpos nunca aparecieron —Minho señaló distraídamente hacia el Claro cerrado—. Ese puñetero cementerio está en el bosque por un motivo. Nada mata mejor el tiempo que recordar cada día a tus amigos asesinados brutalmente —Minho se levantó, cogió a Alby por los brazos y luego señaló con la cabeza sus pies—. Coge esos mamones apestosos. Le tenemos que llevar hasta la puerta. Les dejaremos un cuerpo para que lo encuentren con facilidad por la mañana.

Thomas no se podía creer lo morbosa que era aquella afirmación.

—¿Cómo puede estar ocurriendo una cosa así? —gritó a las paredes a la vez que giraba en círculo. Se sintió a punto de perder el control definitivamente.

—Deja de lloriquear. Deberías haber seguido las normas y haberte quedado dentro. Ahora, venga, cógele de las piernas.

Con una mueca de dolor por un retortijón de tripas, Thomas se acercó y levantó los pies de Alby como le habían dicho. Llevaron medio a rastras el cuerpo inerte unos tres metros hasta la grieta vertical de la puerta, donde Minho apoyó a Alby contra la pared en una posición en la que casi estaba sentado. El pecho de Alby subía y bajaba, esforzándose por respirar, y su piel estaba empapada en sudor; parecía que no iba a durar mucho más.

—¿Dónde le han mordido? —preguntó Thomas—. ¿Puedes verlo?

—No te muerden. Los jodidos te pican. Y no, no puedes verlo. Podría tener montones de picotazos por todo el cuerpo —Minho cruzó los brazos y se apoyó en el muro.

Por alguna razón, Thomas pensó que la palabra «picar» sonaba mucho peor que «morder».

—¿Te pican? ¿Qué significa eso?

—Tío, tendrás que verlos para saber de lo que estoy hablando.

Thomas señaló los brazos de Minho y, luego, sus piernas.

—Bueno, ¿y por qué esa cosa no te ha picado a ti?

Minho extendió las manos.

—Quizá sí lo haya hecho. Quizá me desplome en cualquier momento.

—Ellos... —empezó a decir Thomas, pero no sabía cómo terminar la frase. No sabía si Minho lo había dicho en serio.

—No existe ningún «ellos», sólo el que creíamos que estaba muerto. Se volvió loco y picó a Alby, pero luego salió corriendo —Minho volvió la vista hacia el Laberinto, que estaba a oscuras casi por completo porque se había hecho de noche—. Pero estoy segurísimo de que no tardará en estar aquí con un puñado de los otros para

liquidarnos con sus agujas.

—¿Sus agujas? —a Thomas las cosas le sonaban cada vez más alarmantes.

—Sí, agujas —no dio más detalles y, por la cara que puso, tampoco pensaba hacerlo.

Thomas levantó la vista hacia los enormes muros cubiertos de enredaderas. La desesperación por fin le había puesto en modo «resolver problemas».

—¿No podemos trepar por esta cosa? —miró a Minho, que no dijo ni una palabra—. Por las enredaderas, ¿no podemos subir por ellas?

Minho dejó escapar un suspiro de frustración.

—Te lo juro, verducho, debes de creer que somos un hatajo de subnormales. ¿De veras piensas que nunca hemos tenido la ingeniosa idea de subir por las putas paredes?

Por primera vez, Thomas notó que poco a poco le invadía la ira para competir con el miedo y el pánico.

—Sólo intento ayudar, tío. ¿Por qué no dejas de poner pegos a todo lo que digo y hablas conmigo?

Minho saltó bruscamente sobre Thomas y le agarró por la camiseta.

—¡No lo entiendes, cara fuco! ¡Tú no sabes nada y lo único que haces es empeorarlo intentando tener esperanza! Estamos muertos, ¿me oyes? ¡Muertos!

Thomas no supo qué sintió con más fuerza en aquellos momentos, si enfado con Minho o lástima por él. Se estaba rindiendo con demasiada facilidad. Minho bajó la vista hacia sus manos, que agarraban con firmeza la camiseta de Thomas, y la vergüenza le atravesó el rostro. Le soltó despacio y retrocedió. Thomas se recolocó la ropa con actitud desafiante.

—Jo, tío —susurró Minho; luego se dejó caer en el suelo y hundió la cara en sus puños apretados—. Nunca he estado tan asustado, macho. No como ahora.

Thomas quiso decir algo, que madurara, que pensara, que le contara todo lo que sabía. ¡Algo! Abrió la boca para hablar, pero la cerró enseguida cuando oyó el *ruido*. Minho asomó la cabeza y miró por uno de los oscuros pasillos de piedra. Thomas notó cómo se le aceleraba su propia respiración.

Aquel sonido grave e inquietante venía de lo más profundo del Laberinto. Era un zumbido constante que emitía un timbre metálico cada pocos segundos, como cuchillos afilados rozando unos contra otros. Cada vez se oía más alto y, entonces, surgieron unos chasquidos sobrecogedores. Thomas se imaginó unas largas uñas dando golpecitos contra un cristal. Un gemido ahogado llenó el aire y luego sonó algo que parecía el ruido de unas cadenas.

En conjunto, todo era horroroso, y la pequeña cantidad de valor que Thomas había conseguido reunir estaba empezando a desaparecer.

Minho se levantó; apenas veía su rostro bajo aquella luz mortecina. Pero, cuando

habló, Thomas se imaginó que tenía los ojos abiertos de par en par por el terror:

—Tenemos que separarnos. Es nuestra única posibilidad de supervivencia. Sigue moviéndote. ¡No dejes de moverte!

Y entonces se dio la vuelta, echó a correr y desapareció en cuestión de segundos, engullido por el Laberinto y la oscuridad.

Capítulo 18

Thomas se quedó con la vista clavada en el sitio por donde Minho había desaparecido. Una repentina aversión hacia el chico creció en su interior. Minho era un veterano en aquel lugar, un corredor. Thomas era un novato, sólo llevaba unos días en el Claro y unos minutos en el Laberinto. Sin embargo, de los dos había sido Minho el que había perdido el control, el que se había dejado llevar por el pánico y había echado a correr ante el primer problema que se había presentado.

«¿Cómo ha podido dejarme aquí tirado? —pensó Thomas—. ¡Cómo ha podido!».

Los ruidos se intensificaron. El rugido de los motores se intercalaba con unos sonidos parecidos a los de una manivela enrollando las cadenas de un mecanismo de elevación en una vieja y mugrienta fábrica. Y entonces llegó el olor de algo muy caliente y grasiento. Thomas no tenía ni la más remota idea de lo que le esperaba; había visto un lacerador, pero sólo fugazmente y a través de una ventana sucia. ¿Qué le harían? ¿Cuánto tiempo duraría?

«Basta», se dijo a sí mismo. Tenía que dejar de perder el tiempo esperando a que llegaran y acabaran con su vida.

Se volvió para mirar a Alby, que aún seguía apoyado en la pared de piedra, y no vio más que un montón de sombra en la oscuridad. Se arrodilló en el suelo y buscó el cuello del joven para tomarle el pulso. Tenía algo. Escuchó los latidos de su pecho como Minho había hecho antes.

Pu-pum, pu-pum, pu-pum.

Todavía estaba vivo.

Thomas se echó hacia atrás sobre sus talones y se pasó el brazo por la frente para secarse el sudor. Y en ese preciso instante, en unos breves segundos, aprendió mucho de sí mismo. Sobre el Thomas que era antes. No podía dejar morir a un amigo. Ni siquiera a alguien tan gruñón como Alby.

Se agachó hasta casi quedar sentado para agarrarle por los brazos y pasárselos por detrás del cuello. Se echó el cuerpo desmayado a la espalda y empujó con las piernas, con un resoplido por el esfuerzo. Pero era demasiado. Ambos se cayeron, Thomas de bruces y Alby despatarrado a un lado, con un fuerte golpe.

Los espantosos sonidos de los laceradores se acercaban por segundos, retumbando en los muros de piedra del Laberinto. Thomas creyó ver unos destellos de luz a lo lejos que se reflejaban en el cielo nocturno. No quería encontrarse con la fuente de aquellas luces, de aquellos ruidos.

Probó de otra forma: volvió a agarrar a Alby de los brazos y empezó a arrastrarlo por el suelo. No podía creer lo que pesaba el chico y tan sólo tardó tres metros en darse cuenta de que no iba a funcionar. Además, ¿adonde iba a llevarlo?

Tiró de Alby para volver a colocarlo sentado, apoyado en la pared de piedra, en la

grieta que marcaba la entrada al Claro. Thomas también se sentó con la espalda apoyada en el muro, jadeante por el esfuerzo, pensando. Mientras examinaba los oscuros recovecos del Laberinto, trataba de buscar en su mente una solución. Apenas veía nada y sabía, a pesar de lo que Minho había dicho, que sería una tontería echar a correr, incluso aunque pudiese cargar con Alby. No sólo estaba la posibilidad de perderse, sino que podía acabar corriendo en dirección a los laceradores en vez de huir de ellos.

Pensó en la pared, en la hiedra. Minho no se lo había explicado, pero, por lo que había dicho, parecía que era imposible subir por aquellos muros. Aun así...

Un plan fue cobrando forma en su mente. Todo dependía de las desconocidas aptitudes de los laceradores, pero era lo mejor que se le había ocurrido.

Thomas anduvo unos pasos por la pared hasta que encontró un buen montón de hiedra que cubría la mayor parte de roca. Cogió una de las enredaderas que iban hacia el suelo y se la enrolló en la mano. Era más densa y sólida de lo que había imaginado; quizá medía un centímetro de diámetro. Tiró y, con el sonido de un papel grueso rasgándose, la enredadera se despegó del muro; cada vez más, a medida que Thomas se alejaba de ella. Cuando ya había retrocedido tres metros, no alcanzó a ver el final de la enredadera que tenía encima; desaparecía en la oscuridad. Pero la planta trepadora aún no había caído, por lo que Thomas sabía que seguía enganchada ahí arriba por algún sitio.

Dudó al intentarlo, pero se armó de valor y tiró de la enredadera con todas sus fuerzas. Aguantaba. Volvió a tirar. Una y otra vez, estirando y soltando con ambas manos. Entonces levantó los pies, se colgó de la planta y su cuerpo se balanceó hacia delante. La enredadera resistía.

De inmediato, Thomas se agarró a otras enredaderas, las separó de la pared y creó una serie de cuerdas para trepar. Las probó todas y resultaron ser igual de fuertes que la primera. Animado, volvió a donde estaba Alby y le arrastró hacia las plantas.

Un fuerte chasquido se oyó en el interior del Laberinto, seguido de un horrible sonido de metal abollado. Thomas, sobresaltado, se dio la vuelta para mirar; estaba tan concentrado en las enredaderas que por un momento había dejado de pensar en los laceradores. Escudriñó las tres direcciones del Laberinto. No pudo ver nada que se estuviera acercando, pero los sonidos, los zumbidos, los crujidos y el repiqueteo cada vez eran más fuertes. Y el ambiente se había iluminado un poco; ahora podía distinguir más detalles del Laberinto que hacía tan sólo unos minutos.

Recordó las luces extrañas que había observado con Newt a través de la ventana del Claro. Los laceradores estaban cerca. Tenían que estarlo.

Thomas se deshizo del pánico que iba en aumento y se puso a trabajar. Cogió una de las lianas y la enrolló alrededor del brazo derecho de Alby. La planta llegaría lo justo, así que tenía que levantar a Alby todo lo que pudiera para que funcionara.

Después de varias vueltas, ató la enredadera. Luego, cogió otra liana y la enrolló alrededor del brazo izquierdo de Alby; después, hizo lo mismo con las dos piernas y las ató bien fuerte. Le preocupaba cortarle la circulación al clariano, pero decidió que merecía la pena arriesgarse.

Trató de ignorar las dudas sobre el plan que se filtraban en su mente y continuó. Ahora le tocaba a él.

Se agarró a una enredadera con ambas manos y comenzó a trepar justo hasta colocarse encima de donde acababa de atar a Alby. Las gruesas hojas de hiedra le servían como asideros, y Thomas se puso eufórico al ver que todas las grietas que tenía el muro de piedra eran perfectas para apoyar los pies mientras subía. Empezó a pensar lo fácil que sería sin...

Se negó a terminar aquel pensamiento. No podía dejar a Alby allí tirado.

Una vez que llegara a un punto unos metros por encima de su amigo, Thomas se enrollaría algunas lianas alrededor del pecho y les daría unas cuantas vueltas hasta ceñírselas bien en las axilas para sostenerse. Despacio, se dejó caer, despegando las manos, pero con los pies bien firmes en una gran grieta. El alivio le invadió cuando la enredadera siguió aguantándole.

Ahora venía la parte más difícil.

Las cuatro lianas que ataban a Alby colgaban tirantes a su alrededor. Thomas cogió la que sujetaba la pierna izquierda de Alby y tiró. Tan sólo pudo levantarla unos centímetros antes de soltarla; pesaba demasiado. No podía hacerlo.

Bajó de nuevo al suelo del Laberinto, decidido a empujar desde abajo en vez de tirar desde arriba. Para probarlo, intentó levantar a Alby sólo medio metro, extremidad por extremidad. Primero, empujó hacia arriba la pierna izquierda y ató otra liana a su alrededor. Después, hizo lo mismo con la derecha. Cuando aseguró las dos, repitió la operación con ambos brazos.

Retrocedió, jadeando, mientras echaba un vistazo. Alby estaba colgado, aparentemente sin vida, un metro más alto de lo que estaba hacía cinco minutos.

Ruidos metálicos en el Laberinto. Zumbidos. Murmullos. Quejidos. Thomas creyó ver un par de destellos rojos a su izquierda. Los laceradores estaban acercándose y ahora estaba claro que había más de uno.

Volvió a ponerse manos a la obra. Utilizó consigo el mismo método que había usado para subir los brazos y las piernas de Alby un metro más arriba y, poco a poco, fue avanzando por la pared de piedra. Trepó hasta que estuvo justo debajo del cuerpo, se enrolló una liana alrededor del pecho para sujetarse, luego empujó a Alby todo lo que pudo, extremidad por extremidad, y las ató con la hiedra. Después, repitió el proceso entero.

«Sube, enrolla, empuja, ata. Sube, enrolla, empuja, ata». Al menos, los laceradores parecían moverse despacio por el Laberinto, lo que le daba más tiempo.

Poco a poco, iban subiendo cada vez más. El esfuerzo era agotador; a Thomas le costaba respirar y notaba que el sudor le cubría cada centímetro de la piel. Las manos empezaron a resbalársele de la enredadera. Los pies le dolían de apretar contra las grietas en la piedra. Los sonidos se intensificaban; aquellos horribles sonidos. Aun así, Thomas seguía avanzando.

Cuando llegaron a unos diez metros por encima del suelo, Thomas se detuvo, se balanceó en la liana que se había enrollado alrededor del pecho y se dio la vuelta hacia el Laberinto, usando sus brazos cansados y flexibles. Un agotamiento que no habría creído posible inundaba cada diminuta partícula de su cuerpo. Le dolía todo del cansancio y sus músculos lo expresaban a gritos. No podía empujar a Alby ni un centímetro más. Ya había acabado.

Allí se esconderían. U opondrían resistencia.

Sabía que no podían llegar arriba del todo; sólo esperaba que los laceradores no pudieran mirar o que no miraran por encima de ellos. O, al menos, esperaba poder vencerlos desde allí arriba, uno a uno, en vez de que le arrollaran todos en el suelo. No tenía ni idea de lo que se le avecinaba, no sabía si estaría vivo al día siguiente. Pero allí, colgados de la enredadera, Thomas y Alby se enfrentarían a su destino.

Pasaron unos minutos más antes de que Thomas viera el primer rayo de luz brillar en las paredes del Laberinto que tenía enfrente. Los terribles sonidos que había oído intensificarse durante la última hora se convirtieron en un chirrido agudo mecánico, como el grito de muerte de un robot.

Una luz roja a su izquierda atrajo su atención. Al volverse, estuvo a punto de pegar un chillido; había una cuchilla escarabajo a tan sólo unos centímetros de él, con sus patas largas y flacas asomando por entre la hiedra y, de alguna forma, enganchadas a la piedra. La luz roja de su ojo era como un pequeño sol, demasiado brillante para mirarla directamente. Thomas entrecerró los ojos e intentó centrarse en el cuerpo del escarabajo.

El torso era un cilindro plateado de unos siete centímetros de diámetro y veinticinco de largo. Doce patas articuladas le recorrían la parte trasera y se extendían de tal modo que aquella cosa parecía un lagarto dormido. La cabeza no resultaba visible porque el rayo de luz roja apuntaba en su dirección, aunque parecía pequeña; tal vez le sirviera únicamente para ver.

Pero, en ese momento, Thomas vio la parte más escalofriante. Creía haberla visto antes, en el Claro, cuando la cuchilla escarabajo había pasado a toda prisa por delante de él hacia el bosque. Ahora lo confirmaba: la luz roja de su ojo proyectaba un espeluznante resplandor sobre cinco letras mayúsculas que le cubrían el torso, como si las hubiesen escrito con sangre:

CRUEL

Thomas no podía imaginarse por qué estaba estampada esa única palabra en la cuchilla escarabajo, a menos que su función fuera indicar a los clarianos que era mala. Cruel.

Sabía que tenía que ser una espía de quienquiera que les hubiese enviado allí. Alby le había contado que los creadores utilizaban a los escarabajos para observarles. Thomas no hizo ningún ruido y aguantó la respiración con la esperanza de que el escarabajo sólo detectara el movimiento. Los segundos pasaron lentamente mientras sus pulmones ansiaban el aire.

Con un chasquido y luego un ruido seco, el escarabajo se dio la vuelta y se marchó correteando, desapareciendo entre la hiedra. Thomas cogió una gran bocanada de aire, después otra y notó que la enredadera le apretaba alrededor del pecho.

Otro chillido metálico se oyó en el Laberinto, esta vez más cerca, seguido de una oleada de maquinaria acelerada. Thomas intentó imitar el cuerpo inanimado de Alby, que colgaba flácido en la enredadera.

Y, entonces, algo dobló la esquina de enfrente y avanzó hacia ellos. Algo que había visto antes, pero a través de la seguridad de un grueso cristal. Algo indescriptible.

Un lacerador.

Capítulo 19

Thomas se quedó mirando aterrorizado la criatura monstruosa que se abría camino por el pasillo del Laberinto.

Parecía un experimento que hubiera salido fatal, algo sacado de una pesadilla. Parte animal, parte máquina, el lacerador rodaba y chasqueaba por el suelo de piedra. Su cuerpo era similar al de una babosa enorme, con un poco de pelo y brillante por la baba, que se hinchaba y desinflaba de forma grotesca al respirar. No se le distinguía ninguna cabeza ni ninguna cola, pero de delante a atrás mediría al menos unos dos metros de largo y más de uno de grosor.

Cada diez o quince segundos, unos pinchos afilados de metal salían de su carne bulbosa y toda la criatura se convertía de repente en una bola que giraba hacia delante. Después, se acomodaba y parecía orientarse, y los pinchos volvían a hundirse en su piel húmeda con el nauseabundo sonido de un sorbo. Hizo lo mismo una y otra vez, desplazándose sólo unos pasos en cada ocasión.

Pero el pelo y los pinchos no eran lo único que sobresalía del cuerpo del lacerador. Había varios brazos mecánicos colocados aquí y allá, al azar, cada uno con una función distinta. A algunos les acompañaban unas luces brillantes. Otros tenían largas agujas amenazadoras. Uno tenía una zarpa de tres dedos que se abría y se cerraba sin ninguna razón aparente. Cuando la criatura rodaba, estos brazos se plegaban y maniobraban para evitar quedar aplastados. Thomas se preguntó qué —o quién— podría crear unas criaturas tan espantosas y repugnantes.

La fuente de los ruidos que había estado oyendo ahora tenía sentido. Cuando el lacerador rodaba, emitía un chirrido metálico, como la hoja giratoria de una sierra. Los pinchos y los brazos explicaban los escalofriantes chasquidos: era el metal contra el metal. Pero nada le ponía más los pelos de punta a Thomas que los angustiosos gemidos mortales que se le escapaban a la criatura cuando se quedaba quieta, parecidos a los sonidos de un hombre agonizante en el campo de batalla.

Ahora que lo veía todo en conjunto —la bestia y los sonidos—, Thomas no pudo pensar en una pesadilla que igualara la horrible cosa que se acercaba a él. Combatió el miedo, obligó a su cuerpo a permanecer totalmente inmóvil, colgando de la enredadera. Estaba seguro de que la única posibilidad de salir vivos era que no advirtieran su presencia.

«Quizá no nos vea —pensó—. Sólo quizá». Pero la realidad de la situación se hundía como una piedra en su estómago. La cuchilla escarabajo ya había revelado su posición exacta.

El lacerador rodó y avanzó entre chasquidos, zigzagueando hacia delante y hacia atrás, gimiendo y chirriando. Cada vez que se paraba, desplegaba sus brazos metálicos y giraba a un lado y a otro, como un robot errante en un planeta extraño,

buscando señales de vida. Las luces proyectaban unas sombras inquietantes por el Laberinto, Un vago recuerdo intentó escaparse de la caja cerrada que se hallaba en su memoria: cuando era niño, las sombras en las paredes le asustaban. Deseó volver a dondequiera que pasase aquello, correr hasta la madre y el padre que esperaba que aún estuvieran vivos, en algún sitio, echándole de menos, buscándole.

Un fuerte olor a quemado le irritó las fosas nasales; una repugnante mezcla de motores recalentados y carne chamuscada. No podía creer que hubiera gente capaz de crear algo tan horrible para perseguir a unos chavales.

Thomas trató de no pensar en ello; cerró los ojos un momento y se concentró en permanecer quieto y callado. La criatura seguía acercándose.

Zzzzzzzzzummm.

Clic-clic-clic.

Zzzzzzzzzummm.

Clic-clic-clic...

Thomas miró hacia abajo sin mover la cabeza. Finalmente, el lacerador había llegado a la pared donde Alby y él estaban colgados. Se detuvo junto a la puerta cerrada que daba al Claro, tan sólo a pocos metros a la derecha de Thomas.

«Por favor, vete para el otro lado», suplicó Thomas en silencio.

«Date la vuelta». «Vete».

«Por ese lado».

«¡Por favor!».

Los pinchos del lacerador salieron y su cuerpo rodó hacia Thomas y Alby.

Zzzzzzzzzummm.

Clic-clic-clic...

Se detuvo y luego rodó una vez más, directo a la pared.

Thomas aguantó la respiración, sin atreverse a hacer el más mínimo sonido. El lacerador ahora estaba justo debajo de él. Thomas tenía muchísimas ganas de mirar hacia abajo, pero sabía que cualquier movimiento le delataría. Los rayos de luz que provenían de la criatura iluminaban toda la zona, totalmente al azar, sin permanecer mucho tiempo en un sitio.

Entonces, sin previo aviso, se apagaron.

El mundo se quedó a oscuras y en silencio. Era como si la criatura se hubiera apagado. No se movía, no hacía ningún ruido; hasta los gemidos inquietantes habían cesado por completo. Y sin luz, Thomas no podía ver nada en absoluto. Estaba ciego.

Tomó un poco de aire por la nariz, puesto que su corazón bombeante necesitaba oxígeno con urgencia. ¿Le oía? ¿Le olía? Tenía el pelo, las manos, la ropa, todo empapado de sudor. Un miedo hasta ahora desconocido le invadió hasta el punto de la locura.

Aun así, nada. No había ningún movimiento, ninguna luz, ningún sonido. El

hecho de intentar adivinar su próximo movimiento estaba matando a Thomas.

Pasaron segundos. Minutos. La planta filamentososa se clavaba en la piel de Thomas y el pecho se le estaba entumeciendo. Quería gritarle al monstruo que tenía debajo: «¡Mátame o vuelve a tu escondite!».

Luego, con un repentino estallido de luz y sonido, el lacerador volvió a la vida, zumbando y emitiendo chasquidos.

Y entonces empezó a subir por el muro.

Capítulo 20

Los pinchos del lacerador se hundieron en la roca, lanzando trozos de hiedra y piedrecitas en todas las direcciones. Sus brazos se movieron como las patas de la cuchilla escarabajo, algunos con púas afiladas que se metían en la piedra del muro para sujetarse. Una luz brillante en la punta de una de las armas apuntó directamente a Thomas, sólo que esta vez el haz de luz no se apartó.

Thomas sintió cómo la última pizca de esperanza abandonaba su cuerpo. Sabía que la única opción que le quedaba era correr.

«Lo siento, Alby», pensó mientras desenrollaba la gruesa enredadera de su pecho. Usó la mano izquierda para agarrarse con firmeza al follaje sobre su cabeza y terminó de desengancharse para empezar a moverse. Sabía que no podía subir, pues llevaría al lacerador hacia Alby. Y bajar era, por supuesto, la mejor opción si quería morir lo antes posible. Tenía que ir de lado.

Thomas alargó la mano para coger una liana a medio metro a la izquierda de donde estaba colgado. Se la enrolló en la mano y estiró muy fuerte. Estaba bien sujeta, como las otras. Con un vistazo rápido hacia abajo, vio que el lacerador había reducido a la mitad la distancia que les separaba y ahora se estaba moviendo rápido, sin pausas ni paradas.

Thomas soltó la cuerda que le rodeaba el pecho y se arrastró a la izquierda, rozando la pared. Antes de que su balanceo oscilante le devolviera a donde estaba Alby, cogió otra enredadera bien gruesa. Esta vez se agarró con las dos manos y se dio la vuelta para plantar los talones en el muro. Arrastró el cuerpo hacia la derecha tanto como la planta le permitió; luego, se soltó y cogió otra. Después, otra. Como un mono trepador, Thomas se encontró moviéndose más rápido de lo que jamás se hubiera imaginado.

Los sonidos de su perseguidor continuaron sin cesar, sólo que ahora los acompañaban los chasquidos espeluznantes de la piedra que se desprendía. Thomas se balanceó hacia la derecha varias veces más antes de atreverse a volver la vista.

El lacerador había alterado su curso y había pasado de Alby para dirigirse directamente hacia él. «Por fin —pensó Thomas—, algo va bien». Se impulsó con los pies todo lo que pudo y, columpiándose, huyó de la horrible criatura.

Thomas no necesitaba mirar atrás para saber que el lacerador le ganaba terreno a cada segundo que pasaba. Los sonidos le delataban. Tenía que volver al suelo de algún modo o todo terminaría enseguida.

En el siguiente cambio, dejó que la mano resbalara un poco antes de agarrarse con fuerza. La cuerda de hiedra le quemó la palma, pero ahora estaba unos centímetros más cerca del suelo. Hizo lo mismo con la siguiente enredadera. Y con la siguiente. Tres balanceos más tarde, ya estaba a medio camino de alcanzar el suelo del

Laberinto. Un dolor infernal le estalló en los brazos; sintió las punzadas de las manos en carne viva. La adrenalina que le corría por las venas le ayudó a deshacerse del miedo y siguió moviéndose.

Al siguiente balanceo, la oscuridad impidió ver a Thomas la nueva pared que se levantaba frente a él hasta que fue demasiado tarde; el pasillo terminaba y giraba a la derecha.

Se golpeó con la piedra que tenía delante y soltó la enredadera a la que estaba agarrado. Agitó los brazos e intentó agarrarse a cualquier sitio para impedir la caída al duro suelo de piedra. En ese mismo instante, vio el lacerador por el rabillo del ojo. Había cambiado de dirección y estaba casi encima de él, extendiendo su zarpa de agarre.

Thomas encontró una enredadera a mitad de camino del suelo, la cogió y los brazos casi se le desencajaron por el parón. Se apartó de la pared, impulsándose con ambos pies tan fuerte como pudo, balanceándose justo cuando el lacerador atacó con la garra y las agujas. Thomas dio una patada con la pierna derecha y alcanzó el brazo que tenía la garra. Un fuerte chasquido reveló la pequeña victoria, pero la euforia se acabó cuando se dio cuenta de que el impulso de su balanceo le bajaba hasta caer justo encima de la criatura.

Lleno de adrenalina, Thomas juntó las piernas y las subió contra su pecho. Tan pronto como entró en contacto con el cuerpo del lacerador, en cuya piel se hundió unos centímetros de un modo repugnante, tomó impulso con los dos pies, retorciéndose para evitar el enjambre de agujas y garras que venía hacia él en todas las direcciones. Balanceó el cuerpo hacia la izquierda y, luego, saltó hacia el muro del Laberinto para intentar agarrarse a otra enredadera mientras los despiadados instrumentos del lacerador trataban de agarrarle por detrás. Sintió un profundo arañazo en la espalda.

Una vez más, Thomas agitó los brazos y encontró una nueva enredadera, que cogió con ambas manos. Se sujetó a la planta lo justo para disminuir la velocidad de la caída al deslizarse hacia el suelo al tiempo que ignoraba el terrible ardor. En cuanto sus pies tocaron tierra firme, echó a correr, a pesar del agotamiento de su cuerpo.

Un estruendo sonó detrás de él, seguido de los chasquidos y los zumbidos del lacerador mientras rodaba. Pero Thomas se negó a darse la vuelta, pues sabía que cada segundo contaba.

Dobló una esquina del Laberinto y, luego, otra. Pisando fuerte sobre la piedra, huyó tan rápido como pudo. En algún lugar de su mente, registró sus propios movimientos, con la esperanza de vivir el tiempo suficiente para usar esa información y regresar a la puerta. Derecha, después izquierda. Bajó por un largo pasillo y luego dobló a la derecha otra vez. Izquierda. Derecha. Dos a la izquierda. Otro largo pasillo. Los sonidos que le perseguían no disminuían ni se debilitaban, pero él tampoco

perdía terreno.

Continuó corriendo, con el corazón a punto de salirse del pecho. Mediante grandes bocanadas de aire en busca de aliento, trataba de meter oxígeno en sus pulmones, pero sabía que no podía durar mucho más. Se preguntó si sería más fácil darse la vuelta y luchar, acabar de una vez por todas.

Al doblar la siguiente esquina, derrapó hasta pararse debido a lo que tenía delante. Se quedó mirando fijamente, resollando de un modo incontrolable.

Tres laceradores rodaban enfrente mientras clavaban los pinchos en la piedra e iban directos hacia él.

Capítulo 21

Thomas se dio la vuelta para ver que su perseguidor inicial aún estaba detrás de él, aunque había disminuido un poco la velocidad; abría y cerraba su garra de metal como si estuviera burlándose de él, riéndose.

«Sabe que estoy acabado», pensó. Después de todo aquel esfuerzo, allí estaba, rodeado por los laceradores. Se había terminado. Tras ni siquiera una semana de memoria salvable, su vida se terminaba.

Casi consumido por el dolor, tomó una decisión. Iba a luchar.

Puesto que prefería uno en vez de tres, echó a correr hacia el lacerador que le había perseguido hasta allí. Aquella cosa horrenda se retrajo un par de centímetros y dejó de mover su garra, como si le hubiese impresionado su atrevimiento. Para animarse ante el más mínimo indicio de vacilación, Thomas empezó a gritar mientras cargaba contra su enemigo.

El lacerador volvió a la vida y los pinchos salieron de su piel. Avanzó rodando, preparado para chocar de frente con el chico. Aquel repentino movimiento casi detuvo a Thomas y su breve instante de insensato valor se desvaneció, pero siguió corriendo.

En el último segundo antes de la colisión, justo cuando vio de cerca el metal, el pelo y la baba, Thomas plantó el pie izquierdo y tiró hacia la derecha. Incapaz de disminuir la velocidad, el lacerador pasó zumbando antes de detenerse con una sacudida; Thomas advirtió que la criatura se movía ahora mucho más rápido. Con un aullido metálico, giró y se preparó para saltar sobre su víctima. Pero, ahora que no estaba rodeado, Thomas tenía el camino despejado por aquella dirección.

Se puso de pie enseguida y echó a correr. Los sonidos que le perseguían esta vez eran de cuatro laceradores que se le estaban acercando. Seguro de que estaba apurando su cuerpo más allá de sus límites físicos, siguió corriendo, intentando deshacerse de la descorazonadora sensación de que sólo era cuestión de tiempo que le alcanzaran.

Entonces, tres pasillos más abajo, dos manos tiraron de pronto de él hacia un pasadizo colindante. A Thomas se le subió el corazón a la garganta mientras trataba de soltarse, pero paró cuando se dio cuenta de que era Minho.

—¿Qué...?

—¡Cállate y sígueme! —gritó Minho, llevando a Thomas a rastras hasta que este fue capaz de ponerse de pie.

Sin ni siquiera un momento para pensar, Thomas recobró la calma. Juntos, corrieron por los pasillos, girando una y otra vez. Minho parecía saber exactamente lo que estaba haciendo, adonde iba; nunca se paraba a pensar qué camino debían seguir.

Al doblar la siguiente esquina, Minho intentó hablar y, mientras trataba de

recuperar el aliento, dijo entre jadeos:

—He visto... el movimiento que has hecho... ahí atrás... Me ha dado una idea... Sólo tenemos que durar... un poco más.

Thomas no se molestó en malgastar el aliento haciendo preguntas; se limitó a seguir corriendo detrás de Minho. Sin necesidad de volver la vista, sabía que los laceradores estaban ganando terreno de un modo alarmante. Le dolía cada centímetro del cuerpo, por dentro y por fuera; las extremidades le pedían a gritos que dejara de correr. Pero continuó corriendo y esperó que el corazón no parara de latir.

Unos giros más adelante, Thomas vio algo enfrente de ellos que su cerebro no registró. Parecía... estar mal. Y la tenue luz que provenía de sus perseguidores hizo que la rareza de aquello resultase aún más evidente.

El pasillo no terminaba en otra pared de piedra. Acababa en negrura.

Thomas entrecerró los ojos mientras corrían hacia el muro de oscuridad e intentó comprender a lo que se estaban acercando. Las dos paredes cubiertas de hiedra a ambos lados parecían no cruzarse con nada más que el cielo allí arriba. Podía ver las estrellas. Conforme se acercaban, por fin se dio cuenta de que era una abertura; el Laberinto se acababa.

«¿Cómo? —se preguntó—. Después de años buscando, ¿cómo puede ser que Minho y yo lo hayamos encontrado con tanta facilidad?».

Minho pareció leerle el pensamiento:

—No te entusiasmes —dijo, casi incapaz de expulsar las palabras.

Unos pasos antes de llegar al final del pasillo, Minho se detuvo y colocó una mano en el pecho de Thomas para asegurarse de que él hacía lo mismo. Thomas aminoró la marcha y luego se acercó a donde el Laberinto se abría hacia el cielo. Los sonidos de la avalancha de laceradores se aproximaban, pero tenía que verlo.

Era cierto que habían llegado a una salida del Laberinto, pero Minho había dicho que no era nada para entusiasmarse. Lo único que Thomas veía en todas las direcciones, arriba y abajo, a un lado y a otro, era aire y estrellas que perdían intensidad. Era una vista rara e inquietante, como si estuviese en el borde del universo. Por un momento, el vértigo se apoderó de él y las rodillas le flaquearon antes de recobrar el equilibrio.

Estaba empezando a romper el alba; el cielo parecía haberse iluminado considerablemente en los últimos minutos. Thomas permaneció mirando sin dar crédito, sin entender cómo podía ser posible todo aquello. Era como si alguien hubiese construido el Laberinto y lo hubiera colocado en el cielo, flotando, para quedarse allí en medio de la nada el resto de la eternidad.

—No lo entiendo —susurró sin saber si Minho podía oírle.

—Ten cuidado —contestó el corredor—. No serías el primer pingajo que se cae por el Precipicio —agarró a Thomas por el hombro—. ¿Te has olvidado de algo? —

señaló con la cabeza hacia el interior del Laberinto.

Thomas se acordó de que había oído la palabra «Precipicio» antes, pero en aquel momento no supo dónde. Al ver el cielo abierto que se extendía delante y debajo de él, había entrado en una especie de trance. Se obligó a volver a la realidad y giró la cara hacia los laceradores que se aproximaban. Ahora tan sólo estaban a unos diez metros, en fila india, y cargaban con ganas, moviéndose sorprendentemente rápido.

Entonces lo vio todo claro, incluso antes de que Minho le contara lo que iban a hacer.

—Puede que esas cosas sean sanguinarias, pero no son más tontas porque no se entrenan. Quédate aquí, a mi lado, mirando...

Thomas le interrumpió:

—Lo sé. Estoy listo.

Arrastraron los pies hasta que estuvieron pegados el uno junto al otro delante del abismo que había en medio del pasillo, enfrente de los laceradores. Sus talones estaban a tan sólo unos centímetros del Precipicio; detrás no les esperaba nada más que aire. Lo único que les quedaba era coraje.

—¡Tenemos que estar sincronizados! —gritó Minho, casi ahogado por los ruidos ensordecedores de los pinchos retumbantes que rodaban por la piedra—. ¡A mi señal!

Por qué los laceradores se habían puesto en fila india era un misterio. A lo mejor el Laberinto era demasiado estrecho y se les hacía incómodo moverse unos al lado de otros, así que avanzaban rodando uno tras otro por el pasillo de piedra, chasqueando y gimiendo, listos para matar. Los diez metros se convirtieron en apenas cinco y los monstruos ya estaban a tan sólo segundos de chocar contra los chicos que les estaban esperando.

—Preparado —dijo Minho con firmeza—. Aún no... aún no...

Thomas odió cada milésima de segundo de aquella espera. Sólo quería cerrar los ojos y no volver a ver ningún lacerador jamás.

—¡Ahora! —gritó Minho.

Justo cuando el brazo del primer lacerador se extendió para pincharles, Minho y Thomas salieron en direcciones opuestas, cada uno hacia una de las paredes externas del pasillo. Aquella táctica había funcionado antes cuando Thomas la había aplicado y, a juzgar por el horrible aullido que se escapó del primer lacerador, había vuelto a funcionar. El monstruo salió volando por el borde del Precipicio. Curiosamente, su grito de guerra se cortó de golpe en vez de ir perdiendo intensidad, como si cayera en picado a las profundidades de lo desconocido.

Thomas fue a parar contra la pared y se dio la vuelta justo a tiempo de ver cómo la segunda criatura caía por el borde, incapaz de detenerse. La tercera plantó en la piedra un fuerte brazo con pinchos, pero iba a demasiada velocidad. El ruido chirriante de los pinchos cortando el suelo hizo que a Thomas le recorriera un

escalofrío la espalda, aunque un segundo más tarde el lacerador cayó al abismo.

Como el anterior, ninguno de los dos emitió ningún sonido al descender.

La cuarta y última criatura en acercarse pudo parar a tiempo, tambaleándose en el mismo borde del precipicio mientras un pincho y una garra la sujetaban.

Thomas supo qué hacer por instinto. Miró a Minho, le hizo un gesto y se dio la vuelta. Los dos corrieron hacia el lacerador, saltaron contra la criatura y, en el último segundo, le dieron una patada con todas sus fuerzas para que perdiera el equilibrio. Ambos se coordinaron y enviaron al monstruo que quedaba a una muerte segura.

De inmediato, Thomas se levantó en el borde del abismo y asomó la cabeza para ver la caída de los laceradores. Pero, por increíble que pudiera parecer, habían desaparecido; ni siquiera quedaba un rastro de ellos en el vacío que se extendía debajo. Nada.

Su mente no pudo procesar la idea de adónde iba a parar el Precipicio o qué les había ocurrido a las terribles criaturas. La poca fuerza que le quedaba desapareció y Thomas se acurrucó hasta hacerse un ovillo en el suelo.

Entonces, al final, rompió a llorar.

Capítulo 22

Pasó media hora. Ni Thomas ni Minho se movieron un centímetro.

Thomas, por fin, había dejado de llorar; no podía evitar preguntarse qué pensaría Minho de él o si se lo contaría a los demás y le llamarían mariquita. Pero no le quedaba ni una pizca de autocontrol; no podría haber impedido que le brotaran las lágrimas, de eso estaba seguro. A pesar de su falta de memoria, sabía que acababa de pasar la noche más traumática de su vida. Y sus manos doloridas y su completo agotamiento no ayudaban.

Volvió a arrastrarse hasta el borde del Precipicio, asomó otra vez la cabeza para fijarse mejor ahora que ya había amanecido del todo. El cielo abierto delante de él era de un fuerte color púrpura que, poco a poco, se iba mezclando con el azul intenso del día, al que acompañaban tintes anaranjados del sol sobre el plano y distante horizonte.

Se quedó con la vista clavada abajo y vio que el muro de piedra del Laberinto seguía hacia el suelo, convirtiéndose en un escarpado acantilado hasta que desaparecía en lo que fuera que hubiese muy lejos, bajo sus pies. Pero, incluso con la luz que cada vez era más brillante, continuaba sin saber lo que había allí abajo. Parecía como si el Laberinto estuviera posado sobre una estructura a varios kilómetros del suelo.

Pero era imposible, pensó. «No puede ser, tiene que ser una ilusión».

Rodó sobre su espalda mientras emitía un quejido por el movimiento. Le dolían cosas por fuera y por dentro que ni siquiera sabía que existieran. Al menos, las puertas no tardarían en abrirse y podrían regresar al Claro. Echó un vistazo a Minho, que estaba acurrucado en la entrada del pasillo.

—No me puedo creer que aún sigamos vivos —dijo.

Minho no dijo nada, sólo asintió con el rostro carente de expresión.

—¿Hay más? ¿O los acabamos de matar a todos?

Minho resopló.

—Por suerte, conseguimos llegar al amanecer, o no hubiésemos tardado en tener diez más detrás de nuestros culos —cambió de postura, con gestos de dolor, quejándose—. No puedo creérmelo, de verdad. Hemos aguantado toda la noche. Nadie lo había hecho antes.

Thomas sabía que debería sentirse orgulloso, valiente o algo parecido. Pero sólo estaba exhausto y aliviado.

—¿Qué hemos hecho diferente?

—No lo sé. Es un poco difícil preguntarle a un tío muerto en qué se equivocó.

Thomas no podía dejar de preguntarse acerca del modo en que habían acabado los gritos coléricos de los laceradores al caer por el Precipicio y por qué no había podido

verlos descender hasta morir. Había algo muy extraño e inquietante en todo aquello.

—Ha sido como si desaparecieran al traspasar el borde.

—Sí, una locura. Había un par de clarianos con la teoría de que otras cosas habían desaparecido, pero hemos demostrado que se equivocaban. Mira.

Thomas observó cómo Minho lanzaba una roca al Precipicio y, luego, siguió su trayectoria con los ojos. Bajó y bajó, sin que la perdiera de vista, hasta que se hizo demasiado pequeña para verla. Se volvió hacia Minho.

—¿Cómo demuestra eso que se equivocaban?

Minho se encogió de hombros.

—Bueno, la piedra no ha desaparecido, ¿no?

—Entonces, ¿qué crees que ha pasado?

Ahí había algo significativo, Thomas lo notaba. Minho se encogió de hombros otra vez.

—Quizá sean mágicas. Me duele demasiado la cabeza para pensar.

Con una sacudida, Thomas se olvidó de todo lo relacionado con el Precipicio. Pero se acordó de Alby.

—Tenemos que volver —hizo un esfuerzo y se obligó a levantarse—. Tengo que despegar a Alby del muro.

Al ver la expresión de confusión en el rostro de Minho, enseguida le contó lo que había hecho con la enredadera. Minho bajó la vista, desanimado.

—Es imposible que aún esté vivo.

Thomas se negaba a creerlo.

—¿Cómo lo sabes? Venga —empezó a cojear por el pasillo de vuelta a la entrada.

—Porque nunca nadie ha logrado... —se calló, y Thomas supo lo que estaba pensando.

—Eso es porque los laceradores siempre los habían matado antes de que vosotros los encontrarais. A Alby sólo le dieron con una de esas agujas, ¿no?

Minho se levantó para acompañar a Thomas en su lenta marcha de vuelta hacia el Claro.

—No lo sé, supongo que esto nunca había sucedido. A algunos chicos les habían picado durante el día, y esos son a los que dieron el Suero y los que pasaron por el Cambio. A los pobres pingajos que se quedaban atrapados en el Laberinto por la noche no los encontrábamos hasta más tarde; a veces, incluso días más tarde, si es que dábamos con ellos.

Thomas se estremeció al pensarlo.

—Después de todo por lo que hemos pasado, puedo imaginármelo.

Minho alzó la vista y la sorpresa transformó su cara.

—Creo que has encontrado la solución. Nos habíamos equivocado. Bueno, esperemos que sea así. Porque ninguno de aquellos a quienes habían picado y no

consiguieron llegar antes de la puesta de sol ha sobrevivido. Habíamos supuesto que era un punto sin retorno y que era demasiado tarde para recibir el Suero —parecía estar entusiasmado por su forma de pensar.

Doblaron otra esquina y, de pronto, Minho se puso a la cabeza. El chico estaba acelerando el paso, pero Thomas se quedó detrás de él, sorprendido por lo familiares que le resultaban sus indicaciones; a veces hasta giraba antes de que Minho le mostrara el camino.

—Vale... Ya he oído hablar de ese Suero un par de veces. ¿Qué es? ¿Y de dónde viene?

—Pues ya lo dice la palabra, pingajo. Es un suero. El Suero de la Laceración.

Thomas forzó una penosa sonrisa.

—¡Justo cuando yo pensaba que ya había aprendido todo lo de este estúpido sitio! ¿Por qué lo llaman así? ¿Y por qué los laceradores se llaman laceradores?

Minho se lo explicó mientras avanzaban por los interminables giros del Laberinto, sin que ninguno de los dos fuera ahora al frente:

—No sé de dónde sacamos los nombres, pero el Suero procede de los creadores o, por lo menos, así es como les llamamos. Viene con las provisiones en la Caja cada semana, siempre ha sido así. Es una medicina o un antídoto o algo que va dentro de una jeringuilla, listo para que lo usemos —hizo como si se pinchara una aguja en el brazo—. Se le pincha esa maldita cosa al que han picado y se salva. Pasan por el Cambio, lo que es una mierda, pero después se curan.

Transcurrió un minuto o dos en silencio mientras Thomas procesaba la información y, en ese tiempo, giraron un par de veces más. Se preguntó por el Cambio, por lo que significaba. Y, por alguna razón, siguió pensando en la chica.

—Aunque es raro —continuó Minho por fin—. Nunca hemos hablado de esto. Si está vivo, no hay ningún motivo por el que Alby no pueda salvarse con el Suero. No sé por qué teníamos en nuestras cabezas de clonc que, una vez que las puertas se cerraran, estabas acabado; fin de la historia. Tengo que ver con mis propios ojos eso que has hecho de colgarle en la pared. Creo que me estás fucando.

Los chicos siguieron caminando. Minho casi parecía contento, pero algo fastidiaba a Thomas. Había estado evitándolo, negándose a sí mismo.

—¿Y si otro lacerador alcanzó a Alby después de que yo esquivara al que me estaba persiguiendo?

Minho le miró, perplejo.

—Lo que quiero decir es que vayamos rápido —dijo Thomas, con la esperanza de que todo lo que se había esforzado para salvar a Alby no hubiera sido en vano.

Intentaron acelerar el paso, pero los cuerpos les dolían demasiado y decidieron volver a caminar despacio, a pesar de la urgencia. La siguiente vez que doblaron una esquina, Thomas se tambaleó y el corazón empezó a latirle muy deprisa cuando captó

un movimiento delante. El alivio le inundó un instante después al darse cuenta de que eran Newt y un grupo de clarianos. La Puerta Oeste del Claro se alzaba sobre ellos y estaba abierta. Habían conseguido volver.

En cuanto aparecieron los chicos, Newt se acercó cojeando hasta ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, casi enfadado—. ¿Cómo demonios...?

—Te lo contaremos más tarde —le interrumpió Thomas—. Tenemos que salvar a Alby.

Newt se puso pálido.

—¿Qué dices? ¿Está vivo?

—Ven aquí.

Thomas se dirigió a la derecha y estiró el cuello para mirar hacia la parte superior del muro, buscando entre las espesas enredaderas hasta que encontró el lugar donde Alby estaba colgado de los brazos y de las piernas muy por encima de sus cabezas. En silencio, Thomas lo señaló; aún no se atrevía a relajarse. Aún estaba allí, y de una pieza, pero no había señales de movimiento.

Newt, al final, vio a su amigo colgando en la hiedra y se volvió hacia Thomas. Si antes parecía impresionado, ahora estaba totalmente desconcertado.

—¿Está... vivo?

«Por favor, que así sea», pensó Thomas.

—No lo sé. Lo estaba antes, cuando le dejé allí arriba.

—Cuando le dejaste... —Newt negó con la cabeza—. Tú y Minho, llevad dentro vuestros culos y que los mediqueros comprueben si estáis bien. Tenéis un aspecto horrible. Quiero oír toda la historia cuando hayan acabado y hayáis descansado un poco.

Thomas quería esperar para ver si Alby estaba bien. Empezó a hablar, pero Minho le agarró del brazo y le obligó a caminar hacia el Claro.

—Necesitamos dormir. Y vendajes. Ya.

Y Thomas supo que tenía razón. Cedió, alzó los ojos hacia Alby y luego siguió a Minho hasta salir del Laberinto.

• • •



El camino de vuelta al Claro y luego hasta la Hacienda parecía interminable; a ambos lados había una fila de clarianos que les miraban boquiabiertos. Sus rostros reflejaban sobrecogimiento, como si estuvieran contemplando dos fantasmas paseándose por un cementerio. Thomas sabía que era porque habían conseguido algo que nadie antes había hecho, pero le avergonzaba atraer tanta atención.

Casi se paró en seco cuando vio a Gally más adelante, de brazos cruzados, fulminándole con la mirada, pero siguió moviéndose. Hizo falta toda su fuerza de voluntad, pero le miró directamente a los ojos, sin perder el contacto ni por un momento. Cuando estuvo a un metro y medio de distancia, el muchacho bajó la mirada al suelo.

A Thomas casi le molestó lo bien que se sintió. Casi.

Los siguientes minutos fueron borrosos. Un par de mediqueros le acompañó a la Hacienda; subió las escaleras y, por una puerta entreabierta, alcanzó a ver a alguien dando de comer a la chica comatosa, que estaba en una cama; luego les metieron en su propia habitación, en la cama, les dieron comida, agua y vendajes. Le dolía todo. Por fin le dejaron a solas, con la cabeza apoyada en la almohada más blanda que su memoria podía recordar.

Pero, mientras se quedaba dormido, dos cosas no se apartaron de su mente. La primera, la palabra que había visto garabateada en el torso de dos cuchillas escarabajo, «CRUEL», y que daba vueltas en su cabeza una y otra vez.

La segunda era la chica.

• • •



Horas más tarde, días por lo que luego supo, Chuck apareció allí y le zarandeó para despertarlo. Thomas tardó unos segundos en orientarse y ver con claridad. Miró a Chuck y refunfuñó:

—Déjame dormir, pingajo.

—Creía que te gustaría saberlo.

Thomas se frotó los ojos y bostezó.

—Saber, ¿qué? —volvió a mirar a Chuck, confundido por su gran sonrisa.

—Está vivo —dijo—. Alby está bien, el Suero ha funcionado.

El estado somnoliento de Thomas le abandonó enseguida y lo sustituyó el alivio. Le sorprendía la alegría que le había traído aquella información. Pero, entonces, las siguientes palabras de Chuck le hicieron reconsiderarlo:

—El Cambio acaba de empezar.

Como si lo hubiesen provocado aquellas palabras, un grito que helaba la sangre salió de una de las habitaciones del pasillo.

Capítulo 23

Thomas estuvo mucho tiempo pensando en Alby. Le parecía una victoria haberle salvado la vida, traerle de vuelta después de una noche en el Laberinto. Pero ¿había valido la pena? Ahora el chico estaba padeciendo un intenso dolor, estaba pasando por lo mismo que Ben. ¿Y si se convertía en un psicótico como Ben? Veía problemas por todas partes.

El ocaso cayó sobre el Claro y los gritos de Alby continuaban en el aire. Era imposible escapar de aquel terrible sonido, incluso después de que Thomas al final hablara con los mediqueros para que le soltaran; estaba cansado, dolorido y vendado, pero harto de los desgarradores gemidos de angustia de su líder. Newt se había negado rotundamente cuando Thomas había pedido ver en persona a aquel por el que había arriesgado la vida.

«Sólo empeorará las cosas», había dicho, y no había cambiado de opinión.

Thomas estaba demasiado agotado para ponerse a pelear. No tenía ni idea de que pudiera sentirse tan exhausto, a pesar de todas las horas que había dormido. Le dolía demasiado el cuerpo para hacer nada y se había pasado todo el día en un banco de los alrededores de los Muertos, regodeándose en la desesperación. La euforia de su huida se había desvanecido enseguida y le había dejado lleno de dolor y pensamientos de su nueva vida en el Claro. Le dolían todos los músculos, estaba cubierto de cortes y cardenales de la cabeza a los pies. Pero ni siquiera eso era tan malo como el gran peso emocional de lo que había experimentado la noche anterior. Era como si la realidad de vivir allí por fin hubiese calado en su mente, como cuando se oye el diagnóstico de un cáncer terminal.

«¿Cómo se podía ser feliz con una vida como aquella? —pensó—. ¿Cómo alguien podía ser tan malvado para hacer una cosa así?».

Entendía más que nunca la pasión con la que los clarianos buscaban la salida del Laberinto. No era sólo cuestión de escapar. Por primera vez, sintió ganas de vengarse de los responsables de enviarle allí.

Pero aquellos pensamientos sólo le llevaban a la desesperanza que le había inundado ya tantas veces. Si Newt y los demás no habían sido capaces de resolver el Laberinto en dos años de búsqueda, le parecía imposible que hubiese una solución. El hecho de que los clarianos no se hubieran rendido decía más de aquellas personas que cualquier otra cosa. Y ahora él era uno de ellos.

«Esta es mi vida —pensó—. Vivo en un laberinto gigante, rodeado de unas bestias horribles».

La tristeza le invadió como un fuerte veneno. Los gritos de Alby, ahora distantes pero aún audibles, sólo lo empeoraban. Tenía que taparse los oídos con las manos cada vez que los escuchaba.

Al final, el día se terminó y la puesta de sol trajo el familiar chirrido de las cuatro puertas al cerrarse durante la noche. Thomas no tenía recuerdos sobre su vida antes de la Caja, pero sabía que habían acabado las peores veinticuatro horas de su existencia.

Justo después de que oscureciera, Chuck le llevó algo de cena y un gran vaso de agua fría.

—Gracias —dijo Thomas, y sintió una oleada de cariño por el muchacho. Sacó del plato con la cuchara la ternera y los fideos tan deprisa que los brazos le dolieron al moverse—. Lo necesitaba de verdad —masculló mientras daba un buen bocado. Bebió un gran sorbo de agua y luego volvió a atacar la comida. No se había dado cuenta de lo hambriento que estaba hasta que empezó a comer.

—Eres asqueroso cuando comes —contestó Chuck, sentado en el banco a su lado—. Es como ver un cerdo muerto de hambre comiéndose su propia clonc.

—Qué gracioso —replicó Thomas con un tono de voz sarcástico—. Deberías ir a entretener a los laceradores, a ver si les haces reír.

Thomas se sintió mal al ver por un instante en el rostro de Chuck que le había herido, pero aquel sentimiento desapareció tan rápido como había aparecido.

—Eso me recuerda que eres la comidilla del pueblo.

Thomas se enderezó, sin estar muy seguro de cómo le sentaba aquella noticia.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Vaya, déjame pensar. Primero, sales al Laberinto cuando se supone que no tienes que hacerlo por la noche. Luego, te conviertes en una especie de tío raro de la jungla que trepa por enredaderas y ata a gente por las paredes. Después, eres una de las primeras personas en sobrevivir una noche entera fuera del Claro, y para colmo matas cuatro laceradores. ¿No puedes imaginarte de qué están hablando esos pingajos?

Una oleada de orgullo invadió el cuerpo de Thomas y luego se esfumó. Se puso enfermo por la felicidad que acababa de sentir. Alby todavía estaba en cama, gritando con todas sus fuerzas, posiblemente deseando la muerte.

—Fue idea de Minho engañarles para que fuesen hacia el Precipicio, no mía.

—No, según él. Te vio hacer eso de esperar y moverte rápido, y entonces fue cuando se le ocurrió repetir lo mismo en el Precipicio.

—¿Esperar y moverme rápido? —preguntó Thomas, poniendo los ojos en blanco—. Cualquiera idiota del mundo lo hubiera hecho.

—No te hagas el modesto con nosotros, lo que hiciste es una pasada. Lo que hicisteis los dos, tú y Minho.

Thomas tiró el plato vacío al suelo, enfadado de repente.

—Entonces, ¿por qué me siento como una mierda, Chuck? ¿Me quieres responder a eso?

Thomas buscó en la cara de Chuck una respuesta, pero, por la pinta que tenía, no se la podía dar. El niño se quedó allí sentado con las manos juntas mientras se echaba hacia delante sobre sus rodillas, con la cabeza inclinada. Al final, murmuró bajito:

—Por la misma razón por la que todos nos sentimos como una mierda.

Se quedaron en silencio hasta que, unos minutos más tarde, Newt se acercó con aspecto de ser la muerte andante. Se sentó en el suelo delante de ellos, tan triste y preocupado como cualquiera pudiera estar. Aun así, Thomas se alegró de tenerle allí.

—Creo que la peor parte ha pasado —dijo Newt—. El hijo de puta estará durmiendo un par de días y luego se despertará bien. Quizá dé algún grito de vez en cuando.

Thomas no podía imaginarse lo terrible que era aquella experiencia, pero todo el proceso del Cambio todavía era un misterio para él. Se volvió hacia el chico mayor, intentando hacer todo lo posible para parecer despreocupado.

—Newt, ¿qué es lo que pasa ahí arriba? En serio, no entiendo de qué va eso del Cambio.

La reacción de Newt sobresaltó a Thomas:

—¿Y crees que nosotros sí? —le soltó, con los brazos alzados, y luego, al bajarlos, se golpeó las rodillas—. Lo único que sabemos es que los malditos laceradores te pican con sus asquerosas agujas y, si no te inyectan el Suero de la Laceración, te mueres. Si te ponen el Suero, tu cuerpo se vuelve loco y se sacude, tu piel bulle, se pone de un color verde muy raro, y te vomitas encima. ¿Esa explicación te basta, Tommy?

Thomas frunció el entrecejo. No quería alterar a Newt más de lo que ya estaba, pero necesitaba respuestas.

—Oye, sé que es una mierda ver a tu amigo pasar por eso, pero quiero saber lo que de verdad está pasando ahí arriba. ¿Por qué lo llamáis el Cambio?

Newt se relajó, hasta pareció encoger, y suspiró.

—Te trae recuerdos. Sólo fragmentos aislados, pero seguro que son recuerdos de antes de venir a este horrible lugar. Todos los que pasan por eso se vuelven unos malditos psicóticos cuando acaba, aunque no suelen ponerse tan mal como el pobre Ben. De todos modos, es como si te devolviesen tu antigua vida sólo para arrebatártela de nuevo.

La mente de Thomas daba vueltas a toda velocidad.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Newt parecía confundido.

—¿Qué quieres decir? ¿Si estoy seguro sobre qué?

—¿Cambian porque quieren volver a su antigua vida o es porque están abatidos al darse cuenta de que su otra vida no era mejor que la que tenemos ahora?

Newt se le quedó mirando un segundo y luego apartó la vista, por lo visto

reflexionando.

—Los pingajos que lo han experimentado luego nunca hablan de eso. Se vuelven... diferentes. Desagradables. Hay un puñado por el Claro, pero no soporto estar con ellos —su voz era distante y sus ojos se habían desviado hacia cierto punto perdido en el bosque. Thomas sabía que estaba pensando en que Alby ya nunca volvería a ser el mismo.

—Dímelo a mí —metió baza Chuck—. Gally es el peor de todos.

—¿Se sabe algo nuevo de la chica? —preguntó Thomas, cambiando de tema. No estaba de humor para hablar de Gally. Además, seguía pensando en ella—. He visto a los mediqueros dándole de comer arriba.

—No —contestó Newt—. Sigue en el puñetero coma o lo que sea eso. De vez en cuando, farfulla algo, cosas sin sentido, como si estuviese soñando. Come, parece seguir bien. Es todo muy raro.

A continuación hubo una larga pausa, como si los tres trataran de encontrar una explicación a lo de la chica. Thomas se preguntó otra vez por qué sentía aquella inexplicable conexión con ella. Se había debilitado un poco, pero eso podría deberse a todo lo demás que ocupaba su cabeza.

Finalmente, Newt rompió el silencio:

—Bueno, lo siguiente es ver qué hacemos con Tommy.

Thomas se espabiló al oír aquello, confundido por la afirmación.

—¿Hacer conmigo? ¿De qué estás hablando?

Newt se levantó y estiró los brazos.

—Has puesto este sitio patas arriba, maldito pingajo. La mitad de los clarianos cree que eres Dios y la otra mitad quiere tirar tu culo por el agujero de la Caja. Hay mucho de que hablar.

—¿Como qué? —Thomas no sabía qué era más inquietante, que la gente pensara que era una especie de héroe o que algunos desearan que no existiera.

—Paciencia —respondió Newt—. Lo averiguarás cuando te despiertes.

—¿Mañana? ¿Por qué? —a Thomas no le gustaba cómo sonaba aquello.

—He convocado una Reunión. Y tú estarás allí. Eres la única puñetera cosa en el orden del día.

Y, al decir aquello, se dio la vuelta y se marchó, dejando a Thomas con la pregunta de por qué hacía falta una Reunión para hablar sólo de él.

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Thomas se encontró sentado en una silla, ansioso y preocupado, sudando, enfrente de once chicos que descansaban en unos asientos colocados en semicírculo a su alrededor. En cuanto se calmó, se dio cuenta de que eran los guardianes y, para su disgusto, aquello significaba que Gally era uno de ellos. Había una silla justo enfrente de Thomas que estaba vacía; no hacía falta que le dijeran que se trataba de la de Alby.

Estaban sentados en una gran sala de la Hacienda en la que Thomas no había estado antes. Aparte de las sillas, no había más muebles, salvo una mesita en un rincón. Las paredes eran de madera, igual que el suelo, y por lo visto nadie se había molestado en hacer que aquel sitio fuera más acogedor. No había ventanas; la habitación olía a moho y a libros viejos. Thomas no tenía frío, pero tembló de todos modos. Al menos se sentía aliviado porque Newt estaba allí, sentado a la derecha del asiento vacío de Alby.

—En representación de nuestro líder, que está enfermo en la cama, declaro comenzada esta Reunión —anunció poniendo los ojos en blanco sutilmente, como si odiara cualquier cosa que se acercara a las formalidades—. Como todos sabéis, los últimos días han sido una maldita locura, y la mayor parte se ha centrado en nuestro judía verde, Tommy, sentado ante nosotros.

Thomas se sonrojó de vergüenza.

—Ya no es un judía verde —repuso Gally con su voz ronca, tan grave y cruel que casi resultaba cómica—. Ahora tan sólo es alguien que ha roto las normas.

Aquello dio pie a un alboroto de murmullos y susurros, pero Newt les hizo callar. De pronto, Thomas quiso estar lo más lejos posible de aquella sala.

—Gally —dijo Newt—, intenta guardar el puñetero orden. Si vas a abrir tu fuca boca cada vez que diga algo, más vale que te pires, porque no estoy de muy buen humor.

A Thomas le entraron ganas de aplaudir al oír aquello. Gally se cruzó de brazos y se recostó en la silla, con el entrecejo fruncido de forma tan forzada que Thomas casi soltó una carcajada. Cada vez le costaba más creer que aquel tipo le hubiera aterrorizado hacía tan sólo un día; ahora le parecía tonto, hasta patético.

Newt le lanzó una mirada asesina a Gally y, después, continuó hablando:

—Me alegro de que lo hayamos aclarado —volvió a poner los ojos en blanco—. El motivo por el que estamos aquí es porque casi todos los chicos del Claro han venido a mí los últimos días tanto para quejarse de Thomas como para pedirme su puñetera mano en matrimonio. Tenemos que decidir qué vamos a hacer con él.

Gally se inclinó hacia delante, pero Newt le interrumpió antes de que pudiese decir nada:

—Ya te llegará el turno, Gally. Cada cosa a su tiempo. Y Tommy, no puedes decir nada hasta que no se te pregunte. ¿Te parece bien? —esperó a que Thomas asintiera para dar su consentimiento, que fue a regañadientes, y señaló al chico sentado en el extremo derecho—. Zart, al azar, puedes empezar.

Se oyeron unas risitas cuando Zart, el grandullón callado que vigilaba los Huertos, cambió de postura en su asiento. Miró a Thomas como si fuera más raro que una zanahoria en una tomatera.

—Bueno —empezó a decir Zart, mirando a su alrededor como si esperara que alguien le dijera lo que tenía que decir—, no sé. Ha roto una de nuestras normas más importantes. No podemos dejar que la gente piense que eso está bien —hizo una pausa, bajó la vista hacia sus manos y se frotó los ojos—. Pero él... está cambiando cosas. Ahora sabemos que podemos sobrevivir ahí fuera y vencer a los laceradores.

El alivio inundó a Thomas. Tenía a alguien más de su lado. Se hizo la promesa de ser muy simpático con Zart.

—¡Ah, no me fastidies! —soltó Gally—. Me apuesto lo que sea a que fue Minho el que se deshizo de esas estúpidas cosas.

—¡Gally, cierra el pico! —gritó Newt, que se puso de pie esta vez para darle más efecto; Thomas volvió a tener ganas de aplaudir—. Ahora mismo yo soy el maldito presidente y, como oiga otra puñetera palabra salir de tu boca cuando no te toca hablar, prepararé otro destierro para ti, infeliz.

—Por favor —susurró Gally con sarcasmo y volvió a fruncir el ceño de forma ridícula mientras se repantigaba de nuevo en su silla.

Newt se sentó y le hizo un gesto a Zart.

—¿Eso es todo? ¿Alguna recomendación oficial?

Zart negó con la cabeza.

—Vale. El siguiente, Fritanga.

El cocinero sonrió a través de su barba y se sentó más recto.

—El pingajo tiene más huevos de los que he frito en el último año —hizo una pausa como si esperara que los demás se rieran, pero nadie lo hizo—. ¡Esto es una tontería! Le salva la vida a Alby, mata un par de laceradores y estamos aquí sentados dándole a la lengua para ver qué hacemos con él. Como diría Chuck, esto es un montón de clonc.

Thomas quiso acercarse a Fritanga para estrecharle la mano. Había dicho exactamente lo mismo que él pensaba sobre todo aquello.

—¿Y qué es lo que sugieres? —preguntó Newt.

Fritanga se cruzó de brazos.

—Mételo en el maldito Consejo y haz que nos enseñe todo lo que hizo ahí fuera.

Las voces estallaron en todas las direcciones y Newt tardó medio minuto en calmar a la gente. Thomas hizo un gesto de dolor.

Fritanga había ido demasiado lejos con su sugerencia y casi había invalidado su buena opinión sobre todo aquel lío.

—Muy bien, anotado —dijo Newt mientras la escribía en un bloc—. ¡Que todo el mundo se calle, va en serio! Conocéis las reglas: se aceptan todas las ideas y todos podréis decir lo que pensáis cuando votemos —terminó de escribir y señaló al tercer miembro del Consejo, un muchacho al que Thomas no había conocido todavía, con el pelo negro y la cara pecosa.

—Yo no tengo una opinión —declaró este.

—¿Qué? —preguntó Newt, enfadado—. Pues menuda elección hicimos contigo para el Consejo, entonces.

—Lo siento, de verdad que no la tengo —se encogió de hombros—. Si tengo que decir algo, supongo que estoy de acuerdo con Fritanga. ¿Por qué vamos a castigar a un chico por haberle salvado la vida a alguien?

—Entonces, sí que tienes una opinión, ¿no? —insistió Newt con el lápiz en la mano.

El muchacho asintió y Newt lo apuntó en su libreta. Thomas cada vez estaba más aliviado. Parecía que la mayoría de los guardianes estaba a su favor, no en su contra. Aun así, lo estaba pasando muy mal ahí sentado. Tenía unas ganas terribles de hablar, pero se esforzó por seguir las órdenes de Newt y permaneció callado.

El siguiente era Winston, el chico lleno de acné, el guardián de la Casa de la Sangre.

—Creo que deberíamos castigarlo. No te ofendas, verducho, pero Newt, tú siempre estás insistiendo en que tiene que haber orden. Si no le castigamos, daremos mal ejemplo. Ha roto la Norma Número Uno.

—Vale —dijo Newt, escribiendo en su bloc—. Entonces, tu sugerencia es el castigo. ¿De qué tipo?

—Creo que deberíamos meterlo en el Trullo durante una semana a pan y agua, y nos tenemos que asegurar de que todo el mundo se entere para que no se le ocurran ideas.

Gally aplaudió y recibió una mirada asesina de Newt. A Thomas se le cayó el alma a los pies. Dos guardianes más hablaron, uno a favor de Fritanga y el otro a favor de Winston. Ahora le tocaba a Newt.

—Estoy de acuerdo con todos vosotros. Deberíamos castigarlo, pero también tenemos que encontrar un modo de utilizarlo. Me reservo mi sugerencia hasta oír la de todos vosotros. Siguiendo.

Thomas soportaba toda aquella charla sobre un castigo menos aún que mantener la boca cerrada. Pero, en el fondo, no podía llevarles la contraria. Por raro que pareciese después de lo que había conseguido, era cierto que había roto la regla más importante.

Siguieron recorriendo la fila. Algunos pensaban que debían elogiarlo y otros que tenían que castigarlo. O las dos cosas. Thomas apenas podía seguir escuchando mientras esperaba los comentarios de los dos últimos guardianes, Gally y Minho. El último no había dicho ni una palabra desde que Thomas había entrado en la sala; estaba allí sentado, tirado en la silla, como si llevara una semana sin dormir.

Gally habló primero:

—Creo que ya he dejado bien clara mi opinión.

«Genial —pensó Thomas—. Pues sigue con el pico cerrado».

—Bien —dijo Newt, y volvió a poner los ojos en blanco—. Entonces, sigue tú, Minho.

—¡No! —chilló Gally, haciendo saltar en sus asientos a un par de guardianes—. Quiero decir algo.

—Pues dilo de una puñetera vez —respondió Newt.

Thomas se sintió un poco mejor al ver que el presidente del Consejo despreciaba a Gally casi tanto como él mismo. Aunque Thomas ya no le tenía miedo, todavía odiaba a aquel tío hasta la médula.

—Pensadlo —empezó Gally—. Este gilipullo aparece en la Caja, haciéndose el confundido y el asustado. Unos días más tarde, está corriendo por el Laberinto con los laceradores, como si fuera el dueño de este sitio.

Thomas se hundió en la silla y esperó que los demás no hubieran pensado nada de eso. Gally continuó despoticando:

—Creo que todo ha sido un numerito. ¿Cómo ha podido hacer todo lo que ha hecho ahí fuera después de tan pocos días? No me lo trago.

—¿Qué intentas decir, Gally? —preguntó Newt—. ¿Por qué no lo dices claro de una maldita vez?

—Creo que es un espía de la gente que nos puso aquí.

Otro tumulto explotó en la sala y Thomas no pudo hacer nada más que sacudir la cabeza; no se le ocurría de dónde sacaba Gally esas ideas. Por fin, Newt calmó a todos de nuevo, pero Gally no había acabado:

—No podemos confiar en este pingajo —continuó—. Al día siguiente de que apareciera, viene una chica psicópata y suelta que las cosas van a cambiar, con esa nota tan rara agarrada en la mano. Encontramos un lacerador muerto. Thomas, convenientemente, pasa una noche en el Laberinto y luego trata de convencer a todo el mundo de que es un héroe. Pero ni Minho ni nadie le vio hacer lo de las enredaderas. ¿Cómo sabemos que fue el verducho el que ató a Alby allí arriba?

Gally hizo una pausa. Nadie dijo ni una palabra durante varios segundos y el pánico creció en el pecho de Thomas. ¿En serio creían lo que Gally acababa de decir? Estaba ansioso por defenderse y casi rompió el silencio por primera vez, pero, antes de que pudiera hablar, Gally siguió con su discurso:

—Están pasando demasiadas cosas extrañas y todo empezó cuando este verducho cara fuco apareció. Y da la casualidad de que ha sido la primera persona en sobrevivir una noche en el Laberinto. Algo no va bien y, hasta que lo averigüemos, recomiendo oficialmente que lo encerremos en el Trullo durante un mes y luego volvamos a revisar su caso.

Se alzó otro alboroto y Newt escribió algo en su libreta, negando con la cabeza todo el tiempo, lo que infundió a Thomas un poco de esperanza.

—¿Has terminado, capitán Gally? —preguntó Newt.

—Deja de ser tan sabihondo, Newt —soltó con la cara roja—. Lo digo muy en serio. ¿Cómo podemos confiar en este pingajo en menos de una semana? No rechaces mi propuesta sin ni siquiera pensar en lo que estoy diciendo.

Por primera vez, Thomas sintió un poco de empatía por Gally. Tenía razón sobre cómo le estaba tratando Newt. Al fin y al cabo, Gally era un guardián. «Pero aún le odio», pensó.

—Muy bien, Gally —dijo Newt—. Lo siento. Te he escuchado y todos tendremos en consideración tu maldita sugerencia. ¿Has acabado?

—Sí, he acabado. Y tengo razón.

Sin más palabras por parte de Gally, Newt señaló a Minho.

—Adelante. Eres el último, pero no el menos importante.

Thomas estaba eufórico de que por fin le tocara a Minho, seguro de que este le defendería hasta el final. Minho se levantó enseguida y cogió a todo el mundo desprevenido.

—Yo estuve allí fuera y vi lo que este tío hizo. Él se mantuvo fuerte mientras yo actuaba como un gallina con medias. No hablaré como una cotorra como ha hecho Gally. Quiero decir mi sugerencia y acabar con esto de una vez.

Thomas aguantó la respiración, preguntándose qué diría.

—Bien —convino Newt—. Dínosla, entonces. Minho miró a Thomas.

—Propongo que este pingajo me sustituya como guardián de los corredores.

Capítulo 25

Un silencio total invadió la habitación, como si el mundo se hubiera paralizado, y todos los miembros del Consejo se quedaron mirando a Minho. Thomas se quedó sentado, atónito, esperando que el corredor dijera que era una broma.

Finalmente, Gally rompió el hechizo al levantarse.

—¡Eso es absurdo! —miró a Newt y señaló a Minho, que se había sentado de nuevo—. Deberíamos echarle del Consejo por decir semejante tontería.

La pena que podía haber sentido Thomas por Gally, aunque remota, desapareció del todo al oír aquella frase.

Algunos guardianes parecieron estar de acuerdo con la sugerencia de Minho, como Fritanga, que se puso a aplaudir para ahogar la voz de Gally y gritó que empezara la votación. Otros, no. Winston negó rotundamente con la cabeza y dijo algo que Thomas no alcanzó a oír. Cuando todo el mundo comenzó a hablar a la vez, Thomas apoyó la cabeza en las manos y esperó a que terminaran, aterrorizado e intimidado al mismo tiempo. ¿Por qué Minho había dicho eso?

«Tiene que ser una broma —pensó—. Newt dijo que se tarda una eternidad sólo en llegar a ser corredor, y no digamos ya en convertirse en guardián». Volvió a levantar la vista, deseando que estuvieran a mil kilómetros de distancia.

Por fin, Newt bajó su bloc y salió del semicírculo, gritando para que la gente se callara. Thomas contempló cómo, al principio, nadie parecía oír a Newt ni advertir su presencia. Sin embargo, poco a poco, el orden se fue restableciendo y todos se sentaron.

—¡Foder! —exclamó Newt—. Nunca había visto tantos pingajos actuando como bebés de teta. Puede que no lo parezcamos, pero por aquí somos adultos. Actúa como tales o disolveremos este maldito Consejo y empezaremos de cero —caminó de un extremo a otro de la fila curvada de guardianes sentados y miró a cada uno de ellos a los ojos mientras hablaba—. ¿Está claro?

El silencio se extendió por el grupo. Thomas esperaba más arrebatos, pero se sorprendió al ver que todos asentían con la cabeza, incluso Gally.

—Bien —Newt caminó de vuelta a su silla, se sentó y puso el bloc en su regazo. Escribió unas líneas en el papel y luego miró a Minho—. Eso es una clonc muy seria, hermano. Lo siento, pero tendrás que elaborarlo un poco más si quieres que siga adelante.

Thomas no pudo evitar tener ganas de oír su contestación. Minho parecía agotado, pero empezó a defender su propuesta:

—Seguro que es muy fácil para vosotros, pingajos, sentaros aquí para hablar de algo de lo que no tenéis ni idea. Soy el único corredor de este grupo y Newt es la otra única persona que hay aquí que ha estado fuera en el Laberinto.

—No, si tienes en cuenta que yo... —terció Gally.

—¡No! —gritó Minho—. Y créeme, ni tú ni nadie tiene la más remota idea de lo que es estar ahí fuera. A ti sólo te picaron porque rompiste la misma norma de la que estás culpando a Thomas. Eso se llama hipocresía, cara fuco, pedazo de...

—Basta —interrumpió Newt—. Defiende tu propuesta y acaba ya.

La tensión era palpable; Thomas notaba cómo el aire en la sala se había convertido en cristal que podía hacerse añicos en cualquier momento. Tanto Gally como Minho tenían las caras tan tensas y rojas que parecía que iban a explotar, pero por fin dejaron de mirarse.

—Bueno, escuchadme —continuó Minho mientras volvía a sentarse—. Nunca había visto nada parecido. No le entró el pánico. No se quejó ni lloró, tampoco parecía asustado. Tíos, sólo lleva aquí unos días. Pensad en cómo estábamos nosotros al principio. Acurrucados en un rincón, desorientados, llorando a todas horas, sin confiar en nadie y negándonos a hacer todo. Todos actuamos igual durante semanas o meses, hasta que no tuvimos más remedio que fucarnos y vivir —Minho se volvió a levantar y señaló a Thomas—. Justo unos días después de que este tío apareciera, sale al Laberinto para salvar a dos pingajos que apenas conoce. Toda esa clonc de que ha roto una norma es una estupidez. Ni siquiera sabe cuáles son las normas todavía. Pero mucha gente le había dicho cómo era el Laberinto, sobre todo por la noche, y aun así salió ahí fuera, justo cuando la puerta se estaba cerrando, porque había dos personas que necesitaban ayuda —respiró hondo como si ganara fuerzas con sus palabras—. Pero eso fue sólo el principio. Después, me vio a abandonar a Alby, dejarlo allí para que se muriera. Y yo era el veterano, el que tenía toda la experiencia y el conocimiento. Así que, cuando Thomas vio que me marchaba, no debería habérselo cuestionado. Pero sí lo hizo. Pensad en la fuerza de voluntad y el esfuerzo que le debió de suponer subir a Alby a la pared, centímetro a centímetro. Ni de coña. Sería una locura total.

»Pero no fue así. Entonces llegaron los laceradores. Le dije a Thomas que nos teníamos que separar y empezar a poner en práctica las maniobras de evasión, según el procedimiento habitual. Thomas, cuando debería haberse mojado los pantalones, tomó el control, desafió todas las leyes de la física y la gravedad para subir a Alby al muro, esquivó a los laceradores, derrotó a uno, encontró...

—Ya lo pillamos —soltó Gally bruscamente—. Tommy es un pingajo con suerte.

Minho se volvió hacia él.

—¡No, fuco inútil, no lo has pillado! Llevo dos años aquí y nunca había visto nada igual. Para que tú ahora me vengas...

Minho se calló, se frotó los ojos y gruñó, lleno de frustración. Thomas se dio cuenta de que tenía la boca abierta. Sentía diversas emociones: apreciaba a Minho por haberle defendido delante de todos, no se podía creer la agresividad continua de

Gally y le daba miedo cuál sería la decisión final.

—Gally —dijo Minho con la voz más calmada—, no eres más que un mariquita que ni una sola vez ha pedido ser corredor o se ha presentado a la prueba. No tienes derecho a hablar sobre cosas que no entiendes. Así que cállate la boca.

Gally se puso de pie otra vez, echando chispas.

—Como vuelvas a decir algo así, te romperé el cuello aquí mismo, delante de todos —le salía saliva de la boca mientras hablaba.

Minho se rió; después, levantó la palma de la mano y empujó a Gally en la cara. Thomas se medio levantó al ver al clariano caer hacia atrás y estrellarse contra la silla, que se rompió en dos. Gally se quedó despatarrado en el suelo, luego trató de ponerse de pie e incorporarse. Minho se acercó y pisó la espalda de Gally para aplastar su cuerpo contra el suelo.

Thomas se dejó caer en la silla, atónito.

—Te lo juro, Gally —dijo Minho con sorna—, ni se te ocurra amenazarme otra vez. Ni siquiera me vuelvas a dirigir la palabra. Jamás. Si lo haces, te romperé tu fuco cuello, después de hacer lo mismo con tus brazos y tus piernas.

Newt y Winston se habían levantado y, antes de que Thomas se diera cuenta de lo que sucedía, estaban agarrando a Minho. Le apartaron de Gally, que se levantó de un salto, con la cara roja por la rabia. Pero no se movió hacia Minho; se quedó allí sacando pecho, agitándose por su respiración entrecortada.

Al final, Gally se retiró medio a trompicones hacia la salida que había detrás de él. Sus ojos recorrieron a toda prisa la sala, encendidos por el intenso odio. Thomas tenía la escalofriante sensación de que Gally parecía alguien a punto de cometer un asesinato. Retrocedió hasta la puerta y alargó la mano para agarrar el picaporte.

—Las cosas ahora son diferentes —dijo, y escupió al suelo—. No deberías haber hecho eso, Minho. No deberías haberlo hecho —ahora su mirada de maniaco estaba fija en Newt—. Sé que me odias, que siempre me has odiado. Deberían desterrarte por tu vergonzosa incapacidad para dirigir este grupo. Eres una vergüenza, y todo el que se quede aquí no es mejor que tú. Las cosas van a cambiar. Lo prometo.

A Thomas se le cayó el alma a los pies. ¡Como si las cosas no fueran ya lo bastante violentas!

Gally abrió la puerta de un tirón y salió al vestíbulo, pero, antes de que nadie pudiese reaccionar, volvió a asomar la cabeza en la sala.

—Y tú —espetó, fulminando a Thomas con la mirada—, el judía verde que se cree que es un puto dios, no te olvides de que te he visto antes, yo he pasado por el Cambio. Lo que estos tíos decidan no va a misa —se calló para mirar a todos los presentes en la sala y, cuando su maliciosa mirada se volvió a clavar en Thomas, dijo una última cosa—: Para lo que sea que hayas venido, te juro por mi vida que voy a impedirte. Te mataré si hace falta.

Luego se dio la vuelta y abandonó la sala, cerrando de golpe la puerta a sus espaldas.

Capítulo 26

Thomas se quedó paralizado en la silla mientras las náuseas aumentaban en su estómago como una plaga. Desde que había llegado al Claro, había pasado por todo tipo de emociones en un periodo de tiempo muy corto. Miedo, soledad, desesperación, tristeza, incluso una pizca de alegría. Pero era algo nuevo oír decir a alguien que te odiaba lo suficiente como para querer matarte.

«Gally está loco —se dijo a sí mismo—. Está completamente loco». Pero aquel pensamiento sólo aumentaba sus preocupaciones. La gente loca era capaz de cualquier cosa.

Los miembros del consejo se quedaron de pie o sentados en silencio, por lo visto igual de asombrados que Thomas por lo que acababan de ver. Al final, Newt y Winston soltaron a Minho y los tres fueron de mal humor a sentarse a sus sillas.

—Se merecía la paliza —dijo Minho, casi entre susurros. Thomas no sabía si quería que los demás le oyeran.

—Bueno, tú no eres precisamente el santo de la sala —replicó Newt—. ¿En qué estabas pensando? Te has pasado un poco de la raya, ¿no crees?

Minho entrecerró los ojos y echó la cabeza atrás, como si estuviera desconcertado por la pregunta de Newt.

—No me sueltes esa mierda. A todos os ha encantado ver a ese gilipullo recibiendo su merecido y lo sabéis. Sólo era cuestión de tiempo que alguien le hiciera frente a su clonc.

—Está en el Consejo por un motivo —respondió Newt.

—¡Tío, ha amenazado con romperme el cuello y matar a Thomas! Ese chaval está hecho polvo del tarro y será mejor que envíes a alguien ahora mismo para que lo encierre en el Trullo. Es peligroso.

Thomas no pudo haber estado más de acuerdo y se vio otra vez a punto de romper la orden de guardar silencio, pero se contuvo. No quería meterse en más problemas de los que ya tenía, pero no sabía cuánto rato más iba a aguantar.

—Quizá tenía razón —dijo Winston en tono bajito.

—¿Qué? —exclamó Minho, reflejando exactamente lo que había pensado Thomas.

Winston pareció sorprendido de que los demás hubiesen oído sus palabras y recorrió la sala con la vista antes de explicarse:

—Bueno..., él ha pasado por el Cambio. Un lacerador le picó en pleno día justo fuera de la Puerta Oeste. Eso significa que tiene recuerdos, y ha dicho que el judía verde le resulta familiar. ¿Por qué se iba a inventar eso?

Thomas pensó en el Cambio y en el hecho de que traía recuerdos. La idea no se le había ocurrido antes, pero ¿merecería la pena dejarse picar por los laceradores y pasar

por aquel horrible proceso para recordar algo? Se imaginó a Ben retorciéndose en la cama y recordó los gritos de Alby. «Ni de coña», pensó.

—Winston, ¿es que no has visto lo que acaba de pasar? —preguntó Fritanga, sin dar crédito—. Gally está pirado. No puedes creerte esas divagaciones tuyas. ¿Qué, crees que Thomas es un lacerador disfrazado?

Fueran o no las normas del Consejo, Thomas ya había tenido bastante. No podía permanecer en silencio ni un segundo más.

—¿Puedo hablar ya? —preguntó, y la frustración subió el volumen de su voz—. Estoy harto de que habléis de mí como si yo no estuviera.

Newt le miró y asintió.

—Adelante. Esta maldita Reunión ya no puede estropearse más.

Thomas ordenó enseguida sus pensamientos para escoger las palabras adecuadas de entre el remolino de frustración, confusión y enfado que había en su mente:

—No sé por qué Gally me odia. Me da igual. Se comporta como un psicótico conmigo. Y respecto a quién soy de verdad, sabéis lo mismo que yo. Pero, si mal no recuerdo, estamos aquí por lo que hice en el Laberinto, no porque un idiota crea que soy malo.

Alguien se rió por lo bajo y Thomas dejó de hablar, pues esperaba que ya le hubieran entendido. Newt asintió; parecía contento.

—Bien. Acabemos esta Reunión y ya nos ocuparemos más tarde de Gally.

—No podemos votar sin que estén todos los miembros —insistió Winston—, a menos que estén muy enfermos, como Alby.

—Por el amor de Dios, Winston —replicó Newt—. Yo diría que hoy Gally también está un poquitín enfermo, así que continuaremos sin él. Thomas, defiéndete y luego votaremos qué debemos hacer contigo.

Thomas se dio cuenta de que tenía las manos apretadas en puños sobre su regazo. Las relajó y se secó el sudor de las palmas en sus pantalones. Entonces empezó, sin estar seguro de lo que iba a decir antes de que las palabras salieran de su boca:

—No he hecho nada malo. Lo único que sé es que vi a dos personas esforzándose por meterse dentro de estos muros y no pudieron conseguirlo. Ignorar aquello por una norma estúpida me pareció egoísta, cobarde y..., bueno, una idiotez. Si me queréis mandar a la cárcel por intentar salvarle la vida a alguien, adelante. La próxima vez, prometo señalarles con el dedo, reírme y luego irme a comer la cena de Fritanga — Thomas no intentaba ser gracioso. Sólo le dejaba atónito que aquello fuera motivo de discusión.

—Esta es mi sugerencia —dijo Newt—: como rompiste nuestra maldita Norma Número Uno, pasarás un día en el Trullo. Ese es tu castigo. También recomiendo que te elijamos como corredor y tendrá efecto en cuanto terminemos esta reunión. Has demostrado más en una noche que la mayoría de aprendices en semanas. En cuanto a

que seas el puñetero guardián, olvídalo —miró a Minho—. Gally tenía razón en eso, es una idea estúpida.

Aquel comentario hirió los sentimientos de Thomas, aunque no pudo llevarle la contraria. Miró a Minho para ver su reacción. El guardián no parecía sorprendido, pero protestó de todos modos:

—¿Por qué? Es el mejor que tenemos, te lo juro. El mejor debería ser el guardián.

—Muy bien —respondió Newt—. Si es cierto, haremos más tarde el cambio. Dale un mes para que lo demuestre.

Minho se encogió de hombros.

—Bien.

Thomas suspiró aliviado. Todavía quería ser corredor, lo que le sorprendía, considerando lo que acababa de pasar en el Laberinto; pero le parecía ridículo convertirse en el guardián ahora mismo.

Newt echó un vistazo a la sala.

—Vale, tenemos varias sugerencias, así que vamos a darles vueltas...

—Ay, venga ya —le interrumpió Fritanga—. Votemos. Yo voto por la tuya.

—Y yo —afirmó Minho.

Todos los demás coincidieron, lo que llenó a Thomas de alivio y de cierto orgullo. Winston fue el único que no aceptó. Newt le miró.

—No nos hace falta tu voto, pero dinos qué te ronda la cabeza.

Winston miró a Thomas con recelo y, luego, volvió a centrarse en Newt.

—Por mí está bien, pero no deberíamos ignorar del todo lo que ha dicho Gally. No sé por qué, pero no creo que se lo haya inventado. Además, es verdad que desde que Thomas llegó aquí todo se ha fucado y ya no es como antes.

—Está bien —dijo Newt—. Todos reflexionaremos sobre eso y, quizá, cuando todo vaya bien y estemos aburridos, podamos tener otra Reunión para hablarlo. ¿De acuerdo?

Winston asintió. Thomas se quejó por lo invisible que se había hecho:

—Me encanta cómo habláis de mí como si no estuviera aquí, tíos.

—Mira, Tommy —repuso Newt—, te acabamos de elegir como puñetero corredor. Deja de lloriquear y sal de aquí. Minho tiene mucho que enseñarte.

Thomas no se había percatado hasta entonces. Iba a ser un corredor, iba a explorar el Laberinto. A pesar de todo, sintió un escalofrío de entusiasmo; estaba seguro de que podía evitar quedar atrapado allí fuera otra noche. Quizá aquella había sido su única y última vez de mala suerte.

—¿Y qué hay de mi castigo?

—Mañana —contestó Newt—. Desde el despertar hasta la puesta de sol.

«Un día —pensó Thomas—, no será tan malo».

La reunión se disolvió y todos, salvo Newt y Minho, abandonaron la sala a toda

prisa. Newt no se había movido de la silla, donde estaba sentado tomando notas.

—Bueno, qué tiempos aquellos —murmuró.

Minho se acercó y le dio a Thomas un puñetazo en broma en el brazo.

—Es todo culpa de este pingajo.

Thomas le devolvió el puñetazo.

—¿Guardián? ¿Quieres que sea el guardián? Estás mucho más loco que Gally.

Minho fingió una sonrisa maligna.

—Ha funcionado, ¿no? Apunta alto y da bajo. Ya me darás las gracias.

Thomas no pudo evitar sonreír ante la inteligente forma de actuar del guardián. Unos golpes en la puerta abierta le llamaron la atención y se dio la vuelta para ver quién era. Chuck estaba allí; parecía que le hubiera perseguido un lacerador. A Thomas le desapareció la sonrisa de la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Newt, y se levantó. El tono de su voz sólo aumentó la preocupación de Thomas.

Chuck se retorció las manos.

—Me envían los mediqueros.

—¿Por qué?

—Supongo que es porque Alby se está agitando como un loco y no para de decirles que necesita hablar con alguien.

Newt se dirigió hacia la puerta, pero Chuck levantó la mano.

—Ummm... No quiere hablar contigo.

—¿Qué quieres decir?

Chuck señaló a Thomas.

—No deja de preguntar por él.

Capítulo 27

Por segunda vez en aquel día, Thomas se quedó mudo.

—Bueno, pues venga —le dijo Newt mientras le agarraba del brazo—. No creas que no voy a acompañarte.

Thomas le siguió, con Chuck justo detrás, para dejar la sala del Consejo y pasar por el pasillo hacia una estrecha escalera en espiral que no había advertido antes. Newt subió el primer escalón y le lanzó una mirada fría a Chuck.

—Tú te quedas.

Por una vez, Chuck se limitó a asentir con la cabeza y no dijo nada. Thomas se imaginó que al niño le ponía de los nervios el comportamiento de Alby.

—Tranqui —le dijo Thomas a Chuck mientras Newt subía las escaleras—, me acaban de elegir corredor, así que, colega, ahora estás con un semental.

Intentaba hacer un chiste para negar que le aterraba ver a Alby. ¿Y si hacía las mismas acusaciones que Ben? ¿O algo peor?

—Sí, claro —susurró Chuck, aturdido, con la vista clavada en los escalones de madera.

Thomas se encogió de hombros y comenzó a subir las escaleras. El sudor le cubría las palmas de las manos y notó que una gota le caía por la sien. No quería ir allí arriba.

Newt, serio y adusto, esperaba a Thomas al final de las escaleras. Estaba al otro lado del largo y oscuro pasillo tras las escaleras habituales, por las que había subido el primer día para ver a Ben. Aquel recuerdo le puso nervioso. Esperaba que Alby ya estuviera curado de la terrible experiencia para no tener que volver a presenciar algo como aquello: la piel y las venas asquerosas, las sacudidas. Pero se temía lo peor y se preparó.

Siguió a Newt hasta la segunda puerta a la derecha y vio cómo el chico llamaba con unos golpecitos; respondieron unos gemidos. Newt empujó la puerta para abrirla y el chirrido que emitió de nuevo le trajo a Thomas a la memoria un vago recuerdo de su infancia de películas sobre casas encantadas. Una vez más, ahí estaba, un pedacito de su pasado. Se acordaba de las películas, pero no de las caras de los actores ni de con quién las había visto. Podía recordar los cines, pero no el aspecto de uno en concreto. Era imposible explicar aquella sensación, incluso a sí mismo.

Newt había entrado en la habitación y estaba controlando que Thomas le siguiera. Al entrar, el chico se preparó para el horror que quizá le esperaba. Pero, cuando alzó la vista, lo único que vio fue un adolescente debilitado, tumbado en la cama, con los ojos cerrados.

—¿Está durmiendo? —susurró Thomas, intentando evitar la pregunta que de verdad le había saltado a la mente: «No está muerto, ¿no?».

—No lo sé —dijo Newt en voz baja. Se acercó a la cama y se sentó en una silla de madera que había allí cerca. Thomas se sentó al otro lado—. Alby —susurró, y luego repitió alzando la voz—: Alby. Chuck ha dicho que querías hablar con Tommy.

Los ojos de Alby se abrieron con varios parpadeos; eran unos globos inyectados en sangre que brillaron bajo la luz. Miró a Newt y luego a Thomas, al otro lado. Con un gemido, cambió de postura y se sentó, con la espalda apoyada en la cabecera.

—Sí —farfulló con voz ronca.

—Chuck ha dicho que estabas agitándote y actuando como un loco —Newt se inclinó hacia delante—. ¿Qué pasa? ¿Aún estás enfermo?

Las siguientes palabras de Alby salieron con un resuello, como si cada una de ellas le quitara una semana de vida:

—Todo... va a cambiar... La chica..., Thomas... Los he visto —los párpados se le cerraron y, luego, se le volvieron a abrir; se tumbó otra vez en la cama, con la vista clavada en el techo—. No me siento muy bien.

—¿A qué te refieres con que viste...? —empezó a preguntar Newt.

—¡Yo quería hablar con Thomas! —chilló Alby, con una repentina explosión de energía que Thomas no hubiera creído posible unos segundos antes—. ¡No he preguntado por ti, Newt! ¡Thomas! ¡He preguntado por el puto Thomas!

Newt miró a Thomas con las cejas arqueadas. Thomas se encogió de hombros, encontrándose mal por momentos. ¿Para qué le quería Alby?

—Muy bien, fuco cascarrabias —contestó Newt—. Está ahí mismo, habla con él.

—Márchate —dijo Alby con los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—Ni de coña. Quiero escuchar.

—Newt —hubo una pausa—. Márchate. Ya.

Thomas se sentía muy violento; estaba preocupado por lo que Newt estaba pensando y le aterraba lo que Alby quisiera decirle.

—Pero... —protestó Newt.

—¡Largo! —Alby se sentó mientras gritaba y la voz se le puso ronca del esfuerzo. Enseguida, se recostó en la cabecera otra vez—. ¡Largo de aquí!

La cara de Newt reflejó que había herido sus sentimientos y a Thomas le sorprendió no ver ni rastro de enfado. Entonces, tras un largo y tenso momento, Newt se levantó de la silla y caminó hacia la puerta para abrirla.

«¿En serio se va a marchar?», pensó Thomas.

—No esperes que te bese el culo cuando vengas a pedirme perdón —dijo, y luego salió al pasillo.

—¡Cierra la puerta! —gritó Alby como insulto final.

Newt obedeció y la cerró de un portazo.

El corazón de Thomas empezó a latir a toda velocidad. Estaba a solas con un tipo que antes de que le atacara un lacerador ya tenía mal genio y que, además, estaba

pasando por el Cambio. Esperaba que Alby dijera lo que quería y que aquello se acabara pronto. Hubo una larga pausa que duró varios minutos y a Thomas le temblaron las manos por el miedo.

—Sé quién eres —dijo Alby al final, rompiendo el silencio.

Thomas no encontró palabras para contestarle. Lo intentó, pero no pudo más que farfullar algo incoherente. Estaba muy confundido. Y asustado.

—Sé quién eres —repitió Alby despacio—. Lo he visto. Lo he visto todo. De dónde venimos y quién eres. Quién es esa chica. Recuerdo el Destello.

«¿El Destello?».

Thomas se obligó a hablar:

—No sé de lo que estás hablando. ¿Qué has visto? Me encantaría saber quién soy.

—No te va a gustar —respondió Alby y, por primera desde que Newt se había ido, miró directamente a Thomas. Sus ojos hundidos reflejaban pena y oscuridad—. Es horrible, ¿sabes? ¿Por qué quieren esos fucos que recordemos? ¿Por qué no podemos vivir aquí y ser felices?

—Alby... —Thomas deseó echar un vistazo en la mente del chico para ver lo que había visto él—. El Cambio —insistió—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has recordado? Estás diciendo cosas sin sentido.

—Tú... —dijo Alby, pero luego, de repente, se agarró la garganta y emitió unos sonidos como si se estuviera ahogando. Empezó a dar patadas y se dio la vuelta sobre un costado, sacudiéndose adelante y atrás, como si otra persona intentara estrangularle. Sacó la lengua y se la mordió una y otra vez.

Thomas se levantó enseguida y retrocedió a trompicones, horrorizado. Alby se retorció como si estuviera teniendo un ataque mientras las piernas daban patadas en todas las direcciones. La oscura piel de su cara, que se había puesto extrañamente pálida un minuto antes, se había vuelto morada y los ojos se le salían de las órbitas de tal manera que parecían resplandecientes canicas blancas.

—¡Alby! —chilló Thomas, sin atreverse a agarrarlo—. ¡Newt! —gritó, ahuecando las manos alrededor de la boca—. ¡Newt, entra!

La puerta se abrió de golpe antes de que terminara la última palabra. Newt corrió hasta Alby y le cogió por los hombros, empujando con todo su cuerpo para inmovilizar al chico que se convulsionaba en la cama.

—¡Cógele las piernas!

Thomas avanzó, pero las piernas de Alby seguían dando patadas y se sacudían, haciendo imposible acercarse. Un pie alcanzó la mandíbula de Thomas y una punzada de dolor le atravesó todo el cráneo. Volvió a retroceder a trompicones, frotándose donde le dolía.

—¡Hazlo de una maldita vez! —aulló Newt.

Thomas se armó de valor y saltó encima del cuerpo de Alby para agarrarle las dos

piernas e inmovilizarle en la cama. Rodeó con los brazos los muslos del chico y apretó mientras Newt ponía una rodilla sobre los hombros de Alby para luego cogerle las manos, que aún seguían estrangulando su propio cuello.

—¡Suelta! —gritó Newt mientras tiraba—. ¡Te estás matando, foder!

Thomas vio los músculos de los brazos flexionados de Newt y las venas que sobresalían mientras tiraba de las manos de Alby, hasta que, al final, centímetro a centímetro, fue capaz de separarlas de su cuello. Empujó con fuerza sobre el pecho del chico, que se resistía. Todo el cuerpo de Alby se sacudió un par de veces y su tronco se separó de la cama. Luego, poco a poco, se fue calmando y, unos segundos más tarde, estaba tumbado quieto y su respiración se iba igualando; tenía los ojos vidriosos.

Thomas sujetaba con fuerza las piernas de Alby por temor a moverse y que el chico estallara de nuevo. Newt esperó un minuto entero antes de soltar lentamente las manos de Alby. Luego pasó otro minuto hasta que le quitó la rodilla del pecho y se levantó. Thomas se tomó aquello como una señal y él hizo lo mismo, con la esperanza de que el ataque hubiera terminado de verdad.

Alby alzó la vista, con los párpados caídos, como si estuviera a punto de entrar en un profundo sueño.

—Perdona, Newt —susurró—. No sé qué ha pasado. Era como... si algo controlase mi cuerpo. Lo siento...

Thomas respiró hondo, seguro de que no volvería a vivir algo tan perturbador e incómodo. O, al menos, eso esperaba.

—Ni perdón ni nada —respondió Newt—. Estabas intentando matarte, foder.

—No era yo, te lo juro —murmuró Alby.

Newt alzó las manos.

—¿Qué quieres decir con que no eres tú? —preguntó.

—No lo sé. No... no era yo —Alby parecía tan confundido como Thomas se sentía.

Pero Newt parecía pensar que no merecía la pena intentar averiguarlo. Al menos, en aquel momento. Cogió las mantas que se habían caído de la cama mientras Alby se movía y las colocó sobre el chico enfermo.

—Ponte a dormir y ya hablaremos de esto más tarde —le dio unas palmaditas en la cabeza y, luego, añadió—: Estás hecho un lío, pingajo.

Pero Alby ya estaba quedándose dormido y asintió ligeramente mientras los ojos se le cerraban. Newt atrajo la mirada de Thomas e hizo un gesto hacia la puerta. Thomas no tenía ningún problema en salir de aquella locura de casa. Salió con Newt al pasillo y, justo cuando atravesaban el umbral de la puerta, Alby farfulló algo desde la cama.

Ambos se pararon en seco.

—¿Qué? —preguntó Newt.

Alby abrió los ojos un instante y repitió un poco más alto lo que había dicho:

—Tened cuidado con la chica —y cerró los ojos.

Allí estaba otra vez, la chica. No sabía por qué las cosas siempre llevaban a la chica. Newt lanzó a Thomas una mirada inquisitiva, pero él sólo pudo contestarle encogiéndose de hombros. No tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Vamos —susurró Newt.

—¿Newt? —dijo Alby otra vez desde la cama, sin molestarse en abrir los ojos.

—¿Sí?

—Protege los mapas —se dio la vuelta y su espalda les insinuó que había terminado de hablar.

Thomas no pensó que aquello hubiera sonado muy bien. Nada bien. Newt y él salieron de la habitación y cerraron la puerta sin hacer ruido.

Capítulo 28

Thomas siguió a Newt escaleras abajo y salieron de la Hacienda hacia la brillante luz de la tarde. Ninguno de los dos jóvenes pronunció palabra durante un rato. Para Thomas, las cosas se ponían cada vez peor.

—¿Tienes hambre, Tommy? —preguntó Newt cuando estuvieron fuera.

Thomas no podía creerse que le preguntara aquello.

—¿Hambre? Tengo ganas de vomitar después de lo que acabo de ver. No, no tengo hambre.

Newt sólo sonrió abiertamente.

—Bueno, pues yo sí, pingajo. Vamos a buscar algunas sobras del almuerzo. Tenemos que hablar.

—No sé por qué, pero sabía que ibas a decir algo parecido.

No importaba lo que hiciera, cada vez estaba más metido en los asuntos del Claro. Y estaba acostumbrándose a que fuera así.

Fueron directos a la cocina, donde, a pesar de las quejas de Fritanga, pudieron coger unos bocadillos de queso y unas verduras crudas. Thomas no podía ignorar el modo extraño que tenía de mirarle el guardián de los cocineros, cuyos ojos se apartaban cada vez que Thomas miraba hacia él. Algo le decía que aquel tipo de trato a partir de ahora sería la norma. Por alguna razón, era distinto al resto de los clarianos. Se sentía como si hubiese vivido toda una vida desde que le habían borrado la memoria, pero tan sólo había pasado una semana.

Los chicos decidieron salir a comer afuera y, unos minutos más tarde, se encontraron en la pared oeste, contemplando las muchas actividades que tenían lugar en el Claro, apoyados en un sitio donde la hiedra era muy espesa. Thomas se obligó a comer; por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, tenía que asegurarse de tener fuerzas para enfrentarse a cualquier locura que ocurriese a continuación.

—¿Alguna vez habías visto algo parecido? —preguntó Thomas al cabo de un minuto.

Newt le miró con una repentina expresión de tristeza.

—¿A lo que Alby acaba de hacer? No. Nunca. Pero es que nadie había intentado contarnos sus recuerdos del Cambio. Siempre se niegan. Alby trató de... Debe de ser por lo que se volvió loco durante un momento.

Thomas dejó de masticar. ¿Podía controlarlos de algún modo la gente que había detrás del Laberinto? Era una idea espeluznante.

—Tenemos que encontrar a Gally —dijo Newt, cambiando de tema, mientras mordía una zanahoria—. El cabrón se ha pirado para esconderse en algún sitio. En cuanto acabemos de comer, tengo que encontrarle para meterle en la cárcel.

—¿En serio?

Thomas no pudo evitar sentir una inyección de euforia al pensarlo. Estaría encantado de ser él mismo quien cerrara la puerta de golpe y tirara la llave.

—Ese pingajo amenazó con matarte y tenemos que asegurarnos de que no vuelva a pasar. Ese cara fuco va pagar bien caro el actuar de esa manera. Tiene suerte de que no le desterremos. Recuerda lo que te dije sobre el orden.

—Sí.

La única preocupación de Thomas era que Gally no le odiara aún más porque le metieran en la cárcel.

«No me importa —pensó—. Ya no me da miedo ese tío».

—Esto es lo que haremos, Tommy —dijo Newt—: Estarás conmigo el resto del día; tenemos que resolver algunas cosas. Dejaremos para mañana el Trullo. Después, te irás con Minho, y quiero que te mantengas alejado de los otros pingajos por un tiempo. ¿Lo pillas?

Thomas estaba más que dispuesto a obedecer. Estar casi todo el tiempo solo le parecía una idea genial.

—Me parece perfecto. Entonces, ¿Minho va a entrenarme?

—Exacto. Ahora eres un corredor. Minho te enseñará. El Laberinto, los mapas, todo. Tienes mucho que aprender. Espero que te rompas el culo a trabajar.

A Thomas le sorprendía que la idea de entrar al Laberinto no le asustara tanto como esperaba. Decidió hacer lo que Newt le dijo, con la esperanza de que le ayudara a mantener la mente distraída; aunque, en su interior, lo que esperaba era salir del Claro lo antes posible. Evitar a los demás era su nueva meta en la vida.

Los jóvenes se quedaron sentados en silencio, acabándose sus almuerzos, hasta que Newt empezó a hablar de lo que realmente quería. Hizo una bola con su basura y miró a Thomas a los ojos.

—Thomas —comenzó—, necesito que aceptes algo. Lo hemos oído demasiadas veces para negarlo y ha llegado la hora de discutirlo.

Thomas sabía a lo que se refería, pero estaba asustado. Tenía pavor a aquellas palabras.

—Gally lo dijo. Ben lo dijo. Alby lo ha dicho —continuó Newt—. La chica, después de que la sacáramos de la Caja..., lo dijo —hizo una pausa, tal vez esperando que Thomas le preguntara a qué se refería. Pero ya lo sabía.

—Todos dicen que las cosas van a cambiar.

Newt apartó la mirada un momento y, luego, se dio la vuelta.

—Es cierto. Gally, Alby y Ben afirman que te vieron en sus recuerdos después del Cambio. Y, por lo que deduzco, no estabas plantando flores ni ayudando a señoras mayores a cruzar la calle. Según Gally, hay algo en ti lo bastante horrible para que quiera matarte.

—Newt, no sé... —empezó a decir Thomas, pero Newt no le dejó terminar:

—¡Sé que no te acuerdas de nada, Thomas! Deja de decir eso, ni siquiera vuelvas a repetirlo. Ninguno de nosotros se acuerda de nada y estamos hartísimos de que nos lo recuerdes. La cuestión es que hay algo diferente en ti y ha llegado la hora de que averigüemos qué es.

A Thomas le inundó una oleada de ira.

—Muy bien, ¿y cómo vamos a hacerlo? Quiero saber quién soy, igual que todo el mundo. Por supuesto.

—Necesito que abras tu mente. Sé sincero si algo, cualquier cosa, te resulta familiar.

—Nada... —empezó a decir Thomas, pero se calló. Habían pasado tantas cosas desde que llegó que casi había olvidado lo familiar que le pareció el Claro aquella primera noche que había dormido al lado de Chuck. Se había sentido tan cómodo como en casa, muy lejos del terror que debería haber experimentado.

—Puedo ver cómo te funciona el cerebro —dijo Newt—. Habla.

Thomas vaciló, asustado por las consecuencias de lo que estaba a punto de confesar. Pero estaba harto de guardar secretos.

—Bueno... No puedo señalar nada específico —habló despacio, con cuidado—. Pero cuando llegué aquí sentí como si ya hubiera estado antes —miró a Newt, esperando ver reconocimiento en sus ojos—. ¿Alguien más ha pasado por eso?

Pero Newt no reflejaba ninguna expresión y sólo puso los ojos en blanco.

—Ah, no, Tommy. La mayoría de nosotros pasó una semana cloncándose en los pantalones y llorando a mares.

—Sí, bueno —Thomas hizo una pausa, disgustado y, de repente, avergonzado. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Era diferente al resto? ¿Le pasaba algo?—. Pues a mí todo me resultaba familiar y sabía que quería ser corredor.

—Qué interesante —Newt le examinó un segundo, sin ocultar sus sospechas evidentes—. Bueno, sigue investigando. Estrújate el cerebro, pasa tu tiempo libre pensando sobre lo que tienes en la cabeza y sobre este lugar. Hurga en tu mente, busca. Inténtalo, por lo que más quieras.

—Vale.

Thomas cerró los ojos y empezó a buscar en la oscuridad de su cabeza.

—No ahora, tonto del fuco —se rió Newt—, Me refiero a que lo hagas de ahora en adelante. En tu tiempo libre, en las comidas, cuando te vayas a dormir por la noche, cuando pasees por ahí, cuando entrenes, mientras estés trabajando. Avísame cada vez que algo te resulte familiar. ¿Lo pillas?

—Sí, lo pilló.

Thomas no podía evitar que le preocupase que Newt desconfiara de él, que aquel chico mayor estuviera ocultando lo que pensaba.

—Bien —asintió Newt, que casi parecía demasiado agradable—. Para empezar,

vayamos mejor a ver a alguien.

—¿A quién? —preguntó Thomas, pero supo la respuesta mientras lo decía y el terror se apoderó de él otra vez.

—A la chica. Quiero que la mires hasta que te sangren los ojos, a ver si provocamos alguna reacción en ese cerebro tuyo —Newt cogió la basura de su almuerzo y se levantó—. Después, quiero que me cuentes todo lo que te dijo Alby.

Thomas suspiró y se puso de pie.

—Vale.

No sabía si podría decirle toda la verdad sobre las acusaciones de Alby, por no mencionar lo que sentía por la chica. Por lo visto, no iba a dejar de guardar secretos.

Ambos caminaron de vuelta a la Hacienda, donde la chica aún estaba en coma. Thomas no reprimió su preocupación por lo que Newt estuviera pensando. Quería sincerarse; aquel chico de verdad le caía bien. Si se volvía ahora contra él, no sabía si podría soportarlo.

—Si todo lo demás falla —dijo Newt, interrumpiendo los pensamientos de Thomas—, te enviaremos con los laceradores para que te piquen y pases por el Cambio. Necesitamos tus recuerdos.

Thomas soltó una risa sarcástica ante aquella idea, pero Newt no estaba sonriendo.

• • •



La chica parecía estar durmiendo en paz, como si fuera a despertarse en cualquier momento. Thomas casi había esperado ver los restos del esqueleto de una persona, alguien al borde de la muerte. Pero su pecho subía y bajaba con una respiración acompasada y su piel tenía buen color.

Uno de los mediqueros, el más bajito —Thomas no podía recordar su nombre—, estaba allí y dejaba caer unas gotas de agua en la boca de la chica comatosa. Un plato y un cuenco en la mesilla de noche tenían los restos de su almuerzo: puré de patatas y sopa. Estaban haciendo todo lo posible por mantenerla viva y sana.

—Oye, Clint —dijo Newt; sonaba cómodo, como si hubiera pasado por allí a visitarle varias veces—, ¿crees que sobrevivirá?

—Sí —respondió Clint—. Está bien, aunque habla en sueños todo el rato. Pensamos que pronto se despertará.

Thomas se enfureció. Por alguna razón, no se había planteado la posibilidad de que la chica pudiera despertarse y estar bien. De que pudiera hablar con la gente. No tenía ni idea de por qué de repente se había puesto tan nervioso.

—¿Habéis escrito todo lo que ha ido diciendo? —preguntó Newt.

Clint asintió.

—La mayoría no se puede entender. Pero sí, lo hemos hecho cuando hemos podido.

Newt señaló la libreta que había en la mesilla de noche.

—Dame un ejemplo.

—Bueno, lo mismo que dijo cuando la sacamos de la Caja sobre que las cosas iban a cambiar. Algo de los creadores y de «cómo todo tiene que acabar». Y, eeh...

—Clint miró a Thomas como si no quisiera continuar en su compañía.

—No pasa nada, puede oír todo lo que yo oiga —le aseguró Newt.

—Bueno... No pude entenderlo todo, pero... —Clint volvió a mirar a Thomas—. No deja de decir su nombre una y otra vez.

Thomas casi se cayó al oír aquello. ¿Es que no iban a acabar las referencias a él? ¿Cómo conocía a esa chica? Era como un picor desesperante dentro de su cráneo que no se marchaba nunca.

—Gracias, Clint —contestó Newt, y a Thomas le sonó como si le estuviera dando permiso para que se retirara—. Infórmanos de todo eso, ¿vale?

—Lo haré.

El mediquero les hizo un gesto con la cabeza a ambos para despedirse y abandonó la habitación.

—Acerca una silla —dijo Newt mientras se sentaba en el borde de la cama.

Thomas, aliviado porque Newt no hubiera empezado con sus acusaciones, cogió la silla del escritorio y la colocó junto a la cabeza de la chica; se sentó y se inclinó hacia delante para mirarle la cara.

—¿Hay algo que te suene? —preguntó Newt—. ¿Lo que sea?

Thomas no respondió; siguió mirando con el deseo de que su mente derribara la barrera de la memoria y buscara a la chica en su pasado. Pensó en aquellos breves instantes cuando la joven abrió los ojos justo después de que la sacaran de la Caja.

Eran azules, de un color más intenso que los de cualquier otra persona de la que se acordara. Intentó imaginarse aquellos ojos en ella mientras contemplaba su rostro dormido, fusionando las dos imágenes en su mente. Su pelo negro, su perfecta piel blanca, sus labios carnosos... Con la vista clavada en la muchacha, se dio cuenta una vez más de lo hermosa que era.

Por un instante, la reconoció con más fuerza en un oscuro rincón de su mente, oculto pero que estaba allí. Duró sólo un momento antes de desvanecerse en el abismo del resto de recuerdos capturados. Pero había sentido algo.

—Sí la conozco —susurró, recostándose en la silla. Era bueno admitirlo por fin en voz alta.

Newt se levantó.

—¿Qué? ¿Quién es?

—No tengo ni idea. Pero algo me ha hecho clic. La conozco de algún sitio.

Thomas se restregó los ojos, frustrado por no poder solidificar el vínculo.

—Bueno, sigue pensado, foder, no lo pierdas. Concéntrate.

—Lo estoy intentando, así que cállate.

Thomas cerró los ojos, miró en la oscuridad de sus pensamientos y buscó su cara en aquel vacío. ¿Quién era? ¡Qué pregunta más irónica! Ni siquiera sabía quién era él.

Se inclinó hacia delante, sentado en la silla, respiró hondo y luego miró a Newt, negando con la cabeza, rendido.

—No...

Teresa.

Thomas se levantó de la silla de un salto, la echó hacia atrás y se dio la vuelta, buscando. Había oído...

—¿Qué pasa? —preguntó Newt—. ¿Has recordado algo?

Thomas le ignoró, echó un vistazo a la habitación, confundido porque había oído una voz, y luego volvió a centrarse en la chica.

—Yo... —se sentó otra vez y se inclinó hacia delante con los ojos clavados en el rostro de la chica—. Newt, ¿has dicho algo antes de que me levantara?

—No.

Por supuesto que no.

—Ah. Sólo he creído oír algo... No sé. Quizás estaba en mi cabeza. ¿Ella... ha dicho algo?

—¿Ella? —repitió Newt con los ojos iluminados—. No. ¿Por qué? ¿Qué has oído?

A Thomas le asustaba admitirlo.

—Yo... juraría que he oído un nombre. Teresa.

—¿Teresa? No, yo no he oído eso. ¡Ha debido de soltarse de tus malditos bloques de memoria! Así se llama, Tommy. Teresa. Tiene que ser eso.

Thomas se sintió extraño. Era una incómoda sensación, como si acabara de suceder algo sobrenatural.

—Era... Te juro que lo he oído. Pero en mi mente, macho. No puedo explicarlo.

Thomas.

Esta vez, pegó un brinco en la silla y se apartó de la cama enseguida todo lo que pudo. Tiró la lámpara de la mesilla, que aterrizó con un estrépito de cristales rotos. Una voz. La voz de una chica. Susurrante, dulce, segura de sí misma. La había oído. Sabía que la había oído.

—¿Qué es lo que te pasa, foder? —preguntó Newt

El corazón de Thomas iba a mil por hora. Sentía los latidos en su cráneo y los

ácidos hervían en su estómago.

—Me... está hablando. En la cabeza. ¡Acaba de decir mi nombre!

—¿Qué?

—¡Te lo juro! —el mundo giró a su alrededor, presionando, aplastando su mente—. Estoy... oyendo su voz en mi cabeza. O algo así... No es una voz, en realidad...

—Tommy, sienta tu culo. ¿De qué fuco estás hablando?

—Newt, va en serio. No... no es que sea una voz..., pero sí lo es.

Tom, no te asustes.

Se tapó los oídos con las manos y apretó los ojos. Era demasiado raro. No podía hacer que su mente racional aceptara lo que estaba ocurriendo.

Mis recuerdos ya están empezando a desaparecer, Tom. No recordaré mucho cuando me despierte. Podemos pasar las Pruebas. Tiene que acabar. Me han enviado como desencadenante.

Thomas no podía más. Ignorando las preguntas de Newt, fue hacia la puerta a trompicones y la abrió de un tirón; salió al pasillo y echó a correr. Bajó las escaleras, salió por la puerta delantera y siguió corriendo. Pero no consiguió que se callara:

Todo va a cambiar —dijo la chica.

Quería gritar, correr hasta que no pudiese correr más. Fue hacia la Puerta Este y la atravesó para salir del Claro. Continuó avanzando, pasillo tras pasillo, hasta lo más profundo del Laberinto, hubiera unas normas o no. Pero seguía sin poder escapar de aquella voz:

Fuimos tú y yo, Tom. Les hicimos esto a ellos. A nosotros.

Capítulo 29

Thomas no paró hasta que la voz dejó de sonar en su cabeza.

Se asombró al darse cuenta de que llevaba corriendo casi una hora. Las sombras de los muros habían ido hacia el este, el sol no tardaría en ponerse para dar paso a la noche y las puertas se cerrarían. Tenía que volver. Y, entonces, de forma secundaria, advirtió que sin pensarlo había reconocido la dirección y la hora. Sus instintos eran fuertes.

Tenía que volver, pero no sabía si podría enfrentarse a ella de nuevo. A la voz en su cabeza. A las cosas raras que decía.

No le quedaba otra opción. Negar la verdad no solucionaría nada. Y, por mala o rara que hubiera sido la invasión de su mente, no merecía otra cita con los laceradores.

Mientras corría hacia el Claro, aprendió mucho de sí mismo. Sin pretenderlo o, al menos, sin ser consciente, visualizó el recorrido exacto que había seguido en el Laberinto al escapar de la voz. No falló ni una vez en su vuelta; giró a la izquierda, a la derecha y corrió por los pasillos desandando el camino por el que había venido. Sabía lo que significaba: Minho tenía razón. Thomas no tardaría en convertirse en el mejor corredor.

La segunda cosa que aprendió sobre sí mismo, como si la noche en el Laberinto no lo hubiese demostrado ya, fue que su cuerpo estaba en perfecta forma. Hacía justo un día que había puesto al límite su energía y le dolía todo, de pies a cabeza, pero se había recuperado rápido y ahora corría sin apenas esfuerzo, a pesar de llevar casi dos horas corriendo. No hacía falta ser un genio en matemáticas para calcular que, por la velocidad que llevaba y la hora que era, cuando regresara al Claro llevaría aproximadamente media maratón hecha.

Nunca se había percatado del verdadero tamaño del Laberinto. Kilómetros, kilómetros y kilómetros. Con aquellos muros que se movían cada noche, por fin entendió por qué el Laberinto era tan difícil de resolver. Hasta entonces lo había dudado, puesto que se preguntaba cómo podían ser los corredores tan ineptos.

Continuó corriendo, izquierda y derecha, recto, adelante, sin parar. Cuando cruzó el umbral hacia el Claro, faltaban tan sólo unos minutos para que las puertas se cerraran. Agotado, se dirigió hacia los Muertos y se adentró en el bosque hasta que llegó al lugar donde los árboles se aglomeraban contra la esquina suroeste. Más que nada, quería estar solo.

Cuando no oyó más que los sonidos distantes de las conversaciones de los clarianos, así como el débil balido de las ovejas y los resoplidos de los cerdos, su deseo se vio cumplido; encontró el punto en que se unían los dos muros gigantes y se desplomó en un rincón a descansar. Nadie fue a molestarle. Al final, la pared del sur

se movió para cerrarse durante la noche. Thomas se inclinó hacia delante hasta que paró. Unos minutos más tarde, con la espalda otra vez cómodamente apoyada en la gruesa capa de hiedra, se quedó dormido.

• • •



A la mañana siguiente, alguien le zarandeó con cuidado para despertarle.

—Thomas, despierta.

Era Chuck. Por lo visto, aquel niño era capaz de encontrarle en cualquier sitio.

Gruñendo, Thomas se inclinó hacia delante y estiró la espalda y los brazos. Por la noche le habían tapado con un par de mantas. Alguien estaba haciendo de madre en el Claro.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Casi llegas tarde a desayunar —Chuck le tiró del brazo—. Venga, levántate. Tienes que empezar a actuar con normalidad o las cosas empeorarán.

Los acontecimientos del día anterior se colaron en la mente de Thomas y el estómago pareció revolverse.

«¿Qué van a hacerme? —pensó—. Esas cosas que ha dicho... Algo de que ella y yo les habíamos hecho esto a ellos. A nosotros. ¿Qué significa?».

Entonces se le ocurrió que tal vez estaba chalado. A lo mejor el estrés del Laberinto le había vuelto loco. Fuera como fuera, sólo él había oído la voz dentro de su cabeza. Nadie más sabía las cosas raras que había dicho Teresa o aquellas de las que le había acusado. Ni siquiera sabían que había dicho su nombre. Bueno, nadie excepto Newt.

Y así haría que continuaran las cosas. Ya estaba todo bastante mal y no iba a empeorarlo diciéndole a la gente que oía voces en su cabeza. El único problema era Newt. Thomas debía convencerle de algún modo de que el estrés al final le había superado y una buena noche de descanso lo había solucionado. «No estoy loco», se dijo Thomas para sus adentros. Seguro que no.

Chuck le estaba mirando con las cejas arqueadas.

—Perdona —dijo Thomas mientras se levantaba, actuando tan normal como le era posible—. Sólo estaba pensando. Vamos a comer, me muero de hambre.

—Bien —respondió Chuck, y le dio a Thomas una palmada en la espalda.

Se dirigieron a la Hacienda y Chuck no dejó de hablar en todo el rato. Thomas no se quejó. Era lo más parecido a algo normal en su vida.

—Newt te encontró ayer por la noche y le dijo a todo el mundo que te dejara dormir. Y también nos contó lo que el Consejo había decidido hacer contigo. Pasarás

un día en una celda y luego entrarás en el programa de entrenamiento de los corredores. Algunos pingajos se quejaron, otros aplaudieron y la mayoría actuó como si no le importara lo más mínimo. En mi opinión, creo que es impresionante —Chuck hizo una pausa para coger aliento y, después, continuó—: Aquella primera noche, cuando te pusiste a fanfarronear de que querías ser un corredor y toda esa clonc, ¡foder!, me reí por dentro a carcajada limpia. No paraba de repetirme: «Este primo se va a llevar una sorpresa desagradable». Bueno, has demostrado que me equivocaba, ¿eh?

A Thomas no le apetecía hablar sobre eso.

—Sólo hice lo que cualquiera hubiera hecho. No es culpa mía que Newt y Minho quieran que sea corredor.

—Sí, claro. No te hagas el modesto.

Ser corredor era lo último en lo que Thomas estaba pensando. En lo que no podía dejar de pensar era en Teresa, en la voz de su cabeza, en lo que decía.

—Supongo que estoy un poco entusiasmado —Thomas forzó una sonrisa abierta, aunque se encogió al pensar en que antes de empezar estaría metido en el Trullo un día.

—A ver cómo te sientes después de correr hasta echar el bofe. Bueno, mientras sepas lo orgulloso que está de ti Chucky...

Thomas sonrió por el entusiasmo de su amigo.

—Si fueras mi madre —murmuró Thomas—, la vida sería estupenda.

«Mi madre», pensó. El mundo pareció oscurecerse por un instante. No podía acordarse ni de su propia madre. Apartó aquel pensamiento de su mente antes de que le consumiera.

Llegaron a la cocina, cogieron algo rápido para desayunar y se sentaron en dos sillas vacías de una mesa grande en el interior. Cada vez que entraba o salía un clariano por la puerta, se quedaba mirando a Thomas; algunos se acercaron para felicitarle. Salvo alguna que otra mirada sucia, la mayoría de la gente parecía estar de su lado. Entonces se acordó de Gally.

—Oye, Chuck —dijo después de darle un bocado a los huevos, intentando sonar despreocupado—, ¿encontraron a Gally?

—No. Te lo iba a contar. Alguien dijo que lo vio salir corriendo hacia el Laberinto después de marcharse de la Reunión y no le han visto desde entonces.

Thomas dejó caer el tenedor, sin saber lo que se había esperado. De todos modos, aquella noticia le dejó atónito.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? ¿Entró en el Laberinto?

—Sí. Todo el mundo sabe que se volvió loco. Un pingajo incluso te ha acusado de matarle ayer cuando saliste.

—No me lo puedo creer...

Thomas se quedó con la vista fija en su plato, tratando de comprender por qué Gally había hecho eso.

—No te preocupes, tío. A nadie le caía bien, sólo a sus fucos amigotes. Son los que te acusan de esas cosas.

Thomas no se podía creer que Chuck hablara de aquello como si nada.

—¿Sabes?, el chaval seguramente esté muerto y tú hablas de él como si se hubiese ido de vacaciones.

Chuck le miró, pensativo.

—No creo que esté muerto.

—¿Eh? Entonces, ¿dónde está? ¿No somos Minho y yo los únicos que hemos sobrevivido ahí fuera durante la noche?

—Eso es lo que te digo. Creo que sus colegas le han escondido en el interior del Claro, en algún sitio. Gally era un idiota, pero no creo que fuera tan tonto como para pasar la noche en el Laberinto. Como tú.

Thomas negó con la cabeza.

—A lo mejor ese es el motivo por el que lo ha hecho. Quizá quería demostrar que podía hacer lo mismo que yo. Ese tío me odia —hizo una pausa—. Me odia.

—Bueno, da igual —Chuck se encogió de hombros como si estuvieran discutiendo sobre lo que iban a tomar para desayunar—. Si está muerto, al final seguro que lo encontraréis. Si no, le acabará entrando hambre y tendrá que salir para comer. No me importa.

Thomas cogió su plato y lo llevó a la encimera.

—Lo único que quiero es un día normal, un día para relajarme.

—Entonces, se ha cumplido tu maldito deseo —contestó una voz desde la puerta de la cocina, detrás de él.

Thomas se dio la vuelta para ver a Newt allí de pie, sonriendo. Aquella amplia sonrisa reconfortó a Thomas, como si hubiese descubierto que todo iba bien otra vez.

—Vamos, puñetero delincuente —dijo Newt—. Te podrás relajar mientras estés encerrado en el Trullo. Vamos. Chuck te llevará algo de comer a mediodía.

Thomas asintió y salió por la puerta, detrás de Newt. De repente, un día en la cárcel le parecía una idea excelente. Un día para estar sentado y relajarse. Aunque algo le decía que había más posibilidades de que Gally le llevara flores que de pasar un día en el Claro sin que sucediera nada extraño.

Capítulo 30

El Trullo estaba situado en un lugar recóndito entre la Hacienda y la pared norte del Claro, oculto detrás de unos matorrales espinosos y descuidados que, al parecer, no habían podado en siglos. Era un gran bloque de cemento mal cortado, con una diminuta ventana con barras y una puerta de madera, cerrada con un amenazador pestillo de metal oxidado que parecía sacado de la Edad Media. Newt cogió una llave de su bolsillo, la abrió y luego le hizo un gesto a Thomas para que entrara.

—Sólo hay una silla ahí dentro y nada que puedas hacer. Que te diviertas.

Thomas refunfuñó en su interior al entrar y ver el único mueble, una silla fea y destartalada con una pata obviamente más corta que las demás, puede que a propósito. Ni siquiera tenía un cojín.

—Pásatelo bien —añadió Newt antes de cerrar la puerta.

Thomas se volvió hacia su nuevo hogar y oyó el pestillo y la cerradura que se cerraban detrás de él. La cabeza de Newt asomó por la ventanita sin cristal y miró por entre las barras, con una sonrisita en el rostro.

—Menuda recompensa por romper las reglas. Has salvado algunas vidas, Tommy, pero aún tienes que aprender a mantener el...

—Sí, ya lo sé. El orden.

Newt sonrió.

—No eres tan malo, pingajo. Pero, seamos amigos o no, tengo que hacer las cosas como es debido para mantenernos con vida. Piensa en ello mientras estés aquí sentado mirando las malditas paredes.

Y luego se marchó.

•••



Pasó la primera hora; Thomas sentía cómo el aburrimiento se arrastraba hasta allí como ratas por debajo de la puerta. En la segunda hora, quiso darse de cabezazos contra la pared. Dos horas más tarde, empezó a pensar que cenar con Gally y los laceradores sería mejor que estar dentro del estúpido Trullo. Se quedó allí sentado, intentando traer a la mente recuerdos, pero los esfuerzos se evaporaban en la olvidadiza niebla antes de que llegaran a formarse.

Por suerte, a mediodía llegó Chuck con la comida y liberó a Thomas de sus pensamientos. Después de pasarle unos trozos de pollo y un vaso de agua por la ventana, adoptó su habitual papel de comerle la oreja a Thomas:

—Todo está volviendo a la normalidad —anunció el niño—. Los corredores están en el Laberinto, todos están trabajando; a lo mejor sobrevivimos, después de todo. Todavía no se sabe nada de Gally. Newt les dijo a los corredores que volvieran en un pispás si encontraban el cuerpo. Ah, sí, y Alby se ha levantado y anda por ahí. Parece que está bien. Newt está contento porque ya no tiene que hacer más de jefazo.

La mención de Alby hizo que Thomas dejara de prestarle atención a la comida. Se imaginó al chico retorciéndose y estrangulándose el día anterior. Entonces recordó que nadie más sabía lo que Alby había dicho después de que Newt saliera de la habitación, antes del ataque. Pero eso no significaba que Alby lo guardara para ellos dos ahora que se había levantado y estaba paseándose por allí.

Chuck continuó hablando y dio un giro totalmente inesperado:

—Thomas, estoy hecho un lío, macho. Es raro estar triste y echar de menos tu casa, pero no tener ni idea de adonde quieres regresar, ¿sabes? Lo único que sé es que no quiero estar aquí. Quiero volver con mi familia. Sea lo que sea lo que me espere, lo que me hayan quitado. Quiero recordar.

Thomas se sintió un poco sorprendido. No había oído nunca a Chuck decir algo tan profundo y tan auténtico.

—Sé a lo que te refieres —murmuró.

Chuck era demasiado bajito para que Thomas le viera mientras hablaban, pero, por su siguiente frase, se imaginó que tenía los ojos llenos de una deprimente tristeza y, tal vez, incluso de lágrimas:

—Antes lloraba. Todas las noches.

Aquello hizo que Thomas dejara de pensar en Alby.

—¿Sí?

—Como un bebé que moja la cama. Casi hasta el día en que llegaste aquí. Luego supongo que me acostumbré. Esto se convirtió en mi casa, aunque tengamos la esperanza de salir algún día.

—Yo sólo he llorado una vez desde que aparecí aquí, pero eso fue después de que casi se me comieran vivo. Seguramente sea un cara fuco superficial.

Thomas quizá no lo hubiese admitido si Chuck no se hubiera sincerado.

—¿Lloraste? —oyó que Chuck decía por la ventana—. ¿Allí fuera?

—Sí. Cuando el último por fin cayó por el Precipicio, me vine abajo y sollocé hasta que me dolieron el pecho y la garganta —Thomas lo recordaba demasiado bien—. Todo se me echó encima a la vez. Estoy seguro de que me hizo sentir mejor. No te sientas mal por llorar. Nunca.

—Te hizo sentir mejor, ¿eh? Es raro cómo funciona.

Pasaron unos minutos en silencio; Thomas esperó que Chuck no se hubiese marchado.

—Eh, ¿Thomas? —le llamó Chuck.

—Sigo aquí.

—¿Crees que tengo padres? ¿Padres de verdad?

Thomas se rió, sobre todo para apartar la repentina oleada de tristeza que le provocó aquella pregunta.

—Pues claro que los tienes, pingajo. ¿Necesitas que te explique lo de los pájaros y las abejas? —le dolió en el alma. Recordaba aquella charla, pero no quién se la había dado.

—No me refiero a eso —dijo Chuck con la voz totalmente falta de alegría. Era grave y sombría, casi como si hablara entre dientes—. La mayoría de chicos que ha pasado por el Cambio recuerda cosas terribles de las que ni siquiera quiere hablar, lo que me hace dudar de si tengo algo bueno que me espere en casa. Bueno, lo que quiero decir es si crees que es posible que yo tenga una madre y un padre en algún lugar, que me echen de menos. ¿Crees que ellos llorarán por la noche?

A Thomas le impactó darse cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Había habido tanto alboroto desde su llegada que nunca había pensado en los clarianos como personas de verdad, con familias de verdad que les echaran de menos. Era raro, pero ni siquiera había pensado en él en ese sentido. Sólo en lo que aquello significaba, en quién les había enviado allí y en cómo podrían salir.

Por primera vez, sintió algo por Chuck que le hizo enfadarse tanto como para querer matar a alguien. Aquel niño debería estar en el colegio, en un hogar, jugando con los hijos de los vecinos. Se merecía volver a casa por la noche, con una familia que le quisiera, que se preocupara por él. Una madre que le hiciera ducharse todos los días y un padre que le ayudara a hacer los deberes.

Thomas odiaba a la gente que había cogido a aquel pobre niño inocente y lo había apartado de su familia. Los odiaba con una intensidad que no sabía que alguien pudiera sentir. Quería matarlos, incluso torturarlos. Quería que Chuck fuera feliz. Pero les habían arrebatado la felicidad de sus vidas. Al igual que el amor.

—Escúchame, Chuck —Thomas hizo una pausa para calmarse todo lo que pudo y asegurarse de que la voz no se le quebraba—. Estoy convencido de que tienes padres. Lo sé. Suena fatal, pero me apostaría lo que fuera a que tu madre está sentada en tu habitación ahora mismo, sujetando tu almohada, contemplando el mundo que te apartó de ella. Y sí, seguro que está llorando. Mucho. Con los ojos hinchados y la nariz moqueante.

Chuck no dijo nada, pero Thomas creyó oír que se sorbía la nariz.

—No te rindas, Chuck. Vamos a solucionarlo, vamos a salir de aquí. Ahora soy corredor y te prometo por mi vida que te devolveré a tu habitación. Haré que tu madre deje de llorar —lo decía de verdad. Lo sentía con todo su corazón.

—Espero que tengas razón —dijo Chuck con voz temblorosa. Asomó un pulgar alzado por la ventana y se marchó.

Thomas se levantó para caminar un poco por la pequeña habitación, echando chispas por el intenso deseo de mantener su promesa.

—Te lo juro, Chuck —susurró para sí mismo—. Juro que te llevaré de vuelta a casa.

Capítulo 31

Justo después de oír el chirrido y el estruendo de la piedra rozando la piedra, anunciando que se cerraban las puertas por aquel día, Alby apareció para liberarle, lo que fue una gran sorpresa. Sonó la llave de metal en la cerradura y, luego, se abrió la celda.

—No estás muerto, ¿no, pingajo? —preguntó Alby.

Tenía muchísimo mejor aspecto que el día anterior y Thomas no pudo evitar mirarlo fijamente. Su piel había recuperado el color y los ojos ya no estaban llenos de venas rojas. Parecía haber engordado siete kilos en veinticuatro horas.

Alby advirtió que tenía los ojos abiertos como platos.

—Foder, chaval, ¿qué estás mirando?

Thomas sacudió un poco la cabeza, como si hubiera vuelto de un trance. Su mente daba vueltas y se preguntaba qué recordaría Alby, qué sabría, qué habría dicho de él.

—¿Qué...? Nada. Es impresionante que te hayas curado tan rápido. ¿Estás bien ya?

Alby sacó músculo con su bíceps derecho.

—Nunca he estado mejor. Sal.

Thomas salió y esperó que sus ojos no parpadearan e hicieran visible su preocupación. Alby cerró la puerta del Trullo y se volvió para mirarle.

—La verdad es que es mentira. Me siento como un trozo de clonc cagada dos veces por un lacerador.

—Sí, así estabas ayer —cuando Alby le fulminó con la mirada, Thomas esperó que fuese en broma y enseguida se aclaró—: Pero hoy pareces como nuevo, te lo juro.

Alby se guardó las llaves en el bolsillo y apoyó la espalda en la puerta del Trullo.

—Menuda charla que tuvimos ayer, ¿eh?

El corazón de Thomas latió con fuerza.

—Eeeh..., sí, me acuerdo.

—Yo vi lo que vi, verducho. Está algo borroso, pero nunca lo olvidaré. Fue horrible. Cuando intenté contarle, algo empezó a estrangularme. Las imágenes vienen y se van, como si la misma cosa no quisiera que recordara.

Thomas vio en su mente por un instante la escena del día anterior. Alby se retorció, intentaba estrangularse. Thomas no se habría creído que había pasado si no lo hubiese visto con sus propios ojos. A pesar de temer la respuesta, sabía que tenía que hacer la siguiente pregunta:

—¿Y qué viste sobre mí? No dejabas de decir mi nombre. ¿Qué estaba haciendo?

Alby se quedó mirando al vacío durante un rato antes de contestar:

—Estabas con los... creadores. Les ayudabas. Pero eso no fue lo que más me afectó.

Thomas se sintió como si alguien le acabara de golpear con un puño en el abdomen. «¿Les ayudaba?». No pudo pronunciar las palabras para preguntar a qué se refería.

Alby continuó.

—Espero que el Cambio no nos dé recuerdos reales, que sólo nos implante imágenes falsas. Algunos lo sospechan, yo sólo lo espero. Si el mundo es tal y como lo he visto... —dejó de hablar y dio paso a un silencio que no auguraba nada bueno.

Thomas estaba confundido, pero continuó insistiendo:

—¿No puedes decirme lo que viste sobre mí?

Alby negó con la cabeza.

—Ni de coña, pingajo. No voy a arriesgarme a estrangularme otra vez. Puede que sea algo que nos han puesto en el cerebro para controlarnos..., como lo de la pérdida de memoria.

—Bueno, si soy malo, a lo mejor deberías dejarme aquí encerrado —Thomas lo decía sólo medio en serio.

—Verdacho, tú no eres malo. Puede que seas un gilipullo cara fuco, pero no eres malo —Alby mostró una ligera sonrisita, una mera rendija en su rostro normalmente adusto—. Lo que hiciste arriesgando tu vida para salvarnos el culo a mí y a Minho no lo hubiera hecho nadie malo, que yo sepa. No, más bien creo que el Suero de la Laceración y el Cambio tienen gato encerrado. Por tu bien y por el mío, eso espero.

Thomas estaba tan aliviado de que Alby estuviera bien con él que sólo oyó la mitad de lo que el chico acababa de decir.

—¿Cómo de malo era lo que recordaste?

—Recordé cosas de cuando era niño, dónde vivía y eso. Y si Dios bajara ahora mismo y me dijera que puedo irme a casa... —Alby miró al suelo y negó otra vez con la cabeza—. Si es real, verducho, te juro que me iré a vivir con los laceradores antes de volver allí.

Thomas se sorprendió al oír que era tan malo. Deseaba que Alby le diera detalles, que le describiera algo, cualquier cosa. Pero sabía que el estrangulamiento era aún muy reciente para hacerle cambiar de opinión.

—Bueno, a lo mejor no son reales, Alby. A lo mejor el Suero de la Laceración es algún tipo de droga que produce alucinaciones —sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Alby reflexionó durante un instante.

—Una droga..., alucinaciones... —luego negó con la cabeza—. Lo dudo.

Merecía la pena intentarlo:

—Aún tenemos que escapar de este sitio.

—Sí, gracias, verducho —repuso Alby con sarcasmo—. No sé qué haríamos sin tus ánimos.

Una vez más, Thomas casi sonrió. Los cambios de humor de Alby le espabilaron.

—Deja de llamarme verducho. La chica es la verducha ahora.

—Vale, verducho —Alby suspiró; estaba claro que la conversación había acabado—. Ve a buscar algo de cena. Tu terrible sentencia de un día en la cárcel ha terminado.

—Con uno he tenido de sobra.

A pesar de que quería respuestas, Thomas estaba listo para salir del Trullo. Además, se estaba muriendo de hambre. Sonrió a Alby y se dirigió a la cocina en busca de comida.

• • •



La cena fue formidable.

Fritanga sabía que Thomas iría tarde, así que le había guardado un plato lleno de carne a la brasa con patatas, y una nota le avisaba de que había galletas en el armario. El cocinero estaba totalmente decidido a respaldar el apoyo que había mostrado hacia Thomas en la Reunión. Minho se sentó con él mientras comía para prepararle un poco antes de su primer gran día de entrenamiento como corredor; quería darle algunas estadísticas y datos interesantes. Unas cuantas cosas en las que pensar al irse a dormir aquella noche.

Cuando terminaron, Thomas regresó al lugar solitario en el que había dormido la noche anterior, en un rincón detrás de los Muertos. Pensó en su conversación con Chuck y se preguntó cómo sería tener padres que te dieran las buenas noches.

Varios chicos daban vueltas por el Claro a aquellas horas, pero por lo demás reinaba el silencio, como si todos quisieran irse a dormir y acabar el día de una vez por todas. Thomas no se quejaba; eso era exactamente lo que le hacía falta.

Las mantas que alguien había dejado para él la noche anterior todavía estaban allí. Las recogió y se acurrucó contra el cómodo rincón donde las paredes de piedra se encontraban en un manto de hiedra blanda. Al respirar hondo para intentar relajarse, recibió una mezcla de olores del bosque. El aire parecía perfecto y, de nuevo, le hizo preguntarse por el clima de aquel lugar. Nunca llovía, nunca nevaba, nunca hacía demasiado calor ni demasiado frío. Si no fuera por el pequeño detalle de que les habían apartado de sus amigos y sus familias, y de que estaban atrapados en un Laberinto con un puñado de monstruos, podría ser el paraíso.

Algunas cosas eran demasiado perfectas. Lo sabía, pero no encontraba ninguna

explicación.

Empezó a pensar en lo que Minho le había dicho en la cena sobre el tamaño y la escala del Laberinto. Se lo creía, se había dado cuenta de lo enorme que era cuando había estado en el Precipicio. Pero no sabía cómo podían haber construido una estructura como aquella. El Laberinto se extendía kilómetros y kilómetros. Los corredores debían tener una forma física casi sobrenatural para hacer lo que hacían cada día. Y, aun así, no habían encontrado una salida. Y, a pesar de eso, a pesar de la completa falta de esperanza en aquella situación, seguían sin rendirse.

En la cena, Minho le había contado una vieja historia, una de las cosas extrañas y al azar de las que se acordaba, sobre una mujer atrapada en un laberinto. Había escapado por no apartar nunca la mano derecha de las paredes del laberinto y por deslizarla a lo largo de ellas durante todo el camino. Al hacerlo, se vio obligada a doblar a la derecha en cada giro, y las simples leyes de la física y la geometría le aseguraron al final encontrar la salida. Tenía sentido.

Pero aquí, no. Aquí, todos los caminos llevaban al Claro. Tenían que estar saltándose algo.

Mañana comenzaría su entrenamiento. Mañana podría empezar a ayudarles a encontrar lo que se estaban saltando. En ese preciso instante, Thomas tomó una decisión: se olvidaría de todo lo raro, de todo lo malo. De todo. No pararía hasta resolver el puzzle y encontrar el camino a casa.

«Mañana». Aquella palabra flotó en su mente hasta que, por fin, se quedó dormido.

Capítulo 32

Minho despertó a Thomas antes de que amaneciera y le hizo una señal con la linterna para que le siguiera a la Hacienda. Thomas enseguida se quitó de encima el aturdimiento matutino, entusiasmado por empezar su entrenamiento. Salió de debajo de la manta y siguió con ilusión a su profesor, abriéndose camino entre la multitud de clarianos dormidos sobre el césped, cuyos ronquidos eran la única señal de que no estaban muertos. Un tenue resplandor iluminaba el Claro y lo volvía todo azul oscuro, lleno de sombras. Thomas nunca había visto aquel lugar tan tranquilo. Un gallo cantó en la Casa de la Sangre.

Finalmente, en un rincón tortuoso junto a la parte trasera de la Hacienda, Minho sacó una llave y abrió una puerta vieja que daba a un pequeño armario que servía como trastero. A Thomas le dio un escalofrío antes de ver lo que había en su interior. Distinguió unas cuerdas, unas cadenas y otros chismes mientras la linterna de Minho apuntaba al armario. Al final, la luz cayó sobre una caja abierta de zapatillas para correr. Thomas casi se rió; parecía algo tan normal...

—Ahí tienes lo mejor que recibimos —anunció Minho—. Al menos, para nosotros. Envían zapatillas nuevas en la Caja con bastante frecuencia. Si nos las dieran de mala calidad, tendríamos los pies que parecerían Marte —se inclinó hacia delante y rebuscó en una pila—. ¿Qué número calzas?

—¿Número? —Thomas se quedó pensando un segundo—. Yo... no sé —a veces era muy raro lo que podía o no recordar. Se agachó, se quitó uno de los zapatos que llevaba desde que había llegado al Claro y echó un vistazo por dentro—. El cuarenta y cinco.

—¡Dios, pingajo, sí que tienes unos pies grandes! —Minho se levantó con un par de zapatillas plateadas y lustrosas—. Pero, por lo visto, sí que tengo unas. Tío, se podría ir en piragua con esto.

—Esas son todo un lujo.

Thomas las cogió y se apartó del armario para sentarse en el suelo, con ganas de probárselas. Minho cogió un par de cosas más antes de salir a reunirse con él.

—Sólo los corredores y los guardianes tenemos de esto —dijo Minho, y, antes de que Thomas pudiera levantar la vista mientras se ataba las zapatillas, un reloj de plástico le cayó en el regazo. Era negro y muy simple, y su esfera tan sólo mostraba un visualizador digital con la hora—. Póntelo y no te lo quites nunca. Tu vida puede depender de él.

Thomas se alegró de tenerlo. Aunque el sol y las sombras parecían bastar para saber más o menos la hora que era, probablemente necesitaría más precisión ahora que se había convertido en un corredor. Se puso el reloj en la muñeca y, después, siguió calzándose.

Minho continuó hablando:

—Aquí tienes una mochila, botellas de agua, una bolsa con el almuerzo, algunos pantalones cortos y camisetas, y otras cosas —le dio un empujoncito a Thomas y este levantó la cabeza. Minho le estaba dando un par de mudas apretadas, hechas de un material blanco brillante—. Estos son los gayumbos de los corredores. Te mantienen, ummm, bien cómodo.

—¿Bien cómodo?

—Sí, ya sabes, cuando te...

—Vale, lo he pillado —Thomas cogió la ropa interior y las demás cosas—. Tenéis todo muy bien pensado, ¿eh?

—Después de un par de años corriendo hasta romperte el culo cada día, acabas sabiendo lo que necesitas y lo pides —empezó a meter cosas en su propia mochila.

Thomas estaba sorprendido.

—¿Se pueden pedir cosas? ¿Lo que haga falta?

¿Por qué les iba a ayudar tanto la gente que les había enviado allí?

—Pues claro que sí. Dejamos una nota en la Caja y ya está. Eso no significa que siempre recibamos lo que queremos de los creadores. A veces, sí y, a veces, no.

—¿Alguna vez habéis pedido un mapa?

Minho se rió.

—Sí, lo probamos. También pedimos un televisor, pero no hubo suerte. Supongo que esos cara fuco no quieren que veamos lo maravillosa que es la vida cuando no vives en un puto laberinto.

Thomas dudó que la vida fuera tan estupenda en casa. ¿Qué clase de mundo permitía que unos chavales vivieran así? Aquel pensamiento le dejó desconcertado, como si su origen fuera un recuerdo real, un hilo de luz en la oscuridad de su mente. Pero ya había desaparecido. Sacudió la cabeza y terminó de atarse las zapatillas; luego se levantó, trotó en círculos y saltó para probarlas.

—Están muy bien. Supongo que estoy listo.

Minho estaba todavía agachado sobre su mochila y levantó la vista para mirar a Thomas con cara de indignación.

—Pareces un idiota brincando por ahí como una fuca bailarina. Que tengas buena suerte ahí fuera sin desayuno, almuerzo ni armas.

Thomas ya había dejado de moverse cuando un escalofrío helado le recorrió el cuerpo.

—¿Armas?

—Armas —Minho se puso de pie y volvió al armario—. Ven aquí, te lo enseñaré.

Thomas siguió a Minho hasta el pequeño cuarto y le observó sacar unas cajas de la pared del fondo. Debajo había una trampilla. Minho la levantó para revelar unas escaleras de madera que daban a la negrura.

—Las guardamos en el sótano para que los pingajos como Gally no puedan cogerlas. Vamos.

Minho bajó primero. La estructura crujía con cada pisada mientras descendían por aquella docena de escalones. El aire frío era refrescante, a pesar del polvo y el fuerte olor a moho. Llegaron a un suelo sucio y Thomas no vio nada hasta que Minho encendió una única bombilla al estirar de una cuerda.

La habitación era más grande de lo que Thomas esperaba; al menos medía tres metros cuadrados. Unas estanterías cubrían las paredes y había varias mesas de madera en forma de bloque; todo lo que había a la vista tenía encima un montón de cachivaches que le ponían los pelos de punta. Postes de madera, pinchos de metal, trozos grandes de malla como la que tapa los gallineros, rollos de alambre de espino, sierras, cuchillos, espadas. Una pared entera estaba dedicada al tiro con arco: arcos de madera, flechas y cuerdas de repuesto. En cuanto los vio, enseguida se acordó de cuando Alby disparó a Ben en los Muertos.

—Vaya —murmuró Thomas, y su voz sonó como un golpe sordo en aquel lugar cerrado. Al principio le asustó que necesitaran tantas armas, pero sintió alivio al ver que la mayoría estaba cubierta de una gruesa capa de polvo.

—Muchas no las usamos —le informó Minho—, pero nunca se sabe. Lo único que solemos llevar es un par de cuchillos afilados —señaló con la cabeza un baúl grande de madera que había en un rincón con la tapa abierta, apoyada en la pared. Estaba hasta arriba de cuchillos de todas las formas y tamaños. Thomas sólo esperaba que aquella habitación siguiera siendo secreta para el resto de clarianos.

—Es un poco peligroso tener todo esto —dijo—. ¿Y si Ben hubiera bajado aquí justo antes de volverse loco y atacarme?

Minho se sacó las llaves del bolsillo y las agitó con un claqueteo.

—Sólo un par de sapos con suerte tienen un juego de estas.

—Aun así...

—Deja de quejarte y coge un par. Asegúrate de que sean buenos y afilados. Luego iremos a desayunar y nos llevaremos el almuerzo. Quiero estar un rato en la Sala de Mapas antes de salir.

Thomas se despertó al oír aquello. Había tenido curiosidad por aquel edificio achaparrado desde que vio al primer corredor atravesar su amenazadora puerta. Eligió un puñal corto plateado con una empuñadura de goma y otro con una larga hoja negra. Su entusiasmo decayó un poco. Aunque conocía muy bien lo que vivía ahí fuera, seguía sin querer pensar en por qué necesitaban armas para entrar en el Laberinto.

•••



Una media hora más tarde, después de comer y hacer el equipaje, estaban delante de la puerta metálica con remaches de la Sala de Mapas. Thomas se moría por entrar. El amanecer había estallado en todo su esplendor y los clarianos daban vueltas, preparándose para un nuevo día. Un olor a beicon frito flotaba por el aire. Fritanga y su equipo intentaban seguir el ritmo de los montones de estómagos hambrientos. Minho abrió la puerta, giró la rueda que tenía por picaporte hasta que se oyó un clic en el interior y, entonces, tiró. Con un chirrido por el brusco movimiento, el pesado trozo de metal se abrió.

—Tú primero —dijo Minho con una reverencia burlona.

Thomas entró sin decir nada. Un frío miedo, mezclado con una intensa curiosidad, se apoderó de él, y tuvo que recordarse que debía respirar.

La oscura habitación tenía un olor a moho y humedad, además de un aroma a cobre tan fuerte que podía saborearlo. Un distante recuerdo borroso de chupar los centavos cuando era pequeño apareció en su mente.

Minho le dio a un interruptor y varias hileras de fluorescentes parpadearon hasta que se encendieron del todo y revelaron la habitación al detalle.

A Thomas le sorprendió su simplicidad. La Sala de Mapas medía unos seis metros de ancho y tenía las paredes de cemento sin ningún tipo de decoración. Había una mesa de madera colocada en el centro, con ocho sillas dispuestas alrededor. En la superficie había unos montones de papel bien apilados y unos lápices, uno delante de cada silla. Los otros objetos de la habitación eran ocho baúles, justo como el que contenía los cuchillos en el sótano de las armas. Estaban cerrados y colocados de dos en dos junto a la pared.

—Bienvenido a la Sala de Mapas —dijo Minho—. Un lugar tan tranquilo como cualquier otro que pudieras visitar.

Thomas se sintió un poco decepcionado; esperaba algo más profundo. Respiró hondo.

—Lo malo es que huele como una mina de cobre abandonada.

—Pues a mí me gusta este olor —Minho sacó dos sillas y se sentó en una de ellas—. Siéntate, quiero meterte un par de imágenes en la cabeza antes de salir ahí fuera.

Mientras Thomas se sentaba, Minho cogió una hoja de papel y un lápiz, y empezó a dibujar. Thomas se inclinó para echar un vistazo y vio que Minho había dibujado un gran cuadrado que ocupaba casi todo el folio. Luego lo llenó de cuadraditos hasta que tuvo el mismo aspecto que un tres en raya cerrado, con tres filas de tres recuadros, todos del mismo tamaño. Escribió la palabra CLARO en medio y, luego, numeró los recuadros exteriores del uno al ocho, empezando por la parte superior de la esquina

izquierda, siguiendo la dirección de las agujas del reloj. Por último, arrancó unos trocitos de papel aquí y allá.

—Estas son las puertas —dijo Minho—. Conoces las que están en el Claro, pero hay cuatro más en el Laberinto que dan a las Secciones 1, 3, 5 y 7. Se quedan en el mismo sitio, pero la ruta cambia al moverse las paredes cada noche —terminó y deslizó el papel por la mesa hasta dejarlo enfrente de Thomas.

Thomas lo cogió, totalmente fascinado porque el Laberinto estuviera tan estructurado, y lo estudió mientras Minho seguía hablando:

—Así que tenemos el Claro, rodeado de ocho secciones; cada una es un cuadrado independiente que no se ha podido resolver en dos años desde que empezó este puto juego. Lo único más parecido a una salida es el Precipicio, y esa no es muy buena, a menos que quieras caer hasta una muerte horrible —Minho dio unos golpecitos sobre el mapa—. Las paredes se mueven por todo el fucos sitio cada noche, a la misma hora en que se cierran las puertas. Al menos, creemos que es cuando ocurre, porque nunca oímos que se muevan las paredes en otro momento.

Thomas alzó la vista, contento de poder ofrecer algo de información:

—No vi que nada se moviera la noche en que nos quedamos allí atrapados.

—Los pasadizos principales que hay junto a las puertas no cambian nunca. Son sólo los que están más adentro.

—Ah.

Thomas volvió al mapa rudimentario para intentar visualizar el Laberinto y ver los muros de piedra donde Minho había trazado unas líneas a lápiz.

—Siempre tenemos al menos ocho corredores, incluido el guardián. Uno para cada sección. Tardamos un día entero en hacer un mapa de nuestra zona, esperando contra todo pronóstico que haya una salida; luego regresamos y lo dibujamos en una hoja aparte cada día —Minho miró hacia uno de los baúles—. Esa es la razón por la que esas cosas están llenas de fucos mapas.

Thomas tuvo un pensamiento deprimente y aterrador:

—¿Estoy... sustituyendo a alguien? ¿Ha muerto algún corredor?

Minho negó con la cabeza.

—No, sólo te estamos entrenando. Seguro que alguien quiere un respiro. No te preocupes, hace mucho tiempo que no muere un corredor.

Por algún motivo, la última frase preocupó a Thomas, aunque esperó que no se le reflejara en el rostro en aquel momento. Señaló la Sección 3.

—Y... ¿os pasáis todo el día corriendo por estos cuadraditos?

—Qué gracioso —Minho se levantó, se acercó al baúl que había justo detrás de ellos, se arrodilló, levantó la tapa y la apoyó en la pared—. Ven.

Thomas ya se había levantado; se apoyó en el hombro de Minho para echar un vistazo. El baúl era lo bastante grande para guardar cuatro sacos de mapas y los

cuatro estaban llenos hasta arriba. Los que Thomas alcanzó a ver eran todos muy similares: un esbozo de un laberinto cuadrado ocupaba casi todo el folio. En la esquina superior de la derecha había anotado *Sección 8*, seguido del nombre *Hank*, luego la palabra *Día* y un número. En la última hoja ponía que era el día número 749.

Minho continuó:

—Al principio, averiguamos que las paredes se movían hacia la derecha. En cuanto lo hicimos, empezamos a mantener un registro. Siempre hemos pensado que compararlos día a día, semana a semana, nos ayudaría a descubrir la pauta que sigue. Y lo conseguimos. Los laberintos básicamente se repiten cada mes. Pero aún tenemos que encontrar una salida que nos lleve fuera del cuadrado. Nunca hemos visto una salida.

—Han pasado dos años —dijo Thomas—. ¿No os habéis desesperado tanto como para pasar allí la noche y ver si quizás algo se abre mientras se mueven las paredes?

Minho le miró con un destello de ira en los ojos.

—Eso es un poco insultante, tío. En serio.

—¿Qué? —Thomas se quedó sorprendido porque no pretendía ofenderle.

—Llevamos rompiéndonos el culo dos años, y ¿sólo se te ocurre preguntar por qué somos demasiado mariquitas para pasar allí fuera toda la noche? Algunos lo intentaron al principio, pero todos aparecieron muertos. ¿Quieres pasar otra noche ahí? Como si tuvieras la posibilidad de sobrevivir otra vez, ¿eh?

Thomas se sonrojó de vergüenza.

—No. Perdona.

De repente, se sintió como un trozo de clonc. Y la verdad era que estaba de acuerdo, prefería volver al Claro sano y salvo cada noche que asegurarse otra batalla con los laceradores. Se estremeció al pensarlo.

—Sí, bueno —Minho volvió la mirada hacia los mapas en el baúl para gran alivio de Thomas—. La vida en el Claro puede que no sea maravillosa, pero al menos es segura. Hay un montón de comida y estamos protegidos contra los laceradores. No les podemos pedir a los corredores que se arriesguen a quedarse ahí fuera, ni hablar. Al menos, aún no. No, hasta que tengamos una pista de dónde puede abrirse una salida, aunque sea de forma temporal.

—¿Estáis cerca? ¿Habéis descubierto algo?

Minho se encogió de hombros.

—No lo sé. Es un poco deprimente, pero no sabemos qué otra cosa hacer. No podemos arriesgarnos a que un día, en algún sitio, pueda aparecer una salida. No podemos rendirnos. Nunca.

Thomas asintió, aliviado por aquella actitud. Por mal que estuvieran las cosas, rendirse sólo las empeoraría. Minho sacó varias hojas del baúl: los mapas de los últimos días. Mientras los hojeaba, le explicó:

—Como te decía antes, los comparamos todos los días, todas las semanas, todos los meses. Cada corredor se encarga de un mapa de su sección. Para serte sincero, todavía no hemos averiguado una mierda. Y, para serte más sincero aún, no sabemos qué estamos buscando. Es un asco, tío. Un puto asco.

—Pero no podemos rendirnos —dijo Thomas con un tono muy natural, como una repetición resignada de lo que Minho había dicho hacía un momento.

Había dicho «podemos» sin ni siquiera pensarlo, y se dio cuenta de que ya formaba parte del Claro.

—Eso es, colega. No podemos rendirnos —Minho volvió a colocar con cuidado los papeles en el baúl, lo cerró y luego se incorporó—. Bueno, tendremos que darnos prisa porque aquí hemos estado mucho rato. Los primeros días sólo tendrás que seguirme. ¿Listo?

Thomas sintió una corriente de nerviosismo en su interior, pellizcándole la barriga. Ya había llegado el momento, iban a salir de verdad; se había acabado hablar y pensar sobre el tema.

—Ummm..., sí.

—Aquí no hay «ums» que valgan. ¿Estás listo o no?

Thomas miró a los ojos de Minho, que de repente reflejaban dureza.

—Estoy listo.

—Entonces, vamos a correr.

Capítulo 33

Atravesaron la Puerta Oeste hacia la Sección 8 y se abrieron camino por varios pasadizos, Thomas iba al lado de Minho mientras giraba a derecha e izquierda sin, por lo visto, pararse a pensarlo, corriendo todo el tiempo. La luz de primera hora de la mañana tenía un fuerte brillo y hacía que todo se viera claro y resplandeciente: la hiedra, los muros agrietados y los bloques de piedra en el suelo. Aunque faltaban unas horas para que el sol alcanzara su posición de mediodía, todo estaba muy iluminado. Thomas seguía el ritmo de Minho lo mejor que podía y, de vez en cuando, aumentaba la velocidad para no quedarse atrás.

Al final, llegaron a un corte rectangular en una larga pared al norte que parecía una entrada sin puerta. Minho la atravesó corriendo sin detenerse.

—Esto lleva de la Sección 8 (el cuadrado de en medio a la izquierda) a la Sección 1 (el cuadrado de arriba a la izquierda). Como te he dicho, este pasadizo está siempre en el mismo sitio, pero la ruta a partir de aquí puede que sea diferente porque las paredes se mueven.

Thomas le siguió, sorprendido por lo mucho que le costaba respirar. Esperó que fueran sólo los nervios y que su respiración se estabilizara pronto.

Corrieron por un largo pasillo a la derecha y pasaron por varios giros a la izquierda. Cuando llegaron al final, Minho redujo el ritmo hasta casi caminar y echó atrás la mano para sacar un bloc y un lápiz del bolsillo lateral de su mochila. Anotó algo y luego lo volvió a guardar todo, sin detenerse. Thomas se preguntó qué habría escrito, pero Minho le contestó antes de que pudiese formular la pregunta:

—Confío... casi siempre en mi memoria —dijo el guardián entre jadeos, con la voz mostrando por fin un poco de esfuerzo—. Pero, cada cinco giros, anoto algo que me sirva de ayuda más tarde. La mayoría tiene que ver con lo de ayer, en qué se diferencia de lo de hoy. De este modo, puedo usar el mapa de ayer para hacer el de hoy. Está tirado, tío.

Thomas se sintió intrigado. Minho lo hacía parecer muy fácil.

Corrieron durante un rato hasta que llegaron a una intersección. Tenían tres posibilidades, pero Minho fue hacia la derecha sin dudarlo. Al hacerlo, sacó uno de sus cuchillos del bolsillo y, sin perder el ritmo, cortó un gran trozo de hiedra de la pared. Lo tiró al suelo detrás de él y siguió corriendo.

—¿Miguitas de pan? —preguntó Thomas. El viejo cuento de hadas le había saltado a la memoria. Aquellos extraños retazos del pasado casi habían dejado de sorprenderle.

—Miguitas de pan —contestó Minho—. Yo soy Hansel y tú eres Gretel.

Continuaron siguiendo el recorrido del Laberinto, a veces girando a la derecha; otras, a la izquierda. Después de cada giro, Minho cortaba un trozo de hiedra de un

metro de largo para tirarlo al suelo. Thomas no podía evitar estar impresionado, pues a Minho no le hacía falta pararse para hacerlo.

—Muy bien —dijo el guardián, respirando ahora con más dificultad—. Te toca.

—¿Qué? — Thomas no esperaba que el primer día fuera a hacer otra cosa que no fuese correr y observar.

—Ahora, corta tú la hiedra. Tienes que acostumbrarte a hacerlo corriendo. Las recogeremos cuando volvamos o las apartaremos de una patada.

Thomas se sentía más contento de lo que pensó que se sentiría por tener algo que hacer, aunque le costó un poco que se le diera bien. Las primeras veces tuvo que ir más rápido para recuperar el ritmo después de cortar la hiedra y, en una ocasión, se cortó en el dedo. Pero, en el décimo intento, casi igualó a Minho en aquella tarea.

Continuaron. Después de correr durante un rato —Thomas no tenía ni idea del tiempo que había pasado ni de la distancia recorrida, pero suponía que unos cinco kilómetros—, Minho aflojó el paso hasta caminar y, después, se detuvo.

—Haremos una pausa —se quitó la mochila y sacó agua y una manzana. No tuvo que convencer a Thomas para que le obedeciera. El chico empezó a tragar agua, saboreando su frescura mientras bajaba por su seca garganta—. ¡No te la bebas toda, cara pez! —gritó Minho—. Guárdate un poco para luego.

Thomas dejó de beber, respiró satisfecho y eructó. Le dio un mordisco a su manzana y, sorprendentemente, se sintió como nuevo. Por alguna razón, volvió a pensar en el día en que Minho y Alby se habían ido a ver al lacerador muerto, cuando todo se había ido a la clonc.

—Nunca me llegaste a contar lo que le pasó a Alby aquel día, por qué estaba tan mal. Está claro que el lacerador se despertó, pero ¿qué ocurrió?

Minho ya se había puesto la mochila. Parecía listo para marcharse.

—Bueno, aquella fuca cosa no estaba muerta. Como un idiota, Alby le empujó con el pie y el bicho, de repente, recuperó la vida, sacó los pinchos y rodó con su gordo cuerpo. Pero algo pasaba, porque no atacó como lo suelen hacer. Parecía más bien como si tratara de salir de allí y el pobre Alby se le hubiera puesto en medio.

—Entonces, ¿huyó de vosotros? —después de lo que Thomas había visto hacía tan sólo un par de noches, no podía imaginárselo.

Minho se encogió de hombros.

—Sí, supongo... Quizá necesitaba ir a recargar o algo por el estilo, no sé.

—¿Qué le pasaría? ¿Viste alguna herida o algo así? —Thomas no sabía qué tipo de respuesta buscaba, pero estaba seguro de que tenía que haber una pista o una lección que aprender de lo que había sucedido.

Minho se quedó pensando un minuto.

—No. La fuca cosa parecía muerta, como una estatua de cera. Pero entonces, ¡bum!, volvió a la vida.

Thomas no dejaba de darle vueltas; intentaba llegar a algún sitio, sólo que no sabía por dónde o hacia qué dirección empezar.

—Me pregunto adonde iría. Adonde van siempre. ¿Y tú? —se quedó callado un segundo—. ¿Nunca has pensado en seguirlos?

—Macho, sí que tienes ganas de morir, ¿no? Vamos, tenemos que marcharnos.

Y con aquellas palabras, Minho se dio la vuelta y empezó a correr.

Mientras Thomas le seguía, se esforzó por averiguar lo que le rondaba la mente. Tenía que ver con que el lacerador estuviera muerto y luego ya no, adonde habría ido en cuanto volvió a la vida...

Frustrado, apartó de sí esos pensamientos y echó a correr para alcanzarle.

•••



Thomas corrió justo detrás de Minho durante dos horas más, con algunas pequeñas pausas que cada vez parecían más cortas. Estuviera o no en buena forma, a Thomas le dolía todo.

Al final, Minho se paró y volvió a quitarse la mochila. Se sentaron en el suelo, apoyados en la blanda hiedra mientras comían el almuerzo y ninguno de los dos hablaba demasiado. Thomas se zampó el bocadillo y las verduras, masticando lo más despacio posible. Sabía que Minho le haría levantarse en cuanto desapareciera la comida, así que se tomó su tiempo.

—¿Has visto hoy algo diferente? —preguntó Thomas, curioso.

Minho dio unas palmaditas a su mochila, donde guardaba sus notas.

—Sólo los movimientos habituales de las paredes. Nada para que tu flacucho culo se entusiasme.

Thomas dio un gran trago de agua y miró la pared cubierta de hiedra que había enfrente. Vislumbró un reflejo rojo y plateado, algo que había visto más de una vez aquel día.

—¿Qué pasa con esas cuchillas escarabajo? —preguntó. Al parecer, estaban por todos lados. Entonces, Thomas recordó lo que había visto en el Laberinto. Habían pasado tantas cosas que no había tenido la oportunidad de mencionarlo—. ¿Y por qué tienen la palabra «CRUEL» escrita en la espalda?

—Nunca hemos podido coger una —Minho terminó la comida y tiró la caja del almuerzo—. Y tampoco sabemos qué significa esa palabra. Seguramente sea algo para asustarnos, pero tienen que ser espías que trabajan para ellos. Es lo único que se me ocurre.

—¿Y quiénes son «ellos»? —inquirió Thomas, listo para recibir más respuestas.

Odiaba a los que estaban detrás del Laberinto—. ¿Alguien tiene una idea?

—No sabemos ni jota sobre los estúpidos creadores —la cara de Minho enrojeció mientras apretaba las manos como si estuviera estrangulando a alguien—. Les arrancaría...

Pero, antes de que el guardián acabara la frase, Thomas se puso de pie y cruzó el pasillo.

—¿Qué es eso? —le interrumpió, dirigiéndose a un reflejo gris sin brillo que había visto tras la hiedra de la pared, por encima de su cabeza.

—Ah, sí, eso —dijo Minho con un tono de voz indiferente.

Thomas apartó la cortina de hiedra y se quedó mirando sin comprender nada un rectángulo de metal clavado en la piedra con unas palabras grabadas en mayúscula. Extendió la mano para recorrerlas con los dedos, como si no creyera lo que estaba viendo.

CATÁSTROFE RADICAL: UNIDAD DE EXPERIMENTOS LETALES

Lo leyó en voz alta y, luego, miró de nuevo a Minho.

—¿Qué es esto? —le dio un escalofrío. Debía de tener algo que ver con los creadores.

—No lo sé, pingajo. Están por todas partes, como puñeteras etiquetas de este bonito Laberinto que han construido. Hace tiempo que dejé de molestarme en mirarlas.

Thomas se volvió hacia el cartel e intentó eliminar la sensación de fatalidad que se había despertado en su interior.

—A mí no me suena a nada bueno. Catástrofe. Experimentos. Muy bonito.

—Sí, muy bonito, verducho. Vamos.

A regañadientes, Thomas soltó la hiedra, que cayó en su sitio, y se colocó la mochila sobre los hombros. Y se marcharon con esas palabras grabadas en la mente.

•••



Una hora después del almuerzo, Minho se detuvo al final de un largo pasadizo. Era recto; las paredes, sólidas, y no había bifurcaciones.

—El último callejón sin salida —le dijo a Thomas—. Es hora de regresar.

Thomas respiró hondo y trató de no pensar en que sólo habían recorrido la mitad del camino.

—¿No hay nada nuevo?

—Los cambios que siempre hay por aquí. El día está a punto de acabarse —contestó Minho mientras miraba su reloj, impasible—. Tenemos que volver —sin esperar una respuesta, el guardián se dio la vuelta y echó a correr por donde acababan de llegar.

Thomas le siguió, frustrado por no tener tiempo de examinar las paredes y explorar un poco. Al final, fue al mismo ritmo que Minho.

—Pero...

—Cállate, tío. Recuerda lo que te he dicho antes: no puedes arriesgarte. Además, piénsalo. ¿En serio crees que hay una salida por algún sitio? ¿Una trampa secreta o algo así?

—No lo sé... a lo mejor. ¿Por qué me lo preguntas de ese modo?

Minho negó con la cabeza y escupió algo asqueroso a su izquierda.

—No hay ninguna salida. Es más de lo mismo. Una pared es una pared. Es sólida.

Thomas sabía que aquella era la pura verdad, pero siguió insistiendo:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los que mandaron a los laceradores tras nosotros no nos lo van a poner fácil para salir.

Aquello hizo que Thomas dudase de por qué lo estaban haciendo, entonces.

—¿Y por qué nos molestamos en venir aquí?

Minho le echó un vistazo.

—¿Que por qué nos molestamos? Porque está aquí... Tiene que haber una razón. Pero, si crees que vamos a encontrar una bonita puertecita que dé a la Ciudad Feliz, es que te has fumado clonc de vaca.

Thomas miró al frente; se sentía tan desesperanzado que redujo el ritmo casi hasta detenerse.

—Esto es un asco.

—Eso es lo más inteligente que has dicho, verducho.

Minho soltó un gran resoplido y siguió corriendo, y Thomas hizo lo único que sabía: seguirle.

• • •



El resto del día fue agotador. Minho y él volvieron al Claro, fueron a la Sala de Mapas, anotaron la ruta del Laberinto y la compararon con la del día anterior. Luego los muros se cerraron y ambos fueron a cenar. Chuck intentó hablar con él varias veces, pero lo único que pudo hacer Thomas fue asentir y negar con la cabeza; le oía

a medias; estaba exhausto.

Antes de que el crepúsculo diera lugar a la oscuridad, ya estaba en su lugar favorito, en el rincón del bosque, acurrucado contra la hiedra y preguntándose si podría volver a correr, si podría hacer lo mismo al día siguiente. Sobre todo, ahora que no parecía tener sentido. Ser un corredor había perdido el atractivo. Después de un día.

Todo el noble valor que había sentido, las ganas de hacer algo diferente, la promesa que se había hecho de reunir a Chuck con su familia..., todo se desvaneció en una agotada niebla de horrible cansancio.

Estaba en algún sitio muy cercano al sueño cuando una voz habló en su cabeza, una bonita voz femenina que parecía pertenecer a una reina de las hadas atrapada en su cráneo. A la mañana siguiente, cuando todo empezó a desmadrarse, se preguntó si la voz había sido real o parte de un sueño. Pero la oyó de todos modos y recordó cada una de sus palabras:

Tom, acabo de provocar el Final.

Capítulo 34

Thomas se despertó con una luz débil y sin vida. Lo primero que pensó fue que debía de haberse levantado más pronto de lo habitual, que todavía quedaba una hora para que amaneciera. Pero, entonces, oyó los gritos. Y luego levantó la vista y miró a través del manto de ramas frondosas.

El cielo tenía un tono gris apagado, no la luz blanquecina natural de por la mañana.

Se puso en pie de un salto y se apoyó en la pared para mantener el equilibrio mientras, boquiabierto, estiraba el cuello para mirar hacia arriba. No estaba azul, ni negro, ni había estrellas, ni tampoco el abanico purpúreo típico del alba. El cielo, en toda su extensión, era de un gris pizarra. Sin color y muerto.

Bajó la vista a su reloj. Ya había pasado una hora desde que era obligatorio levantarse. El resplandor del sol tenía que haberle despertado, como lo había hecho tan fácilmente desde que había llegado al Claro. Pero hoy, no.

Miró otra vez hacia arriba, medio esperando que hubiera vuelto a la normalidad. Pero estaba todo gris. No había nubes, ni penumbra, ni los primeros minutos del amanecer. Sólo estaba gris.

El sol había desaparecido.

• • •



Thomas se encontró a la mayoría de los clarianos cerca de la entrada a la Caja, señalando al cielo muerto, hablando todos a la vez. Por la hora que era, ya deberían haber servido el desayuno y la gente debería haberse puesto a trabajar. Pero había algo sobre la desaparición del gran objeto del sistema solar que tendía a perturbar el desarrollo de las actividades normales.

La verdad era que, mientras Thomas observaba en silencio el alboroto, no se sentía tan asustado ni le invadía tanto el pánico como su instinto le decía que debería reaccionar. Y le sorprendió ver que muchos de los otros parecían pollitos perdidos fuera del gallinero. De hecho, era ridículo.

Sin duda, el sol no había desaparecido; eso era imposible. Aunque eso era lo que parecía. No se veían señales por ningún lado de la bola de furioso fuego, y las sombras oblicuas de la mañana estaban ausentes. Pero él y todos los clarianos eran demasiado racionales e inteligentes para llegar a esa conclusión. No, tenía que haber una explicación científica para lo que estaban presenciando. Y fuera lo que fuera,

para Thomas significaba una cosa: el hecho de que ya no pudieran ver el sol se debía probablemente a que nunca habían podido verlo. Un sol no podía desaparecer. Su cielo debía de haber sido —y aún era— inventado. Artificial.

En otras palabras, el sol que había iluminado a aquella gente durante dos años, que había dado calor y vida a todo, no era el sol en absoluto. De algún modo, tenía que ser falso. Todo en aquel lugar era falso.

Thomas no sabía lo que eso significa ni tampoco cómo era posible, pero sabía que era verdad; era la única explicación que su mente racional aceptaba. Y, por las reacciones de los otros clarianos, ninguno de ellos se había dado cuenta hasta aquel momento.

Chuck le encontró, y cuando Thomas vio la cara de miedo del niño, sintió una punzada en su corazón.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Chuck con un temblor lastimero, sin apartar los ojos del cielo. Thomas pensó que el cuello le debía de doler horrores—. Es como un techo gris enorme, tan cerca que casi parece que puedas tocarlo.

Thomas siguió la mirada de Chuck hacia arriba.

—Sí, te hace reflexionar sobre este lugar —era la segunda vez en veinticuatro horas que Chuck daba en el clavo. El cielo sí que parecía un techo. El techo de una habitación muy grande—. Quizá se ha roto algo. Bueno, a lo mejor vuelve.

Por fin, Chuck dejó de estar embobado y miró a Thomas a los ojos.

—¿Roto? ¿Y qué se supone que significa eso?

Antes de que Thomas pudiera contestar, le vino el vago recuerdo de la noche anterior, antes de quedarse dormido, las palabras de Teresa en su mente. Había dicho: «Acabo de provocar el Final». Podía ser una coincidencia, ¿no? Sintió como si algo se le pudriese en el vientre. Cualquiera que fuera la explicación, lo que fuese que hubiera en el cielo, un sol real o no, ya no estaba. Y aquello no podía ser nada bueno.

—¿Thomas? —le llamó Chuck, dándole unos golpecitos en el brazo.

—¿Sí? —Thomas tenía la mente confusa.

—¿A qué te refieres con que se ha roto algo? —repitió Chuck.

Thomas necesitaba tiempo para pensar sobre todo aquello.

—Ah, no sé. Deben de ser cosas sobre este sitio que no entendemos. Pero no se puede hacer desaparecer el sol del espacio. Además, todavía hay luz suficiente para ver, aunque sea tenue. ¿De dónde viene?

Chuck abrió los ojos de par en par, como si le acabaran de revelar el secreto más grande y oscuro del universo.

—Sí, ¿de dónde viene? ¿Qué está pasando, Thomas?

Thomas extendió la mano para apretar el hombro del niño. Se sentía incómodo.

—No tengo ni idea, Chuck. Ni idea. Pero estoy seguro de que Newt y Alby lo averiguarán.

—¡Thomas! —Minho se acercó corriendo a ellos—. Deja de entretenerte con Chucky y vamos. Es muy tarde.

Thomas se sintió aturdido. Por alguna razón, había creído que aquel cielo extraño tiraría todos los planes normales por la borda.

—¿Vais a salir ahí fuera? —preguntó Chuck, que estaba también claramente sorprendido.

Thomas se alegró de que el chico hubiera hecho la pregunta por él.

—Pues claro que sí, pingajo —respondió Minho—. ¿No tienes que ir a deambular por ahí? —apartó la vista de Chuck para centrarse en Thomas—. Ahora más que nunca, tenemos una razón para sacar nuestros culos ahí fuera. Si es verdad que el sol se ha ido, no tardarán mucho en morirse las plantas y los animales. Creo que la desesperación no ha hecho más que empezar.

La última frase le caló a Thomas muy hondo. A pesar de todas sus ideas, todo lo que le había soltado a Minho, no tenía ganas de cambiar el modo en que habían hecho las cosas los dos últimos años. Una mezcla de entusiasmo y pavor le azotó cuando se dio cuenta de lo que Minho estaba diciendo.

—¿Quieres decir que vamos a pasar ahí la noche? ¿Que vamos a explorar los muros un poco más de cerca?

Minho negó con la cabeza.

—No, aún no. Aunque puede que lo hagamos pronto. Venga, vamos.

Thomas estuvo callado mientras Minho y él preparaban las cosas y comían un desayuno rápido como el rayo. Le estaba dando demasiadas vueltas al cielo gris y a lo que Teresa —al menos, creía que había sido la chica— le había dicho en su mente como para participar en una conversación. ¿A qué se refería con el Final? Thomas no podía ignorar la sensación de que tenía que decírselo a alguien. A todos.

Pero no sabía lo que significaba y no quería que supieran que tenía la voz de una chica en la cabeza. Pensarían que se le había ido la olla y hasta podrían encerrarle, esta vez para siempre.

Después de mucho deliberarlo, decidió mantener la boca cerrada y se fue a correr con Minho en su segundo día de entrenamiento, bajo un cielo sombrío y sin color.

• • •



Vieron el lacerador incluso antes de llegar a la puerta de la Sección 8 que daba a la Sección 1.

Minho iba unos pasos por delante de Thomas. Acababa de doblar una esquina a la derecha cuando se paró de golpe, con los pies casi derrapando. Dio un salto hacia

atrás y agarró a Thomas de la camiseta para llevarlo contra la pared.

—Shhh —susurró Minho—. Hay un puñetero lacerador ahí delante.

Thomas abrió los ojos de un modo inquisitivo y notó que el corazón se le aceleraba, aunque antes ya latía rápido y a un ritmo constante. Minho se limitó a asentir y, después, se llevó el dedo índice a los labios. Soltó la camiseta de Thomas, retrocedió un paso y, luego, avanzó sigilosamente hasta una esquina desde la que podía ver el lacerador. Muy despacio, se inclinó hacia delante para echar un vistazo. Thomas quiso gritar que tuviera cuidado. Minho volvió la cabeza para mirarle.

—Está ahí sentado —su voz aún era un susurro—. Casi como el que vimos muerto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Thomas tan bajo como pudo, intentando ignorar el pánico que aumentaba en su interior—. ¿Viene hacia nosotros?

—No, tonto. Ya te he dicho que está ahí sentado.

—¿Y bien? —Thomas levantó las manos a los lados, lleno de frustración—. ¿Qué hacemos? —estar tan cerca del lacerador le parecía muy mala idea.

Minho se quedó callado unos segundos al tiempo que pensaba antes de hablar.

—Tenemos que ir por ahí para llegar a nuestra sección. Nos quedaremos observando un rato. Si viene detrás de nosotros, correremos de vuelta al Claro —se volvió a asomar y, entonces, rápido, miró por encima de su hombro—. ¡Mierda, se ha ido! ¡Vamos!

Minho no esperó una respuesta ni vio la expresión de horror que cruzó la cara de Thomas. Echó a correr hacia donde había visto el lacerador. Aunque sus instintos le decían que no lo hiciera, Thomas le siguió.

Corrió a toda velocidad por el largo pasillo detrás de Minho, giró a la derecha y, después, a la izquierda. En cada giro aminoraban la marcha para que el guardián pudiera asomarse antes por la esquina y susurrarle a Thomas que había visto la parte de atrás del bicho desapareciendo por el siguiente giro. Continuaron haciendo lo mismo durante diez minutos más hasta que llegaron al largo pasillo que acababa en el Precipicio, donde más allá no había nada, salvo el cielo sin vida. El lacerador se dirigía hacia el cielo.

Minho se detuvo tan de golpe que Thomas casi se lo llevó por delante. Entonces, Thomas se quedó helado al ver que el lacerador hundía los pinchos y rodaba hacia el borde del Precipicio hasta caer en el abismo gris. La criatura desapareció de la vista. Las sombras se habían tragado una sombra.

Capítulo 35

—Esto lo deja muy claro —dijo Minho.

Thomas se colocó junto a él en el borde del Precipicio, con la vista clavada en la nada gris. No había ni rastro del lacerador, ni a izquierda, ni a derecha, ni arriba, ni abajo, ni delante, hasta donde se podía ver. No había nada más que una pared de vacío.

—¿Qué es lo que está claro? —preguntó Thomas.

—Ya lo hemos visto tres veces. Algo pasa.

—Sí —Thomas sabía a lo que se refería, pero esperó de todos modos su explicación.

—El lacerador muerto que encontramos corrió en esta dirección y nunca llegamos a verlo regresar o adentrarse en el Laberinto. Luego vinieron esos cabrones a los que engañamos para que saltaran al Precipicio.

—¿Les engañamos? —dijo Thomas—. A lo mejor no fue exactamente eso.

Minho le miró, pensativo.

—Hmmm. Bueno, luego ha pasado esto —señaló el abismo—. Ya no me queda duda. De algún modo, los laceradores pueden abandonar el Laberinto por aquí. Parece magia, pero también lo es que el sol desaparezca.

—Si pueden irse por aquí —añadió Thomas, continuando la línea de razonamiento de Minho—, nosotros también.

Un escalofrío de emoción le recorrió el cuerpo. Minho se rió.

—Ya vuelves a desear la muerte. ¿Qué quieres, salir por ahí con los laceradores y comer juntos un bocadillo?

Thomas notó que se le bajaban los ánimos.

—¿Tienes una idea mejor?

—Cada cosa a su tiempo, verducho. Cojamos unas piedras para examinar este sitio. Tiene que haber alguna salida secreta.

Thomas ayudó a Minho a buscar por los rincones del Laberinto, recogiendo todas las piedras sueltas posibles. Consiguieron más pasando el dedo por las grietas de la pared hasta que caían al suelo. Cuando por fin obtuvieron una pila considerable, la llevaron hasta el borde y se sentaron con los pies colgando. Thomas bajó la vista y no vio nada más que un descenso gris.

Minho sacó su bloc y su lápiz y los dejó en el suelo junto a él.

—Muy bien, vamos a tomar notas. Y tú memorízalas también en esa fuca cabeza que tienes. Si hay algún tipo de ilusión óptica que esté ocultando la salida de este lugar, no quiero ser el único que la haya cagado cuando el primer pingajo salte al vacío.

—Ese pingajo debería ser el guardián de los corredores —dijo Thomas,

intentando hacer un chiste para esconder su miedo. Estar en un sitio del que los laceradores podrían salir en cualquier momento le hacía sudar—. Te querrás sujetar a una bonita cuerda.

Minho cogió una piedra de la pila.

—Sí. Vale, turnémonos para tirarlas en zigzag. Si hay alguna clase de salida mágica, espero que también funcione con las piedras, que las haga desaparecer.

Thomas cogió una piedra y, con cuidado, la lanzó hacia su izquierda, justo enfrente de donde la pared izquierda del pasillo que daba al Precipicio se encontraba con el borde. El trozo de roca irregular cayó. Y cayó. Luego desapareció en el vacío gris.

Minho iba a continuación. Tiró su piedra medio metro más lejos que Thomas. También cayó hacia abajo. Thomas tiró otra, un poco más allá. Después, Minho. Todas las piedras caían a las profundidades. Thomas siguió las órdenes de Minho; continuaron hasta que marcaron una línea que se separaba al menos tres metros del Precipicio y, luego, cambiaba su objetivo a medio metro a la derecha y empezaba a acercarse al Laberinto.

Todas las piedras caían. Una línea hacia fuera, otra línea hacia dentro. Todas las piedras caían. Tiraron piedras suficientes para tapar todo el lado izquierdo que se extendía frente a ellos, cubriendo así la distancia que cualquier persona —o cualquier cosa— podría saltar. Conforme lanzaba las piedras, Thomas se desanimaba cada vez más, hasta que empezó a verlo como una gran tontería. No podía evitar reprenderse; había sido una idea estúpida.

Entonces, la siguiente piedra que arrojó Minho desapareció. Fue la cosa más extraña y difícil de creer que Thomas había visto en su vida.

Minho había tirado un trozo grande de roca que se había caído de una grieta en la pared. Thomas había observado, muy concentrado, cómo caían todas las piedras. Esta abandonó la mano de Minho, salió hacia delante, casi en la misma línea central del Precipicio, y empezó su descenso hacia el suelo invisible de allí abajo. Pero, entonces, desapareció, como si hubiese caído en una superficie de agua o en la niebla.

Estaba allí, cayendo, y, al segundo siguiente, había desaparecido. Thomas se quedó sin habla.

—Antes habíamos tirado cosas al Precipicio —dijo Minho—. ¿Cómo no se nos había ocurrido esto? Nunca había visto que desapareciera nada. Nunca.

Thomas tosió; notaba la garganta irritada.

—Repítelo. Quizás hemos parpadeado o algo así.

Minho le obedeció y tiró otra piedra al mismo sitio. Una vez más, se desvaneció.

—A lo mejor no os fijasteis bien las otras veces que tirasteis cosas —sugirió Thomas—. Bueno, debería ser imposible. A veces no nos fijamos en las cosas que no creemos que pasen o que puedan llegar a pasar.

Lanzaron el resto de piedras, apuntando al lugar inicial y a varios centímetros alrededor. Para sorpresa de Thomas, el sitio por el que las piedras desaparecían resultó medir sólo un par de metros cuadrados.

—No me extraña que no nos diéramos cuenta —dijo Minho al tiempo que anotaba dimensiones frenéticamente, esforzándose por hacer un diagrama—. Es bastante pequeño.

—Los laceradores apenas deben de caber por ese espacio —Thomas seguía con los ojos clavados en la zona del cuadrado invisible flotante, intentando grabar en su memoria la distancia y la ubicación, recordar dónde estaba exactamente—. Y, cuando salen, tienen que mantener el equilibrio antes de atravesar el agujero y saltar en el espacio vacío hacia el borde del Precipicio. No está tan lejos. Si pudiera saltar... Estoy seguro de que para ellos es fácil.

Minho terminó de dibujar y, después, alzó la vista hacia aquel lugar concreto.

—¿Cómo es esto posible, tío? ¿Qué estamos mirando?

—Como has dicho, no es magia. Debe de ser algo como que el cielo se haya vuelto gris. Algún tipo de ilusión óptica u holograma que esconde una entrada. En este sitio pasa algo raro.

Y Thomas admitió para sus adentros que también era muy guay. Su mente se moría por saber qué tipo de tecnología podía haber detrás de todo aquello.

—Sí, pasa algo raro. Vamos —Minho se levantó con un resoplido y se puso la mochila—. Será mejor que corramos lo más rápido posible por el Laberinto. Con la nueva decoración del cielo, quizás hayan pasado más cosas extrañas ahí fuera. Se lo contaremos a Newt y a Alby esta noche. No sé si servirá de ayuda, pero al menos ahora sabemos adonde van los fucos laceradores.

—Y seguramente de dónde vienen —dijo Thomas al tiempo que le echaba un último vistazo a la entrada oculta—. El Agujero de los Laceradores.

—Sí, un nombre tan bueno como cualquier otro. Vamos.

Thomas se quedó con la vista fija mientras esperaba a que Minho se moviera. Pasaron varios minutos en silencio y Thomas se dio cuenta de que su amigo debía de estar tan fascinado como él. Finalmente, sin decir ni una palabra, Minho se dio la vuelta para marcharse. Thomas le siguió a su pesar y corrieron para adentrarse en el Laberinto gris oscuro.

•••



Thomas y Minho no encontraron nada, salvo muros de piedra y hiedra.

Thomas cortó la enredadera y tomó notas. Le costaba distinguir algún cambio

desde el día anterior, pero Minho, sin detenerse a pensarlo, le señaló dónde se habían movido las paredes. Cuando llegaron al último callejón sin salida y era la hora de volver a casa, Thomas sintió unas ganas casi incontrolables de meter todo en una bolsa y pasar allí la noche para ver qué ocurría.

Minho pareció presentirlo y le agarró del hombro.

—Aún no, tío. Aún no.

Y regresaron.

En el Claro había un ambiente sombrío, algo lógico cuando todo se ha vuelto gris. La tenue luz no había cambiado ni un ápice desde que se habían despertado por la mañana y Thomas se preguntó si algo cambiaría al «atardecer».

Cuando atravesaron la Puerta Oeste, Minho fue directo a la Sala de Mapas. Thomas se sorprendió. Pensaba que era lo último que harían.

—¿No te mueres por contarle a Newt y Alby lo del Agujero de los Laceradores?

—Oye, seguimos siendo corredores —respondió Minho— y tenemos un trabajo que hacer —Thomas le siguió hasta la puerta de acero del bloque grande de cemento y Minho se dio la vuelta para dedicarle una sonrisa lánguida—. Pero sí, nos daremos prisa para ir a hablar con ellos.

Cuando entraron, ya había otros corredores pululando por la sala que dibujaban sus mapas. Nadie dijo ni una palabra, como si las especulaciones sobre el nuevo cielo se hubieran agotado. El ambiente desesperanzador en la habitación hizo que Thomas tuviese la sensación de estar caminando por agua enfangada. Sabía que también tenía que estar cansado, pero se encontraba demasiado entusiasmado para sentirse así; no podía esperar a ver las reacciones de Newt y Alby cuando supieran la noticia sobre el Precipicio.

Se sentó a la mesa y dibujó el mapa del día, basándose en las notas y en lo que recordaba, con Minho mirándole por encima del hombro todo el tiempo, dándole ideas: «Creo que este pasillo se cortaba aquí en vez de allí», «Ten cuidado con las proporciones» y «Dibuja más recto, pingajo». Aunque pesado, era útil y, a los quince minutos de entrar en la sala, Thomas examinó su obra acabada. El orgullo le invadió; su mapa era tan bueno como cualquiera de los que había visto.

—No está mal —dijo Minho—. Bueno, para un verducho.

Minho se levantó, se acercó al baúl de la Sección 1 y lo abrió. Thomas se arrodilló delante de él, sacó el mapa del día anterior y lo colocó al lado del que acababa de dibujar.

—¿Qué estoy buscando? —preguntó.

—Pautas. Pero no vas a ver nada comparando dos días. Tienes que estudiar varias semanas e indagar qué patrones siguen, no sé. Sé que hay algo ahí, algo que nos ayudará. Aunque todavía no lo he encontrado. Como he dicho, es un asco.

Thomas estaba dándole vueltas a algo en la cabeza; sentía lo mismo que la

primera vez que entró en aquella sala. Las paredes del Laberinto se movían. Unos patrones. Todas aquellas líneas rectas. ¿Sugerían un mapa completamente distinto? ¿Apuntaban a algo? Tenía una sensación muy fuerte de que se estaba saltando una pista evidente.

Minho le dio unos golpecitos en el hombro.

—Siempre puedes volver y seguir estudiando después de cenar, después de hablar con Newt y Alby. Vamos.

Thomas guardó los papeles en el baúl y lo cerró. No soportaba la punzada de desasosiego que sentía. Era como un pinchazo en el costado. Las paredes se movían, líneas rectas, patrones... Tenía que haber una respuesta.

—Vale, vamos.

Acababan de salir de la Sala de Mapas y la pesada puerta se había cerrado con un sonido metálico detrás de ellos, cuando Newt y Alby se acercaron no muy contentos. El entusiasmo de Thomas enseguida se transformó en preocupación.

—Eh —saludó Minho—. Acabamos de...

—Pues venga —le interrumpió Alby—. No tenemos tiempo que perder. ¿Habéis encontrado algo? ¿Lo que sea?

Minho retrocedió ante tal reprimenda, pero a Thomas su cara le pareció más confundida que herida o enfadada.

—Yo también me alegro de verte. La verdad es que sí, hemos encontrado algo.

Curiosamente, Alby casi pareció decepcionado.

—Porque este fucos sitio se cae a pedazos —le lanzó a Thomas una mirada desagradable, como si todo fuese culpa suya.

«¿Qué le pasa?», se preguntó Thomas, sintiendo cómo se encendía su propio enfado. Llevaba trabajando duro todo el día y ¿así se lo agradecían?

—¿A qué te refieres? —preguntó Minho—. ¿Qué más ha pasado?

Newt señaló la Caja con la cabeza y contestó:

—Hoy no han llegado las malditas provisiones. Durante estos dos años, han venido todas las semanas, a la misma hora, el mismo día. Pero hoy, no.

Los cuatro se quedaron mirando las puertas de acero pegadas al suelo. A Thomas le pareció que sobre ellos se extendía una sombra más oscura que el aire gris que rodeaba todo lo demás.

—Ah, ahora sí que estamos fucados —susurró Minho, y su reacción alertó a Thomas de lo grave que era la situación.

—No hay sol para las plantas —dijo Newt— ni llegan provisiones en la maldita Caja. Sí, yo diría que estamos fucados, exacto.

Alby estaba cruzado de brazos y seguía con la vista clavada en la Caja como si intentara abrir las puertas con la mente. Thomas esperaba que su líder no sacara a relucir lo que había visto en el Cambio o, en realidad, cualquier cosa relacionada con

él. Sobre todo, ahora.

—Sí, bueno —comentó Minho—, encontramos algo extraño.

Thomas esperó que Newt o Alby reaccionaran positivamente ante aquella noticia; hasta podía contener información que arrojara luz sobre el misterio.

Newt enarcó las cejas.

—¿Qué?

Minho estuvo tres minutos contándolo. Empezó por el lacerador al que habían seguido y acabó con los resultados de su experimento de tirar piedras.

—Debe de llevar a..., ya sabéis..., adonde viven los laceradores —dijo cuando terminó.

—El Agujero de los Laceradores —añadió Thomas.

Los tres le miraron enfadados, como si no tuviera derecho a hablar. Pero, por primera vez, no le importó tanto que le trataran como a un verducho.

—Tengo que verlo por mí mismo —afirmó Newt, y luego murmuró—: Cuesta crearlo.

Thomas no pudo estar más de acuerdo.

—No sé qué podemos hacer —declaró Minho—. A lo mejor podríamos construir algo para bloquear el pasillo.

—Ni de coña —replicó Newt—. Esas fucas cosas pueden subir por las malditas paredes, ¿recuerdas? Nada que nosotros construyamos los mantendrá alejados.

Pero el alboroto que se había formado fuera de la Hacienda apartó su atención de la conversación. Había un grupo de clarianos en la puerta principal de la casa, gritando para hacerse oír. Chuck estaba en el grupo y, al ver a Thomas y a los otros, echó a correr con la caí a llena de entusiasmo. Thomas no pudo evitar preguntarse qué locura había sucedido ahora.

—¿Qué pasa? —preguntó Newt.

—¡Está despierta! —gritó Chuck—. ¡La chica está despierta!

A Thomas se le revolvió todo por dentro y se apoyó en la pared de cemento de la Sala de Mapas. La chica. La chica que hablaba en su cabeza. Quería correr antes de que volviera a ocurrir, antes de que le hablara en la mente. Pero era demasiado tarde:

Tom, no conozco a esta gente. ¡Ven a buscarme! Está desapareciendo todo... Me estoy olvidando de todo menos de ti... ¡Tengo que contarte cosas! Pero se me está yendo todo...

No podía comprender cómo lo hacía, cómo estaba en su cabeza.

Teresa hizo una pausa y, luego, dijo algo que no tenía sentido: *El Laberinto es un código, Tom. El Laberinto es un código.*

Capítulo 36

Thomas no quería verla. No quería ver a nadie.

En cuanto Newt se dispuso a marcharse para hablar con la chica, Thomas se escabulló con la esperanza de que nadie le viera entre tanto entusiasmo. Al estar todos concentrados en la extraña que acababa de despertar del coma, resultaría fácil. Bordeó el Claro, luego echó a correr y se dirigió a su lugar aislado detrás del bosque de los Muertos.

Se agachó en un rincón, acurrucado en la hiedra, y se echó la manta por encima, tapándose hasta la cabeza. De algún modo, creía que era una manera de esconderse de la intrusión de Teresa en su mente. Pasaron unos minutos y, por fin, su corazón se calmó hasta normalizar su ritmo.

—Olvidarme de ti ha sido la peor parte.

Al principio, Thomas pensó que era otro mensaje en su cabeza y apretó los puños contra sus orejas. Pero no, había sido... diferente. Lo había percibido con los oídos. Era la voz de la chica. Unos escalofríos le recorrieron la espalda y, despacio, retiró la manta.

Teresa estaba a su derecha, apoyada en el sólido muro de piedra. Parecía muy distinta ahora, despierta y alerta. De pie. Llevaba una camiseta blanca de manga larga, unos vaqueros azules y unos zapatos marrones. Aunque pareciera imposible, era incluso más atractiva que cuando la había visto en coma. El pelo negro enmarcaba su rostro de piel clara y unos ojos azules como llamas.

—Tom, ¿de verdad no te acuerdas de mí? —su voz sonó suave en contraste con el sonido fuerte y enloquecido que salió de ella la primera vez que la vio, cuando dio el mensaje de que «todo iba a cambiar».

—Es que... ¿me recuerdas? —preguntó, avergonzado por el gallo que le salió al pronunciar la última palabra.

—Sí. No. Quizás —alzó los brazos, indignada—. No puedo explicarlo.

Thomas abrió la boca y, después, la cerró sin decir nada.

—Recuerdo recordar —masculló, y se sentó dando un gran suspiro. Flexionó las piernas para rodearse las rodillas con los brazos—. Sentimientos. Emociones. Como si tuviera todas esas estanterías en mi cabeza, etiquetadas con recuerdos y caras, pero estuvieran vacías. Como si todo lo anterior a esto estuviera al otro lado de una cortina blanca. Incluido tú.

—Pero ¿cómo sabes mi nombre? —notaba como si las paredes dieran vueltas a su alrededor.

Teresa se volvió hacia él.

—No lo sé. Es por algo que pasó antes de que viniéramos al Laberinto. Algo relacionado con nosotros. Como te he dicho, está casi todo vacío.

—¿Sabes lo del Laberinto? ¿Quién te lo ha contado? Te acabas de despertar.

—Yo... Ahora todo es muy confuso —extendió una mano hacia él—. Pero sé que eres mi amigo.

Casi aturdido, Thomas retiró la manta del todo y se inclinó hacia delante para estrecharle la mano.

—Me gusta que me llames Tom.

En cuanto lo dijo, supo que no podía haber dicho nada más tonto. Teresa puso los ojos en blanco.

—Así es como te llamas, ¿no?

—Sí, pero la mayoría me llama Thomas. Bueno, excepto Newt; él me llama Tommy. Tom me hace sentir... como si estuviera en casa o algo así. Aunque no sé *qué* es mi casa —soltó una carcajada amarga—. Estamos metidos en un buen lío, ¿eh?

Por primera vez, la vio sonreír y casi tuvo que apartar la vista, como si algo tan bonito no pudiera pertenecer a un sitio tan gris y apagado, como si no tuviera derecho a mirar su expresión.

—Sí, estamos en un buen lío —convino—. Y yo estoy asustada.

—Igual que yo, de verdad —lo que fue el eufemismo del día.

Ambos se quedaron un rato mirando el suelo.

—¿Qué...? —empezó a decir él, sin estar seguro de cómo preguntarlo—. ¿Cómo... has hablado dentro de mi mente?

Teresa negó con la cabeza.

Ni idea. Lo hago y punto —le contestó con la mente y, luego, volvió a hablar en voz alta:

—Es como si intentaras montar en bici aquí..., si hubiese alguna. Me apuesto lo que quieras a que podrías hacerlo sin pararte a pensarlo. Pero ¿te acuerdas de cuándo aprendiste a montar en bici?

—No. Bueno..., recuerdo montar en una, pero no cuándo aprendí —hizo una pausa al sentir una oleada de tristeza—. Ni quién me enseñó.

—Bueno —contestó ella, parpadeando, como si estuviera avergonzada por su repentina melancolía—. De todos modos..., funciona así, más o menos.

—Eso aclara las cosas.

Teresa se encogió de hombros.

—No se lo habrás contado a nadie, ¿no? Creerán que estamos locos.

—Bueno..., la primera vez que ocurrió, sí. Pero creo que Newt pensaba que estaba estresado o algo por el estilo —Thomas se sintió inquieto, como si fuera a volverse loco si no se movía. Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro delante de ella—. Tenemos que averiguar qué pasa. Aquella nota que trajiste sobre que eras la última persona que iba a venir, tu coma, el hecho de que puedas hablarme

por telepatía... ¿Alguna idea?

Teresa le seguía con la mirada mientras caminaba de un lado a otro.

—Ahorra aliento y deja de hacer preguntas. Lo único que tengo son vagos recuerdos... de que tú y yo éramos importantes, de que nos usaban de algún modo. De que vinimos aquí por alguna razón. Sé que provoqué el Final, sea lo que sea que signifique eso —refunfuñó, y se ruborizó—. Mis recuerdos son tan inútiles como los tuyos.

Thomas se arrodilló ante ella.

—No. Bueno, tú sabes que me han borrado la memoria sin preguntármelo... y todo lo demás. Estás por encima de mí y del resto.

Se miraron a los ojos durante un buen rato. Era como si la mente de la chica estuviera dando vueltas, intentando darle sentido a todo.

No lo sé—dijo en su mente.

—Ya estás otra vez —se quejó Thomas en voz alta, aunque estaba aliviado de que su truco ya no le pusiera nervioso—. ¿Cómo lo haces?

—Lo hago y ya está. Me apuesto lo que sea a que tú también puedes.

—Bueno, no puedo negar que me muero de ganas de intentarlo —se sentó y flexionó las piernas como ella había hecho—. Me dijiste algo (en mi cabeza) justo cuando me encontraste aquí. Dijiste: «El Laberinto es un código». ¿A qué te referías?

Ella negó con la cabeza, despacio.

—Al principio, cuando me desperté, era como si me hubieran internado en un manicomio. Esos chicos extraños alrededor de mi cama, el mundo inclinándose sobre mí, los recuerdos arremolinándose en mi mente... Traté de agarrar unos cuantos y ese fue uno de ellos. Me acuerdo de por qué lo dije.

—¿Y había algo más?

—Pues la verdad es que sí —se remangó la manga izquierda y dejó el brazo al descubierto. Había algo escrito con letra pequeña y tinta negra.

—¿Qué es eso? —preguntó Thomas, inclinándose para verlo mejor.

—Léelo tú mismo.

La letra estaba borrosa, pero pudo distinguir lo que ponía cuando se acercó:

CRUEL es buena

El corazón de Thomas empezó a latir con fuerza.

—He visto esa palabra, «CRUEL» —buscó en su mente, tratando de averiguar qué significaría aquella frase—. En las pequeñas criaturas que viven aquí. Las cuchillas escarabajo.

—¿Qué son? —preguntó la chica.

—Unas maquinillas con forma de lagarto que nos espían para los creadores, los que nos enviaron aquí.

Teresa lo consideró un momento con la vista fija en la distancia y, después, se centró en su brazo.

—No recuerdo por qué escribí esto —dijo mientras se chupaba el pulgar y empezaba a frotar las palabras para borrarlas—. Pero no dejes que lo olvide; debe de significar algo.

Aquellas tres palabras recorrieron la mente de Thomas una y otra vez.

—¿Cuándo lo escribiste?

—Cuando me desperté. Tenían un bolígrafo y un bloc al lado de la cama. En medio del jaleo, lo apunté.

Aquella chica tenía a Thomas desconcertado. Primero, la conexión que había sentido hacia ella desde el principio; luego, que le hablara mentalmente y, ahora, esto.

—Todo lo relacionado contigo es raro. Lo sabes, ¿no?

—A juzgar por el lugar donde te escondes, diría que tú tampoco eres muy normal. Te gusta vivir en el bosque, ¿eh?

Thomas intentó poner mala cara y luego se rió. Le parecía patético y hasta se avergonzaba de esconderse en el bosque.

—Bueno, me resultas familiar y dices que somos amigos. Supongo que puedo confiar en ti.

Le ofreció la mano para volver a estrechársela, Teresa la aceptó y, esta vez, se quedó sujetándola un rato. Un escalofrío sorprendentemente agradable recorrió el cuerpo de Thomas.

—Lo único que quiero es volver a casa —dijo la chica, y al final le soltó la mano—. Igual que todos vosotros.

A Thomas se le cayó el alma a los pies al volver a la realidad y recordar lo desalentador que se había vuelto el mundo.

—Sí, bueno, ahora las cosas están bastante mal. El sol ha desaparecido y el cielo se ha puesto gris, no nos envían las provisiones semanales... Parece que las cosas van a terminar de un modo u otro.

Pero, antes de que Teresa pudiera responder, Newt llegó corriendo al bosque.

—¿Cómo...? —exclamó cuando se paró delante de ellos. Alby y unos cuantos más estaban justo detrás. Newt miró a Teresa—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? El mediquero dijo que estabas allí y, al segundo, habías desaparecido.

Teresa se levantó con una seguridad que sorprendió a Thomas.

—Supongo que se le olvidó la parte en que le di una patada en la entrepierna y salí por la ventana.

Thomas casi se rió cuando Newt se volvió hacia un chico mayor que había por allí cerca, al que se le había sonrojado la cara.

—Felicidades, Jeff—dijo Newt—. Oficialmente, eres el primer chico de aquí al que una chica da una paliza.

Teresa no se detuvo:

—Sigue hablando así y tú serás el próximo.

Newt se dio la vuelta hacia ellos, pero su cara reflejaba cualquier cosa menos miedo. Se quedó allí en silencio, observándolos. Thomas le miró, preguntándose qué le pasaría al chico por la cabeza. Alby se acercó.

—Ya me he hartado —señaló el pecho de Thomas, casi dándole unos golpecitos—. Quiero saber quién eres, quién es esta pingaja y por qué os conocéis.

Thomas casi se acobardó.

—Alby, te juro...

—¡Ha venido directa a ti nada más despertar, cara fuco!

La ira se apoderó de Thomas y también la preocupación por que Alby se pusiera como Ben.

—¿Y qué? La conozco, me conoce o, al menos, antes nos conocíamos. ¡Eso no significa nada! No me acuerdo de nada. Ni ella tampoco.

Alby miró a Teresa.

—¿Qué has hecho?

Thomas, confundido por la pregunta, miró a Teresa para ver si ella sabía a lo que se estaba refiriendo. Pero no contestó.

—¡Qué has hecho! —gritó Alby—. Primero, el cielo y, ahora, esto.

—He provocado algo —respondió con la voz calmada—. No lo he hecho adrede, lo prometo. El Final. No sé qué significa.

—¿Qué pasa, Newt? —preguntó Thomas, sin querer hablar con Alby directamente—. ¿Qué ha ocurrido?

Pero Alby le agarró por la camiseta.

—¿Qué ha ocurrido? Yo te diré lo que ha ocurrido, pingajo. ¿Estás demasiado ocupado mirando a tu enamorada para ver lo que hay a tu alrededor? ¡Para molestarte en darte cuenta de la hora que es!

Thomas miró su reloj y advirtió aterrorizado algo en lo que no había caído. Supo lo que Alby estaba a punto de decir antes de que lo dijera.

—Los muros, foder. Las puertas. No se cierran esta noche.

Capítulo 37

Thomas se quedó sin habla. Ahora todo sería distinto. No había sol ni provisiones, ni estaban protegidos de los laceradores. Teresa había tenido razón desde el principio: todo había cambiado. Thomas notó como si su respiración se hubiese solidificado hasta quedarse atascada en la garganta.

Alby señaló a la chica.

—Quiero que la encerremos. Ya. ¡Billy! ¡Jackson! Metedla en el Trullo e ignorad cualquier palabra que salga de su fuca boca.

Teresa no reaccionó, pero Thomas ya lo hizo por ambos:

—¿Qué dices? Alby, no puedes... —se calló cuando los encendidos ojos de Alby le lanzaron una mirada de ira que afectó a los latidos de su corazón—. Pero... ¿cómo puedes echarle la culpa de que no se cierren los muros?

Newt dio un paso adelante y colocó suavemente una mano en el pecho de Alby para empujarle hacia atrás.

—¿Por qué no, Tommy? Lo ha admitido ella misma.

Thomas se volvió hacia Teresa, pálido por la tristeza que reflejaban sus ojos azules. Era como si algo se le hubiera metido en el pecho y le oprimiera el corazón.

—Alégrate de no acompañarla, Thomas —dijo Alby. Les lanzó una mirada asesina a los dos antes de marcharse. Thomas nunca había tenido tantas ganas de darle un puñetazo a alguien.

Billy y Jackson avanzaron y cogieron a Teresa por ambos brazos para llevársela, aunque, antes de que cruzaran por entre los árboles, Newt les detuvo.

—Quedaos con ella. Pase lo que pase, nadie va a tocar a esta chica. Juradlo por vuestras vidas.

Los dos guardias asintieron y, después, se marcharon con Teresa a la zaga. A Thomas le dolió incluso más ver que ella no oponía resistencia. No podía creerse lo triste que se sentía; quería seguir hablando con ella.

«Pero la acabo de conocer —pensó—. Ni siquiera sé quién es».

Sin embargo, él sabía que aquello no era cierto. Sentía que tenían una estrecha relación y eso sólo podía ser porque la conocía de antes de que le borrarán la memoria al enviarlo al Claro.

Ven a verme —le dijo ella en su mente.

No sabía cómo hacerlo, cómo hablar con ella de ese modo. Pero lo intentó de todas formas:

Iré. Al menos, allí estarás a salvo.

No contestó.

¿Teresa?

Nada.

Los siguientes treinta minutos fueron un estallido de confusión en masa.

Aunque no se había producido ningún cambio perceptible en la luz desde que el sol y el cielo azul no habían aparecido aquella mañana, era como si la oscuridad se extendiera por el Claro. Mientras Newt y Alby reunían a los guardianes para que asignaran las tareas y metieran a sus grupos en la Hacienda en una hora, Thomas no se sentía más que como un espectador, sin estar seguro de si podía ayudar.

A los constructores —sin su líder, Gally, que seguía perdido— les ordenaron que levantaran barricadas a ambos lados de cada puerta abierta; obedecieron, aunque Thomas sabía que no quedaba tiempo suficiente y no había materiales que sirvieran de mucho. Casi le parecía que los guardianes querían que la gente estuviera ocupada, que querían retrasar los inevitables ataques de pánico. Thomas ayudó a los constructores a reunir todas las cosas sueltas que pudieron encontrar para apilarlas en los espacios vacíos y las aseguraron tanto como fue posible para que no se cayeran. Tenían muy mala pinta y le parecían patéticas, además de darle un miedo de muerte, pues de ningún modo iban a impedir que los laceradores entraran.

Mientras Thomas trabajaba, alcanzó a ver el resto de actividades que tenían lugar en el Claro.

Juntaron todas las linternas que había y las repartieron entre todos los que pudieron; Newt dijo que habían previsto que todo el mundo durmiera en la Hacienda esa noche y que apagarían las luces, salvo en caso de emergencia. La tarea de Fritanga era sacar toda la comida no percedera de la cocina y almacenarla en la Hacienda, en caso de que se quedaran allí atrapados. Thomas se imaginó lo horrible que sería aquello. Otros estaban recogiendo provisiones y herramientas. Thomas vio a Minho llevando armas del sótano al edificio principal. Alby había dejado claro que no podían arriesgarse: iban a convertir la Hacienda en su fortaleza y debían hacer lo que fuese necesario para defenderla.

Al final, Thomas se escabulló de los constructores y ayudó a Minho a llevar unas cajas de cuchillos y unos palos envueltos en alambre de espino. Entonces Minho dijo que Newt le había mandado hacer algo especial; más o menos, le ordenó a Thomas que se perdiera y se negó a contestar a ninguna de sus preguntas.

Aquello hirió los sentimientos de Thomas, pero se marchó de todos modos, pues quería hablar con Newt sobre otra cosa. Finalmente, le encontró mientras cruzaba el Claro hacia la Casa de la Sangre.

—¡Newt! —le llamó, corriendo para alcanzarle—. Tienes que escucharme.

Newt se paró tan de pronto que Thomas casi chocó con él. El chico mayor se volvió y le miró con tal desdén que se lo pensó dos veces antes de decir nada.

—Rapidito —dijo Newt.

Thomas casi enmudeció, pues no estaba seguro de cómo decir lo que estaba pensando.

—Tienes que soltar a la chica. Teresa —sabía que ella sólo iba a ayudar y que aún podía recordar algo valioso.

—Ah, me alegra saber que ahora sois colegas —Newt empezó a caminar—. No me hagas perder el tiempo, Tommy.

Thomas le agarró del brazo.

—¡Escúchame! Hay algo en ella... Creo que nos enviaron para ayudar a terminar con todo esto.

—Sí, ¿ayudar a que entren los laceradores y nos maten a todos? He oído planes malísimos, verducho, pero este se lleva la palma.

Thomas resopló para que Newt viera lo frustrado que sentía.

—No, no creo que el hecho de que los muros estén abiertos sea para eso.

Newt se cruzó de brazos; parecía exasperado.

—Verducho, ¿de qué estás hablando?

Desde que Thomas había visto las palabras escritas en la pared del Laberinto, «CATÁSTROFE RADICAL: UNIDAD DE EXPERIMENTOS LETALES», no había dejado de pensar en ellas. Sabía que si alguien podía creerle, ese era Newt.

—Creo... Creo que estamos aquí como parte de algún extraño experimento, prueba o algo parecido. Pero se supone que tiene que terminar de algún modo. No podemos vivir aquí para siempre. Los que nos han enviado quieren que acabemos. De un modo u otro —Thomas se sintió aliviado al sacárselo del pecho.

Newt se frotó los ojos.

—¿Y se supone que así vas a convencerme de que todo está bien para que suelte a la chica? ¿Porque la tenemos aquí y, de repente, todo es «haz algo o muere»?

—No, no me estás entendiendo. No creo que tenga nada que ver con que nosotros estemos aquí. No es más que un peón. Nos la han enviado como nuestra última herramienta o pista, o lo que sea, para ayudarnos a salir —Thomas respiró hondo—. Y creo que a mí también me enviaron con ese propósito. Sólo porque haya provocado el Final no significa que sea mala.

Newt miró hacia el Trullo.

—¿Sabes qué? Ahora mismo no me importa una clonc. Puede pasar una noche ahí. En cualquier caso, estará más a salvo que nosotros.

Thomas asintió; estaba de acuerdo.

—Vale, pasaremos esta noche como sea. Mañana, cuando sea de día y estemos a salvo, ya veremos qué hacemos con ella. Averiguaremos lo que se supone que tenemos que hacer.

Newt resopló.

—Tommy, ¿qué tendrá mañana de diferente? Llevamos aquí dos malditos años, ¿sabes?

Thomas tenía el presentimiento de que todos aquellos cambios eran un estímulo,

un catalizador para el final.

—Que ahora tenemos que resolverlo. Nos han obligado. No podemos seguir viviendo así, día a día, pensando en que lo más importante es regresar al Claro antes de que se cierren las puertas para estar cómodos y seguros.

Newt lo pensó un segundo allí de pie, con el ajeteo de los preparativos de los clarianos a su alrededor.

—Tenemos que ir más allá. Quedarnos ahí fuera mientras las paredes se mueven.

—Exacto —convino Thomas—. A eso me refería precisamente. Y quizá podamos levantar una barricada o volar por los aires la entrada del Agujero de los Laceradores. Hacer tiempo para analizar el Laberinto.

—Alby es el único que no permitirá que soltemos a la chica —dijo Newt, y señaló con la cabeza hacia la Hacienda—. A ese tío no le moláis mucho vosotros dos. Pero ahora mismo tenemos que callarnos y conseguir llegar a mañana.

Thomas asintió.

—Podemos vencerlos.

—Ya lo has hecho antes, ¿eh, Hércules?

Sin sonreír ni esperar una respuesta, Newt se marchó y empezó a gritar a la gente que acabara y se metiera en la Hacienda.

Thomas se alegró de haber tenido aquella conversación. Había ido tan bien como podía haber esperado. Decidió darse prisa e ir a hablar con Teresa antes de que fuese demasiado tarde. Mientras corría hacia el Trullo, en la parte trasera de la Hacienda, observó cómo los clarianos empezaban a entrar, la mayoría con los brazos cargados de cosas.

Thomas se paró fuera de la pequeña cárcel y recobró el aliento.

—¿Teresa? —la llamó por fin a través de los barrotes de la ventana de la celda sin luz.

Su rostro apareció al otro lado, sobresaltándole. A Thomas se le escapó un gritito antes de poder contenerse y tardó un segundo en recuperarse.

—¡Menudo susto me has dado!

—¡Qué bonito! —replicó ella—. Gracias —en la oscuridad, sus ojos azules brillaban como los de un gato.

—De nada —respondió él, ignorando su sarcasmo—. Oye, he estado pensando —se dejó caer en el suelo para poner en orden sus ideas.

—Más de lo que se puede decir de ese gilipollas de Alby —masculló.

Thomas estaba de acuerdo, pero se moría de ganas de contar lo que le había ido a decir.

—Tiene que haber un modo de salir de este sitio. Sólo tenemos que seguir buscando, quedarnos en el Laberinto más tiempo. Lo que escribiste en tu brazo y lo que dijiste del código tienen que significar algo, ¿verdad?

«Tiene que ser algo», pensó. No podía evitar tener esperanza.

—Sí, he estado pensando lo mismo. Pero, antes que nada, ¿puedes sacarme de aquí?

Sus manos aparecieron para agarrar los barrotes de la ventana. Thomas sintió unas ganas ridículas de alargar sus propias manos para tocarlas.

—Bueno, Newt ha dicho que tal vez salgas mañana —Thomas estaba contento por haber conseguido aquella concesión—. Tendrás que pasar la noche ahí dentro. Puede que sea el lugar más seguro del Claro.

—Gracias por preguntarle. Será divertido dormir en este suelo frío —señaló detrás de ella con el pulgar—. Aunque supongo que los laceradores no podrán atravesar esta ventana, así que estaré bien, ¿no?

La mención de los laceradores le sorprendió. No recordaba haberle hablado de ellos todavía.

—Teresa, ¿estás segura de que lo has olvidado todo?

Ella se quedó pensando un segundo.

—¡Qué raro! Me imagino que recuerdo algunas cosas. A menos que haya oído hablar a la gente mientras estaba en coma.

—Bueno, supongo que ahora mismo no tiene importancia. Sólo quería verte antes de pasar la noche dentro.

Pero no se quería marchar, casi deseaba meterse en el Trullo con ella. Sonrió para sus adentros; se imaginaba lo que diría Newt ante aquella petición.

—¿Tom? —dijo Teresa.

Thomas se dio cuenta de que estaba en las nubes.

—Ah, perdona. ¿Sí?

Ella retiró las manos hacia dentro y estas desaparecieron. Lo único que podía ver eran sus ojos y el brillo pálido de su piel blanca.

—No sé si podré pasar la noche encerrada en esta cárcel.

Thomas sintió una tristeza increíble. Quería robar las llaves de Newt y ayudarla a escapar. Pero sabía que era una tontería. Tendría que sufrir y apañárselas. Se quedó con la vista clavada en aquellos ojos brillantes.

—Al menos, no estarás totalmente a oscuras. Por lo visto, ahora estamos atrapados en esta especie de crepúsculo las veinticuatro horas del día.

—Sí... —miró detrás de él, hacia la Hacienda, y luego volvió a centrarse en Thomas—. Soy una chica fuerte, estaré bien.

El chico se sintió fatal por tener que dejarla allí, pero sabía que no le quedaba otra opción.

—Me aseguraré de que lo primero que hagan mañana sea sacarte de aquí, ¿vale?

Ella sonrió para hacerle sentir mejor.

—¿Me lo prometes?

—Prometido —Thomas se dio unos golpecitos en la sien derecha—. Y si te sientes sola, puedes hablarme con tu... truco todo lo que quieras. Intentaré responderte.

Ya lo había aceptado y casi quería que lo hiciera. Sólo esperaba saber cómo contestarle para poder mantener una conversación.

No tardarás en conseguirlo —le aseguró Teresa en su mente.

—Ojalá.

Se quedó allí, sin ningunas ganas de marcharse. En absoluto.

—Será mejor que te vayas —dijo la muchacha—. No quiero que te maten brutalmente por mi culpa.

Thomas se las arregló para sonreír al oír sus palabras.

—Muy bien. Hasta mañana.

Y, antes de que pudiera cambiar de opinión, se escabulló por una esquina hacia la puerta principal de la Hacienda, justo cuando el último par de clarianos entraba y Newt los empujaba como si fuesen gallinas descarriadas. Thomas también entró, seguido de Newt, que cerró la puerta detrás de él.

Justo antes de que pasara el pestillo, Thomas creyó oír el primer gemido estremecedor de los laceradores, que venían de algún sitio del interior del Laberinto.

La noche había empezado.

Capítulo 38

Normalmente, la mayoría dormía fuera, así que meter todos aquellos cuerpos en la Hacienda hizo que todos estuvieran muy apretados. Los guardianes habían organizado y distribuido a los clarianos por las habitaciones, con mantas y almohadas. A pesar del número de personas y del caos que suponía aquel cambio, un silencio inquietante acompañaba las actividades, como si nadie quisiera llamar la atención.

Para cuando todos estuvieron instalados, Thomas ya se encontraba arriba con Newt, Alby y Minho, y por fin pudieron terminar la discusión que habían empezado antes en el patio. Alby y Newt estaban sentados en la única cama de la habitación. Thomas y Minho se sentaron junto a ellos en unas sillas. Los otros muebles eran un tocador de madera inclinado y una mesa pequeña sobre la que había una lámpara que les daba toda la luz que tenían. La oscuridad gris parecía presionar en la ventana desde fuera, con promesas de que algo malo iba a llegar.

—Es lo más cerca que he estado de tirar la toalla —estaba diciendo Newt—, de mandarlo todo a la clonc y darle a un lacerador un beso de buenas noches. Nos quitan las provisiones, el maldito cielo se vuelve gris y los muros no se cierran. Pero no podemos rendirnos, y todos lo sabemos. Los cabrones que nos enviaron aquí o nos quieren ver muertos o nos están dando un empujón. Sea una cosa u otra, tenemos que ponernos a currar hasta que estemos muertos o no.

Thomas asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Estaba totalmente de acuerdo, pero no tenía ninguna idea concreta sobre qué hacer. Si sobrevivían a aquella noche, quizá Teresa y él pudieran pensar en algo para ayudar.

Thomas miró a Alby, que tenía la vista clavada en el suelo, al parecer perdido en sus propios pensamientos sombríos. Su rostro aún reflejaba un cansado aspecto de depresión, con los ojos hundidos y vacíos. El Cambio hacía honor a su nombre, teniendo en cuenta lo que le había hecho.

—¿Alby? —le llamó Newt—. ¿Vas a arrimar el hombro?

Alby levantó la vista y la sorpresa le atravesó el rostro como si no hubiera advertido que había alguien más en la habitación.

—¿Eh? Ah, sí. Bien. Pero ya habéis visto lo que pasa por la noche. Sólo porque ese puñetero verducho con superpoderes lo haya logrado no significa que el resto de nosotros podamos.

Thomas puso los ojos en blanco en dirección a Minho. Estaba harto de la actitud de Alby. Si Minho sentía lo mismo, consiguió ocultarlo muy bien.

—Estoy con Thomas y Newt. Tenemos que dejar de lloriquear y compadecernos de nosotros mismos —se restregó las manos y se inclinó hacia delante en la silla—. Mañana por la mañana lo primero que haremos será formar equipos que estudien los

mapas durante todo el día mientras los corredores salimos al Laberinto. Prepararemos nuestras cosas y llenaremos nuestras mochilas hasta los topes para poder pasar allí unos cuantos días.

—¿Qué? —exclamó Alby, y su voz por fin mostró alguna emoción—. ¿A qué te refieres con «días»?

—Pues a días. Con las puertas abiertas y sin atardecer, no tiene sentido volver aquí. Ha llegado la hora de quedarse allí para ver si se abre algo cuando las paredes se mueven. Si es que se mueven.

—Ni hablar —espetó Alby—. Tenemos la Hacienda para escondernos y, si eso no funciona, nos quedan la Sala de Mapas y el Trullo. ¡No podemos pedirle a la gente que salga ahí a morir, Minho! ¿Quién se va a ofrecer voluntario?

—Yo —respondió Minho—. Y Thomas.

Todos miraron a Thomas y él se limitó a asentir. Aunque le daba un miedo de muerte, explorar el Laberinto —explorarlo de verdad— era algo que quería hacer desde la primera vez que supo de su existencia.

—Yo iré si tengo que hacerlo —se ofreció Newt, para sorpresa de Thomas. Aunque nunca hablaba de ello, la cojera del chico era un recordatorio constante de que algo horrible le había pasado en el Laberinto—. Y estoy seguro de que todos los corredores también lo harán.

—¿Con la pierna así? —preguntó Alby, y una risa cruel escapó de sus labios.

Newt frunció el entrecejo y miró el suelo.

—Bueno, no les voy a pedir a los clarianos que hagan algo que yo no esté dispuesto a hacer.

Alby retrocedió sobre la cama y subió los pies.

—Me da igual. Haz lo que quieras.

—¿Que haga lo que quiera? —repitió Newt, levantándose—. ¿Qué te pasa, macho? ¿Me estás diciendo que tenemos otra opción? ¿Acaso tenemos que quedarnos sentados y esperar a que los laceradores se nos cepillen?

Thomas quiso levantarse y aplaudir; estaba seguro de que Alby al final dejaría aquella actitud pesimista. Pero su líder, por lo visto, no estaba nada afectado ni tenía cargo de conciencia:

—Bueno, a mí me parece mejor que correr hacia ellos.

Newt volvió a sentarse.

—Alby, tienes que empezar a razonar.

Aunque le costaba mucho admitirlo, Thomas sabía que necesitaban a Alby si querían conseguir algo. Los clarianos le observaron. Al final, Alby respiró hondo y les miró a todos, uno a uno.

—Tíos, sabéis que estoy jodido. En serio, lo... siento. Ya no debería ser vuestro estúpido líder.

Thomas contuvo la respiración. No podía creerse que Alby acabara de decir aquello.

—Ay, maldito... —empezó a exclamar Newt.

—¡No! —gritó Alby, y su cara reflejó humildad, rendición—. No me refiero a eso. Escúchame. No estoy diciendo que tengamos que cambiar ni nada de esa clonc. Sólo digo que... Creo que tengo que dejar que toméis por mí las decisiones. No me fío de mí mismo. Así que... sí, haced lo que queráis.

Thomas vio que Minho y Newt estaban tan sorprendidos como él.

—Eh... vale —dijo Newt despacio, como si no estuviese seguro—. Haremos que funciones, te lo prometo. Ya lo verás.

—Sí—masculló Alby. Después de una larga pausa, habló con un extraño entusiasmo en la voz—: Eh, os diré lo que haremos: Ponedme a cargo de los mapas. Haré que todos los puñeteros clarianos se maten a estudiar esas cosas.

—Por mí, bien —asintió Minho.

Thomas quiso mostrarse de acuerdo, pero no sabía si le correspondía decir algo. Alby puso de nuevo los pies en el suelo y se incorporó.

—¿Sabéis?, es una estupidez dormir aquí esta noche. Deberíamos estar en la Sala de Mapas, trabajando.

Thomas pensó que aquella era la cosa más inteligente que había oído decir a Alby en mucho tiempo. Minho se encogió de hombros.

—Seguramente tengas razón.

—Bueno..., pues iré —dijo Alby con un gesto de seguridad—. Ahora mismo.

Newt negó con la cabeza.

—Olvídalo, Alby. Ya he oído a los laceradores gemir por ahí. Podemos esperar hasta que despertemos.

Alby se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas.

—Eh, sois vosotros los que me estáis animando. No empecéis a lloriquear cuando estoy escuchando de verdad. Si voy a hacerlo, tengo que hacerlo, ser el antiguo yo. Necesito algo en lo que concentrarme.

El alivio invadió a Thomas. Se había hartado de toda aquella controversia. Alby se levantó.

—En serio, necesito hacerlo —fue hacia la puerta como si de verdad quisiera marcharse.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Newt—. ¡No puedes salir ahora!

—Voy a ir y punto —Alby cogió las llaves de su bolsillo y las sacudió con sorna. Thomas no podía creerse aquel valor repentino—. Nos vemos por la mañana, pingajos. Y se marchó.

•••



Era raro saber que avanzaba la noche, que la oscuridad tenía que haberse tragado el mundo que les rodeaba, pero afuera tan sólo se veía una pálida luz gris. Thomas se sentía raro, como si las ganas de dormir, que aumentaban sin cesar conforme pasaban los minutos, de algún modo no fuesen naturales.

Los demás clarianos se instalaron y se acostaron con sus mantas y sus almohadas para lograr la imposible tarea de dormir. Nadie hablaba mucho; los ánimos estaban apagados, por los suelos. Lo único que se oía eran pies arrastrándose y susurros.

Thomas intentó con todas sus fuerzas ponerse a dormir, pues así pasaría el tiempo más rápido, pero al cabo de dos horas seguía sin tener suerte. Estaba tumbado en el suelo de una de las habitaciones del primer piso, sobre una manta gruesa, metido allí dentro con varios clarianos, casi pegados cuerpo a cuerpo. La cama se la había quedado Newt.

Chuck había acabado en otra habitación y, por algún motivo, Thomas se lo imaginaba acurrucado en un rincón oscuro, llorando, apretando las mantas contra su pecho como si fueran un oso de peluche. Aquella imagen entristeció tanto al muchacho que intentó reemplazarla, pero fue en vano.

Casi todos tenían una linterna a su lado en caso de emergencia. Por otro lado, Newt había ordenado que apagaran todas las luces, a pesar del resplandor pálido y mortecino de su nuevo cielo; no tenía sentido atraer más atención de la necesaria. Todo lo que se podía preparar con tan poco tiempo contra el ataque de los laceradores se había hecho: se habían cerrado las ventanas con tablas, se habían colocado los muebles delante de las puertas, se habían repartido cuchillos para usarlos como armas...

Pero nada de aquello hacía que Thomas se sintiera a salvo. El hecho de saber lo que podía ocurrir era agobiante, un manto asfixiante de miedo y sufrimiento que empezaba a cobrar vida. Casi deseaba que aquellos cabrones llegaran y acabaran con todo. La espera era insoportable. Los gemidos distantes de los laceradores se iban acercando a medida que la noche avanzaba, y cada minuto parecía durar más que el anterior.

Pasó otra hora. Y otra. Al final, le llegó el sueño, pero en condiciones lamentables. Thomas supuso que eran las dos de la madrugada cuando se dio la vuelta para ponerse bocabajo por millonésima vez aquella noche. Colocó las manos bajo la barbilla y se quedó mirando los pies de la cama, casi una sombra bajo aquella luz tenue.

Entonces, todo cambió.

Una avalancha de maquinaria motorizada se oyó en el exterior, seguida de los

familiares chasquidos de los laceradores rodando sobre el suelo de piedra, como si alguien hubiera esparcido un puñado de clavos. Thomas se puso de pie enseguida, como casi todos los demás.

Pero Newt se levantó antes que nadie y empezó a hacer señas con los brazos; luego, silenció a la habitación poniéndose un dedo en los labios. Sin forzar la pierna mala, caminó de puntillas hasta la ventana, que estaba tapada con tres tablones clavados a toda prisa. Los espacios entre ellos permitían asomarse para ver lo que ocurría fuera. Con cuidado, Newt echó un vistazo y Thomas se acercó hasta allí para hacer lo mismo.

Se agachó junto a Newt, apoyado en el tablón de madera más bajo, colocando el ojo en la rendija. Era aterrador estar tan cerca de la pared. Pero lo único que vio fue el Claro. No había bastante sitio para mirar arriba, abajo o a los lados; sólo al frente. Al cabo de un minuto, más o menos, se dio por vencido y volvió a sentarse con la espalda apoyada en la pared. Newt también se apartó de la ventana y se sentó en la cama.

Pasaron unos cuantos minutos más; varios sonidos de los laceradores penetraban las paredes cada diez o veinte segundos. El ruido de los motores venía seguido de un chirrido del metal girando. El chasquido de los pinchos contra la dura piedra. Cosas rompiéndose, abriéndose y partiéndose. Cada vez que oía algo, Thomas se encogía lleno de miedo. Sonaba como si fuera hubiese tres o cuatro. Por lo menos.

Oía cómo los retorcidos animales-máquina se acercaban todavía más y esperaban en los bloques de piedra que tenían debajo. No había más que zumbidos y traqueteos metálicos.

A Thomas se le secó la boca. Los había visto cara a cara, se acordaba de todo demasiado bien; tuvo que recordarse respirar. Los demás en la habitación estaban callados; nadie hacía ningún ruido. El miedo parecía flotar en el aire como una tormenta de nieve negra.

Uno de los laceradores sonó como si estuviera moviéndose hacia la casa. Entonces, de repente, el chasquido de sus pinchos contra la piedra se convirtió en un sonido más profundo y apagado. Thomas se lo imaginó: los pinchos de la criatura hundiéndose en los laterales de madera de la Hacienda, aquel bicho enorme rodando su cuerpo, subiendo a la habitación, desafiando la gravedad con su fuerza. Thomas oyó cómo los pinchos de los laceradores hacían añicos la madera que se ponía en su camino mientras se desenganchaban y rotaban para agarrarse de nuevo. Todo el edificio tembló.

Los crujidos y chasquidos de la madera se convirtieron en los únicos ruidos del mundo para Thomas, que estaba aterrado. Cada vez eran más fuertes y estaban más cerca. El resto de chicos se hallaba al otro lado de la habitación, lo más apartado posible de la ventana. Thomas terminó por hacer lo mismo con Newt a su lado. Todos

se acurrucaron en la pared más lejana, con la vista clavada en la ventana.

Justo cuando ya no aguantaban más, justo cuando Thomas advirtió que el lacerador estaba al otro lado de la ventana, todo quedó en silencio. Thomas casi oía los latidos de su propio corazón.

Unas luces parpadearon en el exterior y proyectaron unos rayos extraños a través de las rendijas de las tablas de madera. Entonces, una fina sombra interrumpió la luz y se movió adelante y atrás. Thomas supo que las sondas y las armas del lacerador habían salido en busca de un festín. Se imaginó las cuchillas escarabajo ahí fuera, ayudando a las criaturas a encontrar su camino. Unos minutos más tarde, la sombra se detuvo; la luz se quedó quieta, proyectando tres planos inmóviles de brillo en la habitación.

Había una gran tensión en el ambiente. Thomas no oía a nadie respirar. Pensó que en las otras habitaciones de la Hacienda debía de estar produciéndose la misma situación. Luego se acordó de que Teresa se encontraba en el Trullo.

Estaba deseando que ella le dijera algo cuando la puerta que daba al pasillo se abrió de golpe. Unos gritos de sorpresa inundaron la habitación. Los clarianos esperaban que entrara algo por la ventana, no detrás de ellos. Thomas se dio la vuelta para ver quién había abierto la puerta, esperando que fuera Chuck, aterrorizado, o, quizás, Alby, que hubiese recapacitado. Pero, al ver quién estaba allí, el cráneo pareció contraérsele y estrujarle el cerebro por la impresión.

Era Gally.

Capítulo 39

Los ojos de Gally ardían de locura. Tenía la ropa hecha jirones y estaba sucio. Se dejó caer de rodillas y permaneció allí, con el pecho sacudiéndosele por la agitada respiración. Echó un vistazo a la habitación como un perro rabioso que busca a quién morder. Nadie pronunció palabra. Era como si todos creyeran, al igual que Thomas, que Gally sólo era producto de su imaginación.

—¡Os matarán! —gritó Gally, con babas volando por todos sitios—. ¡Los laceradores os matarán a todos, uno cada noche hasta que se haya acabado!

Thomas observó estupefacto cómo Gally se ponía de pie tambaleándose y avanzaba, arrastrando la pierna derecha con una fuerte cojera. Nadie en la habitación movió un músculo mientras le miraban, sin duda demasiado atónitos para hacer nada. Hasta Newt estaba boquiabierto. Thomas tenía casi más miedo de la visita sorpresa que de los laceradores al otro lado de la ventana.

Gally se detuvo a unos pasos frente a Thomas y Newt, y señaló a Thomas con un dedo lleno de sangre.

—Tú —espetó con un aire despectivo tan acusado que pasó por completo de cómico a perturbador—, ¡es todo culpa tuya!

Sin previo aviso, apretó la mano izquierda hasta convertirla en un puño para intentar pegar a Thomas y le dio en la oreja. El muchacho gritó y se cayó, más por la sorpresa que por el daño. Se puso de pie como pudo en cuanto tocó el suelo.

Finalmente, Newt salió de su aturdimiento y empujó a Gally, que retrocedió a trompicones hasta caer encima del escritorio que había junto a la ventana. La lámpara se volcó y cayó al suelo, donde se rompió en mil pedazos. Thomas supuso que Gally contraatacaría, pero se irguió y miró a todos con sus ojos de loco.

—No puede resolverse —dijo con una voz calmada y distante que daba miedo—. El fuco Laberinto os matará a todos, pingajos... Os matarán los laceradores..., uno cada noche hasta que se acabe... Yo... Es mejor así... —bajó la vista al suelo—. Sólo matarán a uno por noche... Sus estúpidas Variables...

Thomas escuchó sobrecogido, intentando contener su miedo para poder memorizar todo lo que decía el chico desquiciado. Newt dio un paso adelante.

—Gally, cierra el maldito pico. Hay un lacerador al otro lado de la ventana. Siéntate y cállate; tal vez se marche.

Gally alzó la vista con los ojos entrecerrados.

—No te enteras, Newt. Eres demasiado estúpido, siempre has sido demasiado estúpido. No hay salida. ¡No hay manera de ganar! ¡Os van a matar a todos, uno a uno!

Al gritar la última palabra, Gally se arrojó contra la ventana y empezó a arrancar las tablas de madera como un animal salvaje que intenta escapar de una jaula. Antes

de que Thomas o cualquier otro pudiera reaccionar, ya había sacado un tablón, que tiró al suelo.

—¡No! —gritó Newt, y corrió hacia él.

Thomas le siguió para ayudarlo, sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

Gally arrancó la segunda tabla justo cuando Newt le alcanzó. La echó hacia atrás con ambas manos, le dio a Newt en la cabeza y lo lanzó sobre la cama, donde un poco de sangre salpicó las sábanas. Thomas se detuvo de golpe y se preparó para luchar.

—¡Gally! —gritó Thomas—. ¿Qué estás haciendo?

El chico escupió al suelo, jadeando como un perro sin aliento.

—¡Cállate la fuca boca, Thomas! ¡Cállate! Sé quién eres, pero ya no me importa. Sólo hago lo correcto.

Thomas notó como si tuviera los pies pegados al suelo. Se sentía totalmente desconcertado por lo que Gally estaba diciendo. Vio cómo el chico arrancaba la última tabla. En cuanto el trozo de madera del que se había deshecho tocó el suelo, el vidrio de la ventana explotó hacia dentro como un enjambre de avispas de cristal. Thomas se tapó la cara y se tiró al suelo, arrastrándose con las piernas lo máximo posible. Cuando chocó contra la cama, se preparó y alzó la vista para ver cómo acababa su mundo.

El cuerpo palpitante y bulboso de un lacerador se retorció a través de la ventana destrozada, con sus brazos metálicos repletos de tenazas que se abrían y cerraban en todas las direcciones. Thomas estaba tan asustado que apenas se había dado cuenta de que los que estaban en la habitación habían salido huyendo por el pasillo; todos, excepto Newt, que se hallaba inconsciente, tumbado sobre la cama.

Paralizado, Thomas observó cómo uno de los largos brazos del lacerador se extendía hacia el cuerpo inmóvil. Eso fue todo lo que le hizo falta para librarse del miedo. Se puso de pie enseguida y buscó un arma en el suelo a su alrededor. Lo único que vio fueron cuchillos, y ahora no le servían de ayuda. El pánico le inundó y le consumió.

Entonces Gally se puso a hablar de nuevo y el lacerador echó hacia atrás su brazo, como si lo necesitara para observar y escuchar. Pero su cuerpo seguía agitándose, para seguir avanzando hacia el interior.

—¡Nadie lo entiende! —gritaba el chico por encima del espantoso ruido de la criatura, que se abría camino cada vez más hacia el interior de la Hacienda y destrozaba la pared en mil pedazos—. ¡Nadie entiende lo que he visto, lo que me hizo el Cambio! ¡No vuelvas al mundo real, Thomas! ¡No querrás... recordar!

Gally le lanzó a Thomas una larga mirada de angustia, con los ojos llenos de terror; luego se dio la vuelta y se echó hacia el retorcido cuerpo del lacerador. Thomas dio un grito mientras observaba cómo todos los brazos extendidos del

monstruo se retraían de inmediato para agarrar los brazos y las piernas de Gally, de modo que ni pudiera escapar ni ser rescatado. El cuerpo del chico se hundió varios centímetros en la carne blanda de la criatura con un espantoso ruido de succión. Entonces, a una velocidad pasmosa, el lacerador salió por el marco roto de la ventana y comenzó a descender hacia el suelo.

Thomas corrió hasta el agujero irregular y miró hacia abajo justo a tiempo de ver el lacerador aterrizar y desaparecer rodando. El cuerpo de Gally aparecía y desaparecía mientras aquel bicho avanzaba. Las luces del monstruo brillaban con fuerza, proyectando un extraño resplandor amarillo por la piedra de la Puerta Oeste, por donde el lacerador salió hacia las profundidades del Laberinto. Después, unos segundos más tarde, varios laceradores fueron tras él, zumbando y chasqueando como si celebrasen su victoria.

Thomas se encontraba tan mal que hasta tenía ganas de vomitar. Empezó a apartarse de la ventana, pero algo en el exterior atrajo su atención. Enseguida se asomó para verlo mejor. Una figura corría por el patio del Claro hacia la salida por la que se habían llevado a Gally.

A pesar de la poca luz que había, Thomas se dio cuenta inmediatamente de quién era. Gritó para que se detuviera, pero era demasiado tarde.

Minho, corriendo a toda velocidad, desapareció en el Laberinto.

Capítulo 40

Las luces brillaban por toda la Hacienda. Los clarianos corrían de un lado a otro, todos hablando al mismo tiempo. Un par de chicos lloraba en un rincón. Reinaba el caos.

Thomas lo ignoró todo. Corrió hacia el pasillo y bajó los escalones de tres en tres. Se abrió paso entre un grupo que había en el vestíbulo, salió de la Hacienda y se dirigió como una flecha hacia la Puerta Oeste. Se paró de golpe en la entrada al Laberinto cuando su instinto le obligó a pensárselo dos veces. A su espalda, Newt le llamó y retrasó su decisión.

—¡Minho ha ido ahí fuera! —gritó cuando Newt le alcanzó, con una toalla pequeña haciendo presión sobre la herida de la cabeza. Una mancha de sangre se había filtrado en el tejido blanco.

—Lo he visto —dijo Newt, retirándose la toalla para mirarla; hizo una mueca y volvió a ponérsela—. Foder, esto duele un huevo. Minho debe de haber perdido su última neurona, por no mencionar a Gally. Siempre he sabido que estaba loco.

Thomas sólo podía pensar en Minho.

—Voy a buscarle.

—¿Es hora de volver a ser un maldito héroe?

Thomas miró a Newt con cara de pocos amigos, dolido por la reprimenda.

—¿Crees que lo hago para impresionaros? Por favor, pingajo. Lo único que importa es salir de aquí.

—Sí, bueno, eres un tipo duro. Pero ahora mismo tenemos problemas más serios.

—¿Qué? —Thomas sabía que, si quería alcanzar a Minho, no tenía tiempo para aquello.

—Alguien... —empezó a decir Newt.

—¡Ahí está! —gritó Thomas. Minho acababa de doblar una esquina e iba directo hacia ellos. Thomas ahuecó las manos alrededor de su boca—. ¡¿Qué haces, idiota?!

Minho esperó hasta que volvió a atravesar la puerta, luego se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas y respiró con dificultad antes de contestar.

—Sólo... quería... asegurarme.

—¿Asegurarte de qué? —preguntó Newt—. Has tenido suerte de que no se te llevarán como a Gally.

Minho se irguió y se puso las manos en las caderas, todavía con la respiración afectada.

—¡Cortad el rollo, chicos! Sólo quería ver si iban hacia el Precipicio. Hacia el Agujero de los Laceradores.

—¿Y? —dijo Thomas.

—¡Bingo! —Minho se limpió el sudor de la frente.

—No me lo puedo creer —murmuró Newt casi en un susurro—. Menuda noche.

Thomas trató de pensar en el Agujero y en qué significaba todo aquello, pero no podía quitarse de la cabeza lo que Newt estaba a punto de decir antes de que viera a Minho regresar.

—¿Qué estabas a punto de contarme? —inquirió—. Has dicho que teníamos problemas...

—Sí —Newt señaló con el pulgar por encima del hombro—. Aún puede verse el puñetero humo.

Thomas miró en aquella dirección. La pesada puerta metálica de la Sala de Mapas estaba entornada y una fina estela de humo negro se elevaba hacia el cielo gris.

—Alguien ha quemado los baúles de los mapas —dijo Newt—. Hasta el último de ellos.

• • •



Por alguna razón, a Thomas no le importaba mucho lo de los mapas. De todos modos, parecían inútiles. Estaba al otro lado de la ventana del Trullo, después de separarse de Newt y Minho, que habían ido a investigar el sabotaje de la Sala de Mapas. Thomas se había dado cuenta de la extraña mirada que habían intercambiado antes de marcharse, casi como si se comunicaran un secreto con los ojos. Pero él sólo podía pensar en una cosa:

—¿Teresa? —la llamó.

Su cara apareció; se restregó los ojos con las manos.

—¿Han matado a alguien? —preguntó, un poco dormida.

—¿Estabas durmiendo? —inquirió Thomas. Se sintió aliviado, relajado, al ver que parecía estar bien.

—Sí —respondió—, hasta que oí que algo se hacía pedazos en la Hacienda. ¿Qué ha pasado?

Thomas negó con la cabeza, sin dar crédito.

—No sé cómo has podido dormir con el ruido que hacían todos esos laceradores.

—Si alguna vez te despiertas de un coma, ya verás cómo puedes.

Responde a mi pregunta —dijo dentro de su cabeza.

Thomas parpadeó, por un instante sorprendido por la voz, ya que hacía rato que la chica no le hablaba mentalmente.

—Corta ya ese rollo.

—Dime lo que ha pasado.

Thomas suspiró. Era una historia muy larga y no le apetecía contarla todo.

—No conoces a Gally, pero es un chaval que está como una cabra y huyó hace unos días. Apareció, saltó encima de un lacerador y entraron los dos en el Laberinto. Fue muy raro —todavía no podía creerse que hubiera ocurrido de verdad.

—Que ya es decir mucho —añadió Teresa.

—Sí —miró detrás de él, con la esperanza de ver a Alby por algún lado, seguro de que ahora soltaría a la chica. Los clarianos estaban esparcidos por todo el complejo, pero no había ni rastro de su líder. Volvió a mirar a Teresa—. No lo entiendo. ¿Por qué se han marchado los laceradores después de llevarse a Gally? Dijo algo de que matarían a un chico por noche hasta que estuviésemos todos muertos. Lo dijo por lo menos dos veces.

Teresa pasó las manos por entre los barrotes y apoyó los antebrazos en el alféizar de cemento.

—¿Sólo uno cada noche? ¿Por qué?

—No lo sé. También dijo que tenía que ver con... unas pruebas. O unas variables. Algo así.

Thomas sentía el mismo impulso que la noche anterior: quería cogerla de las manos, aunque se contuvo.

—Tom, he estado pensando sobre lo que me comentaste que dije. Que el Laberinto era un código. Al estar aquí encerrada, el cerebro se pone a funcionar.

—¿Qué crees que significa?

Sumamente interesado, trató de ignorar los gritos y el parloteo que comenzaron a oírse por todo el Claro a medida que los demás iban descubriendo que alguien había quemado la Sala de Mapas.

—Bueno, las paredes se mueven todos los días, ¿no?

—Sí.

Parecía que de verdad había averiguado algo.

—Y Minho opina que siguen un patrón, ¿verdad?

—Sí.

Los engranajes empezaron a funcionar también en la cabeza de Thomas, casi como si un recuerdo empezara a desatarse.

—Bien, no me acuerdo de por qué te dije lo del código. Sé que, cuando estaba saliendo del coma, daban vueltas en mi mente muchas ideas y recuerdos, como si pudiera sentir cómo alguien me la vaciaba, absorbiéndolo todo. Y sentí que tenía que decir lo del código antes de que lo perdiera. Así que debe de haber una razón importante.

Thomas apenas la oía. Estaba esforzándose mucho por pensar.

—Siempre comparan las secciones del mapa con las del día anterior y el día anterior a ese, y así sucesivamente, todos los días; cada corredor analiza su sección. ¿Y si se supone que deberían comparar los mapas con los de las otras secciones...?

—se calló porque tuvo la sensación de estar a punto de llegar a algún sitio.

Teresa parecía ignorarle y continuaba con sus propias teorías:

—La palabra *código* me hace pensar en letras. En las letras del alfabeto. A lo mejor, el Laberinto está intentando deletrear algo.

Todo encajó tan rápido en la mente de Thomas que casi oyó un clic, como si las piezas se colocaran en su sitio todas a la vez.

—Tienes razón, ¡tienes razón! Pero los corredores lo han estado mirando mal todo este tiempo. ¡Lo han estado analizando de forma equivocada!

Teresa se agarró a los barrotes y los nudillos se le pusieron blancos; apretó la cara contra las barras de hierro.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Thomas se aferró a las dos barras que había junto a las que ella sujetaba y se acercó lo bastante como para olería; un aroma sorprendentemente agradable a sudor y a flores.

—Minho dijo que los patrones se repetían, sólo que no habían averiguado qué significaba. Pero siempre los habían estudiado sección por sección, comparando un día con el siguiente. ¿Y si cada día es una pieza distinta del código y se supone que tienen que usar las ocho secciones juntas de algún modo?

—¿Crees que tal vez cada día revela una palabra? —preguntó Teresa—. ¿Con los movimientos de los muros?

Thomas hizo un gesto de asentimiento.

—Quizás una letra al día, no sé. Pero siempre han creído que los movimientos revelarían la manera de escapar, no que deletrearían algo. Lo estudiaban como un mapa, no como la imagen de algo. Tenemos que... —entonces se calló al recordar lo que le acababa de decir Newt—. Oh, no.

Los ojos de Teresa brillaron de preocupación.

—¿Qué pasa?

—Oh, no, oh, no, oh, no...

Thomas soltó los barrotes y retrocedió un paso a trompicones cuando se dio cuenta. Se dio la vuelta hacia la Sala de Mapas. El humo había disminuido, pero aún salía por la puerta, una nube oscura y neblinosa que tapaba toda la zona.

—¿Qué pasa? —repitió Teresa, que no veía la Sala de Mapas desde aquel ángulo.

Thomas volvió a mirarla.

—No creía que importase...

—¡Qué! —insistió ella.

—Alguien ha quemado todos los mapas. Si había un código, ya no está.

Capítulo 41

—Volveré —dijo Thomas, y se dio la vuelta para marcharse. Sentía el estómago lleno de ácido—. Tengo que encontrar a Newt y ver si algunos de los mapas se han salvado.

—¡Espera! —chilló Teresa—. ¡Sácame de aquí!

Pero no había tiempo, y Thomas se sintió fatal por ello.

—No puedo... Volveré, te lo prometo.

Se dio la vuelta antes de que ella pudiese protestar y echó a correr hacia la Sala de Mapas y su oscura y brumosa nube de humo. Unas agujas de dolor le pincharon por dentro. Si Teresa tenía razón y habían estado tan cerca de llegar a algún tipo de pista para salir de allí, verlo perderse literalmente en las llamas era tan preocupante que hasta dolía.

Lo primero que Thomas vio al llegar fue a un grupo de clarianos apiñados junto a la puerta de acero, que aún estaba entreabierta y tenía el borde ennegrecido por el hollín. Pero, al acercarse más, se dio cuenta de que estaban rodeando algo que había en el suelo y todos lo miraban. Allí en medio vio a Newt, arrodillado, inclinado sobre un cuerpo.

Minho estaba detrás de él; parecía sucio y consternado, y fue el primero en advertir la presencia de Thomas.

—¿Adonde has ido? —preguntó.

—A hablar con Teresa. ¿Qué ha pasado?

Esperó ansioso el siguiente montón de malas noticias. Minho arrugó la frente por el enfado.

—Nuestra Sala de Mapas se incendia, ¿y tú te vas corriendo a hablar con tu fuca novia? ¿Tú de qué vas?

Thomas sabía que la reprimenda debería haberle afectado, pero su mente estaba demasiado preocupada.

—No creo que eso importe ya. Si no habíais averiguado para qué eran los mapas...

Minho parecía indignado, y la luz pálida y el humo hacían que su rostro fuera casi siniestro.

—Sí, es justo el mejor momento para rendirse. ¿Qué demo...?

—Lo siento. Cuéntame qué ha pasado.

Thomas se apoyó en el hombro de un chico delgaducho que había delante de él para echar un vistazo al cuerpo tendido en el suelo.

Era Alby; estaba boca arriba, con un enorme corte en la frente. La sangre le caía por ambos lados de la cabeza y también hacia los ojos, donde se acumulaba. Newt se la estaba limpiando con un trapo húmedo, con cuidado, y le susurraba preguntas

demasiado bajo para oírlos. Thomas, preocupado por Alby a pesar de su reciente mal humor, se volvió hacia Minho y repitió su pregunta.

—Winston le encontró aquí fuera, medio muerto, y con la Sala de Mapas ardiendo. Algunos pingajos entraron y sofocaron el fuego, pero era demasiado tarde. Todos los baúles se han quemado hasta volverse cenizas. Al principio, sospeché de Alby, pero fuera quien fuera el que hizo esto le golpeó la fuca cabeza contra la mesa, ya ves dónde. Es asqueroso.

—¿Quién crees que lo ha hecho?

Thomas dudó si debía contarle el posible descubrimiento que Teresa y él habían hecho. Sin mapas, era discutible.

—Tal vez fue Gally antes de presentarse en la Hacienda y volverse loco. O quizás los laceradores. Ni lo sé ni me importa. Da igual.

A Thomas le sorprendió el repentino cambio de actitud.

—Y ahora, ¿quién es el que se rinde?

La cabeza de Minho se levantó con tanta rapidez que Thomas retrocedió un paso. Vio una ligera expresión de ira que enseguida se convirtió en sorpresa o confusión.

—No me refiero a eso, pingajo.

Thomas entrecerró los ojos, lleno de curiosidad.

—¿Qué...?

—Mantén el pico cerrado de momento —Minho se llevó los dedos a los labios y miró a su alrededor para ver si alguien le estaba observando—. Tú mantén el pico cerrado. Lo sabrás muy pronto.

Thomas respiró hondo y se quedó reflexionando. Si esperaba que los demás fueran honestos, él también tenía que serlo, así que decidió compartir lo del posible código del Laberinto, hubiera mapas o no.

—Minho, necesito contaros algo a ti y a Newt. Y tenemos que soltar a Teresa. Seguro que se está muriendo de hambre y puede servirnos de ayuda.

—Lo último que me preocupa es esa estúpida chica.

Thomas ignoró el insulto.

—Danos unos minutos, tenemos una idea. Quizá funcione si hay suficientes corredores que recuerden sus mapas.

Aquello pareció atraer la atención de Minho, pero seguía habiendo una expresión rara en su rostro, como si Thomas estuviera saltándose algo evidente.

—¿Qué idea?

—Venid conmigo al Trullo. Newt y tú.

Minho se quedó pensando un segundo.

—¡Newt! —le llamó.

—¿Sí?

Newt se levantó y volvió a doblar el trapo ensangrentado en busca de algún trozo

limpio. Thomas se dio cuenta de que estaba totalmente manchado de rojo. Minho señaló a Alby.

—Dejemos que los mediqueros se ocupen de él. Tenemos que hablar.

Newt le lanzó una mirada inquisidora y, después, le dio el trapo al clariano más próximo.

—Ve a buscar a Clint y dile que tenemos problemas más gordos que chicos con astillas clavadas —cuando el chico se marchó corriendo para hacer lo que le habían mandado, Newt se apartó de Alby—. ¿De qué tenemos que hablar?

Minho señaló a Thomas con la cabeza, pero no dijo nada.

—Venid conmigo —dijo Thomas.

Luego se dio la vuelta y se dirigió al Trullo sin esperar una respuesta.

• • •



—Sacadla de ahí —Thomas estaba junto a la celda, con los brazos cruzados—. Soltadla y después hablaremos. Confiad en mí: vais a querer oírlo.

Newt estaba cubierto de hollín y suciedad y tenía el pelo apelmazado por el sudor. No parecía estar de muy buen humor.

—Tommy, esto es...

—Por favor. Tú ábrela, sácala de ahí —no podía rendirse esta vez.

Minho estaba delante de la puerta con las manos en las caderas.

—¿Cómo vamos a confiar en ella? —preguntó—. En cuanto se despertó, todo este lugar se hizo pedazos. Hasta ha admitido que ha provocado algo.

—Tiene razón —asintió Newt.

Thomas señaló a Teresa a través de la puerta.

—Podemos confiar en ella. Cada vez que hablamos, es sobre cómo podemos salir de aquí. La han enviado igual que a todos nosotros. Es una tontería pensar que es la responsable de esto.

Newt refunfuñó.

—Entonces, ¿qué coño quería decir con que ha provocado algo?

Thomas se encogió de hombros; se negaba a admitir que Newt tenía razón en eso. Tenía que haber una explicación.

—Quién sabe. Su mente estaba haciendo cosas muy raras cuando despertó. Quizá todos pasamos por lo mismo en la Caja y dijimos incoherencias antes de despertarnos del todo. Tú sácala de ahí.

Newt y Minho intercambiaron una larga mirada.

—Venga —insistió Thomas—. ¿Qué va a hacer, salir corriendo y apuñalar a todos

los clarianos hasta matarnos? Vamos.

Minho suspiró.

—Muy bien. Deja que salga esa tonta.

—¡Yo no soy tonta! —gritó Teresa con una voz amortiguada por las paredes—. ¡Estoy oyendo todo lo que decís, imbéciles!

Newt abrió los ojos de par en par.

—Qué chica más dulce has elegido, Tommy.

—Date prisa —repuso Thomas—. Estoy seguro de que tenemos mucho que hacer antes de que los laceradores vuelvan esta noche, si es que no vienen por el día.

Newt resopló y se acercó al Trullo mientras sacaba las llaves. Unos tintineos más tarde, la puerta se abrió.

—Vamos.

Teresa salió del pequeño edificio y fulminó a Newt con la mirada al pasar junto a él. Le lanzó la misma mirada desagradable a Minho y, luego, se detuvo al lado de Thomas. Su brazo rozó el del chico, que notó un cosquilleo y se sintió muy avergonzado.

—Muy bien, habla —dijo Minho—. ¿Qué es tan importante?

Thomas miró a Teresa mientras se preguntaba qué decir.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿Se lo has dicho? Pero ¡si creen que soy una asesina en serie!

—Sí, pareces muy peligrosa —farfulló Thomas, pero se centró en Newt y Minho—. Vale; cuando Teresa salió de su profundo sueño, le vinieron algunos recuerdos a la mente. Ummm... —se calló antes de soltar que se lo había dicho telepáticamente—. Más tarde me dijo que se acordaba de que el Laberinto era un código. Que, quizás, en vez de resolverlo para encontrar una salida, está intentando enviarnos un mensaje.

—¿Un código? —inquirió Minho—. ¿Cómo va a ser un código?

Thomas sacudió la cabeza, deseando poder contestar.

—No lo sé exactamente, tú estás más familiarizado que yo con los mapas. Pero tengo una teoría. Por eso esperaba que vosotros recorderais algo.

Minho miró a Newt con las cejas arqueadas, dudoso.

—¿Qué? —preguntó Thomas, harto de que aún le ocultaran información—. Vosotros dos seguís actuando como si tuvierais un secreto.

Minho se frotó los ojos con ambas manos y respiró hondo.

—Hemos escondido los mapas, Thomas.

Al principio, no lo entendió.

—¿Eh?

Minho señaló hacia la Hacienda.

—Hemos escondido los puñeteros mapas en la sala de armas; los guardamos allí

por la advertencia de Alby. Y por el llamado Final que tu novia ha provocado.

Thomas se entusiasmó tanto al oír aquella noticia que, por un instante, se olvidó de lo horribles que estaban las cosas. Recordó que Minho había actuado de manera sospechosa el día anterior, cuando le dijo que le habían encomendado una tarea especial. Thomas miró a Newt, que asintió.

—Están sanos y salvos —afirmó Minho—. Todos y cada uno de esos cabrones. Así que, si tienes una teoría, empieza a hablar.

—Llévame hasta ellos —dijo Thomas, que se moría por echarles un vistazo.

—Vale, vamos.

Capítulo 42

Minho encendió la luz, lo que hizo a Thomas entrecerrar los ojos un instante hasta que se acostumbró a la iluminación. Unas sombras amenazadoras se aferraban a las cajas de las armas esparcidas por la mesa y el suelo; los cuchillos, los palos y demás artefactos de aspecto desagradable parecían estar esperando allí, preparados para quitarle la vida a cualquiera de ellos y matar al primer estúpido que se acercase lo suficiente. El olor a humedad no hacía más que acrecentar la escalofriante sensación que embargaba al entrar en aquel cuarto.

—Hay un armario oculto ahí detrás —explicó Minho al pasar por las estanterías de un rincón oscuro—. Sólo unos cuantos sabemos que existe.

Thomas oyó el crujido de una vieja puerta de madera y Minho sacó a rastras una caja de cartón. El sonido que hacía al rozar el suelo era como un cuchillo sobre un hueso.

—Puse el contenido de los baúles en cajas, ocho en total. Están todas ahí.

—¿Cuál es esta? —preguntó Thomas. Se arrodilló junto a ella, ansioso por empezar.

—Ábrela y lo verás. Las hojas están marcadas, ¿recuerdas?

Thomas tiró de las tapas entrecruzadas hasta abrirla. Los mapas de la Sección 2 se hallaban en un montón desordenado. Thomas metió la mano y sacó una pila.

—Vale —dijo—. Los corredores siempre los han comparado día a día para ver si había algún patrón que les ayudara a averiguar dónde estaba la salida. Tú mismo dijiste que no sabíais lo que estabais buscando, pero seguíais estudiándolos de todas formas, ¿no?

Minho asintió de brazos cruzados. Parecía como si estuviera esperando que alguien fuera a revelar el secreto de la vida eterna.

—Bueno —continuó Thomas—, ¿y si todos los movimientos de las paredes no tenían nada que ver con un mapa, un laberinto o algo por el estilo? ¿Y si en vez de un patrón deletreaban unas palabras? Algún tipo de pista para ayudarnos a escapar.

Minho señaló los mapas que Thomas tenía en la mano, dejando escapar un suspiro de frustración.

—Tío, no tienes ni idea de cuánto hemos estudiado estos chismes. ¿No crees que nos habríamos dado cuenta si estuviesen deletreando focas palabras?

—Quizá cueste mucho verlo a simple vista si se compara un día con otro. Quizá no teníais que comparar un día con otro, sino mirarlos todos a la vez.

Newt se rió.

—Tommy, puede que no sea el más perspicaz del Claro, pero lo que estás diciendo me parece una chorrada.

Mientras Thomas iba hablando, su cabeza no dejaba de trabajar, incluso más

rápido que antes. La respuesta estaba ahí mismo; sabía que ya casi la tenía, sólo que era muy difícil expresarla con palabras.

—Vale, vale —dijo, volviendo a empezar—. Siempre has asignado una sección a un corredor, ¿verdad?

—Sí —contestó Minho. Parecía realmente interesado y dispuesto a entenderlo.

—Y ese corredor dibuja un mapa cada día y lo compara con los de los días anteriores, de esa misma sección. ¿Y si hubierais comparado cada día las ocho secciones entre ellas? ¿Y que cada día fuera una pista por separado o un código? ¿Alguna vez habéis comparado una sección con otra?

Minho se restregó la barbilla y asintió.

—Sí, algo parecido. Tratamos de ver si hacían algo cuando las juntábamos. ¡Claro que lo hemos hecho! Lo hemos intentado todo.

Thomas se sentó sobre las piernas y estudió los mapas que tenía en su regazo. Apenas podía ver las líneas del Laberinto dibujadas en la segunda hoja a través de la que había arriba del todo. En aquel instante, supo lo que tenían que hacer y alzó la vista hacia el resto.

—Papel encerado.

—¿Eh? —balbuceó Minho—. ¿Qué...?

—Confía en mí. Necesitamos papel encerado y unas tijeras. Y todos los rotuladores negros y los lápices que encuentres.

• • •



A Fritanga no le hizo mucha gracia que le quitaran dos cajas de papel encerado, y menos aún ahora que les habían dejado de mandar suministros. Dijo que era una de las cosas que siempre pedía, que lo usaba para cocinar en el horno. Al final, tuvieron que contarle para qué lo necesitaban y así consiguieron que se callara.

Al cabo de diez minutos de buscar lápices y rotuladores —antes, la mayoría estaba en la Sala de Mapas y el fuego los había destruido—, Thomas se sentó con Newt, Minho y Teresa en la mesa de trabajo del sótano de las armas. No habían encontrado unas tijeras, así que Thomas había cogido el cuchillo más afilado que encontró.

—Más vale que merezca la pena —dijo Minho con aire amenazador, pero sus ojos mostraban interés.

Newt se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa como si quisiera ver un truco de magia.

—Empieza de una vez, verducho.

—Vale —Thomas tenía muchas ganas de hacerlo, pero le daba muchísimo miedo que al final todo se quedara en nada. Le pasó el cuchillo a Minho y, luego, señaló el papel encerado—. Empieza a cortar rectángulos de más o menos el tamaño de los mapas. Newt y Teresa, podéis ayudarme a coger los diez primeros mapas de la caja de cada sección.

—¿Qué son todas estas manualidades infantiles? —Minho levantó el cuchillo y lo miró con cara de asco—. ¿Por qué no nos dices por qué foño estamos haciendo esto?

—Estoy en ello —contestó Thomas, pues sabía que sólo necesitaban ver lo que tenía en la cabeza. Se levantó para rebuscar en el trastero—. Así es más fácil enseñártelo. Si me equivoco, pues me equivoco y volveremos a correr por el Laberinto como ratones.

Minho suspiró, sin duda irritado; luego masculló algo. Teresa llevaba callada un rato, pero habló dentro de la cabeza de Thomas:

Creo que sé lo que estás haciendo. De hecho, es brillante.

Thomas se sobresaltó, pero hizo cuanto pudo por ocultarlo. Sabía que tenía que fingir que no oía voces en su cabeza porque los demás pensarían que estaba loco.

Ven... a... ayudarme... —intentó decir, pensando las palabras por separado, tratando de visualizar el mensaje, de enviarlo. Pero la chica no respondió.

—Teresa —dijo en voz alta—, ¿puedes ayudarme un segundo? —señaló hacia el trastero.

Los dos entraron en el pequeño cuarto polvoriento, abrieron tollas las cajas y cogieron un montoncito de mapas de cada una. Al volver a la mesa, Thomas se encontró con que Minho ya había cortado veinte trozos y hecho una pila desordenada a su derecha mientras seguía amontonando más encima.

Thomas se sentó y cogió unos cuantos. Puso uno de los papeles a la luz para ver cómo lo atravesaba un brillo lechoso. Era exactamente lo que necesitaba. Cogió un rotulador.

—Muy bien, que todo el mundo calque los últimos diez días en un trozo como este. Aseguraos de escribir la información en la parte superior para que sepamos qué es qué. Cuando hayamos acabado, tal vez veamos algo.

—¿Qué...? —empezó a decir Minho.

—Tú sigue cortando, foder —ordenó Newt—. Creo que sé adonde quiere ir a parar con esto.

Thomas se sintió aliviado de que alguien por fin lo hubiera captado.

Se pusieron a calcar los mapas originales en el papel encerado, uno a uno, tratando de que quedara limpio y bien a la vez que iban lo más rápido posible. Thomas utilizó el lado de una tabla suelta como regla improvisada para que no se torcieran las líneas. No tardó en completar cinco mapas y, luego, otros cinco más. Los demás llevaban el mismo ritmo, trabajaban febrilmente.

Mientras Thomas dibujaba, empezó a sentir cierto temor, una extraña sensación de que lo que estaban haciendo era una completa pérdida de tiempo. Pero Teresa, que estaba sentada a su lado, era un modelo de concentración; su lengua asomaba por una comisura de la boca mientras trazaba líneas arriba y abajo, de un lado a otro. Parecía estar segurísima de que iban a averiguar algo.

Continuaron, caja por caja, sección por sección.

—Yo ya estoy —anunció finalmente Newt, rompiendo el silencio—. Me arden los dedos. Mira a ver si funciona.

Thomas dejó su rotulador y dobló los dedos con la esperanza de haber acertado.

—Vale, dadme los últimos diez días de cada sección. Haced montones ordenados en la mesa, desde la Sección 1 hasta la Sección 8. La 1, aquí —señaló a un extremo— y la 8, allí —señaló al otro extremo.

En silencio, hicieron lo que les pidió, revisando lo que habían dibujado hasta colocar en fila ocho montones bajos de papel encerado sobre la mesa.

Nervioso, Thomas cogió una hoja de cada pila, se aseguró de que todas fueran del mismo día y las mantuvo en orden. Entonces las puso unas encima de otras para que todos los dibujos del Laberinto coincidieran con los del mismo día por arriba y por abajo hasta ver las ocho secciones del Laberinto a la vez. Lo que vio le dejó atónito. Casi como por arte de magia, como una imagen desenfocada que pasa a verse con nitidez, algo empezó a distinguirse. Teresa dejó escapar un grito ahogado.

Las líneas se entrecruzaban, arriba y abajo, de modo que lo que Thomas sostenía en las manos era una especie de cuadrícula. Pero había unas líneas en medio, unas líneas que aparecían casualmente con más frecuencia que las demás y dibujaban una imagen más oscura que el resto. Era sutil, pero no cabía duda de que estaba allí. Justo en el centro de la hoja estaba la letra E.

Capítulo 43

Thomas sintió un torrente de emociones distintas: alivio porque había funcionado, sorpresa y entusiasmo, pero también se preguntó adonde les conduciría.

—Tío —dijo Minho, resumiendo los sentimientos de Thomas con una palabra.

—Podría ser una coincidencia —apuntó Teresa— Haz más, rápido.

Thomas continuó poniendo las ocho páginas de cada día en orden, desde la Sección 1 a la Sección 8. En cada ocasión se formaba una letra con claridad en medio del montón de líneas entrecruzadas. Después de la E vino la M, luego la E, después la R, la G y una E. Luego, A... T.

—Mira —exclamó Thomas, señalando la fila de montones que habían formado, confundido, pero contento de que las letras estuvieran tan claras—. Dice EMERGE y, luego, AT.

—¿Emerge At? —repitió Newt—. A mí eso no me parece un código de rescate.

—Tenemos que continuar —dijo Thomas.

Al hacer un par de combinaciones más, se dieron cuenta de que, en realidad, la segunda palabra era ATRAPA. EMERGE y ATRAPA.

—Definitivamente, no es una coincidencia —aseguró Minho.

—Eso está claro —afirmó Thomas. No podía esperar a ver más.

Teresa señaló hacia el trastero.

—Tenemos que revisar todas esas cajas de ahí dentro.

—Sí —asintió Thomas—. Vamos.

—No podemos ayudar —dijo Minho.

Los tres le fulminaron con la mirada y él hizo otro tanto.

—Al menos, Thomas y yo. Tenemos que salir al Laberinto con los corredores.

—¿Qué? —exclamó Thomas—. ¡Esto es muchísimo más importante!

—Tal vez —respondió Minho, tranquilo—, pero no podemos dejar de salir allí ni un día. Ahora, no.

Thomas sintió una oleada de decepción. Correr por el Laberinto le parecía una pérdida de tiempo comparado con descifrar el código.

—¿Por qué, Minho? Dices que el patrón se ha estado repitiendo durante meses... Un día más no significará nada.

Minho golpeó la mesa con la mano.

—¡Eso es una patochada, Thomas! De todos los días, este puede que sea el más importante al no cerrarse las puñeteras paredes; creo que podríamos probar tu idea, pasar allí la noche para explorar con más detenimiento.

Aquello despertó el interés de Thomas; estaba deseando hacerlo. Indeciso, preguntó:

—Pero ¿qué hay del código? ¿Qué...?

—Tommy —dijo Newt con voz consoladora—, Minho tiene razón. Pingajos, salid y corred. Yo reuniré a algunos clarianos en los que podamos confiar y seguiremos trabajando en esto —sonó más que nunca como un líder.

—Yo me quedaré aquí y también ayudaré a Newt —se ofreció Teresa.

Thomas la miró.

—¿Estás segura?

Se moría por descifrar el código él mismo, pero decidió que Newt y Minho tenían razón. La chica sonrió y se cruzó de brazos.

—Si vais a descifrar un código secreto de un grupo complejo de laberintos diferentes, estoy segurísima de que necesitaréis que una chica lleve la voz cantante —su amplia sonrisa se convirtió en una sonrisita de suficiencia.

—Si tú lo dices...

Cruzó los brazos, se quedó mirándola con una sonrisa y, de repente, no quiso marcharse de nuevo.

—Bien —asintió Minho, y se dio la vuelta para irse—. Estupendo. Vamos.

Comenzó a caminar hacia la puerta, pero luego se detuvo cuando advirtió que Thomas no iba tras él.

—No te preocupes, Tommy —dijo Newt—. Tu novia estará bien.

Thomas notó que millones de pensamientos le pasaban por la cabeza en aquel momento. Se moría por descifrar el código, le daba vergüenza lo que Newt pensaba de Teresa y él, estaba intrigado por lo que podían encontrar en el Laberinto...y tenía miedo.

Pero se deshizo de todo aquello. Sin ni siquiera despedirse, acabó por seguir a Minho y subieron las escaleras.

...



Thomas ayudó a Minho a reunir a los corredores para darles la noticia y organizar el gran viaje. Le sorprendió que todos accedieran de buena gana a explorar más a fondo el Laberinto y pasar allí la noche. Aunque estaba nervioso y asustado, le dijo a Minho que podía llevar una de las secciones él solo, pero el guardián se negó. Tenían ocho corredores con experiencia para dicha tarea. Thomas iba a acompañarle, y para él fue un gran alivio, lo que casi le hizo sentir vergüenza de sí mismo.

Minho y él metieron en sus mochilas más provisiones de las habituales, pues no sabían cuánto tiempo estarían allí fuera. A pesar de su miedo, Thomas no podía evitar estar también entusiasmado, pues aquel podía ser el día en que encontrasen una salida.

Ambos estaban estirando las piernas junto a la Puerta Oeste cuando Chuck se acercó para despedirse.

—Iría con vosotros —dijo el niño con un tono que estaba lejos de ser jovial—, pero no quiero tener una muerte horripilante.

Thomas se rió, sorprendiéndose de su reacción.

—Gracias por los ánimos.

—Tened cuidado —pidió Chuck, y su tono de voz se transformó enseguida en auténtica preocupación—. Ojalá pudiera ayudaros, tíos.

A Thomas le llegó al alma. Se apostó cualquier cosa a que, si hiciese falta y se lo pidieran, Chuck saldría al Laberinto.

—Gracias, Chuck. Tendremos mucho cuidado.

Minho resopló.

—Tener cuidado no nos ha servido en absoluto. Ahora es todo o nada, chaval.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Thomas. Sentía un hormigueo en la barriga y sólo quería moverse, dejar de pensar. Al fin y al cabo, salir al Laberinto no era peor que quedarse en el Claro con las puertas abiertas. Aunque aquella idea no le hacía sentirse mucho mejor.

—Sí —respondió Minho, tranquilo.

—Bueno —murmuró Chuck, y bajó la vista hacia sus pies antes de volver a mirar a Thomas—, buena suerte. Si tu novia se siente sola sin ti, yo la consolaré.

Thomas puso los ojos en blanco.

—No es mi novia, cara fuco.

—¡Vaya! —exclamó Chuck—. Ya estás usando las palabrotas de Alby —estaba claro que intentaba fingir que no estaba asustado por los últimos acontecimientos, pero sus ojos revelaban la verdad—. En serio, buena suerte.

—Gracias, eso es muy importante —contestó Minho poniendo los ojos en blanco—. Nos vemos, pingajo.

—Sí, nos vemos —masculló Chuck, y luego se dio la vuelta para marcharse.

Thomas sintió una punzada de tristeza. Quizá ya no volviera a ver a Chuck, a Teresa o a cualquiera de los demás, y de repente sintió la necesidad de decir:

—¡No olvides mi promesa! —gritó—. ¡Te llevaré a casa!

Chuck se volvió y alzó el pulgar, con los ojos vidriosos por las lágrimas. Thomas alzó los dos pulgares; luego, Minho y él se pusieron las mochilas y entraron en el Laberinto.

Capítulo 44

Thomas y Minho no pararon hasta que estuvieron a medio camino del último callejón sin salida de la Sección 8. Ahora que el cielo estaba gris, Thomas se alegraba de llevar su reloj de pulsera. Habían conseguido llegar en poco tiempo porque enseguida fue evidente que las paredes no se habían movido desde el día anterior. Todo estaba exactamente igual. No había necesidad de dibujar mapas ni de tomar notas, su único deber era llegar hasta el final y dar la vuelta en busca de cosas que antes no hubieran advertido, cualquier cosa. Minho permitió veinte minutos de descanso y, después, siguieron con su trabajo.

Permanecieron callados mientras corrían. Minho le había enseñado a Thomas que hablar no era más que un gasto de energía, así que se concentraba en su ritmo y su respiración. Regular. Uniforme. Inspirar, expirar. Inspirar, expirar. Cada vez más metidos en el Laberinto, acompañados tan sólo de sus pensamientos y los sonidos de sus pasos sobre el duro suelo de piedra.

Al cabo de tres horas, Teresa le sorprendió hablando en su mente desde el Claro:

Estamos progresando. Ya hemos encontrado un par de palabras más. Pero aún no tiene sentido.

El primer impulso de Thomas fue ignorarla, negar una vez más que alguien tenía la capacidad de entrar en su cabeza, de invadir su privacidad. Pero quería hablar con ella.

¿Puedes oírme? —preguntó, imaginando las palabras en su mente y enviándoselas mentalmente de una forma que nunca podría explicar. Se concentró y repitió—: *¿Puedes oírme?*

¡Sí! —contestó ella—. *Te he oído muy claro la segunda vez que lo has dicho.*

Thomas estaba impresionado, tanto que casi dejó de correr. ¡Había funcionado!

Me pregunto por qué podemos hacer esto —dijo con la mente.

Le costaba muchísimo hablar con la chica y empezó a notar que le dolía la cabeza, como si tuviera un bulto en el cerebro.

A lo mejor éramos amantes —respondió Teresa.

Thomas se tropezó y cayó al suelo. Sonrió avergonzado a Minho, que se había dado la vuelta para mirar sin aminorar la marcha. Thomas se puso de pie otra vez y le alcanzó.

¿Qué?—preguntó al final.

Percibió cómo ella se reía, una imagen llena de color.

Esto es muy extraño —dijo Teresa—. *Es como si fueras un desconocido, pero sé que te conozco.*

Thomas sintió un escalofrío agradable, aunque estaba sudando.

Siento desilusionarte, pero sí soy un desconocido. Nos vimos por primera vez

hace poco, ¿recuerdas?

No seas tonto, Tom. Creo que alguien nos alteró el cerebro, que nos puso algo para que tuviéramos este rollo telepático. Antes de venir aquí. Lo que me hace pensar que ya nos conocíamos.

Thomas reflexionó sobre ello y pensó que probablemente tenía razón. Al menos, lo esperaba, porque le empezaba a gustar mucho.

¿Que nos han alterado el cerebro?—preguntó—. ¿Cómo?

No lo sé, hay recuerdos a los que no llego. Creo que hicimos algo importante.

Thomas pensó en la conexión que siempre había sentido hacia ella desde que había llegado al Claro. Quería profundizar un poco más para ver qué decía la chica.

¿De qué estás hablando?

Ojalá lo supiera. Sólo trato de compartir ideas contigo para ver si algo despierta en tu mente.

Thomas pensó en lo que Gally, Ben y Alby habían dicho sobre él; por algún motivo, sospechaban que estaba en contra de ellos, que no era alguien en quien se pudiera confiar. Pensó también en lo que Teresa le había contado la primera vez que se habían visto, que él y ella, de algún modo, les habían hecho todo aquello a los demás.

Ese código tiene que significar algo —añadió la chica—. Y lo que escribí en mi brazo: «CRUEL es buena».

A lo mejor no importa —contestó—, a lo mejor encontramos una salida. Quién sabe.

Mientras corría, Thomas cerró los ojos con fuerza durante unos segundos para concentrarse. Una bolsa de aire parecía flotar en su pecho cada vez que hablaba, una hinchazón que medio le enfadaba, medio le emocionaba. Abrió de repente los ojos al darse cuenta de que ella quizá podía leerle la mente hasta cuando él no intentaba comunicarse. Esperó una respuesta, pero no la recibió.

¿Sigues ahí? —preguntó.

Sí, pero esto siempre me da dolor de cabeza.

Thomas se sintió aliviado al oír que no era el único.

A mí también me duele.

Vale —dijo la chica—, hasta luego.

¡No, espera!

No quería que se marchara, le estaba ayudando a que el tiempo pasara más rápido; de algún modo, hacía que correr fuese más fácil.

Adiós, Tom. Te avisaré si descubrimos algo.

Teresa, ¿qué hay de lo que escribiste en tu brazo?

Pasaron varios minutos. No hubo respuesta.

¿Teresa?

Se había ido. Thomas sintió como si aquella burbuja de aire en su pecho hubiera estallado, liberando toxinas por todo su cuerpo. Le dolía el estómago y, de pronto, la idea de pasarse todo el día corriendo le deprimió. En parte, quería contarle a Minho cómo hablaban Teresa y él para compartir lo que estaba pasando antes de que su cerebro explotara. Pero no se atrevía. No le parecía muy buena idea añadir la telepatía a aquella situación. Ya era todo bastante raro.

Thomas bajó la cabeza y respiró hondo. Permanecería con la boca cerrada y seguiría corriendo.

Dos pausas más adelante, Minho por fin aflojó el paso hasta caminar mientras recorrían un largo pasillo que acababa en un callejón sin salida. Se detuvo y se sentó con la espalda apoyada en la pared. La hiedra era especialmente espesa en aquella zona y ocultaba la dura e impenetrable piedra. Thomas hizo lo mismo y ambos atacaron su modesto almuerzo de bocadillos y trozos de fruta.

—Ya está —dijo Minho después de su segundo mordisco—. Hemos corrido por toda la sección. Sorpresa, sorpresa: no hay salida.

Thomas ya lo sabía, pero al oírlo se le cayó todavía más el alma a los pies. Sin mediar palabra, terminó su comida y se preparó para explorar; para buscar quién sabía qué.

Minho y él dedicaron las siguientes horas a rastrear el suelo, a palpar las paredes y a trepar por las enredaderas en sitios al azar. No encontraron nada, y Thomas cada vez estaba más desanimado. Lo único interesante fue otro de aquellos extraños carteles en los que ponía: CATÁSTROFE RADICAL: UNIDAD DE EXPERIMENTOS LETALES. Minho ni siquiera le echó un segundo vistazo.

Volvieron a comer y, luego, buscaron un poco más. No hallaron nada, y Thomas empezaba a estar dispuesto a aceptar lo inevitable: no había nada que encontrar. Cuando se acercó la hora del cierre de las puertas, comenzó a buscar alguna señal de los laceradores. Una helada vacilación le asaltaba al doblar cada esquina. Minho y él siempre llevaban cuchillos bien agarrados en ambas manos, pero no apareció nada hasta casi medianoche.

Minho vio un lacerador que desaparecía por una esquina delante de ellos y no volvía. Treinta minutos más tarde, Thomas vio otro haciendo exactamente lo mismo. Una hora después, otro atravesó el Laberinto y pasó a su lado sin ni siquiera detenerse. Thomas casi se desplomó por la repentina oleada de terror.

Minho y él continuaron.

—Creo que están jugando con nosotros —dijo Minho un rato más tarde. Thomas se dio cuenta de que había dejado de buscar en las paredes y caminaba de vuelta al Claro, alicaído.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thomas.

El guardián suspiró.

—Me parece que los creadores quieren que sepamos que no hay salida. Las paredes ya ni siquiera se mueven. Es como si esto sólo hubiese sido un estúpido juego y hubiera llegado el momento de terminarlo. Quieren que regresemos y se lo digamos a los demás clarianos. ¿Cuánto te apuestas a que, cuando volvamos, otro lacerador se habrá llevado a alguien, como ayer por la noche? Creo que Gally tenía razón: van a seguir matándonos.

Thomas no respondió y sintió la verdad de lo que Minho acababa de decir. Cualquier esperanza que hubiera albergado al salir se había desvanecido hacía mucho rato.

—Vámonos a casa —dijo Minho con voz cansada.

Thomas odiaba admitir la derrota, pero asintió para dar su consentimiento. El código parecía ser su única esperanza, y decidió concentrarse en eso.

Minho y él regresaron en silencio al Claro. No vieron un solo lacerador en todo el camino.

Capítulo 45

Según el reloj de Thomas, era media mañana cuando Minho y él cruzaron la Puerta Oeste de regreso al Claro. Thomas estaba tan cansado que quería tumbarse allí mismo a echar una siesta. Llevaban en el Laberinto unas veinticuatro horas.

Sorprendentemente, a pesar de la luz mortecina y de que todo estaba desbaratándose, el día en el Claro parecía desarrollarse como era habitual: se trabajaba en los campos, en los huertos, y se limpiaba. No pasó mucho tiempo hasta que algunos chicos notaron su presencia. Avisaron a Newt y este enseguida fue hasta allí corriendo.

—Sois los primeros en volver —dijo mientras se acercaba—. ¿Qué ha pasado? —la expresión de esperanza infantil en su rostro le rompió a Thomas el corazón. Sin duda, creía que habían encontrado algo importante—. Decidme que tenéis buenas noticias.

Minho tenía los ojos apagados, clavados en algún punto de la distancia gris.

—Nada —respondió—. El Laberinto es una puta broma.

Newt miró a Thomas, confundido.

—¿Qué dice este?

—Está desanimado —contestó Thomas, y encogió sus cansados hombros—. No hemos encontrado nada diferente. Las paredes no se han movido, no hay salidas, nada. ¿Vinieron los laceradores ayer por la noche?

Newt hizo una pausa y una sombra le atravesó el rostro. Al final, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Se llevaron a Adam.

Thomas no reconoció aquel nombre y se sintió culpable por no sentir nada.

«Sólo uno otra vez —pensó—. Quizá Gally tenía razón».

Newt estaba a punto de decir algo más cuando Minho perdió el control, asustando a Thomas:

—¡Estoy harto de todo esto! —escupió en la hiedra y las venas se le hincharon en el cuello—. ¡Estoy harto! ¡Se acabó! —se quitó la mochila y la tiró al suelo—. No hay salida; nunca la ha habido y nunca la habrá. Estamos todos fucados.

Con la garganta seca, Thomas observó cómo Minho se marchaba pisando fuerte hacia la Hacienda. Se preocupó. Si Minho se rendía, todos tendrían grandes problemas.

Newt no dijo ni una palabra y, llevado por su propio aturdimiento, dejó a Thomas allí plantado. La desesperación flotaba en el ambiente como el humo de la Sala de Mapas, espesa y ácida.

Los otros corredores regresaron al cabo de una hora y, por lo que Thomas oyó, ninguno había encontrado nada, al final se habían rendido igualmente. Por todas

partes en el Claro había rostros apesadumbrados; la mayoría de los trabajadores había abandonado sus tareas diarias.

Thomas sabía que el código del Laberinto era ahora su única esperanza. Tenía que desvelar algo. Tenía que hacerlo. Y, después de deambular por el Claro oyendo las historias de los demás corredores, se quitó el miedo de encima.

¿Teresa?—dijo en su cabeza, cerrando los ojos como si así fuera a conseguirlo—. ¿Dónde estás? ¿Has averiguado algo?

Tras una larga pausa, casi se había rendido, pues creía que no había funcionado.

¿Eh? Tom, ¿has dicho algo?

Sí —contestó, entusiasmado por haber contactado con ella otra vez—. ¿Me oyes? ¿Estoy haciéndolo bien?

A veces se corta, pero funciona. Es raro, ¿eh?

Thomas se quedó pensando. Lo cierto era que se estaba acostumbrando a aquello.

No está tan mal. ¿Todavía estáis en el sótano? Antes he visto a Newt, pero ha vuelto a desaparecer.

Seguimos aquí. Newt ha traído a tres o cuatro clarianos para que nos ayuden a calcar los mapas. Creo que ya tenemos todo el código.

A Thomas le saltó el corazón a la garganta.

¿En serio?

Baja aquí.

Voy.

Ya se estaba moviendo cuando lo dijo; de repente, había dejado de estar tan cansado.

• • •



Newt le dejó entrar.

—Minho aún no ha aparecido —comentó mientras bajaban las escaleras hacia el sótano—. A veces se le va la olla.

A Thomas le sorprendió que Newt perdiera el tiempo enfurruñándose, sobre todo con las posibilidades que ofrecía el código. Apartó aquella idea al entrar en la habitación. Varios clarianos que no conocía estaban reunidos alrededor de la mesa, de pie; parecían agotados, tenían los ojos hundidos. Había montones de mapas esparcidos por todos lados, incluido el suelo. Parecía que un tornado hubiera aterrizado en medio del sótano.

Teresa estaba apoyada en unas estanterías, leyendo una hoja de papel. Alzó la vista cuando entró el chico, pero luego volvió a concentrarse en lo que fuese que

estuviera sosteniendo. Aquello le entristeció un poco; esperaba que se alegrara al verle, pero luego se sintió estúpido por habersele ocurrido que ella reaccionaría de forma distinta. Sin duda, estaba ocupada intentando descifrar el código.

Tienes que verlo —dijo Teresa justo cuando Newt dio permiso a sus ayudantes para que se marcharan.

Los muchachos subieron torpemente las escaleras, un par de ellos refunfuñando por haber hecho todo aquel trabajo para nada. Thomas se sobresaltó, preocupado durante un instante por que Newt supiera lo que estaba sucediendo.

No me hables mentalmente mientras Newt esté cerca de mí. No quiero que sepa lo de nuestro... don.

—Venid a ver esto —ordenó Teresa en voz alta, sin apenas ocultar la sonrisita de complicidad que le atravesó el rostro.

—Me arrodillaré para besar tus malditos pies si has averiguado algo —respondió Newt.

Thomas se acercó a Teresa, impaciente por ver adonde habían llegado. Ella les mostró el papel, con las cejas arqueadas.

—No cabe duda de que es correcto —dijo—, pero no tengo ni idea de lo que significa.

Thomas cogió el papel y lo examinó rápidamente. Había círculos numerados del uno al seis en todo el margen izquierdo. Al lado de cada uno, había una palabra escrita en letras mayúsculas:

EMERGE
ATRAPA
SANGRA
MUERTE
DIFÍCIL
PULSA

Eso era todo. Seis palabras.

A Thomas le envolvió la decepción. Había estado seguro de que el propósito de aquel código sería evidente en cuanto lo descifraran. Levantó la vista hacia Teresa con el corazón en un puño.

—¿Eso es todo? ¿Estáis seguros de que están en el orden correcto?

La joven volvió a coger el papel.

—El Laberinto lleva meses repitiendo esas palabras. Lo dejamos cuando estuvo bien claro. Cada vez, después de la palabra PULSA, viene una semana entera sin aparecer ninguna letra y luego empieza con EMERGE de nuevo. Así que nos imaginamos que esa era la primera palabra y que ese era el orden.

Thomas cruzó los brazos y se apoyó en las estanterías, al lado de Teresa. Sin

pensarlo, memorizó las seis palabras, grabándolas en su mente. Emerge. Atrapa. Sangra. Muerte. Difícil. Pulsa. No sonaba muy bien.

—Alentador, ¿no crees? —dijo Newt, reflejando exactamente lo que estaba pensando.

—Sí —contestó Thomas con un gruñido de frustración—. Tenemos que hacer que Minho baje aquí. A lo mejor él sabe algo que nosotros no sabemos. Si tuviésemos más pistas... —se quedó inmóvil, azotado por un mareo que le habría hecho caer al suelo si no hubiese tenido unas estanterías en las que apoyarse. Se le acababa de ocurrir una idea. Una idea horrible, terrible, espantosa. La peor idea de la historia de las ideas horribles, terribles y espantosas.

Pero el instinto le decía que tenía razón. Que era algo que debía hacer.

—¿Tommy? —le llamó Newt, y se acercó a él con una mirada de preocupación que le hizo arrugar la frente—. ¿Qué te pasa? Te has puesto blanco como un fantasma.

Thomas negó con la cabeza y recuperó la compostura.

—Ah..., nada, perdona. Me duelen los ojos, creo que necesito dormir —se frotó las sienes para darle más efecto.

¿Estás bien?—le preguntó Teresa en su mente.

Thomas advirtió que estaba igual de preocupada que Newt, lo que le gustó.

Sí. Estoy cansado, en serio. Sólo me hace falta descansar un poco.

—Bueno —dijo Newt, que extendió la mano para apretar el hombro de Thomas —, has estado toda la maldita noche en el Laberinto. Ve a echarte un rato.

Thomas miró a Teresa y luego a Newt. Quería contarles su idea, pero decidió hacer lo contrario. Se limitó a asentir y se dirigió hacia las escaleras. De todos modos, Thomas ahora tenía un plan. Aunque fuese malo, al menos era un plan.

Necesitaban más pistas sobre el código. Necesitaban recuerdos. Así que iba a hacer que le picara un lacerador. Iba a pasar por el Cambio. Adrede.

Capítulo 46

Thomas se negó a hablar con nadie el resto del día.

Teresa lo intentó varias veces, pero él no dejaba de repetir que no se encontraba bien, que le apetecía estar solo, dormir en su rincón detrás del bosque y, tal vez, pasar un tiempo reflexionando para intentar descubrir un lugar secreto en su mente que les ayudara a saber cómo actuar. Pero la verdad era que estaba mentalizándose para lo que había planeado realizar aquella noche, convenciéndose de que era lo correcto. Lo único que podía hacer. Además, estaba aterrorizado y no quería que los otros se dieran cuenta.

Al final, cuando su reloj señaló que ya había llegado el atardecer, fue a la Hacienda con todos los demás. Apenas notó que tenía hambre hasta que vio la comida que Fritanga había preparado a toda prisa: galletas y sopa de tomate. Había llegado el momento de otra noche sin dormir.

Los constructores habían cerrado con tablas los agujeros que habían dejado los monstruos que se llevaron a Gally y a Adam. El resultado final a Thomas se le antojaba como si una cuadrilla de borrachos hubiera hecho el trabajo, pero al menos era lo bastante resistente. Newt y Alby, que ya se encontraba bien para estar por ahí, aunque con la cabeza llena de vendas, insistieron en que se debían hacer turnos para dormir.

Thomas acabó en el gran salón de la planta baja de la Hacienda con las mismas personas con las que había dormido las dos noches anteriores. Enseguida, el silencio reinó en la habitación, aunque no sabía si era porque todos se habían dormido o porque estaban asustados, esperando en silencio, contra toda esperanza, que los laceradores no volvieran. A diferencia de las dos noches anteriores, permitieron a Teresa quedarse en el edificio con el resto de clarianos. Estaba junto a él, acurrucada en dos mantas. De algún modo, podía percibir que estaba durmiendo. Durmiendo de verdad.

Thomas no podía dormir, aunque sabía que su cuerpo lo necesitaba desesperadamente. Lo intentó, intentó con todas sus fuerzas mantener los ojos cerrados y se obligó a relajarse, pero no hubo suerte. La noche se le hacía interminable y la pesada sensación de saber lo que iba a ocurrir le aplastaba el pecho.

Entonces, tal y como todos habían esperado, se oyeron los inquietantes sonidos metálicos de los laceradores en el exterior. Había llegado el momento.

Todo el mundo se apiñó contra la pared más apartada de las ventanas y se esforzó por mantener el silencio. Thomas estaba acurrucado en un rincón al lado de Teresa, abrazándose las rodillas, con los ojos clavados en la ventana. La realidad de la terrible decisión que había tomado le golpeó como si una mano le estrujara el corazón. Pero sabía que todo dependía de aquello.

La tensión en la habitación aumentaba a un ritmo constante. Los clarianos estaban callados; no se movía ni un alma. El lejano sonido del metal arañando la madera retumbó en la casa. A Thomas le sonó como si un lacerador estuviese subiendo por la parte trasera de la Hacienda, al otro lado de donde ellos se hallaban. Unos segundos más tarde, se oyeron más ruidos; venían de todas partes, y el más cercano procedía de su propia ventana. El aire del salón pareció congelarse hasta convertirse en hielo, y Thomas apretó los puños contra sus ojos, con la expectativa del ataque poniéndole de los nervios.

Una explosión retumbó cuando arrancaron la madera y rompieron el cristal en algún sitio de la planta superior, lo que sacudió toda la casa. Thomas se quedó petrificado cuando se oyeron varios chillidos, seguidos por las pisadas apresuradas de gente huyendo. Unos fuertes crujidos anunciaron que toda una horda de clarianos corría hacia la primera planta.

—¡Han cogido a Dave! —gritó alguien con la voz aguda por el terror.

Nadie movió un músculo en la habitación de Thomas. Éste sabía que todos se sentían probablemente culpables por el alivio de no haber sido uno de ellos. De que, quizás, estaban a salvo una noche más. Durante dos días seguidos, se habían llevado a un chico por noche y la gente estaba empezando a pensar que lo que había dicho Gally era verdad.

Thomas se sobresaltó cuando se oyó un terrible estrépito justo al otro lado de la puerta, acompañado de gritos y de madera astillándose, como si un monstruo con fauces de hierro se estuviese comiendo la escalera entera. Un segundo más tarde, se oyó otra explosión de madera arrancada: la puerta principal. El lacerador había entrado en la casa y se estaba marchando.

Una oleada de miedo atravesó a Thomas. Era ahora o nunca.

Se puso de pie, echó a correr hacia la puerta del salón y la abrió de un tirón. Oyó gritar a Newt, pero le ignoró y siguió corriendo por el pasillo, esquivando y saltando trozos de madera partida. Vio que donde había estado la puerta principal ahora había un agujero recortado que daba a la noche gris. Fue hasta allí y salió a toda velocidad hacia el Claro.

¡Tom!—gritó Teresa dentro de su cabeza—. *¿Qué estás haciendo?*

La ignoró y continuó corriendo.

El lacerador que se había llevado a Dave, un chico con el que Thomas nunca había hablado, rodaba sobre sus pinchos hacia la Puerta Oeste, agitándose y zumbando. Los demás laceradores ya se habían reunido en el patio y seguían a su compañero hacia el Laberinto. Sin dudarlo, a sabiendas de que el resto pensaría que estaba cometiendo un acto de suicidio, Thomas corrió en su dirección hasta que se encontró en medio de aquellas criaturas. Al haberlos pillado por sorpresa, los laceradores vacilaron.

Thomas saltó sobre el que llevaba a Dave e intentó soltar al chico con la esperanza de que el bicho reaccionara. El grito de Teresa en el interior de su cabeza fue tan alto que sintió como si le clavaran un puñal en el cráneo.

Tres laceradores se echaron sobre él a la vez, con sus largas pinzas y agujas volando por todos lados. Thomas sacudió los brazos y las piernas para retirar los horribles brazos metálicos mientras daba patadas a los cuerpos vibrantes de los laceradores. Tan sólo quería que le picaran, no que se lo llevaran como a Dave. Su incesante ataque se intensificó y Thomas notó que el dolor estallaba en todo su cuerpo; los pinchazos de unas agujas le avisaron de que había tenido éxito. Gritó, pataleó, empujó y golpeó hasta hacerse un ovillo, intentando librarse de ellos. Forcejeó, lleno de adrenalina, y por fin encontró un espacio abierto para meter los pies; después, echó a correr con todas sus fuerzas.

En cuanto escapó de los instrumentos de los laceradores, se dieron por vencidos, se retiraron y desaparecieron en el Laberinto. Thomas se desplomó en el suelo, quejándose de dolor.

Newt apareció sobre él al cabo de un segundo, seguido inmediatamente de Chuck, Teresa y otros. Newt le cogió por los hombros y le levantó agarrándole por debajo de los brazos.

—¡Cogedle las piernas! —gritó.

Thomas notó el mundo dando vueltas a su alrededor, le entraron náuseas y se puso a delirar. Alguien, no supo quién, obedeció la orden de Newt. Le estaban llevando por el patio; cruzaron la puerta de la Hacienda, pasaron por el pasillo hecho pedazos hacia una habitación, donde le colocaron sobre un sofá. El mundo continuaba dando vueltas.

—¡Qué estabas haciendo! —exclamó Newt en su cara—. ¡Cómo puedes ser tan estúpido!

Thomas tenía que hablar antes de desaparecer en la oscuridad:

—No..., Newt... No lo entiendes...

—¡Cállate! —gritó Newt—. ¡No malgastes tu energía!

Thomas notó que alguien le examinaba los brazos y las piernas y le arrancaba la ropa del cuerpo para comprobar los daños. Oyó la voz de Chuck y no pudo evitar sentirse aliviado porque su amigo estuviera bien. Un mediquero dijo algo sobre que le habían picado un montón de veces.

Teresa estaba a sus pies y le apretaba el tobillo derecho con la mano.

¿Por qué, Tom? ¿Por qué lo has hecho?

Porque... —no tenía fuerzas para concentrarse.

Newt gritó para que le trajeran el Suero de la Laceración y, un minuto más tarde, Thomas sintió un pinchazo en el brazo. El calor se extendió desde aquel punto a todo su cuerpo, calmando y aliviando el dolor. Pero el mundo parecía seguir

derrumbándose, y sabía que todo se acabaría para él en unos segundos.

La habitación daba vueltas, los colores se fusionaban y todo giraba cada vez más rápido. Le costó mucho esfuerzo, pero dijo una última cosa antes de que la oscuridad se lo llevara:

—No os preocupéis —susurró, esperando que le oyeran—. Lo he hecho a propósito...

Capítulo 47

Thomas no fue consciente del tiempo mientras pasaba por el Cambio.

Empezó, más o menos, como su primer recuerdo en la Caja, frío y oscuro. Pero esta vez tenía la sensación de que ni sus pies ni su cuerpo tocaban nada. Flotaba en el vacío, con la vista clavada en la negrura. No veía nada, no oía nada, no olía nada. Era como si alguien le hubiese robado sus cinco sentidos, dejándole en el vacío.

El tiempo se extendía más y más. El miedo se convirtió en curiosidad y, luego, en aburrimiento.

Se levantó un viento distante, que no sentía pero sí oía. Entonces, un remolino blanco y neblinoso apareció a lo lejos, un tornado de humo que giraba como un largo embudo y se estiraba hasta que ya no pudo ver ni la parte superior ni la inferior del torbellino blanco. Después, notó que el vendaval se transformaba en un ciclón; sopló por detrás de él y tiró de su ropa y de su pelo como si fueran banderas cortadas a tiras, atrapadas por la tormenta.

La torre de espesa niebla empezó a moverse hacia él —o él se acercaba a ella, no lo sabía— a una velocidad alarmante. Donde hacía unos segundos había podido diferenciar la forma del embudo, ahora sólo veía una planicie blanca que le consumió.

Notó que la neblina se llevaba su mente y los recuerdos flotaron en sus pensamientos. Todo lo demás se convirtió en dolor.

Capítulo 48

—Thomas —la voz era distante, con gorjeos, como un eco en un largo túnel—, Thomas, ¿me oyes?

No quería contestar. Su mente se había cerrado al no poder soportar el dolor; tenía miedo de recordar todo si se permitía volver a estar consciente. Percibió la luz al otro lado de sus párpados, pero sabía que no podía abrir los ojos. No hizo nada.

—Thomas, soy Chuck. ¿Estás bien? Por favor, no te mueras, tío.

Su mente recuperó todo de golpe: el Claro, los laceradores, las agujas punzantes, el Cambio. Los recuerdos. El Laberinto no podía resolverse. La única manera de salir era algo que no se esperaban. Algo aterrador. Se vio dominado por la desesperación.

Gruñó y se esforzó por abrir los ojos, entrecerrándolos al principio. La cara regordeta de Chuck estaba allí, mirándole con unos ojos asustados. Pero, entonces, se iluminaron y una sonrisa le atravesó el rostro. A pesar de todo, a pesar de toda aquella porquería, Chuck estaba sonriendo.

—¡Se ha despertado! —gritó el niño a nadie en particular—. ¡Thomas se ha despertado!

El estruendo de su voz provocó que Thomas hiciera un gesto de dolor y volviera a cerrar los ojos.

—Chuck, ¿es necesario que grites? No me encuentro muy bien.

—Lo siento, es sólo que me alegro de que estés vivo. Tienes suerte de que no te dé un besazo.

—Por favor, no lo hagas, Chuck —Thomas volvió a abrir los ojos para sentarse en la cama y apoyó la espalda en la pared mientras estiraba las piernas. El dolor le consumía las articulaciones y los músculos—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—Tres días —respondió Chuck—. Te metíamos en el Trullo por la noche para mantenerte a salvo y te volvíamos a traer aquí durante el día. Desde que empezaste, me pareció que estabas muerto unas treinta veces. ¡Pero, mírate, estás como nuevo!

Thomas se imaginó el mal aspecto que debía de tener.

—¿Han venido los laceradores?

La alegría de Chuck se estrelló visiblemente contra el suelo cuando bajó la vista.

—Sí, se llevaron a Zart y a un par más. Uno cada noche. Minho y los corredores han registrado el Laberinto para intentar encontrar una salida o averiguar algún uso para ese estúpido código que descubristeis. Pero nada. ¿Por qué crees que los laceradores se están llevando tan sólo a un pingajo por noche?

A Thomas se le revolvió el estómago. Ahora sabía la respuesta exacta a aquella pregunta y a algunas más. Lo suficiente para saber que a veces el conocimiento da asco.

—Ve a buscar a Newt y a Alby —dijo al final—. Diles que necesitamos convocar una Reunión. Lo antes posible.

—¿En serio?

Thomas dejó escapar un suspiro.

—Chuck, acabo de pasar por el Cambio. ¿Tú qué crees?

Sin decir ni una palabra más, Chuck se puso de pie de un salto y salió corriendo de la habitación mientras sus gritos llamando a Newt se desvanecían conforme se alejaba.

Thomas cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared. Entonces, la llamó con su mente:

Teresa.

No contestó de inmediato, pero luego su voz apareció en medio de sus pensamientos, tan clara como si la chica estuviese sentada a su lado:

Eso ha sido una estupidez, Tom. Una estupidez como una casa.

Tenía que hacerlo —respondió.

Te he odiado bastante estos dos últimos días. Deberías haberte visto. Tu piel, tus venas...

¿Me has odiado? —le entusiasmaba que ella se preocupara tanto por él.

La joven hizo una pausa.

Es mi forma de decirte que te habría matado si hubieras llegado a morirte.

Thomas sintió un estallido de calor en su pecho; levantó la mano y se lo tocó, para su sorpresa.

Bueno..., gracias. Supongo.

Y bien, ¿qué recuerdas?

Hizo una pausa.

Lo suficiente. Lo que dijiste sobre nosotros dos y lo que les hicimos a ellos...

¿Era cierto?

Hicimos cosas malas, Teresa.

Percibió frustración en ella, como si tuviese millones de preguntas y no supiera por dónde empezar.

¿Averiguaste algo que nos ayude a salir de aquí?—preguntó, como si no quisiera saber cuál era su participación en todo aquello—. *¿Para qué sirve el código?*

Thomas se calló; no quería hablar de aquello todavía, no antes de aclarar su mente. Su única posibilidad de escape tal vez fuera desear la muerte.

Quizás —dijo al final—, *pero no será fácil. Tenemos que reunimos. Pediré que te dejen estar presente, no tengo energía para contarlo todo dos veces.*

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato; un sentimiento de desesperanza flotaba entre ambas mentes.

¿Teresa?

¿Sí?

El Laberinto no puede resolverse.

La joven permaneció callada durante un rato antes de contestar: *Creo que eso ya lo sabemos todos.*

Thomas odió el dolor que transmitía su voz; podía sentirlo en su mente.

No te preocupes. Los creadores quieren que escapemos. Tengo un plan —quería darle algo de esperanza, sin importar lo escasa que fuera.

¿De verdad?

Sí. Es horrible y algunos de nosotros puede que muramos. Suena prometedor, ¿a que sí?

Genial. ¿Qué es?

Tenemos que...

Antes de que terminara la frase, Newt entró en la habitación y le interrumpió.

Te lo contaré más tarde —dijo Thomas rápidamente.

¡Date prisa!—exclamó la chica, y luego se fue.

Newt se había acercado a la cama y estaba sentado a su lado.

—Tommy, apenas pareces enfermo.

Thomas hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy un poco mareado, pero, aparte de eso, me encuentro bien. Creía que sería mucho peor.

Newt negó con la cabeza, con una mezcla de enfado y temor.

—Lo que hiciste fue muy valiente, pero también una maldita estupidez. Parece que se te da muy bien eso —hizo una pausa y volvió a negar con la cabeza—. Sé por qué lo hiciste. ¿Qué recuerdos has tenido? ¿Hay algo que pueda ayudarnos?

—Tenemos que convocar una Reunión —dijo Thomas, cambiando las piernas de postura para estar más cómodo. Aunque pareciese sorprendente, no sentía mucho dolor, sólo estaba atontado—. Antes de que empiece a olvidarme de todo.

—Sí, Chuck me lo ha dicho; lo haremos. Pero ¿por qué? ¿Qué has averiguado?

—Es una prueba, Newt. Todo es una prueba.

Newt asintió.

—Como un experimento.

Thomas negó con la cabeza.

—No, no lo entiendes. Nos están eliminando, quieren ver si nos rendimos para encontrar a los mejores. Nos tiran variables e intentan que nos rindamos. Ponen a prueba nuestra capacidad de tener esperanza y luchar. Que enviaran a Teresa aquí y lo desconectarán todo era sólo la última parte, pero aún falta el análisis final. Ha llegado la hora de la última prueba. La de escapar.

Newt arrugó la frente por la confusión.

—¿A qué te refieres? ¿Sabes cómo salir?

—Sí. Convoca la Reunión. Ya.

Capítulo 49

Una hora más tarde, Thomas estaba sentado enfrente de los guardianes para comenzar la Reunión, igual que lo había estado hacía una o dos semanas. No habían dejado entrar a Teresa, lo que le fastidió tanto como a ella. Ahora, Newt y Minho confiaban en ella, pero los demás tenían sus dudas.

—Muy bien, verducho —dijo Alby, que estaba con mucho mejor aspecto, sentado en medio del semicírculo de sillas, al lado de Newt. Los demás asientos estaban todos ocupados, salvo dos, un crudo recuerdo de que los laceradores se habían llevado a Gally y a Zart—. Olvídate de dar rodeos y empieza a hablar.

Thomas, todavía un poco mareado por el Cambio, se obligó a tomarse un segundo para recuperar la compostura. Tenía mucho que contar, pero quería asegurarse de que pareciera lo menos estúpido posible.

—Es una larga historia —comenzó—. No tenemos tiempo para repasarla entera, pero os contaré lo fundamental. Cuando pasé por el Cambio, vi imágenes, cientos de ellas, como una proyección de diapositivas en avance rápido. Me vinieron muchas, pero sólo unas están lo bastante claras como para hablar de ellas. Lo demás se ha ido o está desapareciendo —hizo una pausa y ordenó sus ideas una última vez—. Pero recuerdo lo suficiente. Los creadores nos están probando. El Laberinto nunca fue para que lo resolviéramos. Todo ha sido una prueba. Quieren a los ganadores, o a los supervivientes, para que hagan algo importante —se calló, confundido porque no sabía en qué orden contar las cosas.

—¿Qué? —preguntó Newt.

—Empezaré de nuevo —dijo Thomas, restregándose los ojos—. Nos escogieron cuando éramos muy pequeños. No recuerdo cómo o por qué. Sólo tengo visiones y sensaciones de que las cosas cambiaron en el mundo, de que pasó algo muy malo. No tengo ni idea de qué fue. Los creadores se nos llevaron, y creo que ellos pensaron que sus motivos estaban justificados. De algún modo, averiguaron que nuestra inteligencia era superior a la media y por eso nos eligieron. No sé, casi todo esto es muy vago y, de todas formas, tampoco tiene tanta importancia.

»No recuerdo nada de mi familia o de lo que le sucedió. Pero, después de que nos cogieran, pasamos unos años aprendiendo en escuelas especiales, viviendo una vida normal hasta que, por fin, fueron capaces de financiar y construir el Laberinto. Nuestros nombres son sólo apodos estúpidos que se inventaron. Alby por Albert Einstein, Newt por Isaac Newton, y yo me llamo Thomas por Edison.

Parecía que a Alby le hubieran dado una bofetada.

—Nuestros nombres... ¿Ni siquiera nos llamamos así de verdad?

Thomas negó con la cabeza.

—Por lo que sé, seguramente nunca hemos sabido nuestros nombres reales.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Fritanga—. ¿Que somos unos putos huérfanos criados por científicos?

—Sí —contestó Thomas, esperando que su expresión no revelara lo deprimido que se sentía—Supuestamente, somos muy inteligentes y estudian todos los movimientos que hacemos, nos analizan. Para ver quién se rinde y quién no. Para ver quién sobrevive a todo. No me extraña que haya tantas cuchillas escurabajo en este sitio. Además, algunos de nosotros tienen cosas... alteradas en el cerebro.

—Me creo esta clonc igual que creo que te gusta la comida de Fritanga —refunfuñó Winston, con aire cansado e indiferente.

—¿Por qué iba a inventarme tal cosa? —exclamó Thomas, subiendo el tono de voz. ¡Había dejado que le picaran adrede para recordar!—. Mejor aún, ¿cuál crees tú que es la explicación? ¿Que vivimos en un planeta alienígena?

—Sigue hablando —dijo Alby—. Pero no entiendo por qué nadie recuerda eso. Yo he pasado por el Cambio y lo único que vi fue... —miró enseguida a su alrededor, como si acabara de decir algo que no debía—. No averigüé nada.

—Ahora mismo te diré por qué creo que me he enterado de más cosas que los demás —respondió Thomas, temiendo esa parte de la historia—. ¿Sigo o no?

—Habla —asintió Newt.

Thomas respiró hondo, como si estuviera a punto de empezar una carrera.

—Vale. No sé cómo, nos borraron la memoria; no sólo nuestra infancia, sino también todo lo referente a cómo entramos en el Laberinto. Nos metieron en la Caja y nos enviaron aquí arriba. Al principio, éramos un gran grupo y luego enviaron uno al mes durante los últimos dos años.

—Pero ¿por qué? —preguntó Newt—. ¿Qué sentido tiene?

Thomas alzó una mano para pedir silencio.

—Ya voy. Como he dicho, querían probarnos, ver cómo reaccionaríamos a lo que ellos llaman Variables y ante un problema que no tiene solución. Querían ver si podíamos trabajar juntos, incluso si construíamos una comunidad. Nos suministraban de todo y el problema planteado era uno de los puzzles más comunes conocidos por la civilización: un laberinto. A todo esto le añadimos que nos hicieron creer que había una solución para animarnos a trabajar duro al mismo tiempo que aumentaban nuestro desánimo al no encontrar nada —hizo una pausa para mirar a su alrededor y asegurarse de que todos estaban escuchando—. Lo que estoy diciendo es que no hay solución.

Todos empezaron a hablar a la vez y las preguntas se solaparon unas con otras. Thomas volvió a alzar la mano, deseando transmitir sus pensamientos a los cerebros de los demás.

—¿Veis? Vuestra reacción demuestra lo que acabo de decir. La mayoría de la gente ya se hubiera rendido. Pero creo que somos distintos. No podemos aceptar que

un problema no pueda resolverse, sobre todo cuando es algo tan simple como un laberinto. Seguimos esforzándonos sin importar que no haya esperanza —Thomas se dio cuenta de que su voz se iba alzando cada vez más y notó que le ardía la cara—. ¡Sea cual sea la razón, me pone enfermo! Todo esto, los laceradores, las paredes que se mueven, el Precipicio... no son más que elementos de una estúpida prueba. Nos han usado y manipulado. Los creadores querían que nuestras mentes buscaran una solución que nunca ha existido. Y lo mismo respecto a que enviaran aquí a Teresa, que la utilizaran como el desencadenante del Final, signifique lo que signifique; que cerraran este sitio, que el cielo se volviera gris, etcétera, etcétera. Nos lanzan locuras para ver nuestra reacción y probar nuestra voluntad. Para ver si nos volvemos los unos contra los otros. Al final, quieren a los supervivientes para hacer algo importante.

Fritanga se levantó.

—¿Matando gente? ¿Esa es la parte bonita del plan?

Por un instante, Thomas sintió miedo; le preocupaba que los guardianes se enfadaran con él por saber tanto. Y las cosas se iban a poner mucho peor.

—Sí, Fritanga, matando gente. El único motivo por el que los laceradores lo están haciendo uno a uno es para que no muramos todos antes de que acabe como se supone que tiene que acabar. Sobrevivirán los más apropiados. Sólo los mejores podrán escapar.

Fritanga le dio una patada a su silla.

—¡Bueno, pues será mejor que empieces a hablar de esa huida mágica!

—Lo hará —dijo Newt, tranquilo—. Cállate y escucha.

Minho, que había estado en silencio todo el tiempo, se aclaró la garganta.

—Algo me dice que no me va a gustar lo que estoy a punto de oír.

—Probablemente, no —contestó Thomas. Cerró los ojos un segundo y se cruzó de brazos. Los próximos minutos iban a ser cruciales—. Los creadores quieren a los mejores para lo que sea que hayan planeado. Pero nos lo tenemos que ganar —la sala se quedó en absoluto silencio y todos los ojos se posaron sobre él—. El código.

—¿El código? —repitió Fritanga con una voz iluminada por un rayo de esperanza—. ¿Qué pasa con el código?

Thomas le miró e hizo una pausa para darle más dramatismo.

—Estaba oculto en los mecanismos de las paredes del Laberinto por una razón. Yo debería saberlo, porque estaba allí cuando los creadores lo hicieron.

Capítulo 50

Durante un buen rato, nadie dijo nada y lo único que Thomas vio fue caras inexpresivas. Notó el sudor en la frente, resbalando por sus manos; le aterrorizaba continuar hablando. Newt parecía totalmente desconcertado y, finalmente, rompió el silencio:

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, antes quiero compartir con vosotros algo sobre Teresa y sobre mí. Existe una razón por la que Gally me acusó de todo aquello y por la que me reconocen los que han pasado por el Cambio —esperaba preguntas, un estallido de voces, pero la sala estaba en completo silencio—. Teresa y yo somos... diferentes —continuó—. Éramos parte de las Pruebas del Laberinto desde el principio, pero en contra de nuestra voluntad, lo juro.

Minho fue el que habló a continuación:

—Thomas, ¿de qué estás hablando?

—Los creadores nos utilizaron a Teresa y a mí. Si os devolvieran vuestros recuerdos, seguramente querríais matarnos. Pero tenía que contároslo para demostraros que ahora podéis confiar en nosotros. Así que tendréis que creerme cuando os diga la única forma que hay de salir de aquí.

Thomas estudió rápidamente los rostros de los guardianes y se preguntó por última vez si debía contarlos, si lo entenderían. Pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo. Respiró hondo y, entonces, lo dijo:

—Teresa y yo ayudamos a diseñar el Laberinto. Ayudamos a crearlo todo.

Todos parecieron demasiado atónitos para responder y se le quedaron mirando otra vez inexpresivos. Thomas se figuró que no lo habían entendido o que no le creían.

—Y eso ¿qué significa? —preguntó Newt al final—. Tienes dieciséis malditos años. ¿Cómo ibas a crear un Laberinto?

Thomas no pudo evitar dudar él también un poco, pero sabía lo que había recordado. Aunque fuese una locura, sabía que era cierto.

—Éramos... inteligentes. Y creo que puede ser una parte de las Variables. Pero lo más importante es que Teresa y yo tenemos... un don que nos hizo muy valiosos mientras diseñaban y construían este lugar —se detuvo, pues sabía que todo debía de sonar absurdo.

—¡Habla! —gritó Newt—. ¡Desembucha!

—¡Somos telépatas! ¡Podemos comunicarnos en nuestras puñeteras cabezas! —al decirlo en voz alta, casi se sintió avergonzado, como si hubiera confesado ser un ladrón. Newt parpadeó por la sorpresa; alguien tosió—. Pero escuchadme —continuó Thomas, ansioso por defenderse—, ellos nos obligaron a que les ayudáramos. No sé

cómo ni por qué, pero lo hicieron —hizo una pausa—. Quizá para ver si nos ganábamos vuestra confianza, a pesar de haber sido parte de ellos. Quizá nuestra función siempre fue revelar cómo escapar. Sea cual sea el motivo, con vuestros mapas desciframos el código y ahora tenemos que usarlo.

Thomas miró a su alrededor y vio que, sorprendente y asombrosamente, nadie parecía estar enfadado. Casi todos los clarianos siguieron mirándole pasmados o sacudieron la cabeza sin dar crédito a sus oídos. Y, por alguna extraña razón, Minho estaba sonriendo.

—Es verdad, y lo siento —continuó Thomas—. Pero os diré una cosa: ahora estoy en el mismo barco que vosotros. A Teresa y a mí nos enviaron como al resto y podemos morir con la misma facilidad. Los creadores han visto suficiente, ha llegado la hora de la última prueba. Supongo que necesitaba el Cambio para encajar las últimas piezas del puzzle. Bueno, quería que supierais la verdad y que existe una posibilidad de salir de esta.

Newt sacudió la cabeza adelante y atrás, y se quedó con la vista clavada en el suelo. Luego, levantó la cabeza y miró a los guardianes.

—Los creadores son los que nos han hecho esto, no Tommy ni Teresa. Los creadores. Y se arrepentirán.

—Lo que tú digas —replicó Minho—, a quién le importa una clonc todo eso. Sigue contando cómo escapar.

A Thomas se le hizo un nudo en la garganta. Se sentía tan aliviado que apenas podía hablar. Estaba tan seguro de que se enfurecerían al oír su confesión, si es que no le tiraban por el Precipicio, que ahora lo que le quedaba por decir le resultaba fácil.

—Hay una central informática situada en un sitio donde nunca hemos mirado. El código abrirá la puerta y podremos salir del Laberinto. También desconecta a los laceradores para que no puedan seguirnos, si es que podemos sobrevivir tanto tiempo como para llegar hasta allí.

—¿Un sitio donde nunca hemos mirado? —repitió Alby—. ¿Qué crees que hemos estado haciendo durante dos años?

—Creedme, nunca habéis estado allí.

Minho se levantó.

—Bueno, ¿dónde está?

—Es casi un suicidio —dijo Thomas, a sabiendas de que postergaba la respuesta—. Los laceradores irán detrás de nosotros en cuanto descubran lo que pretendemos hacer. Todos. Es la prueba final.

Quería asegurarse de que habían entendido lo que estaba en juego. Había muy pocas probabilidades de que todos sobrevivieran.

—¿Y dónde está? —preguntó Newt, inclinándose hacia delante en la silla.

—En el Precipicio —respondió Thomas—. Tenemos que atravesar el Agujero de los Laceradores.

Capítulo 51

Alby se levantó tan deprisa que la silla se cayó hacia atrás. Sus ojos inyectados en sangre destacaban en contraste con el vendaje blanco de su frente. Dio dos pasos hacia delante antes de detenerse, como si estuviera a punto de atacar a Thomas.

—Eres un fuco idiota —dijo, fulminando a Thomas con la mirada— o un traidor. ¿Cómo vamos a confiar en ti, si ayudaste a diseñar este sitio? ¡Si nos pusiste aquí! Si no podemos con un lacerador en nuestro propio terreno, mucho menos vamos a luchar contra toda una horda en su agujerito. ¿Qué pretendes?

Thomas se sintió furioso.

—¿Qué pretendo? ¡Nada! ¿Por qué iba a inventarme todo esto?

Los brazos de Alby se tensaron con los puños apretados.

—Por lo que sabemos, te enviaron para que nos mataran a todos. ¿Por qué íbamos a confiar en ti?

Thomas se quedó con la vista fija, sin dar crédito a lo que oía.

—Alby, ¿tienes un problema de memoria a corto plazo? Arriesgué mi vida para salvarte en el Laberinto. ¡Estarías muerto si no fuera por mí!

—A lo mejor fue un truco para ganarte nuestra confianza. Si estuvieras conchabado con esos fucos que nos enviaron aquí, no habrías tenido que preocuparte por que los laceradores te hicieran daño; quizá fue todo teatro.

El enfado de Thomas disminuyó un poco al oír eso y se convirtió en lástima. Algo le extrañaba, era sospechoso.

—Alby —terció por fin Minho, aliviando a Thomas—, esa es la teoría más tonta que he oído en mi vida. Hace tres noches le destrozaron. ¿Crees que eso también era teatro?

Alby asintió una vez de manera cortante.

—Quizás.

—Lo hice —dijo Thomas, proyectando todo el fastidio posible en su voz— para obtener recuerdos, para ayudarnos a salir de aquí. ¿Hace falta que te enseñe los cortes y morados que tengo por todo el cuerpo?

Alby no dijo nada y su rostro siguió temblando por la cólera. Los ojos le lloraban y las venas se le hinchaban en el cuello.

—¡No podemos regresar! —gritó por fin, y se volvió para mirar a todos los presentes en la sala—. He visto cómo eran nuestras vidas. ¡No podemos regresar!

—¿Se trata de eso? —inquirió Newt—. ¿Estás de broma?

Alby se volvió hacia él con fiereza y hasta levantó un puño. Pero se detuvo, bajó el brazo, se sentó en la silla, hundió la cara en las manos y se derrumbó. Thomas no podría haberse sorprendido más. El intrépido líder de los clarianos estaba llorando.

—Alby, háganos —le presionó Newt, pues no quería que dejara el tema—. ¿Qué

pasa?

—Yo lo hice —respondió Alby entre incontrolables sollozos—. Yo lo hice.

—¿Qué hiciste? —preguntó Newt, que parecía tan confundido como se sentía Thomas.

Alby levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo quemé los mapas. Yo lo hice. Me golpeé la cabeza con la mesa para que pensarais que había sido otra persona; mentí, fui yo el que lo quemó todo. ¡Fui yo!

Los guardianes intercambiaron miradas; los ojos abiertos de par en par y las cejas enarcadas dejaban clara su sorpresa. Aunque, para Thomas, ahora todo tenía sentido. Alby recordaba lo horrible que era su vida antes de llegar allí y no quería volver.

—Bueno, menos mal que los salvamos —dijo Minho muy serio, casi burlándose—. Gracias por el consejo que nos diste después del Cambio para que los protegiéramos.

Thomas miró a ver cómo respondía Alby al sarcasmo de Minho, a su comentario casi cruel, pero este actuó como si no le hubiese oído.

Newt, en vez de enfadarse, pidió a Alby que se explicara. Thomas sabía por qué Newt no estaba enfadado: los mapas estaban a salvo y el código se había descifrado. No importaba.

—Os lo digo yo —Alby sonaba como si estuviera suplicando, al borde de la histeria—: No podemos volver al sitio de donde vinimos. Lo he visto y he recordado cosas espantosas. La tierra quemada, una enfermedad llamada el Destello. Era horrible, muchísimo peor de lo que tenemos aquí.

—¡Si nos quedamos aquí, moriremos todos! —gritó Minho—. ¿Es peor que eso?

Alby se quedó mirando a Minho fijamente un buen rato antes de contestar. Thomas sólo podía pensar en las palabras que acababa de decir. El Destello. Le resultaba familiar, estaba justo en el borde de su mente. Pero estaba seguro de que no había recordado nada de eso cuando había pasado por el Cambio.

—Sí —contestó Alby al final—, es peor. Prefiero morir a regresar a casa.

Minho se rió y se recostó en la silla.

—Macho, déjame que te diga que eres la alegría de la huerta. Yo estoy con Thomas. Estoy con él al cien por cien. Si vamos a morir, que sea luchando.

—Estemos dentro o fuera del Laberinto —añadió Thomas, aliviado por que Minho estuviera de su parte. Se volvió hacia Alby y le miró con seriedad—, seguiremos viviendo en el mundo que recuerdas.

Alby se levantó de nuevo y su rostro reflejó derrota.

—Haced lo que queráis —suspiró—. No importa. Moriremos de todas formas.

Y, tras decir eso, se dirigió hacia la puerta y abandonó la sala.

Newt resopló y sacudió la cabeza.

—No ha vuelto a ser el mismo desde que le picaron. Debió de tener unos

recuerdos muy chungos. ¿Qué demonios es el Destello?

—No me importa —dijo Minho—. Prefiero cualquier cosa a morir aquí. Ya nos ocuparemos de los creadores cuando salgamos. Pero, de momento, haremos lo que ellos planearon. Atravesaremos el Agujero de los Laceradores y escaparemos. Si alguno de nosotros muere, que así sea.

Fritanga resopló.

—Pingajos, me estáis volviendo loco. No podemos salir del Laberinto, y la idea de estar con los laceradores en su apartamento de soltero me parece la mayor gilipollez que he oído en mi vida. Ya de paso, nos cortamos las venas.

Los demás guardianes empezaron a discutir, hablando todos a la vez. Finalmente, Newt gritó para que se callaran. Thomas volvió a hablar una vez que se tranquilizaron:

—Voy a atravesar el agujero o moriré intentándolo. Parece que Minho también se apunta. Y estoy seguro de que Teresa hará lo mismo. Si podemos combatir a los laceradores el tiempo suficiente para que alguien teclee el código y los desconecte, podremos cruzar la puerta por la que ellos entran. Habremos pasado las pruebas y podremos enfrentarnos a los creadores.

La sonrisa de Newt no reflejaba humor.

—¿Y crees que podemos combatir a los laceradores? Aunque no muramos, probablemente nos piquen. Todos y cada uno de ellos nos estarán esperando cuando lleguemos al Precipicio. Las cuchillas escarabajo están ahí constantemente. Los creadores se enterarán de que hemos ido hacia allí.

Tenía miedo de contarlo, pero Thomas sabía que había llegado el momento de compartir la última parte de su plan:

—No creo que nos piquen. El Cambio era una Variable cuando vivíamos aquí. Pero eso ya se terminó. Además, puede que tengamos otra opción.

—¿Sí? —preguntó Newt, y puso los ojos en blanco—. Me muero por oírla.

—A los creadores no les beneficia en nada que muramos todos. Esto tiene que ser difícil, pero no imposible. Creo que todos sabemos que los laceradores están programados para matar sólo a uno de nosotros al día. Así que alguien puede sacrificarse para salvar a los demás mientras corremos hacia el Agujero. Se supone que tendría que ser así.

La sala se quedó en silencio hasta que el guardián de la Casa de la Sangre soltó una fuerte carcajada.

—¿Perdona? —espetó Winston—. ¿Estás sugiriendo que tiremos a un pobre chaval a los lobos para que el resto podamos escapar? ¿Esa es tu magnífica sugerencia?

Thomas se negó admitir lo mal que sonaba, pero se le ocurrió una idea:

—Sí, Winston, me alegro de que prestes tanta atención —ignoró la mirada asesina

que este le lanzó—. Y creo que es obvio quién debería ser ese pobre chaval.

—¿Ah, sí? —contestó Winston—. ¿Quién?

Thomas se cruzó de brazos.

—Yo.

Capítulo 52

La reunión estalló en un coro de discusiones. Newt se levantó muy calmado, se acercó a Thomas y le agarró del brazo para llevarle hasta la puerta.

—Ahora, vete.

Thomas se quedó helado.

—¿Que me vaya? ¿Por qué?

—Creo que ya has dicho bastante. Necesitamos hablar para decidir qué hacer sin que estés aquí —ya había llegado a la puerta y Newt le dio un empujoncito para sacarle de la sala—. Espérame junto a la Caja. Cuando hayamos acabado, tú y yo hablaremos.

Había empezado a darse la vuelta cuando Thomas le agarró.

—Tienes que creerme, Newt. Es el único modo de salir de aquí. Podemos hacerlo, te lo juro. Tenemos que hacerlo.

Newt se le acercó a la cara y le habló, enfadado, con una voz áspera y susurrante:

—Sí, me ha encantado la parte en la que te has ofrecido voluntario para que te maten.

—Estoy dispuesto a hacerlo.

Thomas lo decía en serio, pero sólo por la culpa que le atormentaba. Se sentía culpable por haber ayudado a diseñar el Laberinto. Pero, en lo más profundo de su corazón, se aferraba a la esperanza de poder resistir lo suficiente para teclear el código y desconectar a los laceradores antes de que les mataran. De abrir la puerta.

—¿Ah, sí? —dijo Newt con aire molesto—. Eres el señor Noble, ¿no?

—Tengo bastantes razones para hacerlo. De algún modo, es culpa mía que estemos aquí —se calló y respiró hondo para recobrar la compostura—. Bueno, voy a ir de todas formas, así que mejor que no desaproveches la oportunidad.

Newt frunció el entrecejo y, de pronto, sus ojos se llenaron de compasión.

—Si de verdad ayudaste a diseñar el Laberinto, Tommy, no es culpa tuya. Eras un niño, no pudiste evitar lo que te obligaron a hacer.

Pero no importaba lo que Newt dijera. Lo que nadie dijera. Thomas cargaba con aquella responsabilidad y se hacía más pesada cuanto más lo pensaba.

—Es que... es como si tuviese que salvaros a todos. Para redimirme.

Newt se apartó y negó con la cabeza lentamente.

—¿Sabes qué es gracioso, Tommy?

—¿Qué? —contestó Thomas, con recelo.

—Yo te creo. Tus ojos no reflejan ni una pizca de mentira. Y no puedo creerme que esté a punto de decir esto —hizo una pausa—, pero voy a entrar ahí para convencer a esos pingajos de que tenemos que atravesar el Agujero de los Laceradores, como tú has dicho. Puede que tengamos que luchar contra los

laceradores en vez de quedarnos aquí sentados permitiendo que se nos lleven uno a uno —levantó un dedo—. Pero escúchame: no quiero oír ni una puñetera palabra más de que vas a morir y toda esa clonc heroica. Si vamos a hacerlo, nos arriesgaremos todos. ¿Me oyes?

Thomas levantó las manos, abrumado por el alivio.

—Alto y claro. Sólo quería que vierais que merece la pena arriesgarse. Si de todos modos va a morir alguien cada noche, deberíamos usarlo para nuestro beneficio.

Newt frunció el ceño.

—¡Vaya, qué alegre!

Thomas se dio la vuelta para marcharse, pero Newt le llamó:

—¿Tommy?

—¿Sí?

Se detuvo, pero no se volvió.

—Si convenzo a esos pingajos, y sólo si lo consigo, el mejor momento para salir será por la noche. Para entonces, muchos de los laceradores estarán por el Laberinto, no en ese Agujero suyo.

—Bien —estuvo de acuerdo Thomas. Sólo esperaba que pudiera convencer a los guardianes. Se volvió para mirar a Newt e hizo un gesto de asentimiento.

Newt le dedicó una sonrisa que apenas se dibujó en su mueca de preocupación.

—Deberíamos hacerlo esta noche antes de que maten a nadie más.

Y, antes de que Thomas pudiera decir nada, Newt desapareció de vuelta a la reunión.

Thomas, un poco impresionado por aquella última frase, salió de la Hacienda y fue hasta un viejo banco junto a la Caja, donde se sentó y empezó a darle vueltas a la cabeza. No dejaba de pensar en lo que Alby había dicho del Destello y en lo que podría significar. El chico también había mencionado algo acerca de tierra quemada y una enfermedad. Thomas no recordaba nada de aquello, pero, si era cierto, el mundo al que intentaban volver no tenía muy buena pinta. Aun así, ¿qué otra opción les quedaba? Aparte del hecho de que los laceradores les estaban atacando todas las noches, el Claro básicamente se había cerrado.

Frustrado, inquieto, harto de pensar, llamó a Teresa:

¿Me oyes?

Sí —contestó ella—. ¿Dónde estás?

Al lado de la Caja.

Ahora voy.

Thomas se dio cuenta de lo mucho que necesitaba su compañía.

Bien, te contaré el plan. Creo que ya está en marcha.

¿Qué tenemos que hacer?

Thomas se recostó en el banco y colocó el pie derecho sobre la rodilla mientras se preguntaba cómo reaccionaría Teresa al oír lo que iba a decirle.

Tenemos que atravesar el Agujero de los Laceradores, utilizar el código para desconectar a los laceradores y abrir una puerta que hay ahí fuera.

Hubo una pausa.

Ya me había imaginado algo parecido.

Thomas se quedó pensando un segundo y, luego, añadió:

A menos que tengas un plan mejor.

No. Va a ser horrible.

Se golpeó con el puño derecho la mano izquierda, incluso aunque sabía que ella no podía verle.

Podemos lograrlo.

Lo dudo.

Bueno, tenemos que intentarlo.

Hubo otra pausa. Thomas podía sentir la resolución de la chica.

Tienes razón.

Creo que saldremos esta noche. Ven aquí para que hablemos más sobre el tema.

Llegaré en unos minutos.

A Thomas se le hizo un nudo en el estómago. La realidad de lo que había sugerido, el plan del que Newt intentaba convencer a los guardianes, estaba empezando a afectarle. Sabía que era peligroso; la idea de luchar contra los laceradores, no únicamente escapar de ellos, era aterradora. En el mejor de los casos, sólo uno de los clarianos moriría, pero ni siquiera podían confiar en eso. Quizá los creadores reprogramaran a las criaturas y, en tal caso, no tendrían ninguna posibilidad.

Intentó no pensar en ello.

•••



Antes de lo que esperaba, Teresa le encontró y se sentó a su lado, con el cuerpo pegado al suyo, a pesar de todo el espacio libre que había en el banco. Extendió el brazo y le agarró la mano. Él se la apretó tan fuerte que supo que debía de haberle hecho daño.

—Cuéntame —dijo ella.

Thomas así lo hizo, recitando cada una de las palabras que les había dicho a los guardianes, y odió cómo se le llenaron los ojos de preocupación y de terror a Teresa.

—El plan ha sido fácil de contar —explicó una vez que hubo terminado—, pero

Newt cree que deberíamos salir esta noche y ahora ya no me suena tan bien.

Sobre todo, le aterrorizaba la idea de Chuck y Teresa ahí fuera. Ya se había enfrentado a los laceradores y sabía cómo era aquello.

Quería proteger a sus amigos de aquella horrible experiencia, pero sabía que no podía.

—Podemos hacerlo —afirmó ella en voz baja.

Al oírla decir eso, se preocupó aún más.

—Hostia, estoy asustado.

—Hostia, eres humano. *Deberías* estar asustado.

Thomas no respondió y se quedaron allí un buen rato, cogidos de la mano, sin mediar palabra en sus mentes o en voz alta. Por un breve instante, sintió una ligera paz y trató de disfrutarla mientras duró.

Capítulo 53

Thomas casi se puso triste cuando finalmente acabó la Reunión. Cuando Newt salió de la Hacienda, supo que el tiempo de descanso había terminado.

El guardián les vio y se acercó a ellos corriendo con dificultad por la cojera. Thomas se dio cuenta de que había soltado la mano de Teresa sin pararse a pensarlo. Finalmente, Newt se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho mientras les miraba a los dos sentados en el banco.

—Es una locura; lo sabéis, ¿no? —por su expresión, no supieron lo que había pasado, pero sus ojos reflejaban un rastro de victoria.

Thomas se levantó y sintió una oleada de entusiasmo que le inundó todo el cuerpo.

—Entonces, ¿están de acuerdo?

Newt hizo un gesto de asentimiento.

—Todos. No ha sido tan difícil como yo pensaba. Los pingajos ya han visto lo que pasa por la noche cuando se quedan abiertas esas malditas puertas. No podemos salir del estúpido Laberinto. Tenemos que intentar hacer algo —se dio la vuelta para mirar a los guardianes, que empezaban a reunirse con sus respectivos grupos—. Ahora sólo tenemos que convencer a los clarianos.

Thomas sabía que aquello costaría más que persuadir a los guardianes.

—¿Crees que aceptarán? —preguntó Teresa, que al final se levantó para unirse a ellos.

—No todos —contestó Newt, y Thomas vio la frustración en sus ojos—. Algunos se quedarán y se arriesgarán, eso seguro.

Thomas no dudaba de que la gente palidecería ante la idea de salir al Laberinto. Pedirles que lucharan contra los laceradores era pedirles mucho.

—¿Y Alby?

—¿Quién sabe? —respondió Newt, y echó un vistazo al Claro, observando a los guardianes y a sus grupos—. Estoy convencido de que ese cabrón le da más miedo volver que los mismos laceradores. Pero conseguiré que venga con nosotros, no te preocupes.

Thomas deseaba acordarse de las cosas que atormentaban a Alby, pero no le venía nada a la cabeza.

—¿Cómo vas a convencerle?

Newt se rió.

—Me inventaré alguna clonc. Le diré que encontraremos una nueva vida en otra parte del mundo y seremos felices para siempre.

Thomas se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez sí. Le prometí a Chuck que le llevaría de vuelta a casa, ¿sabes? O, al menos, que le encontraría un hogar.

—Sí, bueno —murmuró Teresa—. Cualquiera cosa será mejor que este sitio.

Thomas miró a su alrededor y vio las discusiones que estaban estallando en el Claro. Los guardianes hacían lo que podían para convencer a la gente de que se arriesgara y luchara para abrirse camino hasta el Agujero de los Laceradores. Algunos clarianos se marcharon malhumorados, pero la mayoría parecía escuchar y, por lo menos, se lo estaba planteando.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Teresa.

Newt respiró hondo.

—Veremos quién va y quién se queda. Nos prepararemos. Cogemos comida, armas y todo eso. Luego, nos marcharemos. Thomas, te pondría al mando porque fue idea tuya, pero ya está siendo bastante difícil conseguir que la gente esté de nuestro lado sin tener al verducho como líder; sin ánimo de ofender. Pasa desapercibido, ¿vale? Os dejaremos lo del código a ti y a Teresa. Podrás llevarlo desde la retaguardia.

Thomas estaba más que de acuerdo con lo de pasar desapercibido. Para él ya era suficiente responsabilidad encontrar la central informática y teclear el código. Además de aquella carga sobre los hombros, tenía que luchar contra una oleada de pánico en aumento.

—Lo haces parecer facilísimo —dijo al final, intentando con todas sus fuerzas quitarle importancia a la situación. O, como mínimo, que sonara como si lo estuviese haciendo.

Newt se cruzó de brazos y le miró con detenimiento.

—Como has dicho, si nos quedamos aquí, morirá un pingajo cada noche. Si nos vamos, también morirá un pingajo. ¿Cuál es la diferencia? —señaló a Thomas—. Si es que tienes razón.

—La tengo.

Thomas sabía que no se equivocaba respecto al Agujero, el código, la puerta y la necesidad de luchar. Pero no tenía ni idea de si iban a morir una o muchas personas. Sin embargo, lo que sí le decía su instinto era que no admitiese sus dudas.

Newt le dio una palmada en la espalda.

—Bien, manos a la obra.

• • •



Las horas siguientes fueron frenéticas.

La mayoría de los clarianos acabó estando de acuerdo, incluso más de los que Thomas habría supuesto. Hasta Alby decidió unirse a ellos. Aunque nadie lo admitía,

Thomas estaba segurísimo de que todos contaban con que los laceradores sólo matarían a una persona y se imaginaban que tenían bastantes posibilidades de no ser el infeliz desafortunado. Los que decidieron quedarse en el Claro eran pocos, pero mantenían su elección alto y firme.

Principalmente, deambulaban enfurruñados, tratando de decirle al resto lo tontos que eran; pero, al final, se dieron por vencidos y mantuvieron las distancias.

En cuanto a Thomas y los demás que querían escapar, tenían muchísimo trabajo por hacer. Repartieron las mochilas y las llenaron de provisiones. Fritanga —Newt le había dicho a Thomas que el cocinero había sido el último guardián en aceptar ir— estaba a cargo de reunir toda la comida y distribuirla a partes iguales entre el grupo. Las jeringuillas con el Suero de la Laceración estaban incluidas, aunque Thomas pensaba que los laceradores no les iban a picar. Chuck se encargaba de rellenar las botellas de agua y de repartirlas a todos. Teresa le ayudó y Thomas pidió a la chica que le endulzara el viaje al niño todo lo que pudiera, incluso si tenía que mentirle descaradamente, y ese fue el caso. Chuck había intentado hacerse el valiente desde que supo que iban a salir al Laberinto, pero la piel sudada y los ojos aturridos revelaban la verdad.

Minho fue al Precipicio con un grupo de corredores y cogieron piedras y enredaderas para probar por última vez el invisible Agujero de los Laceradores. Tenían la esperanza de que las criaturas mantuvieran sus costumbres y no salieran durante las horas diurnas. Thomas había estado considerando el momento en que saltaría hacia el Agujero e intentaría teclear el código rápidamente, pero no tenía ni idea de lo que habría allí, de lo que podía estar esperándole. Newt tenía razón: era mejor esperar hasta la noche y cruzar los dedos para que la mayoría de los laceradores estuviese en el Laberinto en vez de en el Agujero.

Cuando Minho regresó sano y salvo, Thomas creyó que era muy optimista al pensar que de verdad había una salida. O una entrada. Dependía de cómo se mirara.

Thomas ayudó a Newt a distribuir las armas y, ante la desesperación, se crearon unas más innovadoras para prepararse contra los laceradores. Convirtieron postes de madera en lanzas y enrollaron alambre de espino a su alrededor. Afilaron los cuchillos y ataron cáñamo en los extremos de ramas resistentes que habían cortado de los árboles del bosque; pusieron esparadrapo en trozos de cristales rotos para usarlos a modo de palas. Al final del día, los clarianos se habían convertido en un pequeño ejército. Un ejército ridículo y poco preparado, pensó Thomas, pero un ejército, después de todo.

Una vez que Teresa y él acabaron de ayudar, fueron al lugar secreto en los Muertos para planear una estrategia y saber qué hacer en la central, dentro del Agujero de los Laceradores, y cómo teclear el código.

—Tenemos que hacerlo nosotros dos —dijo Thomas mientras apoyaban la

espalda contra unos árboles de áspera corteza, cuyas hojas, que antes eran verdes, empezaban a volverse grises por la falta de sol artificial—. De ese modo, si nos separamos, podemos seguir en contacto y ayudarnos.

Teresa había cogido un palo y lo estaba pelando.

—Pero necesitamos apoyo por si nos pasa algo.

—Por supuesto. Minho y Newt conocen las palabras del código. Les diremos que tendrán que teclearlas en el ordenador si nosotros... Bueno, ya sabes.

Thomas no quería pensar en todo lo malo que podía pasar.

—No hay mucho más que añadir.

Teresa bostezó como si la vida fuera completamente normal.

—Pues no. Lucharemos contra los laceradores, teclearemos el código y escaparemos por la puerta. Luego nos encargaremos de los creadores, cueste lo que cueste.

—El código tiene seis palabras; a saber cuántos laceradores nos esperan —Teresa partió el palo por la mitad—. Por cierto, ¿qué crees que significa CRUEL?

Thomas se sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago. Por alguna razón, el hecho de oír esa palabra en boca de otro en ese momento golpeó algo en su mente que hizo clic. Se quedó helado por no haber visto antes la conexión.

—¿Recuerdas el cartel que vi en el Laberinto? ¿Aquel metálico que tenía grabadas unas palabras?

El corazón de Thomas había empezado a acelerarse por el entusiasmo. Teresa arrugó la frente un segundo por la confusión y, entonces, una luz pareció titilar en sus ojos.

—¡Hala! Catástrofe Radical: Unidad de Experimentos Letales. CRUEL. En mi brazo escribí: «CRUEL es buena». Y eso ¿qué significa?

—No tengo ni idea, y por eso me da un miedo de muerte que lo que estamos a punto de hacer sea una soberana estupidez. Podría ser una carnicería.

—Todos saben en lo que se están metiendo —Teresa le cogió de la mano—. ¿Recuerdas? No hay nada que perder.

Thomas se acordó, pero, por algún motivo, las palabras de Teresa cayeron en saco roto, no le dieron esperanzas.

—No hay nada que perder —repitió el chico.

Capítulo 54

Justo antes del momento en que solían cerrarse las puertas, Fritanga preparó la última comida, que les daría fuerzas aquella noche. El ambiente entre los clarianos mientras cenaban no podía haber sido más sombrío o lleno de temor. Thomas estaba sentado al lado de Chuck y, distraídamente, iba picando de su plato.

—Y... Thomas —dijo el chico mientras engullía una gran cucharada de puré de patatas—, ¿a mí por qué me pusieron este apodo?

Thomas no pudo evitar sacudir la cabeza. Allí estaban, a punto de embarcarse en probablemente la misión más arriesgada de sus vidas, y Chuck tenía curiosidad por saber de dónde venía su apodo.

—No lo sé. ¿Darwin, tal vez? El tío que descubrió lo de la evolución.

—Me apuesto lo que quieras a que nadie le ha llamado «tío» antes —Chuck se metió otra cucharada en la boca y, por lo visto, creyó que era el mejor momento para hablar, incluso con la boca llena—. ¿Sabes?, no estoy tan asustado. Bueno, las últimas noches, sentado en la Hacienda, esperando a que viniera un lacerador y se llevara a uno de nosotros, fue lo peor que había hecho nunca. Pero ahora vamos a por ellos, vamos a intentar algo. Y por lo menos...

—Por lo menos, ¿qué? —preguntó Thomas, que no se creía ni por un segundo que Chuck no tuviera miedo; casi le dolía ver cómo se hacía el valiente.

—Bueno, todos hacen conjeturas sobre que sólo pueden matar a uno. Quizá suene como un cara fuco, pero me da esperanza. Como mínimo, la mayoría conseguiremos pasar de esta y sólo morirá un pobre imbécil. Eso es mejor que todos.

A Thomas le ponía enfermo que la gente se aferrara al hecho de que sólo iba a morir una persona. Cuanto más lo pensaba, menos creía que fuera verdad. Los creadores conocían el plan y podían haber reprogramado a los laceradores. Pero hasta las falsas esperanzas eran mejor que nada.

—Quizá todos sobrevivamos. Depende de si todos luchamos.

Chuck dejó por un segundo de meterse comida en la boca y miró a Thomas con detenimiento.

—¿Lo dices en serio o sólo para animarme?

—Podemos hacerlo —Thomas comió su último bocado y bebió un buen trago de agua. No se había sentido tan mentiroso en toda su vida. Iba a morir gente. Pero iba a hacer todo lo posible para asegurarse de que Chuck no fuera uno de ellos. Ni tampoco Teresa—. No olvides mi promesa. Aún puedes contar con ella.

Chuck frunció el ceño.

—¡Vaya! No paro de oír que el mundo está como una clonc.

—Eh, tal vez sí, pero encontraremos a las personas que se preocupan por nosotros, ya lo verás.

Chuck se levantó.

—Bueno, no quiero pensar en eso —anunció—. Tú sácame del Laberinto y ya seré un tío feliz.

—Bien —asintió Thomas.

Un alboroto que provenía de las otras mesas atrajo su atención. Newt y Alby estaban reuniendo a los clarianos, les decían que había llegado la hora de marcharse. Alby parecía casi él mismo, pero Thomas aún estaba preocupado por el estado mental del chico. En su mente, Newt estaba al mando, pero este a veces también podía ser un peligro.

El miedo glacial y el pánico que Thomas había vivido con tanta frecuencia aquellos últimos días le azotaron de nuevo con todas sus fuerzas. Ya estaba. Se iban. Trató de no pensar en ello, sólo actuar, y cogió su mochila. Chuck hizo lo mismo y se dirigieron hacia la Puerta Oeste, la que daba al Precipicio.

Thomas se encontró a Minho y a Teresa hablando cerca de la parte izquierda de la puerta, repasando los planes ideados a toda prisa para introducir el código de escape una vez que entraran en el Agujero.

—¿Estáis preparados, pingajos? —inquirió Minho cuando se acercaron—. Thomas, esto fue idea tuya, así que será mejor que funcione. Si no, te mataré antes de que lo hagan los laceradores.

—Gracias —contestó Thomas, pero no pudo quitarse el retortijón de sus tripas. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si los recuerdos que le habían venido a la mente eran falsos? ¿Y si se los habían implantado de algún modo? Aquella idea le aterrorizó y la apartó de su mente. No había vuelta atrás.

Miró a Teresa, que cambió los pies de posición y se retorció las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Muy bien —respondió ella con una sonrisita que dejaba claro lo contrario—. Tan sólo tengo ganas de acabar con todo esto.

—Amén, hermana —dijo Minho. Miró a Thomas de lo más tranquilo, muy seguro y apenas asustado. Thomas le envidió.

Cuando por fin Newt los tuvo a todos reunidos, pidió silencio y Thomas se dio la vuelta para oír lo que tenía que decir.

—Somos cuarenta y uno —tiró de la mochila que llevaba en los hombros y levantó un grueso poste de madera con alambre de espino alrededor de la punta. Tenía un aspecto mortífero—. Aseguraos de que tenéis vuestras armas. Aparte de eso, poco más me queda por decir; ya os han contado el plan. Vamos a abrirnos camino hasta el Agujero de los Laceradores, Tommy tecleará el código mágico y luego saldaremos cuentas con los creadores. Así de simple.

Thomas apenas había oído a Newt, pues había visto a Alby enfurruñado a un lado, apartado del grupo principal de los clarianos, solo. Estaba pellizcando la cuerda

de su arco, con la mirada clavada en el suelo. Una aljaba de flechas colgaba de su hombro. Thomas cada vez estaba más preocupado por la inestabilidad de Alby, por que pudiera fastidiarlo todo de alguna manera. Decidió que, si podía, lo vigilaría de cerca.

—¿No debería alguien dar un discurso para animarnos? —preguntó Minho, y atrajo la atención de Thomas.

—Adelante —contestó Newt.

Minho asintió y miró al grupo.

—Tened cuidado —dijo secamente—. No muráis.

Thomas se habría reído si hubiese podido, pero estaba demasiado asustado para que le saliera.

—Estupendo. Ahora estamos inspiradísimos —replicó Newt, y luego señaló por encima de su hombro, hacia el Laberinto—. Todos conocéis el plan. Después de que nos trataran durante dos años como a ratones, esta noche vamos a resistirnos. Esta noche se la devolveremos a los creadores. Esta noche más les vale a los laceradores temernos.

Alguien aplaudió y, luego, otro más. No tardaron en oírse gritos de batalla, que aumentaron de volumen y llenaron el aire como un trueno. Thomas sintió un cosquilleo de valor en su interior. Lo agarró, se aferró a él y le instó a crecer. Newt tenía razón: aquella noche lucharían. Aquella noche opondrían resistencia de una vez por todas.

Thomas estaba preparado. Rugió con los demás clarianos. Sabía que deberían estar en silencio para no llamar demasiado la atención, pero no le importaba. El juego había empezado.

Newt lanzó su arma al aire y gritó:

—¡Oíd esto, creadores! ¡Vamos a por vosotros!

Y, tras decir eso, se dio la vuelta y corrió hacia el Laberinto con su cojera apenas perceptible. Hacia el aire gris que parecía más oscuro que el Claro, lleno de sombras y oscuridad. Los clarianos que rodeaban a Thomas, aún vitoreando, cogieron sus armas y corrieron detrás de él, incluso Alby. Thomas les siguió alineado entre Teresa y Chuck, levantando una gran lanza de madera con un cuchillo sujeto en la punta. La repentina responsabilidad que sintió hacia sus amigos casi le abrumó e hizo que le resultara más difícil correr. Pero continuó, decidido a ganar.

«Puedes hacerlo —pensó—. Sólo tienes que llegar hasta el Agujero».

Capítulo 55

Thomas mantuvo un ritmo constante mientras corría con los demás clarianos por los caminos de piedra hacia el Precipicio. Se había ido acostumbrando a correr por el Laberinto, pero aquello era completamente distinto. Los sonidos de las pisadas retumbaban por las paredes y las luces rojas de las cuchillas escarabajo brillaban más amenazadoras entre la hiedra. No cabía duda de que los creadores estaban observando, escuchando. De un modo u otro, iba a haber una pelea.

¿Estás asustado?—le preguntó Teresa mientras corrían.

No, me gustan las cosas hechas de grasa y acero. Me muero por verlas.

No sintió alegría ni ganas de reír, y se preguntó si en algún momento volvería a sentirse así.

¡Qué gracioso!—respondió ella.

La chica iba justo a su lado, pero tenía los ojos clavados al frente.

No nos pasará nada. Tú quédate cerca de mí y de Minho.

Ah, mi caballero de la brillante armadura. ¿Qué pasa, no crees que pueda arreglármelas por mí misma?

La verdad era que pensaba más bien lo contrario. Teresa parecía tan fuerte como cualquiera de los que estaban allí.

No, sólo intento ser amable.

El grupo estaba repartido por todo lo ancho del pasillo y corría a un ritmo constante, pero rápido; Thomas se preguntó cuánto tiempo aguantarían los que no eran corredores. Como si fuera una respuesta a aquel pensamiento, Newt retrocedió y le dio unos golpecitos a Minho en el hombro.

—Ahora, ponte tú a la cabeza —le oyó decir.

Minho hizo un gesto de asentimiento y corrió para ponerse al frente y guiar a los clarianos por todos los giros necesarios. Para Thomas, cada paso que daba era terrible. El valor que había conseguido reunir se había transformado en terror y no dejaba de preguntarse cuándo empezarían a perseguirles los laceradores. Cuándo comenzaría la batalla.

Y así siguió mientras continuaron avanzando. Los clarianos que no estaban acostumbrados a correr tales distancias jadeaban con grandes bocanadas de aire. Pero ninguno se rindió. Continuaron corriendo, sin rastro de los laceradores. Y conforme el tiempo pasaba, Thomas permitió que un hilo de esperanza entrara en su organismo, pues quizá llegaran antes de que les atacaran. Quizá.

Finalmente, después de la hora más larga de la vida de Thomas, siguieron por el largo callejón que daba al último giro antes del Precipicio, un corto pasillo a la derecha que se bifurcaba en forma de T. Thomas, con el corazón latiéndole con fuerza y el sudor resbalándole por la piel, se había colocado justo detrás de Minho y tenía a

Teresa a su lado. Minho aminoró el paso en la esquina, luego se paró y levantó una mano para decirles a Thomas y a los demás que hicieran lo mismo. Después, se dio la vuelta con una expresión de horror en el rostro.

—¿Oís eso? —susurró.

Thomas negó con la cabeza, tratando de eliminar el terror que le había transmitido la cara de Minho. Minho avanzó sigilosamente y se asomó por el borde de piedra para echar un vistazo al Precipicio. Thomas ya le había visto hacer aquello antes, cuando siguieron a un lacerador hasta aquel mismo sitio. Igual que la otra vez, Minho retrocedió bruscamente y se volvió hacia él.

—Oh, no —dijo el guardián con un gemido—. Oh, no.

Entonces Thomas lo oyó. Los sonidos de los laceradores. Era como si hubieran estado escondidos, esperando, y ahora hubiesen vuelto a la vida. Ni siquiera tuvo que mirar; sabía lo que Minho iba a decir antes de que lo dijera:

—Hay, como mínimo, una docena. Tal vez, quince —se frotó los ojos con las palmas de las manos—. ¡Nos están esperando!

Un glacial escalofrío de miedo azotó a Thomas con más fuerza que nunca. Miró a Teresa y estuvo a punto de decirle algo, pero se detuvo cuando vio la expresión de su pálida cara. Nunca había visto que el terror se presentase de forma tan descarnada.

Newt y Alby se habían acercado a la fila de los expectantes clarianos para unirse a Thomas y a los demás. Por lo visto, la declaración de Minho ya se había susurrado entre las filas, porque lo primero que Newt dijo fue:

—Bueno, sabíamos que tendríamos que luchar —pero el temblor de la voz le delató; sólo trataba de decir lo correcto.

Thomas también se sintió así. Había sido muy fácil hablar de la lucha cuando no había nada que perder, de la esperanza de que sólo se llevarían a uno, de la oportunidad de por fin escapar. Y ya había llegado; de hecho, la tenían literalmente a la vuelta de la esquina. Las dudas sobre si podría llevarlo a cabo comenzaron a filtrarse en su mente y su corazón. Se preguntó por qué los laceradores estaban esperándoles; sin duda, las cuchillas escarabajo les habían avisado de que los clarianos se acercaban. ¿Estaban disfrutando los creadores con todo aquello?

Se le ocurrió una idea:

—A lo mejor ya se han llevado a un chaval del Claro. A lo mejor podemos pasar a su lado. De lo contrario, ¿por qué iban a estar ahí...?

Un fuerte ruido que venía de atrás le interrumpió. Se dio la vuelta y vio más laceradores avanzando por el pasadizo hacia ellos, con los pinchos sacados y los brazos de metal estirados; venían del Claro. Thomas estaba a punto de decir algo cuando oyó unos sonidos que procedían de la otra punta del callejón y vio aún más laceradores. El enemigo estaba por todos lados; los tenían acorralados.

Los clarianos se pegaron a Thomas, formando un grupo apretado, obligándole a

salir hacia la intersección abierta donde el pasillo del Precipicio se encontraba con el largo callejón. Vio los laceradores entre ellos y el Precipicio, con los pinchos extendidos y su húmeda piel latiendo. Les esperaban, les observaban. Los otros dos grupos de laceradores se habían acercado y se detuvieron a tan sólo unos pasos de los clarianos, también esperando, observando.

Thomas se dio la vuelta despacio y luchó contra el miedo mientras asimilaba la situación. Estaban rodeados. Ahora no tenían elección, no tenían dónde ir. Sintió una punzada de dolor en los ojos.

Los clarianos se apretaron aún más a su alrededor, todos mirando hacia fuera, apiñados en el centro de la intersección en forma de T. Thomas estaba pegado a Newt y Teresa; notaba cómo Newt temblaba. Nadie dijo ni una palabra. Los únicos sonidos eran los inquietantes gemidos y zumbidos del mecanismo de los laceradores que estaban allí sentados, como si disfrutaran de la pequeña trampa que habían puesto a los humanos. Sus repugnantes cuerpos se contraían con su respiración mecánica.

¿Qué están haciendo? —le preguntó Thomas a Teresa—. *¿A qué están esperando?*

La chica no respondió, lo que le preocupó. Extendió el brazo para apretarle la mano. Los clarianos a su alrededor estaban callados y asían con fuerza sus armas escasas. Thomas miró a Newt.

—¿Tienes alguna idea?

—No —respondió este con la voz un poquito temblorosa—, no entiendo a qué están esperando.

—No deberíamos haber venido —dijo Alby. Había estado tan callado que su voz sonaba extraña, sobre todo por el eco que creaban las paredes del Laberinto.

Thomas no estaba de humor para oír quejas; tenían que hacer algo.

—Bueno, esto es mejor que la Hacienda. Odio decirlo, pero prefiero que uno de nosotros muera a que muramos todos.

Esperó que fuera cierto lo de una persona por noche. Al ver todos aquellos laceradores tan cerca, volvió de improviso a la cruda realidad. ¿Podrían luchar contra todos?

Pasó un buen rato antes de que Alby contestara:

—Quizá debería... —se calló y empezó a caminar hacia delante, en dirección al Precipicio, despacio, como si estuviese en trance. Thomas le observó con un sobrecogimiento distante; no daba crédito a sus ojos.

—¿Alby? —le llamó Newt—. ¡Vuelve aquí!

En vez de responder, Alby echó a correr, directo hacia el grupo de laceradores que estaba entre él y el Precipicio.

—¡Alby! —gritó Newt.

Thomas empezó a decir algo, pero Alby ya había alcanzado a los monstruos y

había saltado sobre uno. Newt se apartó de Thomas y fue en dirección a Alby, pero cinco o seis laceradores se habían activado y atacaban al chico en una masa de metal y piel. Thomas agarró a Newt de los brazos antes de que fuera más lejos y tiró de él hacia atrás.

—¡Suéltame! —aulló Newt, retorciéndose para librarse de él.

—¡Estás loco! —gritó Thomas—. ¡No puedes hacer nada!

Dos laceradores más salieron del grupo y se apiñaron sobre Alby, colocándose unos encima de otros, partiendo y cortando, como si quisieran restregárselo por la cara, demostrarles su despiadada crueldad. Por increíble que pareciera, Alby no gritó. Thomas perdió de vista el cuerpo mientras forcejeaba con Newt, agradecido por la distracción. Al final, Newt se dio por vencido y se desplomó hacia atrás.

Alby se había vuelto loco de una vez por todas, pensó Thomas mientras trataba de que su estómago no se deshiciera de sus contenidos. Su líder tenía tanto miedo de volver a lo que fuese que hubiera visto que había decidido sacrificarse. Se había ido. Ya no estaba.

Thomas ayudó a Newt a ponerse de pie. El clariano no podía apartar la mirada del lugar donde su amigo había desaparecido.

—No me lo puedo creer —susurró Newt—. No me puedo creer que haya hecho eso...

Thomas sacudió la cabeza, incapaz de contestar. Ver a Alby derrumbarse de aquella manera había llenado su interior de un nuevo tipo de dolor que no había sentido hasta aquel momento. Un dolor enfermo y trastornado. Era peor que el dolor físico. Y ni siquiera sabía si tenía algo que ver con Alby, pues nunca le había gustado demasiado aquel tío. Pero la idea de que aquello le pasara a Chuck o a Teresa...

Minho se acercó a sus dos amigos y le apretó el hombro a Newt.

—No podemos desaprovechar lo que ha hecho —se volvió hacia Thomas—. Lucharemos contra ellos si tenemos que hacerlo, os abriremos camino a ti y a Teresa hasta el Precipicio. Meteos en el Agujero y haced vuestro rollo. Les mantendremos alejados hasta que nos hagáis la señal para que os sigamos.

Thomas miró los tres grupos de laceradores —ninguno se había movido aún hacia los clarianos— y asintió.

—Espero que sigan inactivos un rato. Tan sólo necesitaremos un par de minutos para teclear el código.

—Tíos, ¿cómo podéis tener tan poco corazón? —murmuró Newt, y a Thomas le sorprendió la indignación que reflejaba su voz.

—¿Qué quieres, Newt? —espetó Minho—. ¿Deberíamos vestirnos de luto y celebrar un funeral?

Newt no respondió y siguió con la vista clavada en el sitio donde los laceradores parecían estar alimentándose de Alby. Thomas no pudo evitar echar un vistazo. Vio

una mancha de color rojo brillante en el cuerpo de una de las criaturas. Se le revolvió el estómago y enseguida apartó la mirada.

Minho continuó:

—Alby no quería volver a su vida anterior. Se sacrificó por nosotros. No están atacando, así que tal vez haya funcionado. No tendríamos corazón si no lo aprovecháramos.

Newt se limitó a encogerse de hombros y cerró los ojos. Minho se dio la vuelta y miró al grupo de clarianos apiñados.

—¡Escuchad! La prioridad número uno es proteger a Thomas y a Teresa para que puedan llegar al Precipicio, atravesar el Agujero y así...

Los sonidos de los laceradores volviendo a la vida le interrumpieron. Thomas alzó la vista, aterrorizado. Las criaturas a ambos lados del grupo parecían haber advertido de nuevo su presencia. Sacaban y metían los pinchos de su carne fofa, sus cuerpos temblaban y latían. Entonces los monstruos avanzaron al unísono, despacio, con los apéndices de sus instrumentos desplegados, señalando a Thomas y a los clarianos, listos para matar. Los laceradores apretaron más su formación de acorralamiento como una soga y cargaron hacia ellos a un ritmo constante.

Lamentablemente, el sacrificio de Alby había sido en vano.

Capítulo 56

Thomas agarró a Minho del brazo.

—¡Tengo que atravesar eso de algún modo! —señaló con la cabeza el grupo rodante de laceradores que había entre ellos y el Precipicio. Parecía una gran mole de grasa estridente con pinchos que brillaba por los destellos de luz que reflejaba el acero. Resultaban incluso más amenazadores bajo aquella luz grisácea.

Thomas esperó una respuesta mientras Minho y Newt intercambiaban una larga mirada. El hecho de saber que iban a luchar era casi peor que el miedo que sentían.

—¡Ya están aquí! —gritó Teresa—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Guíanos tú —le dijo por fin Newt a Minho con una voz que apenas era un susurro—. Ábreles un maldito camino a Tommy y a la chica. Hazlo.

Minho hizo un gesto de asentimiento y una firme mirada de determinación le endureció los rasgos. Luego se volvió hacia los clarianos.

—¡Vamos directos al Precipicio! Luchad por el centro, empujad a esas fucas cosas hacia las paredes. ¡Lo más importante es que Thomas y Teresa lleguen al Agujero de los Laceradores!

Thomas dejó de mirarle y se centró en los monstruos que se aproximaban; tan sólo estaban a unos metros de distancia. Cogió con fuerza la lanza que no merecía tal nombre.

Tenemos que mantenernos muy juntos —le dijo a Teresa—. *Dejémosles luchar a ellos; nosotros tenemos que atravesar el Agujero* —se sintió como un cobarde, pero sabía que la lucha o las muertes serían en vano si no tecleaban el código para abrir la puerta y llegar a los creadores.

Lo sé—contestó ella—. *Tenemos que estar pegados.*

—¡Listo! —le gritó Minho a Thomas, levantando al aire su garrote envuelto en alambre de espino con una mano y, con la otra, un cuchillo largo y plateado. Señaló con el cuchillo la horda de laceradores y la hoja proyectó un destello—. ¡Ahora!

El guardián echó a correr sin esperar una respuesta. Newt fue detrás de él, pisándole los talones, y les siguió el resto de clarianos, un grupo apretado de chicos rugiendo, directo a una batalla sangrienta, con las armas alzadas. Thomas le dio la mano a Teresa, dejó que todos pasaran, notó cómo chocaban contra él, olió su sudor, percibió su miedo y esperó la oportunidad perfecta para salir a toda mecha.

Justo cuando inundaron el aire los primeros sonidos de los chicos chocando contra los laceradores, junto con los gritos y rugidos de la maquinaria y la madera contra el acero, Chuck pasó al lado de Thomas, que enseguida le agarró del brazo.

Chuck retrocedió a trompicones y le miró con los ojos tan llenos de terror que a Thomas se le partió el alma. En aquella milésima de segundo, tomó una decisión.

—Chuck, tú te vienes con Teresa y conmigo —dijo con energía y autoridad, sin

dejar lugar a dudas.

Chuck miró hacia la batalla que ya había comenzado.

—Pero... —se calló, y Thomas supo que al niño le había gustado la idea, aunque le daba vergüenza admitirlo.

De inmediato, Thomas trató de salvar su dignidad:

—Necesitamos que nos ayuden en el Agujero de los Laceradores por si alguna de esas cosas está allí dentro esperándonos.

Al instante, Chuck hizo un gesto de asentimiento, demasiado rápido. De nuevo, Thomas notó una punzada de tristeza en el corazón y sintió más fuerte que nunca la necesidad de llevar a Chuck a casa sano y salvo.

—Muy bien —dijo Thomas—, coge a Teresa de la otra mano. Vamos.

Chuck hizo lo que le dijo, esforzándose mucho por parecer valiente, y Thomas advirtió que, quizá por primera vez en su vida, el niño no pronunció ni una palabra.

¡Han dejado una abertura!—gritó Teresa en la mente de Thomas, lo que le lanzó una punzada de dolor al cráneo. Señaló al frente y Thomas vio cómo los clarianos, que luchaban como locos contra los laceradores para empujarlos hacia las paredes, dejaban un hueco estrecho en medio del pasillo.

—¡Ahora! —gritó Thomas.

Echó a correr a toda velocidad, tirando de Teresa a sus espaldas, que a su vez tiraba de Chuck, con las lanzas y los cuchillos preparados para la guerra, avanzando hacia el pasillo de piedra, ensangrentado y lleno de gritos. Hacia el Precipicio.

El fragor de la batalla les rodeaba. Los clarianos luchaban y la adrenalina provocada por el pánico les hacía continuar. Los sonidos que retumbaban en las paredes eran cacofonías de terror: alaridos humanos, metal chocando contra metal, motores rugiendo, chirridos inquietantes de los laceradores, sierras girando, garras abriéndose y cerrándose y chicos gritando auxilio. Todo era una masa ensangrentada y gris con destellos de acero. Thomas intentó no mirar ni a la izquierda ni a la derecha, sólo adelante, y atravesó el estrecho hueco que habían dejado los clarianos.

Incluso mientras corrían, volvió a repasar las palabras del código: EMERGE, ATRAPA, SANGRA, MUERTE, DIFÍCIL, PULSA. Sólo les faltaban unos pocos pasos más.

¡Algo me acaba de hacer un corte en el brazo! —gritó Teresa.

Mientras lo estaba diciendo, Thomas sintió que le hacían un fuerte tajo en la pierna. No se volvió para mirar ni se molestó en contestar. La inquietante imposibilidad de su aprieto era como si estuviese todo inundado de un agua negra que le arrastraba hacia la rendición. Se resistió e hizo un esfuerzo por seguir adelante.

Allí estaba el Precipicio, abierto en medio de un cielo gris oscuro, a unos seis metros de distancia. Avanzó, tirando de sus amigos.

Luchaban a ambos lados. Thomas no quiso mirar ni ayudar. Un lacerador

apareció justo en medio de su camino; un chico al que no se le veía la cara estaba agarrado en sus zarpas mientras, para intentar escapar, apuñalaba sin piedad la gruesa piel de la criatura, parecida a la de una ballena. Thomas se echó a la izquierda para esquivarlo y siguió corriendo. Oyó un grito al pasar, un gemido desgarrador que sólo podía significar que un clariano había perdido la batalla y se había encontrado con un terrible final. El grito continuó rompiendo el aire por encima de los otros sonidos de guerra, hasta que desapareció. Thomas notó cómo le temblaba el corazón y esperó que no fuese alguien a quien conociera.

¡Sigue corriendo!—dijo Teresa.

¡Ya!—gritó Thomas, esta vez muy fuerte.

Alguien adelantó a Thomas corriendo y chocó con él al pasar. Un lacerador atacaba por la derecha con las cuchillas girando. Un clariano le cortó el paso, levantó dos largas espadas y el metal repiqueteó contra el metal mientras luchaban. Thomas oyó una voz en la distancia que gritaba las mismas palabras una y otra vez, algo que tenía que ver con él. Con protegerle mientras corría. Era Minho, cuyos gritos rebosaban desesperación y cansancio. Thomas continuó.

¡Uno por poco coge a Chuck!—chilló Teresa, retumbando de forma violenta en su cabeza.

Los laceradores seguían acercándose, pero también los clarianos, para ayudarles. Winston había cogido el arco y las flechas de Alby y le lanzaba astas con puntas de acero a cualquier cosa no humana que se movía, fallando más que acertando. Chicos que Thomas no conocía corrían a su lado, golpeaban los instrumentos de los laceradores con sus armas improvisadas, saltaban sobre ellos y les atacaban. Los sonidos —el repiqueteo del metal, los gritos, los gemidos lastimeros, el rugido de los motores, las sierras giratorias, el chasquido de las cuchillas, el chirrido de los pinchos contra el suelo, los ruegos de auxilio que ponían los pelos de punta— aumentaron hasta volverse insoportables.

Thomas gritó, pero siguió corriendo hasta que llegaron al Precipicio, donde paró con un derrape, justo en el borde. Teresa y Chuck chocaron contra él y casi acabaron los tres en aquel descenso interminable. En una fracción de segundo, Thomas contempló la vista del Agujero de los Laceradores. Allí, en medio de la nada, donde las enredaderas se extendían hacia ninguna parte.

Antes, Minho y un par de corredores habían hecho cuerdas de hiedra y las habían atado a las que estaban sujetas a los muros. Habían tirado los extremos sueltos hacia el Precipicio, hasta el Agujero, donde ahora seis o siete lianas colgaban desde el borde de piedra hacia el cuadrado invisible que flotaba en el cielo vacío hasta desaparecer en la nada.

Había llegado el momento de saltar. Thomas dudó y sintió un último instante de intenso terror al oír los horribles sonidos detrás de él y ver la ilusión que tenía

delante. Entonces reaccionó.

—Tú primero, Teresa —quería pasar el último para asegurarse de que ningún lacerador la cogía a ella o a Chuck.

Para su sorpresa, la chica no dudó. Tras apretar la mano de Thomas y, luego, el hombro de Chuck, saltó del borde, tensó las piernas enseguida y mantuvo los brazos a los costados. Thomas aguantó la respiración hasta que la muchacha se coló por el sitio de entre las cuerdas de hiedra y desapareció. Parecía como si de golpe hubiese desaparecido de la faz de la Tierra.

—¡Hala! —gritó Chuck, y salió un poco del niño que había sido antes.

—Tienes razón, ¡hala! —dijo Thomas—. Te toca —antes de que el chico se pusiera a discutir, Thomas le cogió por debajo de los brazos y apretó el torso de Chuck—. Empuja con las piernas, yo te impulsaré. ¿Preparado? ¡Uno, dos..., tres! —gruñó por el esfuerzo y le levantó hacia el Agujero.

Chuck gritó mientras volaba por el aire y casi perdió el objetivo, pero sus pies entraron; luego, su estómago y sus brazos rozaron los laterales del hueco invisible antes de que el niño desapareciera en su interior. La valentía de aquel muchacho solidificó algo en el corazón de Thomas. Quería a Chuck. Le quería igual que si fueran hermanos.

Thomas se ajustó la mochila y sujetó bien fuerte con la mano derecha la lanza improvisada para la lucha. Los sonidos detrás de él eran horribles, espantosos. Se sentía culpable por no ayudar.

«Cumple con tu parte», se dijo a sí mismo.

Se armó de valor, dio unos golpecitos con la lanza en el suelo de piedra, plantó el pie izquierdo en el borde del Precipicio y saltó, catapultándose hacia el cielo crepuscular. Se pegó la lanza al torso, flexionó los dedos de los pies hacia abajo y tensó el cuerpo.

Luego entró por el Agujero.

Capítulo 57

Un frío glacial atravesó la piel de Thomas al entrar en el Agujero de los Laceradores, comenzando desde los dedos de los pies hasta subirle por todo el cuerpo, como si hubiera saltado a una superficie plana de agua helada. El mundo se hizo aún más oscuro a su alrededor cuando aterrizó en un suelo resbaladizo y, luego, salió disparado, cayéndose hacia atrás, en los brazos de Teresa. Chuck y ella le ayudaron a recuperar el equilibrio. Era un milagro que Thomas no le hubiera sacado un ojo a alguien con su lanza.

El Agujero de los Laceradores habría estado más oscuro que boca de lobo si no hubiese sido por la iluminación de la linterna de Teresa. Mientras Thomas se orientaba, se dio cuenta de que se hallaban en un cilindro de piedra de tres metros de alto. Estaba mojado, cubierto de un aceite brillante y mugriento, y se extendía delante de ellos varios kilómetros hasta desaparecer en la oscuridad. Thomas se asomó por el Agujero a través del que habían entrado. Parecía una ventana cuadrada que daba a un profundo espacio sin estrellas.

—El ordenador está por ahí —dijo Teresa, captando su atención.

Había apuntado con la linterna unos metros túnel abajo a un cuadrado de cristal sucio que brillaba con un color verde apagado. Debajo había incrustado un teclado en la pared que sobresalía lo suficiente para que alguien pudiera usarlo con facilidad aunque estuviese de pie. Allí estaba, listo para que introdujeran el código. Thomas no pudo evitar pensar que era demasiado fácil, demasiado bueno para ser verdad.

—¡Teclea las palabras! —gritó Chuck, dándole una palmada a Thomas en el hombro—. ¡Rápido!

Thomas le hizo un gesto a Teresa para que lo hiciera ella.

—Chuck y yo nos quedaremos aquí, vigilando para asegurarnos de que ningún lacerador atraviesa el Agujero.

Tan sólo esperaba que los clarianos hubieran dejado de centrarse en crear un espacio para que ellos pasaran y ahora estuvieran alejando a las criaturas del Precipicio.

—Vale —asintió Teresa. Thomas sabía que ella era demasiado inteligente para perder el tiempo discutiendo.

La chica se acercó a la pantalla y, luego, empezó a teclear.

¡Espera! —le dijo Thomas en su mente—. ¿Estás segura de que sabes las palabras?

Se volvió hacia él con el entrecejo fruncido.

—No soy idiota, Tom. Sí, soy capaz de recordar...

Una fuerte explosión encima y detrás de ellos la interrumpió y sobresaltó a Thomas. Se dio la vuelta y vio un lacerador cayendo por el Agujero, apareciendo

como por arte de magia a través del oscuro cuadrado negro. Aquel bicho había retraído los brazos y los pinchos para entrar. Cuando aterrizó con un golpe blando, volvieron a salir un montón de objetos desagradables y afilados, con un aspecto más letal que nunca.

Thomas puso a Chuck detrás de él y se enfrentó a la criatura, agarrando su lanza como si con ella pudiera protegerse.

—¡Sigue tecleando, Teresa! —chilló.

Una delgada barra metálica salió de la carne húmeda del lacerador y se desplegó hasta convertirse en un largo apéndice con tres cuchillas giratorias que iban directas a la cara de Thomas.

Agarró el extremo de su lanza con ambas manos y lo apretó con fuerza mientras bajaba hacia el suelo la punta con un cuchillo atado. El brazo de las cuchillas avanzó unos centímetros más, dispuesto a cortarle en trocitos. Cuando estaba a pocos centímetros, Thomas tensó los músculos y levantó la lanza hacia el techo todo lo fuerte que pudo. Dio al brazo de metal y envió aquella cosa hacia el cielo, girando en arco hasta que se hundió en el cuerpo del lacerador. El monstruo pegó un grito de furia y retrocedió varios pasos, con los pinchos retraídos. Thomas resollaba por el esfuerzo.

A lo mejor puedo derrotarlo —le dijo rápidamente a Teresa—. *Pero ¡date prisa!*

Ya casi he acabado —respondió ella.

Los pinchos del lacerador volvieron a salir. Avanzó, y otro brazo salió de su carne y se estiró hacia delante con unas zarpas enormes que intentaron coger la lanza. Thomas atacó con todas sus fuerzas, esta vez por encima de su cabeza. La lanza chocó con la base de las garras. Con un golpazo metálico y un sonido viscoso, el brazo entero se soltó de su cavidad y cayó al suelo. Entonces, por algún tipo de boca que Thomas no llegaba a ver, el lacerador soltó un alarido alto y penetrante, y los pinchos desaparecieron.

—¡A estas cosas se las puede vencer! —gritó Thomas.

¡No me deja introducir la última palabra! —dijo Teresa en su mente.

Sin apenas oírla ni entenderla, soltó un rugido y se abalanzó sobre el lacerador para aprovecharse de su debilidad. Balanceó la lanza violentamente, saltó sobre el cuerpo bulboso de la criatura y aporreó dos brazos de metal para quitárselos de encima con un fuerte chasquido. Levantó la lanza sobre su cabeza, apoyó bien los pies —notó cómo se hundían en aquella grasa repugnante— y, luego, clavó la lanza al monstruo. Un pringue amarillo y viscoso brotó de su carne y salpicó las piernas de Thomas mientras clavaba la lanza lo más profundo posible en el cuerpo del bicho. Después, soltó la empuñadura del arma, saltó y corrió hasta Chuck y Teresa.

Thomas observó con una fascinación malsana cómo el lacerador se retorció incontrolablemente y escupía el aceite amarillento en todas las direcciones. Los

pinchos entraban y salían de su piel; los brazos que le quedaban se movían en un amasijo de confusión e, incluso, atravesaban su propio cuerpo. No tardó en comenzar a ralentizarse, en perder la energía por la pérdida de sangre —o de carburante—.

Unos segundos más tarde, dejó de moverse por completo. Thomas no podía creérselo. No daba crédito. Acababa de vencer a un lacerador, uno de los monstruos que llevaban aterrorizando a los clarianos más de dos años.

Miró a Chuck, que estaba detrás de él con los ojos abiertos de par en par.

—Lo has matado —dijo el niño, y se rió como si aquel acto hubiera resuelto todos sus problemas.

—No ha costado tanto —farfulló Thomas, y luego se volvió para ver a Teresa tecleando desesperadamente. Entonces supo que algo iba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó, casi gritando. Se acercó corriendo para mirar por encima del hombro de la chica y vio que esta escribía todo el rato la palabra «PULSA», pero no aparecía nada en la pantalla.

Teresa señaló el cuadrado sucio de cristal, en blanco salvo por el resplandor verdoso que anunciaba que estaba encendido.

—He puesto todas las palabras y una a una han ido apareciendo en la pantalla. Entonces ha sonado un pitido y han desaparecido. Pero no me ha dejado escribir la última palabra. ¡No pasa nada!

El frío inundó las venas de Thomas mientras asimilaba lo que Teresa acababa de decir.

—Bueno... ¿Por qué?

—¡No lo sé!

Volvió a intentarlo una y otra vez, pero no aparecía nada.

—¡Thomas! —gritó Chuck detrás de ellos.

Thomas se volvió para ver que el niño señalaba el Agujero de los Laceradores, donde otra criatura estaba asomando. Mientras la contemplaba, esta cayó encima de su hermano muerto y otro lacerador empezó a entrar por el Agujero.

—¿Por qué tardáis tanto?! —chilló Chuck, desesperado—. ¡Dijiste que se apagarían cuando teclearais el código!

Los dos laceradores se había enderezado y habían extendido sus pinchos; estaban avanzando hacia ellos.

—No nos deja poner la palabra PULSA —respondió Thomas, distraído; no hablaba realmente con Chuck, sino que trataba de buscar una solución.

No lo entiendo —dijo Teresa.

Los laceradores se acercaban; estaban a tan sólo unos metros. Al notar que su voluntad se desvanecía en la negrura, Thomas clavó los pies en el suelo y levantó los puños sin ganas. Se suponía que tenía que funcionar. Se suponía que el código...

—Quizá sólo tengas que pulsar ese botón —sugirió Chuck.

A Thomas le sorprendió tanto aquella afirmación al azar que apartó la vista de los laceradores para mirar al niño. Chuck estaba señalando un sitio cerca del suelo, justo debajo de la pantalla y del teclado.

Antes de que le diera tiempo a moverse, Teresa ya se había agachado. Muerto de curiosidad y con una ligera esperanza, Thomas se acercó a ella y se tiró al suelo para verlo mejor. Oyó el gemido y el rugido del lacerador detrás de él y notó un fuerte dolor cuando una zarpa afilada le agarró por la camiseta. Sin embargo, sus ojos seguían clavados en aquel sitio.

En la pared, a tan sólo unos centímetros del suelo, había un pequeño botón de color rojo con tres palabras escritas en negro. Estaba tan claro que no podía creer que no lo hubiera visto antes.

APAGAR EL LABERINTO

El dolor que sintió después le hizo salir de su estupor. El lacerador le había cogido con dos instrumentos y había empezado a arrastrarle hacia atrás. El otro había ido a por Chuck y estaba a punto de atacar al niño con una larga cuchilla.

Un botón.

—¡Púlsalo! —gritó Thomas más alto de lo que creía que fuera posible.

Teresa lo hizo. Pulsó el botón y todo se quedó en perfecto silencio. Entonces, de algún sitio al final del túnel, se oyó el sonido de una puerta que se abría.

Capítulo 58

Casi en el mismo instante, los laceradores se desactivaron por completo, los instrumentos se introdujeron en su carne fofa, sus luces se apagaron y sus mecanismos internos dejaron de funcionar. Y aquella puerta...

Thomas cayó al suelo después de que las garras de su captor le soltaran y, a pesar del dolor de todas las laceraciones que tenía en la espalda y en los hombros, le invadió tal euforia que no supo cómo reaccionar. Emitió un grito ahogado, después se rió, luego comenzó a sollozar y acabó por reír de nuevo.

Chuck se alejó pitando de los laceradores y chocó con Teresa, que le apretó contra ella en un intenso abrazo.

—Lo has conseguido, Chuck —dijo Teresa—. Estábamos tan preocupados por las estúpidas palabras del código que no pensamos en buscar algo que pulsar, que justo era la última palabra, la última pieza del puzzle.

Thomas volvió a reírse, sin creerse que aquello fuera posible después de todo por lo que habían pasado.

—Tiene razón, Chuck. ¡Nos has salvado, tío! ¡Te dije que te necesitábamos! —Thomas se puso de pie como pudo y se fundió con los otros dos en un abrazo, loco de alegría—. ¡Chuck es un fuco héroe!

—¿Y los demás? —preguntó Teresa, señalando el Agujero de los Laceradores con la cabeza.

Thomas notó cómo su euforia desaparecía; retrocedió y se volvió hacia el Agujero.

Como respondiendo a su pregunta, alguien cayó por el cuadrado negro. Era Minho, y parecía que le hubieran arañado o herido en el noventa por ciento de su cuerpo.

—¡Minho! —gritó Thomas, lleno de alivio—. ¿Estás bien? ¿Y los demás?

Minho avanzó a trompicones por la pared curva del túnel y, luego, se apoyó allí mientras resollaba.

—Hemos perdido a un montón de gente... Ahí arriba está todo lleno de sangre... Y luego se desconectaron —hizo una pausa para coger una gran bocanada de aire y lo soltó con fuerza—. Lo habéis conseguido. No me puedo creer que de verdad haya funcionado.

Entonces llegó Newt, seguido de Fritanga. Después, Winston y otros. Enseguida, dieciocho chicos se reunieron con Thomas y sus amigos en el túnel, lo que hizo un total de veintiún clarianos. Hasta el último de los que se habían quedado atrás para luchar estaba cubierto de la porquería de los laceradores y de sangre humana, y sus ropas estaban hechas jirones.

—¿Y el resto? —preguntó Thomas, temiendo la respuesta.

—La mitad —contestó Newt con voz débil— ha muerto.

Nadie pronunció palabra. Nadie pronunció palabra durante un buen rato.

—¿Sabéis qué? —dijo Minho, irguiéndose un poco—, puede que muriera la mitad, pero la otra fuca mitad ha sobrevivido. Y no han picado a nadie, justo como Thomas pensaba. Tenemos que salir de aquí.

«Demasiados», pensó Thomas. Habían sido demasiados. Su alegría desapareció y se convirtió en un profundo duelo por las veinte personas que habían perdido la vida. A pesar de la alternativa, a pesar de saber que, si no lo hubiesen intentado, puede que todos hubieran muerto, aunque no los conociera a todos muy bien..., aun así, dolía. ¿Cómo podía considerarse una victoria con tanta muerte?

—Larguémonos de aquí —dijo Newt—. Ya.

—¿Adonde vamos? —preguntó Minho.

Thomas señaló túnel abajo.

—He oído que una puerta se abría por ahí.

Intentó apartar el dolor que le producía todo, los horrores de la batalla que acaban de ganar. Las pérdidas. Lo apartó de su mente, pues sabía que aún no estaban a salvo.

—Bien, vamos —ordenó Minho. Se dio la vuelta y empezó a caminar por el túnel sin esperar una respuesta.

Newt hizo un gesto de asentimiento e indicó a los demás clarianos que le siguieran. Pasaron uno a uno hasta que sólo quedaron Thomas y Teresa.

—Yo iré el último —dijo Thomas.

Nadie se opuso. Pasó Newt, luego Chuck y después Teresa hacia el negro túnel. Hasta la luz de las linternas parecía ser absorbida por la oscuridad. Thomas les siguió sin molestarse en mirar el lacerador muerto.

Al cabo de unos minutos caminando, oyó un chillido delante, seguido de otro y otro y, después, otro. Los gritos se perdían como si estuvieran cayendo...

Los murmullos recorrieron la fila y, al final, Teresa se volvió hacia Thomas.

—Por lo visto, ahí delante hay un tobogán que te lleva abajo.

A Thomas se le revolvió el estómago al oír aquello. Parecía un juego, al menos para el que había construido el edificio.

Uno a uno, oyó los gritos cada vez más débiles de los clarianos. Entonces le tocó a Newt y, luego, a Chuck. Teresa iluminó con su linterna un descenso empinado, una rampa negra de metal resbaladizo.

Supongo que no nos queda otra opción —le dijo en su mente.

Supongo que no.

Thomas tuvo la impresión de que aquel no era el modo de salir de su pesadilla. Sólo esperaba que no le llevara a otro grupo de laceradores.

Teresa bajó por el tobogán con un chillido casi alegre y Thomas la siguió antes de poder convencerse a sí mismo de que cualquier cosa era mejor que el Laberinto.

Su cuerpo se deslizó por el empinado descenso, resbaladizo por un pringue aceitoso que olía fatal, como a plástico quemado y a maquinaria demasiado usada. Thomas giró el cuerpo hasta tener los pies delante y, después, trató de sujetarse con las manos para disminuir la velocidad de su bajada. Fue inútil, ya que aquella cosa grasienta cubría cada centímetro de la piedra; no se podía agarrar a nada.

Los gritos de los otros clarianos resonaban en las paredes del túnel mientras se deslizaban por la aceitosa rampa. El pánico alcanzó el corazón de Thomas. No podía quitarse de la cabeza la imagen de que una bestia gigante se los había tragado, estaban bajando por su largo esófago y en cualquier momento aterrizarían en su estómago. Y, como si se hubieran materializado sus pensamientos, los olores cambiaron hacia algo más enmohecido y putrefacto. Le empezaron a entrar arcadas y tuvo que reunir todas sus fuerzas para no vomitarse encima.

El túnel empezó a girar, convirtiéndose en una brusca espiral, lo justo para que fueran más despacio, y los pies de Thomas le dieron a Teresa en toda la cabeza. El chico retrocedió y una sensación de sufrimiento invadió todo su ser. Seguían cayendo. El tiempo parecía extenderse y hacerse interminable.

Continuaron dando vueltas en el tubo. Las náuseas hacían que le ardiera el estómago; el sonido de aquel pringue contra su cuerpo, el olor, el movimiento en círculos... Estaba a punto de volver la cabeza a un lado para vomitar cuando Teresa pegó un fuerte chillido. Esta vez, no hubo eco. Un segundo más tarde, Thomas salió volando del túnel y aterrizó sobre la muchacha.

Había cuerpos esparcidos por todos lados, gente encima de gente, quejándose, retorciéndose, confundidos mientras trataban de apartarse los unos de otros. Thomas movió los brazos y las piernas para apartarse rápidamente de Teresa y, luego, gateó unos pasos más para vomitar y vaciar su estómago.

Aún temblando por la experiencia, se limpió la boca con la mano y se dio cuenta de que estaba llena de una porquería viscosa. Se incorporó, frotó ambas manos en el suelo y, por fin, se fijó en adonde habían llegado. Boquiabierto, también se percató de que los demás se habían reunido en un grupo mientras asimilaban el nuevo entorno. Thomas había alcanzado a verlo durante el Cambio, pero no se acordó de verdad hasta aquel mismo momento.

Estaban en una enorme cámara subterránea lo bastante grande para contener nueve o diez Haciendas. De arriba abajo, de lado a lado, aquel lugar estaba lleno de todo tipo de mecanismos y de cables, de conductos y de ordenadores. En un lado de la sala, a su derecha, había una fila de unas cuarenta vainas blancas que parecían enormes ataúdes. En la otra punta había unas grandes puertas de cristal, aunque la iluminación hacía que fuera imposible ver lo que había al otro lado.

—¡Mirad! —gritó alguien, pero Thomas ya lo había visto y se le había cortado la respiración. Se le puso la piel de gallina en todo el cuerpo y un escalofrío de terror le

recorrió la espalda como una araña mojada.

Justo delante de ellos, una fila de unas veinte ventanas oscuras se extendía por la sala horizontalmente, una detrás de otra. Detrás de cada una de ellas había una persona: hombres y mujeres, todos pálidos y delgados. Estaban sentados, observando a los clarianos, mirando fijamente por los cristales con los ojos entrecerrados. Thomas se estremeció; todos parecían fantasmas. Unas enojadas apariciones siniestras y famélicas de gente que nunca había sido feliz en vida y, menos aún, muerta.

Pero, por supuesto, Thomas sabía que no eran fantasmas. Eran los que les habían enviado al Claro. Los que les habían arrebatado sus vidas. Los creadores.

Capítulo 59

Thomas retrocedió un paso y se dio cuenta de que otros hacían lo mismo. Un silencio sepulcral dejó el lugar desprovisto de vida mientras todos los clarianos tenían la vista clavada en la fila de ventanas, en la fila de observadores. Thomas vio que uno de ellos bajaba la cabeza para apuntar algo; otro se puso unas gafas. Todos llevaban chaquetas negras sobre camisas blancas con una palabra bordada en la parte derecha del pecho; no podía distinguir lo que ponía. Ninguno de ellos mostraba una expresión discernible. Todos tenían un aspecto cetrino y demacrado; daba lástima mirarlos.

Continuaron observando a los clarianos; un hombre negó con la cabeza y una mujer asintió. Otro hombre se rascó la nariz, y ese fue el gesto más humano que Thomas les vio hacer.

—¿Quiénes son esas personas? —susurró Chuck, pero su voz retumbó en la sala con un tono ronco.

—Los creadores —respondió Minho, y luego escupió en el suelo—. ¡Os voy a partir la cara! —gritó tan fuerte que Thomas casi se tapó los oídos con las manos.

—¿Qué hacemos? —inquirió Thomas—. ¿A qué están esperando?

—Lo más seguro es que hagan volver a los laceradores —dijo Newt—. Puede que estén viniendo ahora...

Un pitido alto y lento le interrumpió, como el sonido de advertencia de un enorme camión dando marcha atrás, pero mucho más potente. Provenía de todas partes, resonaba y retumbaba por toda la cámara.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Chuck, sin ocultar la preocupación en su voz.

Por algún motivo, todos miraron a Thomas; él se encogió de hombros. Ya no recordaba nada más; estaba tan despistado como el resto. Y asustado. Estiró el cuello mientras examinaba el lugar de arriba abajo para tratar de averiguar de dónde procedía el pitido. Pero no había cambiado nada. Entonces, por el rabillo del ojo, advirtió que los demás clarianos miraban en dirección a las puertas y él hizo lo mismo. El corazón se le aceleró cuando vio que una de las puertas se abría hacia ellos.

El pitido cesó y la sala se sumió en un silencio tan profundo como el espacio exterior. Thomas esperó, aguantando la respiración, y se preparó para cualquier cosa horrible que pudiese aparecer volando por la puerta.

Pero sólo entraron dos personas en la sala. Una de ellas era una mujer. Una adulta. Parecía muy normal, con aquellos pantalones negros y una camisa blanca abotonada con un logo en el pecho en el que se leía CRUEL escrito en azul. Llevaba el pelo castaño cortado por los hombros y tenía la cara delgada y los ojos oscuros. Al acercarse al grupo, no sonrió ni frunció el ceño. Era casi como si no advirtiera su presencia o no le importara que estuviesen allí.

«La conozco», pensó Thomas. Pero era un recuerdo algo borroso, no podía acordarse de su nombre ni de qué tenía que ver con el Laberinto, pero le resultaba familiar. Y no sólo por su aspecto, sino por cómo caminaba, por sus gestos... duros, sin rastro de alegría. Se detuvo a varios pasos enfrente de los clarianos y miró despacio de izquierda a derecha para contemplarlos a todos.

La otra persona, que estaba de pie a su lado, era un chico que llevaba puesto un chándal demasiado grande para él, con la capucha levantada, ocultándole el rostro.

—Bienvenidos de nuevo —dijo finalmente la mujer—. Han sido más de dos años y sólo han muerto unos pocos. Increíble.

Thomas notó cómo se quedaba boquiabierto y la rabia le enrojecía la cara.

—¿Perdone? —balbuceó Newt.

Los ojos de la mujer volvieron a examinar al grupo antes de posarse en Newt.

—Todo ha ido de acuerdo con el plan, señor Newton. Aunque esperábamos que unos cuantos más se rindieran en el camino.

Miró a su compañero y le bajó la capucha al chico, que levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. Todos los clarianos se quedaron atónitos. Thomas notó que le fallaban las rodillas.

Era Gally. Thomas parpadeó y se frotó los ojos como si fuera un dibujo animado. Estaba sorprendido, pero también enfadado. Era Gally.

—¡Qué está haciendo este aquí! —gritó Minho.

—Ahora estáis a salvo —respondió la mujer como si no le hubiera oído—. Por favor, tranquilizaos.

—¿Que nos tranquilicemos? —soltó Minho—. ¿Tú quién eres para decirnos que nos tranquilicemos? Queremos ver a la policía, al alcalde, al presidente, ¡a alguien!

A Thomas le preocupaba lo que Minho pudiese hacer, pero, por otro lado, casi quería que le pegara un puñetazo a la mujer en la cara.

Ella entrecerró los ojos al mirar a Minho.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando, niño. Esperaba más madurez por parte de alguien que ha pasado las Pruebas del Laberinto.

Su tono condescendiente impresionó a Thomas. Minho se dispuso a replicar, pero Newt le dio un codazo en la barriga.

—Gally —dijo Newt—, ¿qué pasa?

El moreno le miró. Los ojos le brillaron un momento y sacudió un poco la cabeza. Pero no respondió.

«Le pasa algo», pensó Thomas. Algo peor que antes.

La mujer asintió como si estuviera orgullosa de él.

—Un día estaréis agradecidos por lo que hemos hecho por vosotros. Sólo puedo prometeros eso, y confío en que vuestras mentes lo acepten. Si no lo hacéis, entonces todo habrá sido un error. Son tiempos oscuros, señor Newton. Tiempos oscuros —

hizo una pausa—. Por supuesto, hay una última Variable —retrocedió.

Thomas se concentró en Gally. Todo el cuerpo del chico estaba temblando y tenía la cara pálida, lo que hacía que sus ojos rojos y vidriosos parecieran manchas de sangre sobre un papel. Apretó los labios y la piel de alrededor tembló como si quisiera hablar, pero no pudiera.

—¿Gally? —le llamó Thomas, tratando de contener el odio que sentía por él.

Las palabras salieron de sopetón de la boca de Gally:

—Pueden... controlarme... No... —los ojos se le salieron de las órbitas y se echó una mano al cuello como si quisiera estrangularse—. Tengo... que... —cada palabra que decía era con voz ronca. Luego se tranquilizó: la cara se le calmó y su cuerpo se relajó.

Era lo mismo que le había pasado a Alby en la cama, cuando estaban en el Claro, después del Cambio. Lo mismo le había pasado a él. ¿Qué...?

Pero Thomas no tuvo tiempo de seguir pensando porque Gally sacó algo largo y brillante de su bolsillo trasero. Las luces de la sala iluminaron la superficie plateada de un puñal de aspecto horroroso que el chico sujetaba fuertemente con los dedos. A una velocidad inesperada, retrocedió y le lanzó el cuchillo a Thomas. Mientras lo hacía, Thomas oyó un grito a su derecha y percibió un movimiento. Hacia él.

Thomas vio cómo el cuchillo giraba como si el mundo fuera a cámara lenta, como si su único propósito fuese hacer que sintiera el terror de ver tal cosa. Conforme el arma se acercaba, dando vueltas sin parar, directa a él, un grito ahogado se le formó en la garganta. Quería moverse, pero no podía.

Entonces, inexplicablemente, Chuck apareció allí y se puso delante de él. Thomas notaba los pies como si estuvieran dentro de bloques de hielo; sólo podía contemplar, impotente, la escena de horror que tenía lugar ante sus ojos.

Con un escalofriante sonido hueco y mojado, el puñal se clavó hasta el mango en el pecho de Chuck. El niño gritó y cayó al suelo, con el cuerpo ya sacudiéndose. La sangre salía de la herida, roja oscura. Sus piernas golpeaban el suelo, los pies daban patadas al tuntún, anunciando una muerte inminente. Los labios rezumaban saliva manchada de sangre. Thomas sintió que el mundo a su alrededor se derrumbaba y le destrozaba el corazón.

Se tiró al suelo y cogió en sus brazos el cuerpo tembloroso de Chuck.

—¡Chuck! —gritó, y notó la voz como un ácido desgarrándole la garganta—. ¡Chuck!

El niño se convulsionó descontroladamente y la sangre lo manchó todo, incluidas las manos de Thomas. Sus ojos se quedaron en blanco. La sangre le salía por la nariz y la boca.

—Chuck... —susurró Thomas. Tenían que poder hacer algo. Podían salvarle. Ellos...

El chico dejó de moverse y se quedó quieto. Los ojos volvieron a su posición normal y miraron a Thomas, aferrándose a la vida.

—Tho... mas.

Lo único que pudo decir fue esa palabra.

—Aguanta, Chuck —dijo Thomas—. No te mueras, lucha. ¡Que alguien nos ayude!

Nadie se movió y, en el fondo, Thomas supo por qué. Ya no podían hacer nada. Se había acabado. Unas manchas negras flotaron entre los ojos de Thomas. La sala se inclinó y se balanceó.

«No —pensó—. Chuck, no. Chuck, no. Cualquiera, menos Chuck».

—Thomas —susurró Chuck—, encuentra a... mi madre —una tos salió de sus pulmones y salpicó todo de sangre—. Dile...

No terminó la frase. Sus ojos se cerraron y su cuerpo quedó flácido. Un último aliento salió con dificultad de su boca.

Thomas se quedó mirando el cuerpo inerte de su amigo.

Algo ocurrió en el interior de Thomas. Empezó en lo más profundo de su pecho, una semilla de cólera. De venganza. De odio. Algo oscuro y terrible. Y, después, explotó, estalló en sus pulmones, atravesó su garganta y se repartió por los brazos y las piernas. Por su cabeza.

Soltó a Chuck, se levantó tembloroso y se volvió hacia los nuevos visitantes. Entonces, Thomas estalló. Estalló por completo.

Echó a correr, se tiró encima de Gally y trató de agarrarle con los dedos como si fueran zarpas. Encontró el cuello del chico, se lo apretó y se cayó al suelo sobre él. Se sentó a horcajadas en su torso y le sostuvo con las piernas para que no pudiera escaparse. Luego empezó a darle puñetazos.

Mantuvo a Gally pegado al suelo con la mano izquierda, lo empujó hacia abajo por el cuello mientras su puño derecho golpeaba una y otra vez la cara del joven. Le dio una paliza con los nudillos en las mejillas y la nariz. Se oyeron crujidos, hubo sangre y gritos horribles. Thomas no supo cuáles eran más fuertes, si los de Gally o los suyos. Le golpeó hasta liberar la última pizca de ira que llevaba dentro.

Y, entonces, Minho y Newt tiraron de él, aunque sus brazos seguían sacudiéndose incluso cuando ya sólo daba al aire. Le arrastraron por el suelo; él se resistió, se retorció y gritó que le dejaran en paz. Sus ojos continuaban clavados en Gally, que estaba allí tumbado, inmóvil. Thomas sintió cómo el odio salía a raudales, igual que si una visible línea de llamas les conectara.

Y, entonces, así como así, todo se desvaneció. Sólo pudo pensar en Chuck.

Se soltó de Minho y Newt y corrió hasta el cuerpo flácido e inerte de su amigo. Le cogió y lo abrazó, ignorando la sangre, ignorando la gélida mirada de la muerte en el rostro del muchacho.

—¡No! —gritó Thomas mientras le consumía la tristeza—. ¡No! —Teresa se acercó y le puso la mano en el hombro. El se la quitó de encima—. ¡Se lo había prometido! —aulló, y se dio cuenta de que, mientras lo decía, a su voz la acompañaba algo que no estaba bien. Casi la locura—. ¡Le había prometido que le salvaría, que le llevaría a casa! ¡Se lo había prometido!

Teresa no respondió, tan sólo asintió, con los ojos fijos en el suelo.

Thomas abrazó a Chuck contra su pecho y le apretó lo más fuerte posible, como si, de alguna manera, aquello pudiera revivirle o darle las gracias por haberle salvado la vida, por ser su amigo cuando nadie más lo era.

Thomas lloró como nunca antes lo había hecho. Sus grandes e incontrolables sollozos retumbaron por la sala como el sonido de una tormenta.

Capítulo 60

Finalmente, volvió a meterlo todo en su corazón y guardó la dolorosa oleada de sufrimiento. En el Claro, Chuck se había convertido para él en un símbolo, en una señal de que podían arreglar el mundo. Dormir en camas. Un beso de buenas noches. Desayunar beicon y huevos e ir a un colegio de verdad. Ser felices.

Pero ahora Chuck ya no estaba. Y su cuerpo flácido, al que todavía se aferraba Thomas, parecía un frío talismán que no sólo le decía que aquel futuro optimista nunca iba a suceder, sino que la vida nunca había sido de aquel modo. Que incluso a pesar de la huida, les esperaban unos días deprimentes. Una vida de dolor.

Los recuerdos que volvían a su memoria eran muy vagos, pero no flotaba nada bueno entre toda aquella porquería.

Thomas recogió el dolor y lo encerró en algún sitio de su interior. Lo hizo por Teresa, por Newt y por Minho. Fuera cual fuera la oscuridad que les aguardaba, estarían juntos, y en aquel instante eso era todo lo que importaba.

Soltó a Chuck y retrocedió, intentando no mirar la camiseta del niño, que estaba negra por la sangre. Se limpió las lágrimas de las mejillas, se frotó los ojos y pensó que debería estar avergonzado, aunque no se sentía así. Al final, levantó la vista. Miró a Teresa y a sus enormes ojos azules, llenos de tristeza; tanto por él como por Chuck, de eso estaba seguro.

La chica le cogió de la mano y le ayudó a levantarse. En cuanto estuvo de pie, ella no le soltó y él tampoco se apartó. Le apretó la mano y, al hacerlo, intentó transmitir lo que sentía. Nadie dijo ni una palabra; la mayoría estaba con la vista clavada en el cuerpo de Chuck; sus rostros eran inexpresivos, como si estuvieran más allá del sentimiento. Nadie miró a Gally, que respiraba, pero no se movía.

La mujer de CRUEL rompió el silencio:

—Todo pasa por una razón —dijo sin ningún signo de maldad en su voz—. Tenéis que entenderlo.

Thomas la miró y lanzó todo su odio reprimido en una mirada fulminante. Pero no hizo nada. Teresa colocó su otra mano sobre el brazo del chico y le agarró el bíceps.

Ahora, ¿qué? —le preguntó.

No lo sé—contestó él—. *No puedo...*

Su frase se vio interrumpida por una serie de gritos repentinos y un alboroto que provenía del otro lado de la puerta por la que había entrado la mujer. El pánico de esta resultó evidente, y se quedó aún más pálida cuando se volvió hacia la puerta. Thomas miró también en aquella dirección.

Varios hombres y mujeres vestidos con vaqueros mugrientos y abrigo empapados irrumpieron en la sala con pistolas levantadas, gritando una palabra sobre

otra. Era imposible entender lo que decían. Sus armas —algunas eran rifles; otras, pistolas— parecían arcaicas, rústicas. Casi como juguetes que llevaran años abandonados en el bosque y la siguiente generación de niños acabara de descubrirlos para jugar a la guerra.

Thomas se quedó mirando cómo dos de los recién llegados tiraban a la mujer de CRUEL al suelo. Luego uno de ellos retrocedió y la apuntó con la pistola.

«No puede ser —pensó Thomas—. No...».

El aire se iluminó cuando varios disparos salieron del arma e impactaron en el cuerpo de la mujer. Estaba muerta, y todo estaba lleno de sangre.

Thomas retrocedió unos pasos, casi a trompicones.

Un hombre se acercó a los clarianos mientras los demás les rodeaban y disparaban de izquierda a derecha con las armas a las ventanas de observación para romperlas. Thomas oyó gritos, vio sangre, apartó la vista y se centró en el hombre que se acercaba a ellos. Tenía el pelo moreno y la cara joven, pero con arrugas alrededor de los ojos, como si hubiese pasado todos los días de su vida preocupado por cómo llegar al siguiente.

—No tenemos tiempo para explicarnos —dijo el hombre con una voz tan crispada como su cara—. Seguidme y corred como si vuestra vida dependiera de ello. Porque así es.

Al decir aquello, el hombre hizo unas señas a sus compañeros, luego se dio la vuelta y salió corriendo en dirección a las grandes puertas de cristal con la pistola sostenida rígidamente hacia delante. Los disparos y los gritos de agonía todavía sacudían la sala, pero Thomas se esforzó por ignorarlos y seguir las instrucciones.

—¡Vamos! —gritó desde atrás uno de los rescatadores (o eso se imaginó Thomas que eran).

Después de vacilar durante un breve instante, los clarianos les siguieron, casi chocando unos contra otros al echar a correr para salir de la cámara, tan lejos de los laceradores y del Laberinto como fuera posible. Thomas, que aún le agarraba la mano a Teresa, corrió con ellos, al final del grupo. No les quedaba otra opción que dejar atrás el cuerpo de Chuck.

Thomas no sentía ninguna emoción; estaba totalmente atontado. Corrió por un largo pasillo hacia un túnel poco iluminado. Subió por unas sinuosas escaleras. Todo estaba a oscuras y olía como a sistemas electrónicos. Bajó por otro pasillo. Subió más escaleras. Más pasillos. Thomas quería echar de menos a Chuck, entusiasmarse por su huida, alegrarse de que Teresa estuviera allí con él. Pero había visto demasiado. Ahora sólo había un enorme vacío. Siguió avanzando.

Mientras corrían, algunos hombres y mujeres les guiaban por delante, y otros lanzaban gritos de ánimo desde atrás.

Llegaron a otras puertas de cristal y, al cruzarlas, vieron que un gran chaparrón

caía de un cielo negro. No se veía nada, pero la cortina de agua reflejaba unos destellos mates.

El líder no dejó de moverse hasta que llegaron a un autobús enorme, cuyos laterales estaban abollados y con marcas de arañazos, y la mayoría de las ventanas, llena de grietas. La lluvia chorreaba por todo el vehículo y Thomas se lo imaginó como una bestia gigantesca saliendo del océano.

—¡Subid! —gritó el hombre—. ¡Deprisa!

Le obedecieron y formaron un grupo apretado tras la puerta para entrar uno a uno. Aquello pareció durar una eternidad. Los clarianos se empujaban y se tropezaban los unos con los otros mientras subían los tres peldaños y se dirigían a los asientos. Thomas estaba al final, con Teresa justo delante de él. Alzó la vista hacia el cielo y notó cómo el agua le caía en la cara. Estaba caliente, casi demasiado, y tenía un extraño espesor. Curiosamente, eso le hizo quitarse el miedo de encima y le puso alerta. Quizá no era más que la ferocidad del diluvio. Se concentró en el autobús, en Teresa, en la huida.

Estaba casi en la puerta cuando, de repente, una mano le alcanzó y le agarró de la camiseta. Alguien tiró de él hacia atrás; él gritó y se soltó de Teresa. La vio girarse justo al caerse él al suelo y salpicar de agua a los demás. Sintió un fuerte dolor en la espalda cuando la cabeza de una mujer apareció unos centímetros por encima de él, bocabajo, bloqueando la vista de Teresa.

El pelo grasiento que colgaba y rozaba a Thomas enmarcaba una cara oculta en las sombras. Un horrible olor, como a leche agria y huevos podridos, le inundó las fosas nasales. La mujer se retiró lo bastante para que la linterna de alguien revelara sus rasgos: una piel pálida y arrugada llena de horribles llagas que rezumaban pus. Un terror en estado puro inundó a Thomas y lo dejó paralizado.

—¡Vas a salvarnos a todos! —dijo aquella espantosa mujer mientras escupía saliva y salpicaba a Thomas—. ¡Vas a salvarnos del Destello! —se rió, aunque no fue más que una tos áspera.

La mujer dio un grito cuando uno de los rescatadores la agarró con ambas manos para alejarla de Thomas, que se recuperó y se puso de pie como pudo. Volvió con Teresa y se quedó mirando al hombre que se llevaba a rastras a la mujer, cuyas piernas daban débiles patadas mientras no apartaba los ojos de Thomas. Ella le señaló y gritó:

—¡No te creas una palabra de lo que te digan! ¡Vas a salvarnos del Destello, lo harás!

Cuando el hombre estuvo a varios metros del autobús, dejó a la mujer en el suelo.

—¡Quédate aquí o te mato de un tiro! —le gritó, y luego se volvió hacia Thomas—. ¡Sube al autobús!

Thomas, tan aterrorizado por la terrible experiencia que hasta le temblaba el

cuerpo, se dio la vuelta, subió las escaleras detrás de Teresa y entró en el autobús. Unos ojos abiertos de par en par le observaron mientras caminaban hacia los asientos traseros, donde se dejaron caer y se acurrucaron juntos. El agua negra resbalaba por el exterior de las ventanas. La lluvia golpeaba el techo con fuerza y un trueno agitó el cielo sobre sus cabezas.

¿Qué ha sido eso?—preguntó Teresa en su mente.

Thomas no podía contestar y se limitó a negar con la cabeza. Los pensamientos sobre Chuck volvieron a inundar su mente, reemplazando a la loca y calmando los latidos de su corazón. No le importaba, no sentía ningún alivio por haber escapado del Laberinto. «Chuck...».

Una mujer, una de los rescatadores, estaba sentada cerca de Thomas y Teresa. El líder que había hablado con ellos antes se subió al autobús, se sentó al volante, arrancó el motor y el vehículo empezó a avanzar.

Al moverse, Thomas vio un movimiento fugaz al otro lado de la ventana. La mujer llena de llagas se había puesto de pie y corría hacia la parte delantera del autobús. Sacudía los brazos como una loca mientras gritaba algo que no se oyó por el ruido de la tormenta. Sus ojos estaban iluminados por la locura o el terror; Thomas no lo sabía muy bien.

Se inclinó hacia la ventana mientras ella desaparecía de su vista por delante.

—¡Esperad! —chilló Thomas, pero nadie le oyó. O, si lo hicieron, le ignoraron.

El conductor aceleró y el autobús dio un bandazo cuando golpeó el cuerpo de la mujer. El porrazo casi tiró a Thomas del asiento cuando las ruedas delanteras pasaron por encima de la mujer y, enseguida, le siguió un segundo golpe de las ruedas traseras. Thomas miró a Teresa y vio en su cara una expresión de asco que seguramente reflejaba la suya propia.

Sin mediar palabra, el conductor mantuvo el pie en el acelerador y el autobús siguió avanzando hacia una noche barrida por la lluvia.

Capítulo 61

La siguiente hora fue un cúmulo de visiones y sonidos para Thomas.

El chófer conducía a una velocidad temeraria por pueblos y ciudades, y la fuerte lluvia ocultaba la mayor parte del paisaje. Las luces y los edificios estaban distorsionados y acuosos, como algo sacado de una alucinación provocada por las drogas. Hubo un momento en que la gente de fuera echó a correr tras el autobús. Llevaban la ropa raída y el pelo enmarañado, y sus aterradores rostros estaban cubiertos de las mismas llagas raras que Thomas había visto en aquella mujer. Aporreaban los laterales del vehículo como si quisieran subirse, como si quisieran escapar de la espantosa vida que podían estar viviendo.

El autobús no disminuyó la velocidad. Teresa siguió callada al lado de Thomas. Por fin, él se armó del suficiente valor para hablar con la mujer que estaba sentada al otro lado del pasillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin estar seguro de cómo plantearlo.

La mujer le miró. Unos mechones de pelo negro mojado le rodeaban la cara. Tenía los ojos llenos de pena.

—Es una historia muy larga.

La voz de la mujer era mucho más amable de lo que Thomas se había esperado y tuvo la esperanza de que de verdad fuera una amiga, de que todos los rescatadores fueran amigos, a pesar de que habían atropellado a sangre fría a una mujer.

—Por favor —dijo Teresa—. Por favor, cuéntenos algo.

La mujer miró a Thomas y, luego, a Teresa, y soltó un suspiro.

—Tardaréis un poco en recuperar vuestros recuerdos, si es que los recuperaréis. Nosotros no somos científicos, no tenemos ni idea de lo que os han hecho o de cómo os lo han hecho.

A Thomas se le cayó el alma a los pies al pensar que tal vez había perdido la memoria para siempre, pero insistió:

—¿Quiénes son? —inquirió.

—Empezó con las erupciones solares —respondió la mujer, con la mirada cada vez más distante.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Teresa, pero Thomas la hizo callar.

Déjala hablar —le dijo en su cabeza—. *Parece que nos lo va contar.*

Vale.

La mujer casi parecía estar en un trance mientras hablaba, y no apartaba los ojos de un punto indefinido en la distancia.

—Las erupciones solares no pudieron predecirse. Suelen ser normales, pero estas fueron inauditas, enormes, muy fuertes. Y, cuando se dieron cuenta, tan sólo pasaron unos minutos antes de que su calor azotara la Tierra. Primero se quemaron nuestros

satélites y miles de personas murieron al instante, millones en días, e innumerables kilómetros se convirtieron en tierra baldía. Luego llegó la enfermedad —se detuvo para coger aliento—. Conforme el ecosistema se venía abajo, se hizo imposible controlar la enfermedad, incluso mantenerla en Sudamérica. Las selvas desaparecieron, pero los insectos, no. La gente ahora lo llama el Destello. Es una cosa horrible. Sólo los más ricos pueden recibir tratamiento, pero no se puede curar a nadie. A menos que los rumores de los Andes sean verdad.

Thomas por poco rompió su propio consejo, pues las preguntas le inundaban la mente. El horror crecía en su corazón. Se sentó y escuchó mientras la mujer continuaba:

—En cuanto a vosotros, todos vosotros, no sois más que unos cuantos de los millones de huérfanos. Hicieron pruebas a miles y os escogieron para lo más importante. La última prueba. Todo lo que habéis vivido fue calculado y planificado con detenimiento. Catalizadores para estudiar vuestras reacciones, vuestras ondas cerebrales, vuestros pensamientos. Todo en un intento de encontrar a aquellos capaces de ayudarnos a dar con el remedio para combatir el Destello —hizo otra pausa y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. La mayoría de las consecuencias físicas está causada por otras cosas. Primero empezaron las ideas delirantes y, luego, los instintos animales empezaron a imponerse sobre los humanos. Al final, el Destello les consumió y destruyó su humanidad. Está todo en el cerebro. El Destello vive en sus cerebros. Es algo espantoso. Es mejor morir que contagiarse —la mujer dejó de mirar la nada y se centró en Thomas; después miró a Teresa y, luego, a Thomas otra vez—. No dejaremos que les hagan esto a los niños. Hemos jurado arriesgar nuestras vidas para luchar contra CRUEL. No podemos perder nuestra humanidad, no importa el resultado final —juntó las manos en su regazo y las miró—. Ya sabréis más en su momento. Vivimos lejos, al norte. Miles de kilómetros nos separan de los Andes. Lo llaman la Quemadura; está entre aquí y allí. Está centrada alrededor de lo que antes llamaban el ecuador. Ahora no hay nada más que calor y polvo, y está llena de salvajes consumidos por el Destello a los que no se puede ayudar. Intentamos cruzar esa zona para encontrar una cura. Pero, hasta entonces, lucharemos contra CRUEL y detendremos los experimentos y las pruebas —miró con recelo a Thomas y, después, a Teresa—. Tenemos la esperanza de que os unáis a nosotros.

Entonces apartó la vista y miró por la ventana.

Thomas miró a Teresa y arqueó las cejas a modo de pregunta. La chica se limitó a negar con la cabeza; luego, la apoyó en su hombro y cerró los ojos.

Estoy demasiado cansada para pensar—dijo—. Mantengámonos a salvo por ahora.

A lo mejor ya estamos a salvo —contestó—. A lo mejor.

Oyó los suaves sonidos que ella emitía al dormir, pero supo que él no podría conciliar el sueño. Sentía tal torrente de emociones contradictorias que no podía identificarlas. Aun así, era mejor que el vacío monótono que había experimentado antes. Sólo pudo quedarse allí sentado, mirando fijamente por la ventana la lluvia y la negrura, pensando en palabras como «Destello», «enfermedad», «experimento», «Quemadura» y «CRUEL». Tan sólo podía quedarse allí sentado y esperar que las cosas fueran mejores ahora que en el Laberinto.

Pero, mientras se movía y se balanceaba con los movimientos del autobús, mientras sentía que la cabeza de Teresa le golpeaba el hombro de tanto en tanto cuando había grandes baches, la oía moverse y volverse a dormir otra vez, y oía los murmullos de las otras conversaciones de los clarianos, había una cosa que le volvía a la mente:

Chuck.



Dos horas más tarde, el autobús se detuvo.

Había parado en un aparcamiento cubierto de barro que rodeaba un edificio sin nada de particular, con varias filas de ventanas. La mujer y los otros rescatadores cruzaron con los diecinueve chicos y la chica la puerta principal y subieron unas escaleras hacia un dormitorio enorme, con una serie de literas alineadas en una de las paredes. Al otro lado había algunas mesas y cómodas. Unas cortinas tapaban las ventanas que había por toda la habitación.

Thomas lo asimiló todo con un asombro ligero y distante. Ahora le costaba mucho que algo le sorprendiera o le superara.

Aquel sitio se encontraba lleno de colores. Las paredes estaban pintadas de amarillo fuerte, las mantas eran rojas y las cortinas, verdes. Después del gris soso del Claro, parecía que les hubieran llevado a vivir a un arco iris. Al verlo todo, al ver las camas y las cómodas nuevas, la sensación de que todo era normal le resultó casi sobrecogedora. Era demasiado bueno para ser verdad. Minho lo expresó mejor al entrar en aquel nuevo mundo para ellos:

—Me han fucado y he ido al cielo.

A Thomas le costaba estar contento, como si estuviera traicionando a Chuck al hacerlo. Pero allí había algo. Algo.

El líder que conducía el autobús dejó a los clarianos en manos de un pequeño grupo de empleados: nueve o diez hombres y mujeres vestidos con pantalones negros ceñidos y camiseta blanca, con el pelo immaculado y la cara y las manos limpias.

Estaban sonriendo.

Los colores. Las camas. El personal. Thomas sintió una felicidad imposible que trataba de abrirse camino en su interior. Aunque un abismo enorme se ocultaba en medio, una oscura depresión que no podía abandonarle: el recuerdo de Chuck y su brutal asesinato. Su sacrificio. Pero, a pesar de aquello, a pesar de todo, a pesar de lo que le había contado la mujer del autobús sobre el mundo al que habían vuelto, Thomas se sintió a salvo por primera vez desde que había salido de la Caja.

Les asignaron una cama, les repartieron ropa y cosas para el aseo y les sirvieron la cena. *Pizza*. Una auténtica *pizza* real y grasienta.

Thomas devoró hasta el último bocado, el hambre acabó con todo lo demás y un ambiente de satisfacción y alivio se palpó a su alrededor. Muchos de los clarianos habían permanecido callados todo el rato, tal vez preocupados por que al hablar se desvaneciera todo. Pero ahora había gente sonriendo. Thomas se había acostumbrado tanto a la desesperación que casi le desconcertaba ver rostros felices. Sobre todo, cuando le costaba tanto a él sentirse así.

Después de comer, nadie discutió cuando les dijeron que había llegado la hora de irse a dormir.

Y menos aún Thomas, que se sentía como si pudiera dormir un mes entero.

Capítulo 62

Thomas compartió litera con Minho, que insistió en dormir en la de arriba; Newt y Fritanga estaban justo en la de al lado. Los empleados pusieron a Teresa en una habitación distinta y se la llevaron antes de que pudiera despedirse. Thomas la empezó a echar muchísimo de menos a los tres minutos después de marcharse.

Mientras se acomodaba en el blando colchón para pasar la noche, le interrumpieron:

—Eh, Thomas —dijo Minho por encima de él.

—¿Sí? —Thomas estaba tan cansado que apenas le salían las palabras.

—¿Qué crees que les ha pasado a los clarianos que se quedaron atrás?

Thomas no se lo había planteado. Había tenido la mente ocupada con Chuck y, ahora, con Teresa.

—No lo sé. Pero visto todos los que murieron para que llegáramos aquí, no me gustaría estar en su lugar ahora mismo. Los laceradores probablemente lo hayan invadido todo —no podía creer lo indiferente que sonaba su voz mientras lo decía.

—¿Crees que estamos a salvo con esta gente? —preguntó Minho.

Thomas reflexionó sobre aquella pregunta durante un momento. Sólo había una respuesta a la que aferrarse:

—Sí, creo que estamos a salvo.

Minho dijo algo más, pero Thomas no le oyó. Le consumía el agotamiento; su mente vagó por el corto periodo que había pasado en el Laberinto, por los días en que había sido corredor y lo mucho que lo había deseado, incluso desde aquella primera noche en el Claro. Parecía que hubiesen pasado cien años. Como si fuera un sueño.

Los murmullos de las conversaciones flotaban en la habitación, pero a Thomas le parecía que venían de otro mundo. Se quedó mirando los tablones de madera cruzados de la cama de arriba, notando cómo le arrastraba el sueño. Pero resistió porque quería hablar con Teresa.

¿Qué tal tu habitación?—le preguntó mentalmente—. *Ojalá estuvieras aquí.*

¿Ah, sí? —contestó ella—. *¿Con todos esos chicos apestosos? Creo que paso.*

Supongo que tienes razón. Creo que Minho se ha tirado tres pedos en el último minuto —Thomas sabía que era un chiste muy malo, pero era lo mejor que se le había ocurrido. Notó cómo se reía la chica y deseó poder hacer él lo mismo. Hubo una larga pausa.

Lo siento mucho por Chuck —dijo al final la joven.

Thomas sintió una fuerte punzada y cerró los ojos mientras se hundía en el sufrimiento de la noche.

Podía llegar a ser muy pesado —respondió. Hizo una pausa y pensó en aquella noche, cuando Chuck le había dado un susto de muerte a Gally en el baño—. *Pero*

duele. Me siento como si hubiese perdido a un hermano.

Lo sé.

Le había prometido...

Déjalo ya, Tom.

¿Qué? —quería que Teresa le hiciera sentir mejor, que le dijera algo mágico para que el dolor desapareciera.

Deja de decir que se lo prometiste. La mitad de nosotros lo consiguió. Habríamos muerto todos si nos hubiéramos quedado en el Laberinto.

Pero Chuck no lo consiguió —repuso Thomas. La culpa le atormentaba porque sabía con toda seguridad que habría cambiado a cualquiera de los clarianos de aquella sala por Chuck.

Murió por salvarte —contestó Teresa—. El tomó la decisión. No la desperdicies.

Thomas notó que las lágrimas inundaban sus ojos; una se escapó y bajó por su sien derecha hacia su cabello. Pasó un minuto entero en el que no se dijeron ni una palabra. Entonces él la llamó:

¿Teresa?

¿Sí?

A Thomas le asustaba compartir sus pensamientos, pero lo hizo:

Quiero acordarme de ti. Acordarme de nosotros. Ya sabes, antes de todo esto.

Yo también.

Al parecer, éramos... —no sabía cómo decirlo.

Lo sé.

Me pregunto qué haremos mañana.

Lo descubriremos en unas horas.

Sí. Bueno, buenas noches —quería decirle más cosas, muchas más cosas, pero no se le ocurrió nada.

Buenas noches —dijo ella justo cuando se apagaron las luces.

Thomas se dio la vuelta, contento por estar a oscuras y que nadie viera la cara que se le había puesto. No era exactamente una sonrisa ni una expresión de felicidad. Pero casi.

Y, por ahora, «casi» estaba bastante bien.

Epílogo

Memorándum de CRUEL Fecha: 27/01/232; hora: 22:45.

Para: Mis asociados.

De: Ava Paige, ministra.

Re: OPINIÓN SOBRE LAS PRUEBAS DEL LABERINTO, Grupo A

Según los cálculos, creo que todos coincidimos en que las pruebas han sido un éxito. Veinte supervivientes, todos bien cualificados para nuestro propósito. Las respuestas a las Variables han sido satisfactorias y alentadoras. El asesinato del niño y el «rescate» han resultado ser un valioso final. Necesitábamos impactar sus sistemas, ver sus reacciones. Sinceramente, me sorprende que al final, después de todo, hayamos podido reunir tal número de chicos que nunca llegaron a rendirse.

Por extraño que parezca, verles así, el hecho de que piensen que todo va bien ha sido lo que más me ha costado observar. Pero no hay tiempo para lamentaciones. Por el bien de nuestra gente, seguiremos adelante.

Sé que tengo mi propia opinión respecto a quién escoger como líder, pero me abstengo de compartirla en este momento para no influir en ninguna decisión. Aunque, para mí, está claro.

Todos somos conscientes de lo que está en juego. Yo, por lo pronto, estoy animada. ¿Recordáis lo que la chica escribió en su brazo antes de perder la memoria? ¿A lo que se aferró? «CRUEL es buena».

Los sujetos al final recordarán y entenderán la intención de las cosas duras que hemos hecho y planeado hacerles. La misión de CRUEL es servir a la humanidad y preservarla, sin importar lo que cueste. Sí que somos «buenos».

Por favor, contestad con vuestras propias reacciones. Permitiremos que los sujetos duerman una noche entera antes de la ejecución de la Fase 2. Por el momento, permitámonos ser optimistas.

Los resultados del Grupo B también han sido extraordinarios. Necesito un tiempo para procesar los datos, pero podemos comentarlos a primera hora.

Hasta mañana, entonces.

— FIN DE LA PRIMERA PARTE —

El autor



JAMES DASHNER nació en Georgia en 1972. Licenciado por la Brigham Young University, en 2003 publicó su primer libro, *A Door in the Woods*, seguido de *A Gift of Ice* (2004), *The Tower of Air* (2004) y *War of the Black Curtain* (2005). Entre 2008 y 2010 publicó su trilogía *The 13th Reality*. *El corredor del laberinto* es la primera parte de una trilogía homónima seguida de *Las pruebas* (2010), que en España saldrá a la venta en otoño de 2011, y *The Death Cure*, que en Estados Unidos se publicará a finales de 2011. Los derechos cinematográficos de *El corredor del laberinto* los ha comprado la 20th Century Fox.